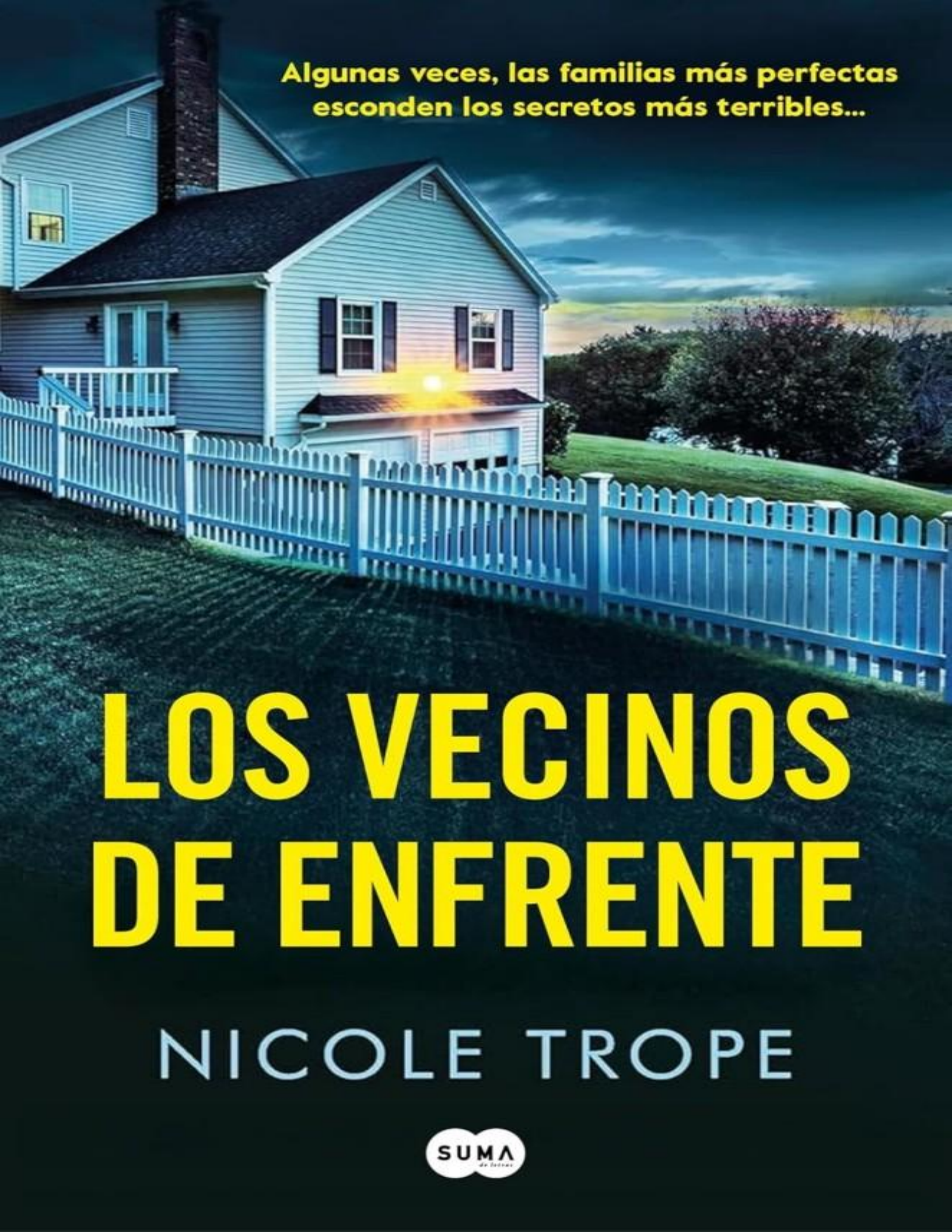

Algunas veces, las familias más perfectas esconden los secretos más terribles...
LOS VECINOS DE ENFRENTE
NICOLE TROPE
SUMA

Nicole Trope

Los vecinos de enfrente

Traducción de
Jesús de la Torre Olid



Para Mikhayla.
Mientras tus alas se van haciendo más fuertes
y las distancias que recorres llegan más lejos,
recuerda que el nido siempre está aquí

Prólogo

15 de diciembre, 14.30 horas

Margo levanta a su hijo, Joseph, de la cuna después de su siesta vespertina. Tiene la espalda húmeda a pesar del aire acondicionado de la casa. Fuera, las cigarras se quejan bajo el calor implacable. La temperatura ha llegado hasta los treinta y nueve grados que había pronosticado el hombre del tiempo esta mañana y Margo espera que el cambio a más fresco que también ha prometido llegue pronto.

—Tienes calor, ¿verdad, chiquitín? —Sonríe a su hijo de cinco meses y él contesta con un gorjeo—. Bienvenido a tu primera ola de calor australiana. Seguro que la primera de muchas. —Le alisa los mojados rizos castaños con un cepillo suave y le limpia la cara con un paño mientras lo sostiene en brazos.

Cuando está dejando a Joseph sobre el cambiador, oye fuera un chasquido, un estallido, y el fuerte ruido sobresalta al niño, que abre su boquita y arruga sus ojos azules preparándose para llorar.

—Ay, no, chiquitín. No tienes por qué preocuparte. No es más que el ruido de un coche o una rama que se ha caído. No llores, hombrecito. —Habla con un tono suave y tranquilizador mientras la cara de él se relaja. Scott cree que es demasiado sensible a los ruidos porque Margo insiste en que la casa esté prácticamente en

silencio mientras duerme, pero Scott se pasa todo el día en el trabajo y no tiene que levantarse por la noche y Margo sabe que Joseph duerme mejor cuando no hay ruido.

El sonido ha sido cerca; espera que no sea una rama de uno de los grandes árboles de boj que hay en la calle. Hace unos meses, durante una tormenta, se cayó una sobre un coche aparcado en la puerta de una casa de la misma calle, le hizo añicos el parabrisas y le abolló el capó. Al menos no había nadie dentro del coche en ese momento. Después de la tormenta, salieron todos los vecinos para ver cómo apartaban la rama y la grúa se llevaba el coche. Fue lo más emocionante que pasó en esa calle en todo el año.

Joseph le sonríe.

—Muy bien —comenta ella mientras le cambia el pañal—. ¿Qué podemos hacer esta tarde? ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por el parque? Así vemos los patos. «Cua, cua», dice el pato.

Lo levanta y deja que se mire en el espejo, algo que a él le encanta hacer.

—¿Quién es ese niñito? ¿Es Joseph? ¿Es Joseph el del espejo? —Sonríe a sus ojos azules iguales que los de ella.

Y entonces otros dos fuertes estallidos atraviesan el aire, sobresaltando a Margo, que da un respingo.

Joseph empieza a gemir.

Lo acerca a la ventana. Los altos árboles que se alinean por la calle tapan el resto de las casas, pero Margo tiene una buena visión de la calle, en general tranquila.

No va a decírselo a nadie, pero esos ruidos le han parecido disparos, un estallido fuerte que ha atravesado el aire. No es que

haya oído disparos en ningún sitio aparte de en la televisión y las películas, pero no se imagina qué otra cosa ha podido ser.

Sufre un momento de pánico al darse cuenta de repente de lo aislada que está en su nueva casa. Va en busca del teléfono móvil para llamar a Scott al trabajo.

Al volver a la ventana, espera a que conteste y chasquea la lengua cuando salta el buzón de voz. El calor se eleva desde el asfalto. Hay una furgoneta blanca aparcada delante de la casa de Katherine, que está enfrente. Margo desvía la vista un poco hacia un lado y ve a la vieja metomentodo de Gladys en la acera, mirando fijamente la casa de Katherine con el teléfono en la oreja.

Margo observa cómo un coche de la policía se detiene lentamente delante de la casa. Scott y ella llevan ya nueve meses viviendo aquí y nunca ha visto un coche patrulla pasar de camino a ningún sitio. Se queda inmóvil en la ventana, contemplando cómo se va desarrollando un drama justo enfrente de su casa.

Gladys dice algo que Margo no puede oír mientras sus manos señalan frenéticas hacia la casa de Katherine y la policía sale despacio del coche; a continuación, desaparece en ellos toda lentitud. Empiezan a correr a la vez que una agente de policía habla por la radio que tiene sujeta al hombro.

—Ay, Dios santo —dice Margo abrazando con más fuerza a su hijo mientras las manos le tiemblan al recordar el sonido de la puerta de un coche cerrándose con fuerza esta mañana, un grito ronco y, después, el vehículo de John derrapando al salir por el camino de entrada de sus vecinos a las seis de la mañana. Recuerda que pensó: «Deben de haber tenido alguna discusión».

Iba a mencionárselo a Scott, a preguntarle sobre qué habría podido discutir esa pareja. John y Scott se toman algunos domingos por la tarde una cerveza juntos, aunque Katherine y ella nunca han tenido gran cosa que decirse. Margo pensó que podría estar relacionado con el hecho de encontrarse en momentos distintos de su vida. Los mellizos de Katherine tienen cinco años y ya han dejado atrás la fase de bebés mientras que Margo todavía se siente como una novata.

Pero, cuando Scott terminó de ducharse esta mañana, Joseph necesitaba un cambio de pañal y no tuvo oportunidad de hablar con él. «Se lo preguntaré esta noche», recuerda que pensó.

Y después Margo empezó con su jornada habitual y ya no volvió a pensar en ello. Las parejas discuten, los maridos se van malhumorados y todo se resuelve por la noche.

Pero a la policía no se la llama por una simple discusión.

Margo se muerde el labio. Da un suave beso en la mejilla a su hijo y se pregunta por qué exactamente habrán llamado a la policía.

—La vieja entrometida de Gladys sabrá qué está pasando —le dice al niño. Va a la puerta de la casa, la abre y una ráfaga de calor le envuelve su cuerpo fresco—. ¿Qué está pasando, Gladys? —grita a la vez que siente que ahora es ella la entrometida que se muere por saber.

—Ay, Margo —dice Gladys cuando la ve—. Vuelve dentro, métete. Tiene una pistola. Entra en casa.

—¿Qué? —pregunta Margo creyendo que no ha oído bien a la mujer.

Gladys mueve los brazos en el aire.

—Vuelve a meterte en casa, Margo —grita—. Es Katherine. Han sido… ¿No lo has oído? Han sido disparos… Por favor, entra, llévate al niño.

Margo abre la boca para contestar, pero, en ese momento, Joseph se mueve en sus brazos y el miedo hace que abrace a su hijo con más fuerza. Vuelve atrás, cierra la puerta de la calle de golpe y echa la cerradura y, después, lleva a Joseph a su dormitorio y bloquea también la puerta con pestillo. Se sienta a los pies de la cama, apartada de la ventana, coge el teléfono y marca una y otra vez el número de Scott, aunque no deja de saltar el buzón de voz.

No parece que transcurra mucho tiempo antes de que el aire se inunde de sirenas que acallan a las cigarras y cualquier otro sonido. Margo espera en el suelo con su hijo, sintiendo el golpeteo de su corazón en los oídos. Scott no responde, pero ella no deja de pulsar su nombre en la pantalla, abrumada por la urgencia de decirle que lo quiere.

—No pasa nada, chiquitín, no pasa nada —le murmura a Joseph, que está tumbado bocarriba a su lado tratando de llevarse los pies a la boca—. No pasa nada —repite mientras espera a que su barrio de las afueras vuelva a ser el lugar tranquilo que tanto ha llegado a apreciar, aunque sabe que, en cierto modo, ya nada será lo mismo.

1

Siete horas antes

LOGAN

Logan aparca su furgoneta en la puerta de una casa grande con un césped delantero verde esmeralda, bien recortado y cuidado. Los setos de delante de la valla de metal negro son de una forma cuadrada perfecta. Un arco por encima de la verja delantera tiene hiedra enredada salpicada por flores blancas entre el verde follaje.

El termómetro de la furgoneta marca veinticuatro grados y apenas son las siete y media de la mañana. Va a ser un día de verano sofocante y se siente afortunado porque solo tiene que subir y bajar de la furgoneta para entregar sus paquetes y no trabajar fuera. Respira hondo y da las gracias en silencio a su cuñado, Mack, por darle esta oportunidad.

«Lo hago por Debbie, colega —le dijo Mack dos meses antes cuando le entregó las llaves de una de sus furgonetas—. Siempre me has caído bien, lo sabes, pero no puedo tolerar que haya ningún fallo en tus entregas. A la primera queja que reciba te pongo de

patitas en la calle, ¿de acuerdo?», añadió mientras se tiraba de los mechones de pelo del mentón que él insistía en llamar barba.

«Entendido», contestó Logan mirando a su alto y delgaducho cuñado y apretando los puños para controlar la rabia que sentía, consciente de que era más humillación que rabia. Era demasiado mayor como para suplicar trabajo. Si Mack hubiese hablado con él de esa forma tan condescendiente cinco años atrás, habría sentido la necesidad de darle una paliza, por muy cuñado suyo que fuera. Pero eso era entonces y ahora es ahora.

Sale de la furgoneta y aspira el calor de la mañana, bañado con el olor a madreselva y a algo más que podría ser fruta podrida. Los cubos de basura se alinean en la calle a la espera de ser recogidos, lo que sirve de explicación. Escucha y puede oír el silbido, el chirrido y el estruendo de un camión de basura haciendo su trabajo unas calles más allá. Mejor que entregue ya esto y se quite de en medio.

Suena un mensaje en su teléfono y lo mira.

Llámame.

—Va a ser que no —murmura, y se mete el móvil en el bolsillo, fastidiado porque parece que no puede transcurrir un día sin que su pasado haga acto de presencia. Su pasado es la razón por la que conduce ahora una furgoneta para Mack y baja la cabeza cada vez que su cuñado le dice que tiene que seguir por el buen camino. Su pasado y sus esperanzas de un futuro con Debbie, que tiene los mismos pómulos altos, pelo rubio y ojos avellana que su protector hermano mayor pero mezclados con unos labios carnosos y una sonrisa con hoyuelos. Anna, la mujer de Mack, también es alta,

delgada y rubia. En las fotos de grupo con la familia de Debbie, Logan, con su denso pelo moreno, sus ojos azules y su piel tatuada, parece como si se hubiese colado por error en la imagen.

Abre la puerta lateral de la furgoneta y localiza la caja que contiene lo que claramente es un ordenador portátil nuevo. Deben firmarle la entrega o tendrá que dejarlo en la oficina de correos de la zona al final de la jornada. Espera que el dueño se encuentre en casa. Odia tener que estar por ahí todo el día con aparatos electrónicos caros en la parte de atrás de la furgoneta. El miedo a que le roben y le echen la culpa no lo abandona nunca.

Al echar un vistazo por la valla metálica negra de delante de la casa, admira la abundancia de colores rosas y púrpuras en el jardín de verano y siente alivio al ver que no hay ningún perro. Distingue dos patinetes tirados en la hierba, uno azul y el otro rosa neón. Parecen más o menos del mismo tamaño; los niños que viven aquí deben de tener una edad cercana.

Abre la verja y recorre el camino de piedra hasta una puerta delantera de madera con un gran pomo negro y un pequeño cuadrado metálico que probablemente sea una mirilla. Pulsa el botón de un panel electrónico que se encuentra junto a la puerta de entrada y escucha mientras el timbre suena por toda la casa con alguna melodía que reconoce pero no sabe identificar.

Se queda ahí esperando oír pasos o gritos de niños. Es un poco temprano para que se hayan ido ya al colegio y espera que sigan en casa. Hay un colegio a solo una calle de allí; se recuerda que debe conducir con cuidado por la zona durante el siguiente par de horas.

Logan observa a su alrededor admirando los grandes tiestos grises llenos de damasquinas junto a la puerta. Todo su piso podría caber

solamente en el jardín delantero de esta casa. El jardín de atrás debe de ser aún mayor y sabe que habrá una piscina y puede que hasta una pista de tenis. No siente envidia por ello. Cada uno tiene una vida que vivir y un camino que seguir. Le gusta donde está ahora mismo, a pesar del trabajo aburrido y la ligera condescendencia de su cuñado. Le gusta tener un cuñado y un trabajo.

Oye un chirrido y se da cuenta de que han abierto la mirilla desde dentro.

—¿Sí? —pregunta una voz de mujer, vacilante y recelosa.

—Sí, tengo una entrega para Katherine West. —Se inclina un poco hacia delante, pero no logra ver nada aparte de un vidrio oscuro.

—Gracias…, gracias… ¿Puede dejarlo junto a la puerta?

—Lo siento, pero me lo tiene que firmar.

—Ahora mismo es imposible —responde la mujer.

Logan suspira. Si deja el ordenador allí solo y ella llama para quejarse de que no lo ha recibido, será el fin de su trabajo.

—La verdad es que no puedo dejarlo aquí, señora. Me lo tiene que firmar. Si necesita… vestirse o algo así, no me importa esperar.

—No —insiste la mujer—. No puedo abrir la puerta. —Su voz suena firme, como si le estuviese explicando algo que él ya debería saber.

Logan siente que se ruboriza. Está sudando por el calor de la mañana.

—No me está permitido dejarlo aquí, así que tendré que llevarlo a la oficina postal de su barrio, ¿de acuerdo? Podrá recogerlo allí en cualquier momento a partir de las cinco. —Da un paso atrás dispuesto a irse antes de decir ninguna tontería. Odia la forma en

que esta gente con sus grandes casas lo miran. Se imagina lo que ella está pensando mientras lo observa por la mirilla. No podrá ver mucho aparte del pequeño tatuaje de la calavera y los huesos cruzados que tiene en el pómulo, pero es suficiente para que ella haya decidido quién es.

Lo entiende, pero lleva puesto el uniforme y tiene la caja en las manos. La levanta aún más, casi hasta taparse la cara. Una gota de sudor le baja por la espalda. La mujer no dice nada más, aunque él nota que no se ha movido de la puerta. «Esto no merece la pena». Se da la vuelta.

—No puedo abrir la puerta —repite ella—. Por favor, deje la caja —dice cuando él ya está en el camino de entrada para marcharse—. Por favor, entiéndalo.

—Lo dejaré en la oficina postal. Puede recogerlo después de las cinco.

—Por favor… —La voz de la mujer suena cansada, suplicante.

—Lo siento, señora —insiste él con firmeza.

Se gira de nuevo y va hacia la verja, maldiciendo entre dientes. A veces siente como si la primera entrega estableciera el tono del resto del día. A juzgar por esta, va a ser una porquería.

De vuelta en la furgoneta, sube la intensidad del aire acondicionado y respira hondo varias veces. Cuenta en silencio hasta veinte mientras siente que la rabia desaparece y que el frescor lo invade por dentro. La primera vez que Aaron le contó lo de respirar y contar, pensó que era una tontería. Pero el terapeuta le pidió que le diera una oportunidad y Logan ha descubierto que funciona de verdad. Logan no era del tipo de personas que se toman en serio los consejos de un psicólogo. No era siquiera del tipo de personas que

van a un psicólogo, a menos que sea por obligación. Y le había obligado el juez. Pero, cuando empezó a hablar con Aaron, cuando dejó de quedarse sentado en cada sesión con los brazos cruzados, empezó a sacarle mucho provecho.

—¿No te gustaría que alguien supiera todo lo que has sufrido? No lo que has hecho, sino lo que has pasado —le dijo Aaron tras su segunda sesión en silencio.

—A lo mejor no he sufrido nada —contestó Logan notando cómo la mandíbula se le tensaba.

—¿De verdad? —Aaron miró por la habitación, a las paredes de color verde claro y los barrotes de la ventana—. ¿De verdad?

Logan se rascó el mentón, donde le estaba saliendo la barba.

—Mi padre me daba manotazos en la nuca y se reía diciéndome que yo era un error de borrachera. —Mientras pronunciaba esas palabras veía el gesto de asco en el rostro de su padre, el mismo que contemplaba ahora en el espejo. Debbie dice que todos los tatuajes son para tener un aspecto distinto al del hombre que cuando vio el primero le dijo: «Te hace aún más feo de lo que eras, y es mucho decir».

—Imagino que no fue muy agradable oír eso —observó Aaron—. ¿Qué edad tenías la primera vez que te lo dijo?

—Cuatro años —contestó Logan. Y después respiró hondo porque se le había hecho un nudo de dolor en la garganta. No por él, sino por el niño de cuatro años que había sido y que solo quería enseñarle a su padre su nuevo camión de juguete pero que, sin querer, había interrumpido un partido de fútbol. Por el niño de cinco años que escuchaba a sus compañeros hablar de ir a pescar con sus padres, sabiendo que el suyo prefería los domingos de

descomunales sesiones de alcohol seguidas de pesadas resacas los lunes por la mañana, que prefería una fuerte bofetada durante una conversación y dejar clara su decepción cada vez que miraba a su hijo. El dolor era por todas las demás edades por las que había ido pasando, la lista de decepciones que se fueron amontonando hasta que cumplió la edad que lo llevó a la cárcel.

—Entonces, puede que sí hayas padecido unas cuantas cosas —dijo Aaron con tono suave.

Logan hizo crujir los nudillos, rabioso porque Aaron le había hecho pensar en ello. Nunca se lo había contado a nadie. Jamás. Pero una vez que empezó a hablar, le resultó difícil parar. Le contó a aquel hombre cosas que creía haber enterrado para siempre, la angustia que se suponía que jamás volvería a salir a la luz. Y le ayudó, igual que los ejercicios que le enseñó Aaron para controlar su «comprensible rabia». También hizo que fuera mejor hermano mayor para Maddy, porque pudo ayudarla a procesar algunos de sus sentimientos por haber sido rechazada por dos personas que, para empezar, nunca deberían haber tenido hijos.

Es evidente que no ha ayudado a su hermana tanto como le habría gustado o, de lo contrario, no se habría buscado un novio que parecía encarnar algunos de los peores aspectos de su padre. Patrick es un poco más joven, no tan listo como ella y básicamente un gorrón. Tiene un desagradable sentido del humor. Una vez le dijo a Maddy que era la abuela de su clase de la universidad por su edad y que le iba bien simplemente porque los profesores la compadecían y, después, empezó a reírse al ver la expresión de dolor de ella ante el comentario. «¿No sabes aceptar una broma?», le preguntó, y Logan vio cómo ella forzaba una sonrisa, lo mismo que Maddy y él solían

hacer cuando vivían con sus padres. «¿No sabes aceptar una broma?», dijo su padre cuando le soltó a Maddy que se estaba convirtiendo en un bollo relleno después de que ella ganara algo de peso durante la adolescencia. «¿No sabes aceptar una broma?», le dijo a Logan cuando lo llamó «Capitán Tonto» después de suspender un examen. «¿No sabes aceptar una broma?» significa que a la persona a la que se está insultando no se le permite molestarse. La primera vez que Logan oyó un comentario así de la boca de Patrick, miró a Maddy conteniendo la necesidad de zarandearla para hacer que entrara en razón, perplejo al ver que ella no era consciente de la similitud.

Patrick también se enfada si no consigue lo que quiere. Por lo que Maddy le ha contado, Logan sabe que si Patrick no está contento se asegura de hacérselo saber dando portazos y quedándose callado. Cuando eran pequeños, Maddy y Logan sabían que, cuando su padre daba portazos y se quedaba callado, alguien iba a recibir una bofetada.

Pero Patrick no da bofetadas a Maddy porque si lo hiciera… Logan aparta ese pensamiento de su mente.

Mientras se prepara para marcharse, la negativa de Katherine West a abrir la puerta le inquieta y se da cuenta de que había algo en su voz, algo parecido al miedo, pero también una especie de súplica en lo último que ha dicho: «Por favor, entiéndalo». ¿Por qué iba a tener que entenderlo? O podía abrir la puerta o no podía porque no estaba vestida o porque estaba ocupada con algo. ¿Qué tenía él que entender?

Un escalofrío le recorre la espalda. Durante todo el tiempo que ella dedicó a decirle que no podía abrir la puerta, podría haber

hecho la entrega. Lo único que ella tenía que hacer era sacar una mano, así que ¿por qué no lo había hecho?

En la furgoneta, con la ráfaga del aire frío, Logan siente un hormigueo por su piel. Aprendió muy pronto a fiarse de su instinto, a escuchar lo que su cuerpo le decía aun cuando su cerebro no parecía saber qué era.

El instinto le dice que algo va mal. Eso era lo que ella estaba haciéndole entender. Algo está pasando ahí dentro. Vuelve a mirar hacia la casa, oculta por los altos setos verdes.

Normalmente, cuando hace una entrega en una casa en la que hay niños pequeños, oye chillidos de emoción cuando suena el timbre y gritos de un padre o una madre: «¡No abráis la puerta!».

Pero en esta casa solo había silencio.

Cruza la mirada con sus propios ojos azules en el espejo retrovisor y, a continuación, mete la marcha para irse y aprieta el freno mientras mira el teléfono para ver cuál es su próxima entrega e introducir la dirección en el GPS.

Debbie cree que le da demasiadas vueltas a las cosas. No se equivoca. Si algo te da la cárcel es tiempo suficiente para pensar. Puede que esté imaginándose demasiadas cosas con esto.

«No es tu problema, cariño», sabe que le diría Debbie. Y tendría razón.

—No es mi problema —dice en voz alta y, después, se va, tratando de olvidarse de esa mujer mientras las palabras «Por favor, entiéndalo» se repiten en su cabeza y la inquietud le recorre el cuerpo.

2

GLADYS

Gladys tira del cordón para abrir las cortinas de la habitación de invitados y dejar que entre la deslumbrante luz del sol. Empuja un poco la ventana y maldice al ver cómo se atranca, igual que todas las mañanas. «Ja», dice cuando por fin se eleva. El aire es cálido y perfumado, aunque algo pegajoso por la humedad.

—Hoy deberías dejar todas las ventanas cerradas —le grita su marido Lou desde el dormitorio—. Dejar las ventanas cerradas, encender el aire acondicionado y meter a las mascotas en casa. Eso es lo que dijeron anoche en las noticias. Hoy va a hacer treinta y nueve grados, Gladys, lo único que estás consiguiendo es que entre el calor.

—Estoy dejando que salga el aire rancio de anoche. Solo voy a abrirlas unas horas. No soporto no tener aire fresco —le responde Gladys con un tono cada vez más irritado. Él sabe que a ella le gusta abrir las ventanas por las mañanas.

—Solo te estoy repitiendo lo que dijeron ayer en las noticias —contesta Lou—. No haces caso de los expertos, igual que siempre.

Gladys hace caso omiso a su último comentario. No puede empezar una discusión con Lou tan temprano.

Mira hacia la casa de al lado, a las dos ventanas que tiene enfrente. Parece que Katherine va un poco retrasada esta mañana porque tiene los estores bajados y las ventanas de los dos dormitorios cerradas. Gladys sabe que la de la izquierda es la de George y la de la derecha la de Sophie. George tiene un estor azul intenso y el de Sophie es rosa irisado. Según Katherine, fue decisión de Sophie cuando quitaron las viejas cortinas con estampado de animales el año pasado. Gladys no está muy segura de que a los niños se les deba dar la oportunidad de elegirlo todo, pero sabe que es mejor guardarse su opinión. Ha tratado a lo largo de su vida con bastantes personas que le han dicho: «Pero tú no tienes hijos, así que no lo entiendes». Una mujer cuya maternidad se ve cuestionada puede volverse bastante desagradable y Gladys ha aprendido a dejar que sea su expresión la que hable. Puede sentir sus labios apretados y sus ojos arrugarse un poco cuando ve lo que considera pobres capacidades parentales, pero no dice nada.

Le resulta raro que todavía no hayan subido los estores. Los niños suelen estar levantados temprano y Gladys se ha acostumbrado a su rutina de gritos mientras corren por el pasillo para despertar a sus padres. Hay un momento en la vida en el que un nuevo día deja de ser un motivo de alegría y se convierte en algo a lo que hay que enfrentarse y superar. Gladys desearía poder determinar la edad en la que dejó de sentirse encantada al ver el amanecer.

Ahora que lo piensa, no los ha oído esta mañana. Son unos niños muy ruidosos y no tendría que oír sus gritos por la mañana si pudieran bajar sus voces un solo decibelio, pero se lo ha mencionado a Katherine, incumpliendo su propia norma de no

comentar el comportamiento de los niños con sus padres, y ha sido en vano.

«Es Lou el que necesita descansar —le dijo a Katherine—. Nuestro dormitorio está en ese lado de la casa y lo oímos todo». Gladys sabe que es culpable de aprovecharse de la enfermedad de Lou. «Mi marido está enfermo», le dice a alguien al menos dos veces al día. Sabe que a él no le gustaría que esté contando lo de su enfermedad a todo el mundo, desde la peluquera hasta la joven de la panadería, pero afecta a su vida tanto como a la de él. Ambas cambiaron de forma irrevocable hace diez años.

«Se lo diré, Gladys. Te lo prometo», contestó Katherine entonces. Estaba cargada de paquetes y parecía un poco aturullada, así que Gladys tuvo que reconocer que no había elegido el mejor momento para sacar el tema, pero no quedaba otra. Cuando George y Sophie eran bebés no había tanto ruido como ahora. Aunque en aquel entonces dormía con tapones porque no soportaba los ronquidos de Lou. Ahora sí necesita oírlo. La aterra que deje de respirar de noche y ella siga durmiendo sin darse cuenta.

—No me extraña que nos hayamos despertado tarde —le grita a Lou—. Creo que esos niños no se han levantado todavía.

El sueño es un objetivo que Gladys se esfuerza por alcanzar cada noche. Siempre se siente completamente agotada cuando se mete en la cama, pero, en el momento en que dan comienzo los ronquidos de Lou, su cerebro se pone en marcha y empieza lo que ha dado en llamar su «rueda de preocupaciones».

«¿He pagado el seguro del coche? ¿Cuándo es la próxima cita de Lou con el médico? ¿Me he asegurado de que el recibo de la luz esté domiciliado? ¿Hay suficiente dinero en la cuenta para pagarlo todo?

¿Por qué hace el coche ese ruido tan raro? ¿Cuánto tiempo más vivirá Lou? ¿Cómo voy a vivir sin Lou?».

Y su cerebro sigue dándole vueltas a todo como un hámster frenético que hace girar una rueda. La de ayer fue una noche especialmente mala y sabe que el último conjunto de números rojos que vio en el reloj que tiene junto a la cama fue 03.00. El agotamiento hacía que todo pareciera peor y que los ronquidos de Lou se convirtieran en un martillo mecánico dentro de su cabeza. Las lágrimas de amargura hicieron acto de presencia y se puso una almohada sobre la cabeza para que el ruido de su llanto no despertara a su marido. Por fin, todo quedó amortiguado y se durmió. Se sorprendió al abrir los ojos a las siete de esta mañana en lugar de a las cinco y media. Sintió de inmediato el miedo de haberse quedado dormida hasta tarde y, al darse cuenta de que la almohada había bloqueado cualquier ruido, se sentó rápidamente para ver cómo estaba Lou y despertarlo.

«Lo siento», le dijo cuando él gruñó pidiendo que «necesitaba un poco de descanso, mujer», pero no lo sentía en realidad. Al menos, seguía vivo.

—Tienen que entrar pronto al colegio —grita ahora Lou.

Cada mañana de entre semana, Katherine lleva a los niños al colegio a pie a menos que esté lloviendo o haga demasiado frío, en cuyo caso los acerca en coche. Gladys y Lou suelen estar sentados para entonces en la habitación de delante, junto al encantador ventanal que da a la calle, desayunando. Tostadas y huevos para Lou y muesli para ella. Cuando los niños pasan por delante de su casa, se asoman por la verja de metal gris de delante y saludan a Lou y a Gladys. «Ahí van esos niños», dice siempre Lou, como si

Gladys no los hubiera visto. «Sí», contesta siempre ella saludándolos con movimientos exagerados para asegurarse de que los niños han visto que los ha saludado.

—Solo son las siete y media, Lou —dice Gladys.

Vuelve al dormitorio con la nariz algo arrugada al notar el calor sofocante que ya hay en la habitación a oscuras desde que ha apagado el aire acondicionado, puesto que iba a abrir las ventanas un rato. Mientras abre también las cortinas y las ventanas de la habitación, Lou la observa con los labios apretados, esforzándose por no repetir lo que opina. Está sentado en la cama, con su pelo gris de punta y su rostro más viejo por la incipiente barba blanca y gris de la mañana. Ella se da cuenta de que Lou tiene la camisa del pijama mal abrochada y se contiene para no abotonársela bien. A Lou no le gusta que lo agobien por la mañana mientras se prepara para levantarse de la cama. Gladys puede ver cómo mueve los pies bajo el edredón, estirándose para quitarse la rigidez que sus músculos han adquirido durante la noche.

—Deberían estar ya todos levantados después del modo en que John se ha marchado esta mañana —dice él con fastidio—. No me puedo creer que no lo hayas oído. Al menos he conseguido volver a dormirme. No hay necesidad de hacer tanto derrape. Y te digo una cosa, yo vendía coches y no es bueno para los neumáticos, nada bueno.

—Ya sé que vendías coches, Lou. Llevamos cuarenta y cinco años casados. No es algo que se me olvide fácilmente, ¿no? —Gladys nota su tono impaciente y se siente culpable, pero ya empieza a estar molesta por el calor de primera hora de la mañana, una sensación que ha empeorado al saber que va a tener que estar encerrada todo

el día en casa porque Peter, el cuidador de Lou, no puede venir hoy. Si no fuera por eso, se iría con el coche a la playa a darse un baño. O podría llamar a Penny, que siempre está dispuesta a salir a comer a algún sitio.

Respira hondo mientras dobla el camisón y lo mete bajo la almohada a la vez que imagina que está en el mar con el olor de la sal intensificado bajo el sol y con el agua fresca arremolinándose entre los dedos de sus pies.

«Mañana iré. Pero hoy practicaré la paciencia. Señor, por favor, dame fuerzas para ser paciente».

Tanto Lou como ella supieron que el párkinson es una enfermedad progresiva cuando se la diagnosticaron a los sesenta y cinco años.

«Tiene mucha suerte de haber llegado tan lejos sin que le afecte de verdad a su vida», les dijo su médico.

«¡Pues estoy jodido si dejo que me afecte ahora!», contestó Lou. No estaba acostumbrado a que nada se interpusiera en su camino. Era un hombre grueso, apenas un poco más alto que Gladys pero con voz fuerte y una imponente presencia. Cuando entraba en una habitación, lo notabas. Tenía un tono profundo que hacía que los demás confiaran en él al instante, razón por la que había tenido tanto éxito en el negocio de los coches. Gladys lo había observado en una ocasión, muchos años antes, cuando había ido a comer con él. Ella se había tomado el día libre y los dos iban a ir en coche a un pequeño restaurante en el puerto donde servían las gambas más deliciosas. Había llegado pronto, así que se había quedado sentada en silencio en la sala de exposición de BMW rodeada por aquellos brillantes coches metálicos que irradiaban lujo y vio cómo Lou hablaba con un cliente. Había agarrado la mano del hombre,

básicamente para estrechársela, pero luego había colocado la otra mano encima y le susurró algo, como si estuviese compartiendo un secreto con él. Lou asentía mientras hablaba y, enseguida, aquel hombre empezó a asentir a la vez que él y la venta quedó cerrada.

El párkinson le había ido afectando lentamente pero sin pausa. Había ido pasando por las diferentes etapas y ahora, a los setenta y cinco años, se encontraba en la fase tres. Podía moverse con el andador, en cierto modo, pero la mayoría de los días necesitaba la silla de ruedas. Peter solía venir al menos cinco horas al día, a pesar de las constantes quejas de Lou de que tener un cuidador era un derroche de dinero.

«No tenemos hijos, Lou, y ya somos mayores —dijo Gladys—. ¿Para qué queremos el dinero?».

«Puede que sigas viviendo por lo menos una o dos décadas más sin mí, ancianita. No quiero que te falte de nada».

«No digas tonterías, hay suficiente para que yo viva muy cómodamente», le contestó ella y después tuvo que esconderse en el baño para poder derramar unas cuantas lágrimas en silencio. Hace mucho tiempo hubo de asumir que no iba a tener hijos, pero en su imaginación había supuesto que, algún día, Lou y ella morirían juntos.

Han compartido toda una vida, han viajado, han experimentado todo lo que el mundo ofrece, desde largas vacaciones en playas bañadas por el sol hasta un crucero a la Antártida. Cada año han pasado la Navidad en un país distinto durante, al menos, tres décadas, y cuentan con muchos y bonitos recuerdos para rememorar. Cuando los dos están de humor, comparan sus opiniones sobre los mejores hoteles en los que se han alojado. Gladys cree

que fue el Langham de Nueva York, donde vieron cómo una tormenta de nieve arreciaba fuera de su ventana mientras ellos tomaban champán en aquella habitación sobria y elegante, pero el favorito de Lou es el InterContinental de Tahití, donde disfrutaron de una estancia justo sobre el mar de un azul zafiro. Los dos están de acuerdo en que la mejor comida que han tomado jamás fue en un pequeño restaurante de un callejón de Portugal donde parecía que solo el público local disfrutaba del plato de pollo. A veces, un recuerdo aparece en la mente de Gladys y le dice a Lou: «Yo creía que no iba a poder parar de reír…», y Lou termina la frase por ella: «Cuando el camarero de Francia te llamó la atención por intentar hablar francés», y los dos se ríen juntos de nuevo a pesar de los años que han pasado. Nunca se han quedado sin temas de conversación; solo últimamente, cuando las cosas han empeorado, sus vidas se han reducido a esta casa y a las conversaciones sobre el deterioro de la salud de Lou.

Gladys no cambiaría su vida por nada, pero la pérdida de su mejor amigo se cierne ahora sobre ella como una larga sombra y, a veces, piensa que su brusquedad con él, su necesidad de estar alejada el mayor tiempo posible, es una forma de supervivencia. No tiene ni idea de cómo va a salir adelante. Hay amigas en su vida, pero ninguna a la que sienta que puede llamar todos los días. Penny es lo más cercano a una mejor amiga, pero apenas dispone de una hora o así para comer juntas. Está ocupada con sus nietos y sus obras de arte.

La entrada de Peter en sus vidas se convirtió en una necesidad hace apenas un año. Gladys se conoce y sabe que, si se siente atrapada en casa todo el día, le entra el mal genio y arremete contra

Lou y, después, la corroe el sentimiento de culpa. Él nunca ha sido un hombre fácil, pero su deteriorado cuerpo lo frustra y hace que se comporte como un gruñón malhumorado. Ella lo entiende, pero no siempre lo trata con la amabilidad que le gustaría.

—¿Crees que debería llamar a Katherine? —pregunta Gladys mientras alisa el edredón a la vez que suaviza su tono y a continuación mulle la almohada—. A lo mejor alguno de los niños está enfermo y puedo llevar al otro al colegio.

—Déjala en paz, Gladys —contesta Lou—. No necesita que te entrometas.

—Es madre de dos mellizos de cinco años. Supongo que agradecerá cualquier ayuda que reciba. Además, me pidió que llevara a George al colegio cuando el mes pasado Sophie tuvo amigdalitis, ¿no?

—Entonces está claro que si te necesita te lo pedirá —responde Lou con un resoplido—. Bueno, ¿tienes idea de cuándo vas a poder prepararme una taza de té? Estoy muerto de sed y sabes que tengo que tomarme la medicación a primera hora de la mañana.

—Ahora mismo, Lou —contesta Gladys mientras sale de la habitación y baja despacio las escaleras en dirección a la cocina. Siente que las rodillas le molestan, pero al menos aún puede caminar; se siente fatal por Lou y por que esté siendo un proceso tan complicado. El año pasado instalaron un elevador en la escalera para Lou, pero ella quiere evitar usarlo. Hacerlo sería como rendirse al proceso de envejecimiento cuando se supone que debe ser la fuerte.

Llena el hervidor y ve los loris en el árbol que hay frente a la ventana, subiendo y bajando por las ramas con sus alas verdes que

lanzan destellos bajo el sol. Normalmente, los niños habrían salido ya al jardín. «Es como si estuviesen alimentados por una fuente de energía inagotable», decía Katherine. Pero Gladys no puede oír el chirrido del columpio ni el parloteo de los niños como suele ocurrir. Decide que se acercará después solo por ver y comprobar que están bien. Es lo que hacen los vecinos. No hay motivos para estar preocupada por la familia, solo que ese pequeño incidente de ayer la ha descolocado un poco. Cuando piensa en ello, siente un cosquilleo de inquietud, como si hubiese algo que tuviera que recordar o algo que tuviera que hacer al respecto.

A lo mejor debería habérselo contado a Lou o incluso a Katherine, pero está segura de que no ha sido nada.

Cuando conoció a Katherine y a John se fijó en los llamativos ojos marrones oscuros de ella y su precioso pelo denso y suelto con sus ondas castañas cayéndole por la espalda. Le notó un pequeño bulto cuando se giró y el viento le ciñó la camiseta contra el vientre. Gladys no dijo nada, consciente de que nunca es buena idea hacer comentarios sobre el cuerpo de una mujer. Cuando era más joven, en una o dos ocasiones le habían preguntado si estaba embarazada y tener que responder que no siempre la ponía triste. Pero Katherine se colocó una mano protectora sobre el vientre cuando vio que Gladys se había dado cuenta. «Mellizos —dijo sonriendo—. Nada más empezar a intentarlo, ocurrió».

Gladys la miró con una amplia sonrisa y la tarta de chocolate de «bienvenidos al barrio» pesándole en las manos. «Qué bonito», contestó.

Si pasara algo malo, Katherine se lo diría. Lo haría, ¿no? Llevan ya bastante tiempo siendo vecinas. No son muy amigas, pero Gladys

espera que Katherine sepa que puede contar con ella si la necesita.

Mientras prepara el té de Lou y lo sube, decide que definitivamente se acercará después para comprobar que todo va bien. No tiene nada de malo ir a ver cómo está una vecina. Nada de nada.

3

Los monstruos se hacen, no nacen. Estoy seguro de que fui un bebé normal. Estoy seguro de que fui un niño corriente. Fui pasando por todas las etapas; hablaba, reía y decía cosas monas. Estoy seguro de que habría crecido y me habría convertido en un hombre bastante bueno si hubiese tenido la oportunidad.

Recuerdo con siete años haber jugado a las canicas en el colegio, ganado una partida tras otra y dado palmadas de alegría. Recuerdo habérselo contado a mi madre y cómo ella sonreía mientras me escuchaba. Recuerdo habérselo contado a mi padre esa noche. Él me escuchó con atención, asintiendo con la cabeza y sonriendo cuando le dije lo bien que me había ido. Me sentía comprendido, querido. Intento acordarme de cómo era él entonces, al menos durante los diez primeros años de mi vida, pero no siempre lo consigo. Su forma de ser en aquella época ha quedado enterrada por cómo fue durante los años que recuerdo con más claridad, porque esos son los llenos de dolor y confusión. Dejaron sus cicatrices.

No puedo precisar cuándo cambió todo porque fue bastante gradual. Señalar sin más su divorcio y decir «Ahí es cuando ocurrió» no me parece acertado. Sucedió a lo largo del tiempo, con un incidente tras otro. Y, en algún momento, me di cuenta de que ya no

me importaba. Mi madre no estaría de acuerdo. Cuando ella creía que yo aún la escuchaba, negaba con la cabeza y decía: «No fue eso lo que sucedió. No lo recuerdas bien».

Pero yo sé la verdad. Atrapados en su propio y fascinante drama, mis padres dejaron de verme.

La gente se divorcia y la vida sigue. Es posible que haya una separación amistosa, un entendimiento entre dos personas y una resolución para cuidar a los niños que estén implicados. No tiene por qué haber rabia, traición, odio ni muerte. No es necesario que todo a tu alrededor estalle por los aires solo para demostrar que te han hecho daño.

Pero, a veces, eso es exactamente lo que ocurre y, cuando es así, casi no se puede esperar que los implicados sobrevivan sin que hayan quedado afectados.

Yo creía que lo que fuera que ocurrió en mi infancia lo había dejado atrás. Pero no, no lo he dejado. Sigue aquí.

Mi padre detestaba la idea de que la mujer de su vida ya no estuviera enamorada de él. Eso era lo que no sabía sobrellevar. «Me dice que jamás podría imaginarse amando a otra persona… ¿y luego me pide el divorcio? ¿Cómo es posible? ¿Qué pasa con nuestros votos nupciales? ¿Qué hay de lo de honrarnos el uno al otro en lo bueno y en lo malo? ¿Qué pasa con eso?». Su confusión era evidente; su desesperación, algo que yo podía sentir.

Soy igual que mi padre.

No me enamoraba con facilidad. No esperaba que eso me sucediera, pero, cuando ocurrió, quise que fuera para toda la vida. Ella tenía otra forma de pensar.

Ahora, tres pares de ojos me miran con expresiones de miedo absoluto. Si alguien me hubiera preguntado la semana pasada si yo era capaz de esto, habría dicho que no. Pero es solo porque he tenido escondido al monstruo durante mucho tiempo. Quizá no lo he escondido tan bien como pensaba. Ha ido saliendo poquito a poco a lo largo de los años y ahora el monstruo es más grande que yo. Es lo que pienso en este instante mientras los contemplo a los tres.

Ellos me miran como si mis dientes fueran puntiagudos y mis uñas afiladas. El monstruo está aquí ahora y sé que soy capaz de cualquier cosa. Esta mañana me miré en un espejo y me fijé en mis ojos enrojecidos y en los arañazos de mi cara. Me gustó mi apariencia. Es pertinente tener este aspecto cuando voy a hacer lo que voy a hacer.

—¿Qué…? —empieza a preguntar ella.

La voz se le entrecorta, su cara está pálida y solo hay miedo en sus ojos marrones. Le doy pavor. No me importa lo que sienta. Tiene las manos entrelazadas con fuerza a las de ellos, con los nudillos blancos mientras la aprietan, y ella responde apretando también, tratando de tranquilizarlos sin conseguirlo. Le gustaría que creyeran que todo va a salir bien porque eso es lo que todas las madres quieren que sus hijos crean. Desde luego, mi madre quería que yo lo creyera. Pero no siempre es verdad y, sin duda, no es verdad hoy.

«¿Por qué?», quiere preguntarme. Pero sé que si ella lo pensara un momento sabría el porqué, lo entendería.

—Shhh, shhh, shhh —le advierto—. Nada de hablar. Ahora estoy yo al mando.

Creo que he intentado ser un buen hombre, el tipo de hombre al que se le podría querer, pero no ha funcionado. Los hombres buenos

no consiguen imponerse. Pero los monstruos, por el contrario…

—Shhh —le digo de nuevo, porque quiero, porque ahora ella no tiene más opción que escucharme—. Shhh.

4

KATHERINE

Si pudiera soltarse las manos de las de ellos, le gustaría agarrarse la piel del brazo y retorcérsela con fuerza suficiente como para dejarse una marca y así poder asegurarse de que se halla aquí de verdad. Que de verdad está mirando a alguien a quien quiere y que supuestamente la quiere, que se encuentra delante de ella y de estos dos niños pequeños, contemplando tan tranquilo el modo de acabar con la vida de todos ellos. Pero, mientras sus manitas se van empapando de sudor entre las de ella, Katherine entiende que no puede soltarlas porque están desesperados por sentir la tranquilidad que ella trata de transmitirles entre los dedos. «Mamá está aquí. No pasa nada. Mamá está aquí». Pero sí que pasa, porque ¿cómo puede ser? ¿Cómo narices este día se ha convertido en esta pesadilla de la que no puede despertar? «Él me quiere. Yo creía que me quería a pesar de todo. ¿Cómo puede estar haciendo esto?».

No es ya una persona a la que conoce o comprende. Antes de hoy lo habría descrito de un modo e incluso podría haberse confesado culpable de la tensión entre los dos, pero ahora mismo no sabría por dónde empezar. «¿Quién eres? ¿En quién te has convertido?», desea preguntarle. Observa cómo frota su camiseta sobre el cañón de la

pistola de metal negro y se pregunta cuándo se ha convertido en este tipo de persona y cómo es que ella no ha sabido ver un cambio tan colosal. ¿Cuánto tiempo ha estado planeándolo? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Cuánto?

—Por favor —dice ella—. No lo hagas.

—Dame tu teléfono —le ordena él.

—No —contesta ella—. Lo necesito. Hay gente que me va a llamar y si no respondo…

Él se acerca adonde están sentados y apoya la pistola en la sien de George, empujándola un poco de modo que la cabeza del niño se ladea. Ella siente cómo su hijo se queda inmóvil, con su cuerpo contra el de ella. Katherine suelta su mano y pasa los brazos por encima de los hombros de su hijo y los de Sophie, apretándolos contra ella, sintiendo cómo se amoldan a su cuerpo.

—Te he dicho que me des el teléfono —insiste él, y ella aparta a regañadientes los brazos de los hombros de sus hijos para sacarlo de su bolsillo y dárselo. Las manos le tiemblan y él se da cuenta y sonríe. «¿Adónde ha ido ese amor entre nosotros?». Tiene miles de imágenes almacenadas en su cerebro de él riéndose, sonriéndole, de días inundados de sol y noches llenas de estrellas. Y, aun así, aquí están. Y él ya no se parece en nada a aquellas imágenes. Se pregunta si alguna vez lo ha visto de verdad o si solo era la versión de él que deseaba ver. Envuelto en su terror hay un pellizco de humillación por lo tonta que ha sido. «Creía que era más lista que esto y ahora mis hijos van a tener que pagar por mi error».

Él mira el teléfono, el salvapantallas de ella con George y Sophie en el último cumpleaños de los dos. Delante de cada niño hay una tarta con cinco velas y el resplandor ilumina sus caras. Ella está en

medio de los dos, agachada para salir en la foto. «Sonreíd todos», dijo su marido, el padre de ellos. Grandes sonrisas.

Cualquiera que mire la foto vería el parecido de sus caras, en forma de corazón con los mentones ligeramente afilados. Los ojos de ella son marrones y los de ellos verdes, pero eso lo han sacado de su padre. Cuando eran bebés tenían el pelo rubio, pero ahora es castaño claro y Katherine sabe que un día Sophie se lo teñirá y lo cambiará, lamentando que se le rice con la humedad como le pasa hoy. No ha tenido tiempo de cepillárselo todavía. No ha dado tiempo.

Recuerda las horas que tardó en hacer las tartas, cortándolas y moldeándolas para que tuvieran la forma del número cinco cada una de ellas. Había hecho ella misma el glaseado, un poco en rosa y otro poco en azul, echando a perder la primera tanda porque le había añadido demasiada agua. No es una buena pastelera. Quiere serlo, pero no tiene esa habilidad. Su madre hacía tartas con facilidad, ligeras y esponjosas, perfectamente decoradas. Si hubiese vivido hasta el quinto cumpleaños de los niños, les habría hecho a cada uno una tarta de cumpleaños como las que hizo cuando cumplieron uno, dos, tres y cuatro.

Katherine traga saliva y abraza con más fuerza a sus hijos. ¿Qué diría su madre ahora si viera esto? ¿Cómo de destrozada se sentiría?

«¿Estás segura, cariño?», le preguntó a Katherine en la víspera de su boda con John. «¿Estás segura?», preguntó igual que había hecho antes en cada decisión importante que Katherine había tomado, concediéndole a su hija la oportunidad de dar un paso atrás. Pero esta mañana no había tiempo para eso.

Los dos niños se aprietan contra su costado, tratando de pegarse aún más, y nota que George está temblando. Tiene las manos

apretadas en puños y ella sabe que su hijo cree que debe ser más valiente y fuerte que Sophie porque es su hermano mayor, aunque lo sea solo por tres minutos. Los niños de cinco años no deberían pensar en que tienen que ser valientes.

Hoy debería haber sido un día corriente. Katherine se había preparado para la ola de calor congelando las botellas de agua de los niños de tal modo que se fueran descongelando a lo largo del día para convertirse en agua fría que pudieran beber en la comida y a la hora de jugar. Ahora deberían estar preparándose para ir al colegio. Esperaba llevarlos antes de que el calor subiera y, después, había planeado hacer algo de ejercicio en la piscina cubierta de su gimnasio antes de ir a la compra. Iba a aprovisionarse bien de helado.

—¿Eso es una pistola de verdad? —susurra su hijo.

—Shhh —responde ella.

Él sonríe y asiente.

—Tan real como la vida misma, pequeño George.

Ayer, George trajo a casa del colegio una nueva canica azul llena de estrellas en su interior que solo podían verse si se pegaba el ojo contra la superficie de cristal.

«Es la mejor canica que he visto nunca», le dijo ella porque era verdad y él respondió con una sonrisa amplia y generosa que le inundó toda la cara y le iluminó sus ojos verdes. A Sophie no le interesan las canicas, pero está obsesionada con las muñecas de Polly Pocket, va con ellas a todos lados y en el colegio la regañan por llevarlas.

Anoche se quedó mirando al techo durante unas horas, incapaz de cerrar los ojos, preocupada por que su hija se esté metiendo en líos

a los cinco años. Decidió que iba a hacer mapas celestes para los mellizos, como recompensa por su buen comportamiento. Lo que la preocupaba era que sus hijos, en especial Sophie, estaban empezando a notar la tensión en casa. Había creído, había esperado, estar ocultándoles las cosas a los niños, pero temía que no fuera así.

Su mente vuelve a la discusión de anoche, aunque probablemente llamarla discusión es quedarse corto.

John terminó durmiendo en el sofá de abajo antes de salir corriendo esta mañana, todavía lleno de rabia, derrapando con el coche en el camino de entrada. Katherine se alegraba de que él fuera a estar ausente todo el día, pero en ese momento no sabía lo que estaba por llegar.

«¿Y papi?», preguntó Sophie cuando se metió en su cama al salir el sol. Había intentado que fueran más silenciosos por las mañanas. Gladys se queja de que hay demasiado ruido y se siente mal por Lou, que necesita dormir. Casi siempre se olvidan, pero esta mañana sus dos hijos han sido tan silenciosos que no los ha oído hasta que ya estaban en la habitación.

«Ha dormido abajo porque le dolía la espalda».

«Le duele la espalda mucho —dijo George—. A lo mejor debería ir a un médico de la espalda».

«A lo mejor», convino Katherine, triste por la mentira que les estaba contando a sus hijos, por la necesidad de mentirles, pero no podía decirles la verdad. Su mundo quedaría hecho añicos y no estaba segura de que pudieran volver a recuperarlo.

Pero, ahora… ahora es demasiado tarde. Es mucho peor que demasiado tarde. Ha aceptado la idea, contundente y asfixiante, de

que el día de hoy solo puede acabar de una forma. Es mucho peor que demasiado tarde.

Ayer había una canica nueva, preocupaciones por el colegio y espaguetis para cenar y hoy hay una pistola y el olor del miedo empieza a inundar la habitación.

Anoche hubo una discusión que pareció ir demasiado lejos y ahora están aquí.

Nada de lo que ella pueda decir cambiará la situación. Su única esperanza es salvar a los niños. Tiene que mantenerlos a salvo.

Las palabras que soltó vuelven a su mente.

«Te voy a dejar y me voy a llevar a los niños».

«No vas a ir a ningún sitio, Katherine. No seas absurda».

Estuvo acertado al decir eso. Terroríficamente acertado.

—Las pistolas matan a las personas —dice George.

Ella asiente sin pensar y después se arrepiente. No deben asustarse todavía más. John y ella habían acordado que no iban a dejar que los niños jugaran con pistolas de juguete porque no querían que consideraran las armas como algo con lo que se puede fingir ni tampoco querían incentivar ideas violentas. Ahora hay una pistola de verdad en su casa, en su hogar, apuntándola a ella y a sus hijos. Incluso cuando estaba soltera y trabajaba en la ciudad como asistente administrativa de un hombre viejo y huraño que la llamaba Katie, y vivía en un apartamento de un dormitorio en un barrio de dudosa reputación, jamás había visto una pistola. Hasta ahora.

—No va a pasar nada —les dice con ternura.

—No va a pasar nada —repite él apuntando la pistola directamente a la cabeza de ella, con voz alta y estridente.

¿Es una pistola de verdad? ¿Podría estar haciendo esto con algo que no fuera de verdad? Pero nota que es pesada. Es real.

—Lo cierto es que sí que va a pasar algo —dice él cayendo de rodillas delante del sofá donde están sentados—. Al menos, a vosotros. —Se ríe y unas gotas de saliva le salen de la boca y Katherine siente que un rayo de odio abrasador le va subiendo desde los dedos de los pies. ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo puede estar haciéndoles esto?

Él vuelve a mirar el teléfono de ella y, a continuación, lo apaga y se lo mete en el bolsillo. Katherine siente un arranque de pánico al verse encerrada con los niños y con él aquí dentro, sin ninguna forma de comunicación con el mundo exterior. Ya lo ha intentado esta mañana cuando ha ido a la puerta.

El timbre de la puerta lo había sobresaltado y, por un momento, parecía inseguro.

«¿Esperas a alguien?», había preguntado en voz baja.

«No».

«Pues deshazte de quien sea, deshazte de él rápidamente. Habla a través de la mirilla. Ni se te ocurra abrir la puerta».

«¿Puedo llevar conmigo a los niños?».

Él negó con la cabeza con un movimiento largo y lento, como una figura paterna decepcionada con un niño, manteniendo la mirada fija en ella mientras las comisuras de su boca se elevaban un poco ante la ridícula petición de ella.

«Parece que crees que soy tonto, Katherine. ¿Crees que soy tonto?». Se dio un suave toque en la cabeza con el cañón de la pistola.

«No, no. Ya voy. Me desharé de quien sea».

«Estaré escuchando todo lo que dices. Cada. Palabra». Mientras decía esto, movió la pistola adelante y atrás entre ella y las cabezas de los niños. Katherine tragó saliva para no vomitar.

Notó que el repartidor estaba molesto con ella. No pudo hacerle entender y él se había marchado llevándose el ordenador nuevo. Eso había sido parte de su plan para el día de hoy. Nadar, hacer la compra e instalar su nuevo ordenador. Un día muy normal.

—¿Qué quieres? —le pregunta ella ahora con la voz áspera por el terror. ¿Cómo va a sacar a los niños de aquí y alejarlos de él?

—Quiero… quiero que me escuches. Que no me interrumpas, ni me expliques ni te justifiques. Solo quiero que me escuches.

—Te escucharé —contesta ella—. ¿Y después qué? ¿Qué va a pasar? —Desea poder ocultar la desesperación de su voz, poder controlar su cuerpo cuando se le escapa una lágrima y le cae por la mejilla.

—Tendrás que esperar para verlo —responde él, y se sienta en el sillón reclinable de piel, empuja el asiento hacia atrás y levanta los pies, relajado y tranquilo.

Dispone de todo el tiempo del mundo. Katherine sabe que sus hijos y ella no. Él no tiene ningún plan. Lo que tiene es rabia y un arma y ella puede sentir, con un hormigueo en la piel, que eso lo hace más peligroso que si supiera lo que va a hacer. Mucho más peligroso.

5

Seis horas antes

LOGAN

Logan vuelve a subir a la furgoneta, arranca y gira la rejilla del aire acondicionado hacia él. Siente que lleva levantado toda una eternidad, pero solo son las ocho y media de la mañana. Esta última entrega era pesada: dos cajas de libros para lo que parecía un estudiante universitario que vivía en un edificio de tres plantas sin ascensor. El chico parecía tan ansioso por abrir los paquetes que había empezado a arrancar la cinta antes incluso de cerrar la puerta. Logan se pregunta cómo debe de ser sentir tanta pasión por algo, querer leerlo y saberlo todo sobre algún tema. Ahora le cuesta recordar cómo era cuando tenía la edad de ese muchacho, dieciocho o puede que diecinueve años.

La rabia es una sensación que le viene a la mente cuando piensa en sí mismo en esa etapa de la vida, cabreado con todos menos con Maddy, que tenía once años en aquel momento y una risa contagiosa que siempre conseguía ponerle de buen humor.

Suena de nuevo un mensaje en el teléfono y, aunque sabe que no debería mirarlo mientras conduce, se arriesga a echar un vistazo rápido.

Llámame. YA.

—Ah, ahora resulta que es una orden, ¿no? —dice Logan con desprecio.

En un semáforo, toca la pantalla del salpicadero de la furgoneta y llama a su hermana.

«Hola, soy Maddy. Déjame un mensaje».

—Hola, Maddy. Es solo por saludar. Quería saber cómo va todo. Llámame cuando puedas.

Probablemente Maddy se encuentre ya en la universidad. Está haciendo una licenciatura de magisterio gracias a un programa de formación para mayores, aunque a él le cuesta creer que a los veinticinco se la considere mayor. La preocupa quedarse atrás, por lo que se esfuerza más que la mayoría de los estudiantes. Esa es otra razón por la que la idea de que siga con Patrick le fastidia tanto. A Logan no le gusta el hecho de que ella se esfuerce tanto porque eso hace que no le preste tanta atención.

«Ya podría buscarse un trabajo —le dijo Logan—. Debería trabajar para que tú no tengas que ser camarera por las noches y estudiar durante el día».

«Lo está intentando, Logan, pero no tiene ningún título. Cree que le puede interesar la arquitectura. Dibuja muy bien».

«Ah, ¿sí?», se mofó Logan.

Logan desearía que ella siguiera viviendo en Sídney para así verse con más regularidad, pero supone que debería dar gracias por que esté a solo dos horas de avión y puedan hablar a todas horas. Maddy había sentido la necesidad de alejarse de su familia aún más que Logan. «No debo vivir en el mismo estado que ellos. Siempre están intentando que vaya a verlos y no quiero que me convenzan para volver». No la culpa por desear mantenerse alejada de ellos. Él se fue cuando cumplió los dieciocho años. No tenía otra alternativa que marcharse. «Llévame contigo», le suplicó Maddy, pero él sabía que no tenía capacidad para cuidar de una niña, aunque le rompiera el corazón tener que decirle que no a su hermana.

«No puedo, Maddy. No tengo dinero y debo buscar un sitio donde vivir. Pero te llamaré todos los días».

«¿Lo prometes?», preguntó ella el último día que él pasó en casa, mientras su padre le miraba con desprecio y su madre no le hacía caso. Solo Maddy tenía lágrimas en las mejillas y él la agarró y la abrazó con fuerza.

«Lo prometo», susurró. Daba igual lo que pasara en su vida. Jamás abandonaría a su hermana.

Maddy lo estuvo pasando mal un par de años cuando llegó a Melbourne, pero ahora parece que ha encontrado su camino.

A Logan le costó mucho más tiempo. No veía qué camino seguir en el mundo y, durante años, sabe que pasó por la vida dejando que las cosas le ocurrieran, metiéndose en asuntos en los que nunca había planeado meterse. Hasta que todo se detuvo la noche que conoció a Debbie.

Solo desde que empezaron a estar juntos comenzó a entender lo que debía ser una familia de verdad. Debbie se pasa el día al

teléfono con su madre, su cuñada y su montón de primos. Si alguien se pone enfermo, todos llaman y se preocupan. Si hay un cumpleaños, hablan de los regalos. Celebran los triunfos y se inquietan por las tragedias.

Toca la pantalla del salpicadero mientras conduce para buscar el número de Debbie. Hoy está en casa en lugar de en el hospital. Es enfermera en la planta de maternidad, donde ayuda cada día a traer nueva vida al mundo. Pero es un trabajo agotador y ella parece contagiarse de todas las enfermedades que hay alrededor. Esta mañana, muy temprano, él le ha preparado una taza de té y se la ha dejado en su mesita de noche para que tenga algo para beber cuando se despierte, aunque probablemente se le habrá quedado tibia.

Está seguro de que ya se habrá levantado.

—Hola, cariño —responde ella—. ¿Hace suficiente calor para ti?

Él se ríe.

—¿Vas a preguntarme eso cada vez que te llame hoy?

—Sí. Acabo de terminar mi libro, así que, hasta que me baje otro, tú eres mi única vía de entretenimiento.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno, con algo de náuseas, un poco hecha una mierda. Al menos la nariz ya no me moquea, pero, claro, he tomado bastantes cosas para que sea así.

—Pobrecita. Oye, esta mañana he tenido una entrega rara.

—Uy, pues cuenta… ¿Una señora desnuda?

—Qué va. —Logan se ríe.

Una vez le pasó algo así. Lo malo es que ella tenía ochenta años por lo menos. Había sentido mucha lástima al ver que ni siquiera era

consciente de que estaba desnuda. Él había desviado la mirada y fingido que llevaba ropa encima.

—Debía entregar un ordenador y me lo tenían que firmar, pero la mujer no ha querido abrir la puerta.

Debbie se queda un momento en silencio.

—¿Llevas manga larga? —Hace la pregunta con tono suave porque sabe que ahora mismo esto es lo peor de su trabajo. En invierno no hay problema, pero él odia pasar calor. Le hace sentirse atrapado y le da claustrofobia, y odia sentirse atrapado.

—Sabes que sí, Debs. Se lo prometí a Mack, ¿no?

No es que tuviese los brazos cubiertos de tatuajes; era más bien el tipo de tatuajes. El cuchillo goteando sangre; la pistola disparando una bala con las palabras TODOS MUEREN escritas por debajo. La calavera y los huesos cruzados con la cara de una mujer que grita por detrás de una de las cavidades oculares; la serpiente con colmillos que se retuerce y se eleva por su cuello. Decisiones tomadas cuando estaba borracho o furioso. Son las decisiones de las que se arrepiente cada día. Quitarlos le costaría una fortuna y le dejaría lleno de cicatrices. Ha pensado en tapárselos con otros tatuajes, pero el simple hecho de entrar en un estudio de tatuajes le incomoda y le trae recuerdos que no tiene interés en rememorar. Fue un hombre distinto el que se hizo esos tatuajes y no quiere encontrárselo de nuevo.

—Claro que sí. Perdona, cariño. Sé que debe de ser muy incómodo —dice Debbie.

—No te preocupes. En fin, pues esa mujer no me quería abrir la puerta y cuando le he dicho que podía esperar a que se vistiera o lo que fuera me ha contestado que yo tenía que entender que no podía

abrir la puerta, como asegurándose de hacer hincapié en la palabra «entender».

—La gente es muy rara —comenta Debbie.

Logan niega con la cabeza.

—Creo que en esa casa pasa algo. Ni siquiera se oía ruido de los niños y sé que tenía que haberlos porque había unos patinetes en el jardín.

—Me parece que estás sacando demasiadas conclusiones de lo que te ha dicho. A lo mejor los niños se fueron pronto al colegio o estaban con su padre o quedándose en casa de unos amigos y ella se estaba divirtiendo con su marido o su amante. Nunca se sabe lo que pasa tras una puerta cerrada, como se suele decir.

—Puede ser, pero creo que pasa algo —insiste Logan con el ceño fruncido.

—No le des muchas vueltas, cariño. Sigue con tu jornada y tendrás una cerveza fría esperándote cuando vuelvas a casa. Quizá si me encuentro mejor podemos ir a la playa a dar un paseo.

Logan se muerde el labio. Sabía que Debbie le iba a decir que no se obsesionara con la entrega. Probablemente se lo está inventando todo y ha dejado que su imaginación se dispare, pero no puede evitar sentirse inquieto. Es casi como algo físico, el estómago se le revuelve, como si su cuerpo le estuviera diciendo que preste atención.

—Lo de la cerveza fría suena bien —contesta él, sabiendo que no tiene sentido decir nada más. No puede hacer que Debbie lo entienda porque ni siquiera él comprende por qué le preocupa una mujer a la que no conoce de nada en una casa en la que nunca ha estado.

—Seguro que sí. Te quiero, cariño. Disfruta del resto del día.

—Yo también te quiero. Descansa y ponte buena.

Debbie cuelga con un beso y Logan sonríe. Se frota el mentón al recordar la primera vez que vio a Debbie. Fue a las tres de la mañana en la sala de urgencias de un hospital.

Él estaba lleno de sangre tras haber atravesado una ventana con el puño, grogui por la pistola paralizante y temblando por los últimos efectos del cristal tras probarlo por primera vez. La policía lo había llevado para que le vieran la mano. Logan sabe que había dos agentes y que uno era un hombre y el otro una mujer, pero cuando lo piensa ahora no puede recordar nada de sus caras. Al principio, había sido un buen colocón, como si el cuerpo se le inundara de dopamina y la adrenalina le corriera por las venas. Recuerda que se sintió invencible, y creyó que podría atravesar sin más con el puño la puerta de cristal del lateral de una casa donde había terminado, sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí. No pensó que le fuera a pasar nada; ni siquiera sintió el dolor.

Ahora sabe que había corrido cinco kilómetros desde la casa de Nick. Él era su compinche, literalmente. Un compañero del gimnasio, el único sitio donde Logan se sentía en casa, donde había encontrado a gente que lo comprendía. Nick era pequeño y delgado, con cara de niño inocente. Hablaba más que hacía ejercicio. Era drogadicto, pero le dijo a Logan que lo tenía bien controlado. Sus padres habían tratado de ayudarlo, también en su colegio y en terapia. A Logan le parecía que todo el mundo había tratado de ayudar a Nick para volver a meterlo en vereda. Pero Nick no tenía deseo alguno de que lo ayudaran.

Juntos habían amasado una pequeña fortuna eligiendo las casas más adecuadas en las que colarse. Juntos habían entrado en casas en cuyos sótanos cultivaban cannabis y en cuyos trasteros fabricaban metanfetamina. Ahí siempre había dinero, montones de dinero en efectivo, y nadie lo iba a denunciar a la policía. Era un trabajo peligroso porque siempre había pistolas, yonquis y personas que se dedicaban a proteger lo que hacían. Pero Nick y él eran listos. Daban un par de golpes y después mantenían un perfil bajo durante varios meses, viviendo de lo que habían sacado. Lo habían hecho durante años, desde que se habían conocido cuando Logan tenía veintitrés años y buscaba una forma de salir de trabajos de poca monta de los que siempre le despedían por bocazas o por haber pegado a alguien. No se le daba bien someterse a la autoridad y se tomaba las críticas como algo personal.

Nick y él no habían empezado con casas donde había drogas.

«Conozco un sitio cerca de donde viven mis padres —le dijo una noche Nick mientras tomaban una cerveza—. Acaban de mudarse a la casa pero no viven ahí de verdad porque acaban de pintar. Está llena de cosas y sin gente».

Logan frunció el ceño.

«¿Y qué?».

—Que a lo mejor podemos entrar y coger algunas cosas. Conozco a un tío que puede deshacerse de todo. Sin líos, sin problemas. Y tienen seguro. Ni siquiera les va a importar».

«Yo no soy un ladrón, Nick».

«Ya. ¿Y qué eres, Logan? ¿Estás a punto de terminar tu licenciatura en medicina?». Nick lo miraba con una ceja levantada y una sonrisa de burla.

«No seas gilipollas».

«No estoy siendo gilipollas. Solo digo que es dinero fácil. Entramos, salimos y disfrutamos de la pasta».

Y sí que había sido dinero fácil. Logan recuerda la sensación de control mientras contaba los billetes del montón que le correspondía. Habían tardado una hora y tuvieron el dinero por todo dos días después. Metió cincuenta dólares en un sobre y se lo envió a Maddy diciéndole que lo escondiera bien y lo usara para comprar lo que necesitara para el colegio, consciente de que el efectivo en casa de sus padres desaparecía en cigarros y alcohol con bastante rapidez. Sintió que por primera vez en su vida se le daba algo bien.

No siempre fue fácil. Había casas con alarmas, perros ladradores y dueños enfurecidos. Se iban si había algún ruido y, cuando llegaba la policía, ya hacía rato que se habían marchado.

Fue Nick quien propuso dirigir el objetivo a casas donde la delgada línea de la delincuencia se atravesaba cada día.

«Nadie llama a la policía cuando se roba dinero que han recaudado con la venta de sus productos. Nadie». Se sentía muy seguro y siempre creyó que conseguiría salirse con la suya. Y así fue, casi siempre.

La adicción a la cocaína de Nick seguía bajo control, o eso decía, pero estaba empezando a experimentar con otras cosas.

Logan no tiene ni idea de por qué, esa noche en particular, se llevaron algo de droga además del dinero. Normalmente, dejaban atrás las drogas, esa era parte de la estrategia. Y eso implicó que consiguieran irse de rositas durante años.

Ahora, mientras conduce la furgoneta, Logan entiende que sea cual sea el trabajo que tengas siempre será mejor que no tener

ninguno. Al terminar la jornada, puede sentarse junto a su mujer sabiendo que ha hecho algo, si no que merezca la pena, sí aceptable y útil al menos.

Logan aparta de su mente los pensamientos de Nick, que sigue en la cárcel porque su confianza en sí mismo no mantuvo siempre alejada a la policía, y sigue enfadado con el mundo. Todavía tiene intención de volver a su antigua vida.

Se detiene delante de otra casa, sale de su furgoneta y ve un gran pastor alemán inmóvil junto a la verja.

Mira en la pared de la casa, aliviado al ver un panel de control con un timbre. Lo aprieta y se aparta mientras el perro lo mira fijamente.

—Eres un mocoso guardián, ¿no? —le dice al pastor alemán. El perro responde con un suave gruñido.

La puerta se abre y por el camino de entrada sale corriendo una joven con pantalones cortos y una camiseta diminuta.

—Perdona, perdona —dice con una sonrisa—. James, sé bueno. Voy a abrir la verja y no te vas a mover.

—¿Se llama James? —le pregunta Logan mientras ella abre la verja y él le entrega la caja.

—Sí. Muchas gracias. —La chica se parece un poco a Debbie, con la misma figura diminuta y grandes ojos color avellana.

Vuelve a la furgoneta y piensa de nuevo en aquella noche que lo llevó a la sala de urgencias. No tiene ni idea de por qué decidió dar una calada cuando Nick se lo ofreció. A él le iban las cervezas y, a veces, un buen whisky, pero jamás en su vida había tocado las drogas. Se había criado en un barrio en el que había visto lo que les ocurría a los que sucumbían a la promesa de pasar un rato fuera de

su miseria. Había visto cómo Nick se ponía nervioso y sudoroso cuando necesitaba su siguiente chute.

Pero esa noche había accedido, había fumado lo que Nick le había enrollado, suponiendo por error que fumar cristal en lugar de inyectárselo tendría menos efectos. Estaba cansado de lo que hacía con su tiempo, cansado de su vida solitaria y de Nick. Cansado de sí mismo. «¿Por qué no?», pensó. Recuerda ahora el subidón, la sensación de ser tan poderoso que habría podido levantar un coche en el aire si hubiera querido.

Sabe que se puso de pie y que salió de la casa de Nick, y sabe que empezó a correr. Sentía que podía volar. Cuando se vio en un jardín, en un barrio en el que nunca antes había estado, miró una puerta de cristal de doble hoja y pensó: «Debe de ser fácil de abrir». Y, a continuación, atravesó el cristal con el puño, lo rompió y se cortó la mano; la alarma empezó a sonar y el propietario acudió corriendo. Logan sonrió al ver que era una mujer. Una mujer alta, pero una mujer de la que podría encargarse. Cogería lo que le diera tiempo y saldría de nuevo volando. Pero ella se lanzó sobre él, con furia y con fuerza, y le dio en la nariz. La sangre le salía a chorros de la cara, despertando su propia rabia, y respondió con otro golpe. Le rompió el pómulo, le fracturó la cuenca ocular y cayó al suelo.

Recuerda a la mujer en el juicio. No la había reconocido, ni siquiera se acordaba de cómo era, pero la impactante declaración de la víctima le llenó de miedo y dolor. Le escribió desde la prisión para pedirle perdón. Le escribió tres veces y, después, lo dejó. Llegó a la conclusión de que ella tenía derecho a seguir con su vida y, con suerte, pensar menos en él cada año que pasara.

Comprueba su siguiente entrega. Está cerca, en una calle a la que ya ha ido antes, por lo que no necesita el GPS. Mientras conduce, se pregunta qué pasaría si llegara a una casa en la que entró a robar. ¿La reconocería o todas ellas han quedado fundidas en una sola? No sabe siquiera la dirección de la casa donde vivía la mujer a la que atacó. ¿Y si un día se abría una puerta y aparecía ella? La idea le hace mover los hombros hacia atrás, con una repentina sensación de incomodidad. La imagen de su cuerpo tirado en el suelo de su cocina de color piedra regresa a su mente. Se quedó mirándola y, después, allí estaba la policía, apareciendo de la nada. Ahora sabe que ella los había llamado antes de enfrentarse a él. Había oído que rompía el cristal. Logan creyó que estaba actuando con rapidez pero, en realidad, se quedó allí un rato, viendo la luz azul giratoria de la alarma dando vueltas y reflejándose en los trozos del cristal roto de la puerta, hipnotizado por los brillantes destellos.

La policía le dijo que se quedara quieto, que se tirara al suelo, pero Logan seguía colocado y avanzó hacia ellos. Le dieron un aviso, dos, y, a continuación, la pistola táser le dio en el pecho, paralizándolo y obligándolo a agacharse. El dolor hormigueante le atravesó el cuerpo y el colocón fue desapareciendo.

La policía lo levantó unos minutos después y le dieron una toalla para la mano. Solo llegó una ambulancia y Logan recuerda que oyó las palabras: «Nos lo llevamos con nosotros» y que, después, estaba en el asiento de atrás de un coche patrulla, con el cuerpo temblándole mientras el shock sustituía al resto de emociones.

Sabe que las manos del agente de policía eran grandes y fuertes y que le doblaron el brazo con fuerza, apretándole el músculo de modo que Logan supiera exactamente quién tenía el control. En

cuanto lo metieron en una cama en un pequeño módulo de la sala de urgencias tapado con una cortina, dejó caer la cabeza al sentir el escozor de las lágrimas en los ojos. Con veintiséis años había echado a perder toda su vida sin pretenderlo, sin pensarlo. Nunca había tenido un plan ni un sueño y ahora iba a ir a la cárcel. Y a nadie le iba a importar, salvo a Maddy. Ella se sentiría abandonada y decepcionada. Eso hizo que las lágrimas le quemaran los ojos.

Sabía que la había cagado, no le cabía ninguna duda. También experimentó una pequeña sensación de alivio. Nunca habría parado a menos que algo lo detuviera. Y ahora había pasado.

«¿Puedes tumbarte bocarriba, por favor? —oyó que decía una voz suave. Se movió hacia atrás y apoyó la cabeza en la almohada. Sintió cómo le esposaban la mano sana a la barra de la cama—. Creo que ya está tranquilo, agente —añadió la voz—. Quizá podría dejarme un poco de espacio».

Logan miró a la enfermera, que le exploraba con delicadeza la mano, limpiándola y tocándola con suavidad para ver si había algún cristal clavado en la carne. Tenía la piel pálida bajo la fuerte luz del hospital, pero suave y perfecta. Sus ojos avellana estaban rodeados de unas largas pestañas negras y se le había soltado un rizo de su moño cuidadosamente recogido.

«Parece limpia y no creo que ninguno de los cortes sea lo bastante profundo como para poner puntos. Lo limpiaré y vendaré y en un rato vendrá el médico».

Logan asintió, horrorizado al ver que la manera con que le hablaba, la amabilidad de su voz, le estaba provocando más lágrimas que le caían por la cara.

«Tranquilo —le dijo ella con ternura antes de extender la mano para limpiarle una lágrima—. Puede que este sea el peor día de tu vida, si así lo quieres. Puede que nunca vuelvas a tener un día tan malo como este. Si es eso lo que quieres».

Logan sonrió.

«Es lo que quiero», dijo, y miró a la enfermera, con su reconfortante olor a jabón limpio y cierto perfume de flores, un aroma que siempre recordaría. DEBBIE, ponía en su placa. Tenía un pequeño lunar sobre sus labios carnosos y rojos y quiso tocarle la boca, pero sabía que era mejor no hacerlo y se sintió agradecido porque, al menos, había empezado a pensar con sensatez.

«Apuesto a que esos tatuajes te dolieron más que esto», dijo ella y él asintió. No pudo explicarle entonces que había placer en el dolor de un tatuaje, en el pinchazo repetido de la aguja, en poder soportar el dolor que le cambiaba la piel, que le cambiaba a él. Tenía su dolor y su rabia representados en su cuerpo, cicatrices que podrían verse.

Nunca había esperado volver a ver a Debbie. Pero durante los meses siguientes a declararse culpable y ser enviado a prisión, había pensado en ella. En la cárcel, se aferró a sus palabras. Tenía que asegurarse de que el día que lo detuvieron, colocado y violento, la primera vez que había hecho daño de verdad a alguien que no lo merecía, era el peor día de su vida. Fue un preso modélico, recomendado para salir en libertad condicional tres años después. Practicaba ejercicio, asistía a clase e hizo sus exámenes finales para completar su formación. Y, lo más importante, se mantuvo alejado de líos. Era lo suficientemente grande para que lo dejaran en paz, lo suficientemente callado como para no molestar a nadie y, el día que

salió, aprovechó la mayor oportunidad que le habían dado en su vida.

Volvió al hospital y preguntó por ella, consciente de que probablemente no podrían identificarla solo por su nombre y una descripción; consciente de que, aunque pudieran, probablemente se metería en algún lío por comportarse como un acosador. Pero no lograba dominar la necesidad de decirle que sus palabras habían significado algo.

«Busco a una enfermera —le explicó a la mujer que estaba sentada en la recepción del hospital y, a continuación, se quedó en silencio, intentando que su cuerpo de metro noventa y cinco cubierto de tatuajes no resultara amenazador. Bajó los hombros y agachó la cabeza, tímido y dulce. Nada de que preocuparse—. Se llama Debbie y me trató hace unos años. Tiene el pelo rubio y ojos avellana con un lunar justo aquí —explicó mientras la mujer apretaba la boca con gesto de desaprobación—. No sé si sigue trabajando aquí —añadió levantando las manos—. Pero solo quería darle las gracias por ser tan amable conmigo. Me sentaré ahí. —Señaló hacia los sofás de piel de imitación—. Esperaré unos minutos y, si usted quiere que me marche, me iré sin más».

Se apartó del mostrador mientras los ojos de la mujer vigilaban cada paso que daba, y se sentó. Estaba siendo un idiota, pero no parecía que pudiera hacer otra cosa. Sabía que tenía que verla y darle las gracias y, después, podría salir al mundo exterior y tratar de empezar a reconstruir su vida.

Vio cómo la mujer levantaba el teléfono hacia su oreja. Esperó a que los guardias de seguridad fueran a por él, a que la policía apareciera por la puerta de entrada. Bajó la mirada a su teléfono

nuevo, leyó algunas páginas de noticias mientras el corazón se le aceleraba y notaba que los dedos le temblaban un poco. Respiró hondo y sintió en la garganta el olor del antiséptico.

«Disculpa», oyó.

Levantó los ojos y ahí se encontraba ella. Estaba exactamente igual, solo que llevaba el pelo recogido en una coleta baja y pudo ver que, cuando se lo soltara, le colgaría por la espalda. El aroma floral seguía también ahí, devolviéndolo a la noche en que se habían conocido con una ráfaga embriagadora. Se puso de pie, cerniéndose sobre ella, y, después, se sentó de nuevo cuando ella dio un paso atrás.

«No sé si me recuerdas, pero me trataste hace tres años y me dijiste… Fuiste tan… Yo solo quería…».

Ella sonrió y apareció un hoyuelo en una mejilla, con sus dientes formando una línea blanca y regular.

«Claro que te recuerdo. Cuesta olvidar a un hombre de metro noventa y cinco y lleno de tatuajes que llora. Esa noche estuve en urgencias porque andábamos cortos de personal. Normalmente me ocupo de personas más pequeñitas que lloran todo el rato».

«¿Puedo llevarte a cenar? ¿O a tomar un café? ¿O a comer? ¿O lo que sea? Me ayudaste. Me ayudaste de verdad y solo quería darte las gracias». Necesitó todo su autocontrol para no extender la mano y tocarla. No había tenido intención de pedirle que salieran, solo de darle las gracias. Pero ese hoyuelo, esa sonrisa… Se preparó para un no. No podía recordar a la mitad de las mujeres con las que se había acostado antes de ir a la cárcel, pero sabía que nunca le había importado si las vería otra vez o no. Sabía que ella le iba a decir que no.

«Salgo a las cinco y tengo mucha hambre porque me he saltado el almuerzo. ¿Te parece bien a esa hora?».

«¿Hoy?».

«Sí, ¿es muy pronto?».

«No…, es… Aquí estaré. Gracias, Debbie. ¿Puedo llamarte Debbie?».

«Puedes, y yo puedo llamarte… Me temo que he olvidado tu nombre».

«Logan».

«Te veo a las cinco, Logan».

No tenía miedo de él, aunque debía de saber que era una persona a la que convenía temer.

Después de estar juntos unos meses, le dijo: «Vi algo esa noche, la noche en que te curé. Supuse que habrías ido a la cárcel. Vi al niño que fuiste antes y supe que, sobre todo, eras una amenaza para ti mismo. Y no es que fuera tonta. Me impactó volver a verte, pero, por tu forma de comportarte, intuí algo y sentí interés por saber quién eras. Tenía un poco de miedo y le dije como a cinco personas adónde íbamos, y no permití que me llevaras a casa. Pero solo lo hacía por seguridad. Sabía que eras un buen tipo».

Y él ha intentado ser ese «buen tipo» desde que salió de prisión. No ha sido fácil. Conseguir un trabajo siendo un exconvicto es casi imposible, lo cual es el motivo por el que tanta gente termina volviendo a la cárcel. Ha sufrido momentos de desesperación desde que lo soltaron y, cuando piensa en el riesgo que estuvo a punto de correr, un riesgo en el que prefiere no pensar, se siente agradecido de haberse contenido a tiempo, de no haber seguido adelante. Solo espera que nada de eso vuelva a su vida.

Suena un mensaje en su teléfono, pero no lo mira mientras aparca en la puerta de su siguiente entrega. Sabe de quién es y no va a responder. Hoy no.

Mira el reloj del salpicadero. Son casi las diez y no le vendría mal un café y algo de comer.

Piensa otra vez en la mujer de la casa mientras abre la puerta lateral de la furgoneta y coge la caja. Cuando se dedicaba a entrar a robar en casas desarrolló un intenso sentido del peligro. Notaba que el corazón se le disparaba y un hormigueo en la piel, incluso cuando la casa estaba en silencio, y sabía que tenía que actuar con más cautela porque eso significaba que algo iba mal, que había algo que no había visto, algo que era una amenaza para él. Se da cuenta ahora de que eso es lo que sintió cuando hablaba con esa mujer esta mañana. Sintió peligro.

Se queda un momento ante la verja de esta casa, con un hormigueo en la piel mientras asimila que eso es lo que le ha pasado esta mañana. Los viejos instintos han vuelto y le advierten que preste atención.

—¿Es para mí? —pregunta un anciano que está en el jardín delantero con una pala en la mano. Logan ni siquiera lo había visto.

—Ah, sí. Perdone —responde.

El hombre se ríe.

—Este calor puede hacer que se nos vaya la cabeza. —Abre la verja y coge el paquete de las manos de Logan—. Gracias —dice, y Logan asiente y vuelve a su furgoneta. Su instinto nunca se equivoca, salvo aquella vez que él estaba desquiciado por culpa del cristal. El instinto lo mantuvo a salvo en situaciones peligrosas durante años.

Y ahora lo sabe con seguridad. Esa mujer está en peligro.

6

GLADYS

Gladys carga el lavavajillas antes de entrar en la sala de estar para ver cómo se encuentra Lou. Ha vuelto a quedarse dormido, cosa que últimamente le ocurre cada vez con más frecuencia. El simple hecho de estar despierto parece agotarle.

Los niños no han pasado todavía por delante de la casa. Lou y ella han desayunado y han estado observando con atención. Le gustaría sentarse a leer, pero se siente un poco nerviosa sin ningún motivo en particular. Entra de nuevo en la habitación de invitados y mira hacia la casa de al lado. Los estores siguen bajados; las ventanas, cerradas. Puede que simplemente Katherine esté siguiendo el consejo que han dado en las noticias de mantener ventanas y estores sellados para que no se cuele el calor. Pero no es la primera ola de calor de este año y sabe que Katherine nunca antes ha dejado todo cerrado durante el día.

Gladys es consciente de que tiene fama de ser la entrometida del barrio y quizá sea verdad, pero, cuando era pequeña, todos los vecinos se conocían. Su madre los entretenía a todos cada noche durante la cena con historias sobre las vidas de todo el mundo. No se consideraba entrometimiento preguntar por tus vecinos e

involucrarse en sus cosas. Ahora parece que la gente se muestra abierta y sincera respecto a su vida por todo internet y, después, reservada en persona respecto a exactamente las mismas cosas. Quizá porque es difícil contar la verdad sobre uno mismo cuando miras a alguien directamente a los ojos.

Cuando Lou y ella compraron esta casa, el barrio estaba lleno de personas que se convirtieron en sus amigos. Donde Katherine vive ahora es donde vivían Roberta y Geoff con sus tres hijos. Gladys vio a esos niños crecer desde que eran bebés hasta convertirse en adultos. Roberta venía a tomar el té durante los días de colegio, cuando Gladys estaba en casa y Lou seguía trabajando. Sabía cuándo Roberta y Geoff habían discutido, cuándo los niños estaban enfermos y, al final, fue la primera en enterarse cuando a Roberta le diagnosticaron su cáncer. Geoff vendió la casa tras su muerte y, después, se mudó otra familia menos simpática pero, aun así, a Mira le gustaba charlar de vez en cuando desde el otro lado de la valla. Cuando su familia y ella se mudaron a Melbourne, le vendieron la casa a Katherine y a su marido John. Aunque Gladys les dio la bienvenida con una tarta y trató de acercarse a tomar el té en una o dos ocasiones, le dio la sensación de que Katherine necesitaba su espacio. Ocurre lo mismo con Margo, la de enfrente, que siempre parece estar mirando su reloj cuando se ven, ansiosa por cumplir con la rutina de su bebé, Joseph. Nunca parece que tenga tiempo para charlar.

Piensa en cuando conoció a Katherine. John y ella eran muy felices, una pareja en el inicio de la gran aventura de convertirse en una familia. Incluso desde la distancia, parecen… menos felices ahora. Gladys está segura de que se debe al estrés de criar a unos

mellizos y de ser padres de unos niños pequeños. No es que los oiga discutir, algo que, por supuesto, sería imposible. Está segura de que son lo bastante responsables como para mantener cualquier discusión de forma discreta. Es más bien que últimamente nota algo raro en ellos cuando los ve juntos.

El domingo pasado estaba toda la familia en el jardín delantero. John es aficionado a la jardinería y estaba cortando la maleza, y Katherine sujetaba la manguera para que los niños pudieran pasar corriendo entre el agua, pese a que tienen una piscina en la parte de atrás. Gladys había dejado a Lou para ir a dar una vuelta a la manzana, solo por estirar las piernas. No era un día de excesivo calor, así que resultaba placentero caminar y admirar los jardines llenos de sus flores de verano y sus magníficos colores.

—Hola —gritó deteniéndose ante su verja delantera.

—Hola —contestó Katherine.

—Mira lo que estamos haciendo —gritó George corriendo bajo el arco de agua que salía de la manguera.

—Ya lo veo —repuso Gladys—. Parece divertido.

—No tanto para la que tiene que sostener la manguera —comentó Katherine.

—Pues no lo hagas —murmuró John.

—Lo hago por George y Sophie, no por ti.

—Nunca he dicho que estuvieras haciendo nada por mí.

—A lo mejor tú no quieres estar aquí cuidando del jardín; a lo mejor preferirías estar en otro sitio —dijo Katherine con voz tensa y llena de rabia.

Gladys tuvo la sensación de que había tropezado con una conversación que se había iniciado hacía rato.

John se levantó del arriate, fue hacia Katherine, le arrebató la manguera de las manos y la usó para quitarse la tierra de las suyas.

—¡Eh! —gritó Sophie.

—Silencio —repuso él con brusquedad y, a continuación, se alejó de ellos con gesto enojado y entró en la casa.

—¿Una mala mañana? —preguntó Gladys con lo que esperaba que fuera un tono jovial.

—Muchas mañanas malas —contestó Katherine levantando de nuevo la manguera por encima de los niños.

A Gladys le pareció que las palabras de Katherine iban más dirigidas hacia ella misma que hacia Gladys.

—Ah, bueno —dijo, incapaz de pensar en otra respuesta, y Katherine sacudió un poco la cabeza.

—Perdona, Gladys…, no hagas caso a John. Se muestra gruñón porque está cansado. Lleva mucho tiempo trabajando hasta tarde.

—Claro, claro —murmuró Gladys y, a continuación, se despidió con la mano y siguió su camino.

No fue la tonta discusión lo que la había inquietado, sino, más bien, la tensión entre los dos. Había invadido el aire estival y oscurecido las facciones de John.

No es un hombre grande, apenas un poco más alto que Katherine, y Gladys no cree que sea de los que se ponen violentos. Es contable en una gran empresa. Los contables no son violentos. Al menos, por lo general. Pero en ese momento, solo entonces, pareció como si pudiera serlo, por la fuerza con que le quitó a Katherine la manguera de la mano.

Gladys mira fijamente la casa, donde los estores bajados parecen curiosamente siniestros y herméticos.

«Bueno, tienes que dejar de ser tan ridícula —piensa—. Acércate ya y ve a ver cómo están».

Baja la cabeza, se mira en el espejo del dormitorio de invitados y chasquea la lengua al ver su aspecto. No se ha puesto maquillaje esta mañana, pero supone que no tiene sentido hacerlo. Se le resbalaría por la cara con este calor terrible y, de todos modos, casi nadie la va a ver. Piensa en que últimamente se arregla cada vez menos, y una sensación de derrota la invade mientras se aplica una base para taparse las arrugas y las manchas de la piel. No es sano y está tratando de animarse para no pensar esas cosas. Se coloca el pelo por detrás de las orejas y levanta el cuello. No está tan mal para tener setenta años y, al menos, su cuerpo sigue delgado y en forma. Le gustan los pantalones que lleva hoy. El estampado de flores hace que sienta como si llevara un jardín alrededor de las piernas. Siempre ha pensado que la ropa debe ser luminosa y alegre.

De joven, Gladys tenía complejo por sus brazos y sus piernas delgaduchos y su nariz ligeramente aguileña. Tenía unos ojos bonitos, grandes y azules, pero sabía que no encajaba con la descripción de chica guapa. Sigue llevando su pelo castaño con melena corta y mantiene el color con visitas regulares a la peluquería. Durante su juventud trató de reconciliarse con el hecho de que probablemente no iba a encontrar un marido. «¡Qué tontería! —le dijo su madre—. La belleza está en los ojos del que mira y tú eres una joven preciosa». Y tenía razón.

Se tropezó con Lou en un pub una noche que había salido con algunos de los profesores del colegio donde trabajaba entonces.

—Hacemos hueco entre todos, siéntate —comentó alguien. Gladys no recuerda quién.

Y entonces ella se movió para dejar sitio, suponiendo que la persona que estaba sentada a su lado también se movería, pero Lou dijo:

—Me siento ahí, al lado de la guapa. —Ocupó el hueco junto a ella y le ofreció la mano—. Soy Lou y vendo coches. Te conseguiré la mejor oferta para un coche nuevo si dejas que te invite a la siguiente copa.

Tenía un pelo denso y castaño y unos ojos azules grisáceos. Gladys se permite ahora una pequeña sonrisa al recordar cómo se había sonrojado y cómo el calor le iba subiendo desde la punta de los pies.

Sale del dormitorio de invitados y va a ver cómo está su marido en la planta de abajo. Sigue dormido. Se plantea dejarle una nota, pero no lo hace. Estará de vuelta casi de inmediato, está segura.

Fuera el calor empieza a coger fuerza y las cigarras intensifican sus cantos. Mira al otro lado de la calle y ve al perro que pertenece a la familia Patel tumbado en el jardín de delante debajo de un árbol, jadeando. Es un golden retriever y, aunque le han cortado el pelo, parece muy poco contento con el calor.

Atraviesa la calle deprisa y mira por el lateral de la casa donde sabe que le dejan su agua y su comida. No solo ve un cuenco de agua, sino tres. Asiente, satisfecha, y vuelve a cruzar a su lado de la calle.

Tras abrir la verja de metal de la casa de Katherine, Gladys avanza con decisión por el camino de entrada.

Después de tocar el timbre, espera, consciente de que enseguida oirá a Katherine gritar: «George, no abras la puerta hasta que llegue yo». Al pequeño le gusta salir a abrir la puerta. Siente curiosidad por todo y por todos y habla con ella como si fueran de la misma edad. A veces la llama «Glad», cosa que resulta extraña viniendo de la boca de un niño de cinco años, pero es absolutamente encantador. Sophie muestra menos interés por los demás y es más parlanchina, llena de información y de ideas. «¿Sabías que una abeja obrera vive cuarenta y dos días?», le preguntó a Gladys cuando se vieron la semana pasada en la calle, como si estuviese dándole información clasificada, y Gladys asintió, asegurándose de recibir el dato con la seriedad que requería.

Pero la casa está en silencio. No se oyen ruidos de niños corriendo ni de Katherine gritando.

Gladys se pregunta si quizá la familia se ha ido de vacaciones antes de tiempo. Las clases de este año terminan el viernes. Pero luego recuerda que John salió para el trabajo esta mañana haciendo chirriar las ruedas, según Lou. Y, cuando se marchan, Katherine siempre se acerca para decírselo a Gladys y que eche un vistazo a la casa.

Pulsa el timbre una vez más y espera. Podría haber llamado a Katherine sin más, pues tiene su número de móvil. Pero las llamadas de teléfono se suelen ignorar y, en ese caso, Gladys habría seguido preguntándose si todo va bien. No, es mejor ocuparse de esto en persona.

Oye el cuadrado metálico de la mirilla abrirse y sonríe.

—Hola, Gladys —dice Katherine desde el otro lado de la puerta—. Ahora no es un buen momento.

—Ah —contesta Gladys un poco confundida. Incluso al principio, cuando llamaba al timbre y se encontraba a Katherine en medio de un cambio de pañales, la puerta siempre estaba abierta para ella. Solo la cortesía tensa de Katherine indicaba a Gladys que no estaba de humor para un café y una charla—. Ah, bueno —prosigue—. Solo…, en fin, no he visto a los niños salir para el colegio y los estores de su habitación están bajados y me preguntaba si todo iba bien o si necesitabas algo, si los niños se han puesto malos o algo parecido…

Deja de hablar, consciente de que está comportándose como una persona muy entrometida. Se acaricia el pelo para asegurarse de que el pasador sigue en su sitio.

—No es un buen momento —repite Katherine—. Pero gracias. Es que no es un buen momento. —La mirilla se cierra.

Gladys se cruza de brazos y siente cómo el calor le quema a través de la blusa azul que lleva puesta.

Piensa en llamar de nuevo al timbre, pero decide no hacerlo. Es evidente que Katherine quiere que la deje en paz.

Parecía estresada, la pobre. Puede que los dos niños estén enfermos con algún resfriado o algo. Pero, en ese caso, ¿por qué no decirlo? Katherine sabe que Gladys se compadecería e incluso se ofrecería a ayudarla.

Oye movimiento dentro, el sonido de pasos corriendo; echa los hombros un poco hacia atrás y escucha con atención.

Una voz susurra con fuerza al otro lado de la puerta:

—Esta casa está muy rara ahora mismo.

No sabe si es George o Sophie quien habla, pero sí que es uno de los niños. Frunce el ceño y se agacha un poco con la esperanza de

poder oír mejor.

—¿Por qué? —pregunta.

—Sophie, ven aquí —oye que George le grita desde más lejos y, después, unos pasos cuando Sophie se aleja de la puerta.

Gladys se yergue y, de nuevo, piensa en llamar al timbre.

A continuación, oye que la mirilla vuelve a abrirse y espera por si es Katherine y quiere decirle algo. Se queda inmóvil un momento, con una sonrisa pegada en el rostro, pero al ver que no dice nada más se siente estúpida y se da la vuelta. Avanza un par de pasos y espera de nuevo, pero, cuando solo oye silencio, vuelve por el camino de piedra hasta la verja de delante. Camina despacio, pero siente la necesidad de moverse deprisa. Siente que la están mirando. El vello de los brazos se le eriza y, aun con el fuerte calor de la mañana, le recorre un escalofrío. Algo no va bien dentro de esa casa. Está segura.

De vuelta en su cocina, pone el hervidor para prepararse una taza de té y, después, lo apaga de inmediato. No sabe qué debe hacer ni por qué le parece tan raro lo que acaba de pasar. Probablemente se trate de una simple broma, una tontería de Sophie.

—Gladys —grita Lou desde la sala de estar—. Gladys, ¿dónde estás? —Parece nervioso, como siempre que se despierta y no la ve.

—Estoy aquí, Lou —responde ella. Antes de que Lou se jubilara solía llamarlo todos los días a la hora de comer y él le respondía: «No te preocupes, bomboncito. Llegaré a casa a las seis en punto y no voy a sonreír a ninguna otra mujer más que a ti». Eso siempre la hacía reír. Ya no bromea.

En la sala de estar, ella le coloca bien la almohada de la espalda. Se ha resbalado un poco hacia el lado mientras dormía y trata de

enderezarlo, pero él la empuja para que se aparte.

—Deja de molestar. ¿Dónde estabas?

Ella da un paso atrás y se cruza de brazos para no alisarle el pelo.

—En la cocina, Lou, preparando un té. ¿Dónde si no iba a estar?

Él la mira fijamente y ella se sienta en su silla.

—Lo cierto es que he ido a ver cómo están. —Coge su libro de la mesita que tiene junto a su sillón, donde lo había dejado, lo abre y baja la mirada a las páginas.

—Ja, lo sabía. Y apuesto a que va todo bien y ahora piensan que eres una vieja metomentodo.

Gladys cierra el libro, consciente de que va a ser imposible leer.

—No seas grosero, Lou. —Se debate durante un momento entre contarle algo o no, pero necesita hablar—. La verdad es que no va todo bien. Creo que no va nada bien. —Niega con la cabeza mientras Lou se cruza las manos sobre el regazo y espera a que ella continúe—: Katherine no ha querido abrir la puerta y, después, Sophie me ha susurrado que estaba pasando algo raro en la casa.

—Seguro que te estaba tomando el pelo. —Lou coge el mando a distancia de la televisión y apunta hacia la pantalla.

—No lo creo. Más bien pienso que puede que esté pasando algo.

—¿Qué es lo que puede estar pasando? —pregunta él.

—No lo sé. A veces, no parecen felices. Me refiero a John y ella.

Él se encoge de hombros y, después, se pone las gafas.

—No puedes juzgar el matrimonio de los demás, Gladys. No es asunto tuyo.

Lou enciende la televisión y pone las noticias. La cara de una mujer joven y guapa aparece en la pantalla.

«Una joven ha sufrido una fuerte paliza y ha terminado muerta en su apartamento —dice con voz monótona la locutora—. Se cree que la víctima conocía a su atacante, aunque la investigación sigue todavía en su primera fase. La policía está interrogando a los vecinos y ha acordonado la zona».

En la pantalla aparece la imagen de una ambulancia rodeada de policías que levantan mantas para tapar a alguien de las miradas de los medios de comunicación mientras sacan una camilla.

—La gente es terrible —comenta Lou negando con la cabeza.

—Sí —asiente ella—. ¿Quién iba a querer hacerle nada a una chica tan guapa y joven? Y en su propia casa. El hogar debería ser un sitio en el que estar segura. Así debería ser. —Se descubre con los ojos llenos de lágrimas sin saber bien por qué se siente tan mal.

—¿No estabas preparando té? —pregunta él, pero lo hace de forma educada y ella sabe que es porque lo ha reprendido por haber sido tan grosero con ella.

—Claro —contesta ella, y le sonríe para que vea que le ha perdonado.

Él prepararía el té si pudiera, pero las manos le tiemblan ahora demasiado como para realizar una tarea tan sencilla. El hecho de usar una taza gruesa en lugar de las otras tan delicadas que él prefiere ya le cuesta bastante. Gladys se levanta, agradecida de tener algo que hacer mientras le da vueltas a la extraña experiencia en casa de Katherine.

En la cocina, mira hacia el jardín y trata de precisar qué es lo que la inquieta. El hogar debería ser un sitio donde sentirse segura y su casa siempre la ha percibido así. Pero después de ayer y del extraño comportamiento de Katherine de hoy, es como si algo hubiese

cambiado en su barrio, como si el lugar seguro en el que lleva décadas viviendo fuese, de repente, menos seguro. Esa es la extraña sensación que tiene en su interior. Por primera vez, no se siente a salvo.

7

Deberías saber cómo enseñar más disciplina a estos niños —le digo.

—Ah —responde ella extendiendo el brazo hacia la mano con la que estoy agarrando a Sophie del pelo. De cerca, huele a coco.

Da saltos de un pie a otro como si estuviese tratando de hacerse más alta para que al tirarle del pelo le duela menos.

—Ay, ay, ay. —Su voz suena aguda y angustiada y debería preocuparme más de lo que lo hace, supongo.

Sophie no debería haber corrido hasta la puerta. Les he prohibido expresamente que se muevan. Esperaba que ella hiciera caso a mis órdenes, pero no ha sido así. Siento cómo la rabia aumenta dentro de mí y, mientras le tiro del pelo y la cara se le pone pálida por el dolor, me pregunto con qué fuerza tendría que tirar para arrancarle un mechón. Un escalofrío me recorre la espalda en la calurosa habitación mientras observo cómo se retuerce su carita. Debería sentir algo, pero no. Y no sé por qué. Pero sí sé que no es culpa mía. No siempre he sido así.

—¡Deja de moverte o te arranco el pelo! —le grito, y se queda quieta. Respiro hondo y mis pensamientos me llevan hasta cuando yo tenía su edad, cinco años, y luego a los diez, porque fue entonces cuando empecé a convertirme en esta persona, en este hombre que

está aquí de pie, capaz de hacer daño a esta niña y no sentir… nada. Cuando tenía diez años, todo empezó a cambiar. Sentí, oí y vi cómo sucedía…, lenta y dolorosamente.

Mis padres se divorciaron por fin cuando yo tenía doce años. Recuerdo la terrible tristeza que se respiraba dentro de nuestra casa, después de que me contaran lo que estaba pasando pero antes de que él se fuera de verdad. Por primera vez en un par de años, la casa estaba en silencio cuando los dos se encontraban en casa. Yo estaba acostumbrado a los enfados y los comentarios insidiosos de ambos. Gritos y lloros de ella. Mentiras y negación de él. Los dos me tranquilizaban diciéndome que me querían, que mi vida no iba a cambiar en absoluto y que el divorcio no era por mi culpa. Era evidente que se habían leído algún manual absurdo. Mi vida no iba a cambiar salvo porque mi padre ya no viviría con nosotros. Mi vida no iba a cambiar salvo porque mi madre y yo tuvimos que mudarnos a un piso pequeño donde mi dormitorio no era un dormitorio de verdad, sino más bien un rincón donde habían levantado apresuradamente una pared de yeso. Mi vida no iba a cambiar salvo porque ahora pasaría cada dos fines de semana con mi padre en su espantoso y pequeño piso donde consumíamos enormes cantidades de comida basura y él emprendía una campaña contra mi madre tan generalizada que es raro que yo accediera siempre a volver a mi casa.

Nunca me explicaron del todo las razones de su ruptura, pero sí sé que estaba relacionada con que mi padre la había engañado más de una vez. Sí sé que un dinero que se suponía que tenía que ser para nuestra familia se destinó a otras mujeres, para regalos y hoteles caros. Un lunes por la tarde, mi madre y yo estábamos en la caja del

supermercado con la compra para una semana, pero a mi madre le dijeron que no tenía fondos suficientes para pagar la comida. Recuerdo su cara, la forma en que bajó los ojos al suelo y se ruborizó con un rojo brillante. Detrás de nosotros, una cola de compradores impacientes que suspiraban y chasqueaban la lengua. «Pero… me acaban de pagar», dijo ella. Trabajaba a media jornada en una tienda gourmet para ganar un dinero adicional y se le daba bien llevar sus cuentas. Pero se ve que no tan bien.

«¿Qué quiere que haga yo?», preguntó la cajera con expresión de aburrimiento.

Mi madre me agarró de la mano y me sacó del supermercado dejando toda la compra metida en bolsas junto a la caja. Sentí lástima por ella. Pero también estaba enfadado con ella por permitirlo.

«Menudo cabrón», murmuró mientras volvíamos a casa con el coche. ¿Qué esperaba que contestara yo a eso? ¿Qué se suponía que tenía que decirle?

Estaba aguardándolo cuando entró por la puerta, agazapada y llena de rabia, y saltó en cuanto él dijo: «Hola».

Él se disculpó. Siempre lo hacía, bajando los hombros y curvando la boca hacia abajo. Pero ella se sentía humillada y furiosa y no se le pasó pese a que él se metió en el coche y fue a hacer una compra a última hora con otra tarjeta. Esa noche, la pelea se prolongó varias horas. Me puse los auriculares, subí el volumen de la música y desaparecí en otro lugar para no tener que oírlos. Los odiaba.

Cada vez que los oía discutir, juraba que mi vida sería distinta. Iba a ser un hombre diferente a mi padre y me iba a casar con una

mujer completamente diferente a mi madre, que me parecía llena de palabras bonitas sobre su amor por mí y gestos vacíos.

Mi padre quería que me fuera a vivir con él.

«Si vivieras conmigo podrías comer lo que te diera la gana —me decía—. No me importaría que hicieras los deberes; podrías jugar todo lo que quisieras». Aquello sonaba como si vivir con él fuese el paraíso. Yo era un niño de trece años. No conocía otra opción mejor.

«Quiero vivir con papá —le dije a mi madre—. Se siente solo».

«Él no es capaz de cuidar de ti. Se siente solo y lo entiendo, pero no sería una buena idea». Usaba su tono paciente cuando decía esto. Yo odiaba ese tono, esa voz suave y baja que significaba que estaba intentando controlarse.

«Papá me deja jugar todo lo que quiero».

«Por eso exactamente es por lo que no deberías vivir con él. Las reglas existen por una razón. Tienes que ir al colegio y entrar en la universidad». Había cierto deje en su voz que indicaba que estaba esforzándose por no gritar.

«Te odio».

Eso siempre la dejaba callada. Veía cómo se mordía el labio y negaba con la cabeza, aguantándose todas las cosas que quería decirme. Sabía que lo único que de verdad deseaba decir era: «Yo también te odio». Sentía cómo emanaba de ella. Se respiraba en el ambiente.

Al final, lo único que hacíamos era pelearnos. Ella quería llevarme por el buen camino. Me sermoneaba con el colegio, los exámenes y la comida sana y él me decía que la vida iba a ser como una gran fiesta, y, aunque yo tenía alguna idea de que no todo podía ser una fiesta, mi padre era muy persuasivo. Seguí con ella.

Cuando tuve catorce años, mi madre se rindió.

«Solo seis meses —dijo—. Y tienes que llamarme todos los días y venir a verme cada fin de semana». Bajó la mirada y vi la derrota.

Estaba emocionado la primera noche en que me mudé. Él pidió pizza y dejó que me bebiera una cerveza entera. Hablamos de lo estupendo que iba a ser estar juntos todo el tiempo. «Tu vida es tu responsabilidad. Si quieres ir a clase y hacer los deberes, es tu decisión. Si no, no pasa nada. Limpia lo que ensucies y vive tu vida». Me sentí en el paraíso.

Iba al colegio mientras él iba a trabajar, por tener algo que hacer. Era feliz. Mis amigos me consideraban el chico más afortunado que conocían, aunque mi ropa no siempre estaba limpia. Ella me llamaba todas las noches y yo contestaba algunas veces y otras no. Cuando no, veía una sonrisa en la cara de él, pequeña, como si estuviese tratando de ocultarla, pero ahí estaba. Yo entendía en cierto modo que me utilizaba para presionarla y que le funcionaba, porque ella me pedía que volviese a casa cada una de las veces, suplicándome, llorando cuando pasaba varios días sin hablar con ella.

Y, luego, él se quedó sin trabajo y todo se fue a la mierda.

—Por favor, pa… —gime Sophie extendiendo la mano hacia la mía mientras aprieto con más fuerza sobre su pelo. Su voz suena desesperada y hay algo, un pequeño tirón, un diminuto destello en mi interior. Pero sé que, si ella piensa que Sophie ha podido conmigo, lo usará. La conozco. Y tengo que enterarme de qué ha dicho Sophie. Tengo que enterarme de si ha sido lo bastante lista como para decir algo cuando ha ido corriendo hasta la puerta. Porque si lo ha sido… Sus suaves rizos hacen que me sude la mano, pero no puedo soltarla hasta saber la verdad.

8

KATHERINE

Por favor…, por favor… —dice Katherine, porque no tiene ni idea de qué más decir. La mano de él está enredada en el pelo de Sophie, tirando y haciéndole daño.

—¿Qué has hecho? —aúlla él—. ¿Qué le has dicho a esa vieja entrometida?

—No he dicho nada —responde Sophie con lágrimas en las mejillas y las manos levantadas para intentar que él deje de tirarle del pelo.

—Suéltala, suéltala —dice Katherine tratando de insuflar fortaleza a su voz mientras se levanta del sofá, pero él tira con más fuerza del pelo de su hija, estrujándolo en su puño.

—Siéntate —le ordena, y apunta con la pistola, no hacia ella, porque ojalá fuera a ella. Pero él sabe muy bien qué es lo mejor. Apunta con la pistola a Sophie, la pequeña y atormentada Sophie, cuyo rostro está cubierto de lágrimas.

Katherine siente cómo su cuerpo vuelve a hundirse en el sofá, el azul que eligió con tanto cuidado y que admiraba cada vez que entraba en esta habitación. Esta es su estancia preferida de la casa. Le encantan las fotos de la familia que hay por todas partes y el

ventanal que da al jardín. Cuando los mellizos eran bebés, John y ella se quedaban a veces dormidos aquí junto a dos cunitas mecedoras que movían a los niños hasta quedarse dormidos mientras el sol se levantaba con un nuevo día. Es aquí donde los mellizos veían sus películas y donde John y ella hacían maratones de series juntos.

Esta *era* su habitación preferida de la casa.

Está conteniendo una oleada de rabia contra Gladys por haber venido y hacer que todo se vuelva mucho peor y, al mismo tiempo, siente un pequeño atisbo de esperanza de que la mujer pueda haber sospechado algo, que pueda haber oído lo que Sophie ha dicho, aunque no tiene ni idea de qué habrá sido. ¿Habría sabido su hija qué tenía que decirle a Gladys para que llamara a la policía?

Él la mira con la sombra de una sonrisa en el rostro. Está disfrutando de su dolor. Katherine se da cuenta. Está disfrutando del dolor de todos y eso le produce náuseas.

—Estoy sentada, mira, estoy sentada —dice, aunque es evidente. Pero tiene que distraerlo, hacer que mantenga la atención en ella. Él sujeta con fuerza los rizos castaños de la niña con la mano y Katherine ve cómo Sophie abre y cierra la suya para tratar de calmar su dolor. Su hija, su bebé. Tiene ganas de saltar del sofá y arrancarle los ojos, arañarle la cara.

—No ha dicho nada —susurra George.

—Nadie te ha pedido que hables. Y todos sabemos que sí ha dicho algo. Ahora, Sophie, escúchame —contesta él—. Vas a contarme qué le has dicho o te arranco tu bonito pelo de la cabeza.

—Le he dicho que quería tarta de chocolate —responde Sophie con la voz inundada de lágrimas y dolor.

Katherine sabe que está mintiendo y se siente orgullosa de su hijita. Da igual lo que no deja de decirles respecto a que siempre hay que contar la verdad. Hoy no valen las normas. Todas las normas se han incumplido ya.

Pero él la cree.

—Qué niña tan tonta. —Se ríe, le suelta el pelo y la empuja para que vuelva con Katherine, que abre los brazos y rodea con ellos a su hija mientras solloza. Nota cómo George empieza a acariciar a Sophie por la espalda, deseando ayudar, mejorar un poco las cosas, y Katherine extiende la mano y lo agarra también a él.

—Cerrad el pico —sisea él.

Sophie traga saliva y controla sus últimos sollozos. La habitación empieza a oler. El aire acondicionado es viejo y no funciona bien aquí dentro, no lo suficiente para este espantoso calor, y Katherine y sus hijos están sudando aterrorizados.

—Tienen que comer algo —dice ella a la vez que en su mente va tomando forma un plan. Si consiguen llegar a la cocina, si la alcanzan lo suficientemente rápido, tal vez puedan salir por la puerta de atrás—. Por favor, deja que los lleve para darles un poco de comida —insiste al ver que él no ha dicho que no, lo que interpreta como que está considerándolo.

Él se rasca la cara. Solo llevan en esta habitación unas horas, pero parece como si hubiesen sido días.

—Vale, pueden ir a por algo de comer —contesta por fin.

—Deja que vaya con ellos —dice Katherine esperando haber ocultado el ansia en su voz.

—¿Por qué no vas tú sola y los dejas aquí conmigo? —Sonríe como si se tratara de una proposición considerada.

Ella toma aire y se pregunta qué pasaría si saliera corriendo. La rabia de él es contra ella, no contra los niños, pero… les hará daño para castigarla. Lo hará. Sabe que lo hará.

—No, no… George, ve tú, llévate a Sophie, coged… coged un poco de fruta antes de comer nada más.

George se pone de pie. Ella le mira a los ojos fijamente y le hace un ligero gesto de asentimiento. ¿Sabrá él que tienen que irse, abrir la puerta de atrás y salir corriendo? Si George y Sophie están a salvo, ella podrá ocuparse de esto. Puede quedarse aquí todo el día, toda la noche. Él puede matarla. No le importa. Solo necesita que sus hijos estén a salvo.

George le responde con otro asentimiento y agarra a su hermana de la mano.

—Ah, George —dice él con tono despreocupado cuando están llegando a la puerta de la sala de estar. El niño no dice nada, pero se detiene en seco—. Si no volvéis en cinco minutos, le meteré un tiro a tu madre en la cabeza. —Su voz es sincera. Muy fría. Katherine no puede creer que él sea en realidad así. No quiere creerlo.

George le vuelve a lanzar una mirada rápida y ella asiente de nuevo, esperando que desobedezca y se marche, sin más, pero por el modo en que su pequeño hijo la mira, sabe que ha tomado una decisión. Ella baja la mirada hacia sus manos, donde está dándole vueltas al sencillo anillo de oro que tiene en el dedo, haciéndolo girar una y otra vez como si pudiera desenroscárselo de lo más profundo de su ser.

—Quieren a su mamá, ¿verdad? —dice él con desprecio cuando han salido de la habitación.

—Los estás torturando. ¿Cómo puedes hacerles esto? Comprendo que me lo hagas a mí. Lo entiendo. Pero ¿a ellos? Por favor, te pido de nuevo que dejes que se vayan. Oiré lo que sea que me tengas que decir. Pero deja que se vayan.

—No —responde él escueto—. No.

—¿Por qué no me dices lo que quieres? No diré nada. Tú solo di lo que quieres decirme. —Intenta ocultar la rabia que siente en su interior mientras habla. La rabia no servirá de nada. Se pregunta si puede lanzarse sobre él ahora mismo. Si lo hiciera, ¿llegaría hasta él antes de que la disparara? Y, si la disparara, ¿haría también lo mismo con los niños? Le cree capaz de ello, aunque ayer jamás lo habría creído posible. Antes de hoy, ella era una persona distinta. Antes de hoy, creía que su amor podría salvarle; hoy sabe que durante todos estos años ha estado desperdiciando su tiempo.

—Deja de hacer eso —dice él, y ella se da cuenta de que sigue dándole vueltas al anillo.

Oye a los niños en la cocina, cómo abren paquetes y se les derrama algo en el suelo. Cierra los ojos y desea que salgan corriendo, pero no lo van a hacer. Ella es su mundo, todo su mundo. No saben todavía cómo vivir sin ella.

Coge el mono de peluche que Sophie lleva a todas partes cuando está en casa. Al principio era de un intenso color marrón, pero ya está descolorido, con la cara gris y un ojo un poco torcido porque se le había caído y ella se lo volvió a coser aunque no lo colocó del todo en su sitio.

—Creo que no te mereces estos niños —dice él—. Hay mujeres que no deberían ser madres. Algunas son demasiado egoístas.

—Algunos hombres no deberían ser padres —contesta ella en voz baja y, al instante, se maldice por la tontería que ha dicho.

Mira hacia la estantería donde está la foto de su boda. Ella y su flamante marido parecen increíblemente felices. Por las pequeñas arrugas en sus ojos, es evidente que estaban al sol cuando les tomaron la foto. «Vamos a darnos la vuelta», dijo el fotógrafo cuando se dio cuenta, y John y ella se rieron mientras él le agarraba la larga cola para ayudarla a girarse. Había sido hermoso avanzar por el centro de la iglesia con las rosas de encaje blanco de la cola, pero en el banquete no resultó muy práctica. Puso esa foto en el marco a pesar de tener otras mejores por el modo en que él la mira, por la evidente sensación de amor que hay en la imagen. Ahora, aparta los ojos de ella y se compadece de su yo más joven, por todo lo que no sabía entonces.

Él está de pie junto a la ventana que da al jardín y la piscina. Katherine puede ver cómo brilla bajo el sol, perfectamente azul y tentadora. Es demasiado pequeña para hacer buenos largos, pero los niños y ella habrían pasado la tarde ahí, esperando a que menguara el calor agobiante. Él se gira desde la ventana y la mira y, después, mira el reloj que lleva en la muñeca, uno plateado con esfera blanca y unas palabras grabadas en la parte de atrás: «Con todo mi cariño, Katherine».

—No me importa lo que pienses de los padres. La verdad es que no me importa lo más mínimo —dice él en voz baja—. Les quedan dos minutos y, después, te dispararé.

Ella no sabe qué decir ante eso, así que sigue callada mientras recuerda su felicidad al descubrir que estaba embarazada y el escalofrío de miedo cuando supo que venían mellizos. No tenía ni

idea de cómo se las iba a arreglar. El absoluto agotamiento de las primeras semanas es ahora un recuerdo irreal y lo que siente sobre todo es felicidad porque se tienen el uno al otro, porque existen dos personas en el mundo que siempre estarán unidas. Las amistades se rompen, los matrimonios se acaban, e incluso las relaciones entre hermanos y los vínculos entre padres e hijos pueden fracasar, pero entre mellizos debe de ser distinto. Aunque se peleen, existe algo entre los dos que ella puede ver, una conexión que siente que jamás se podrá romper. Una pared entera de la sala de estar está llena de fotografías enmarcadas de los mellizos en todas las edades, desde recién nacidos y con caras arrugadas hasta ahora. A Sophie le encanta oír la historia de cuando nacieron, de la noche en que llegaron.

Katherine se había despertado de un profundo sueño, poco habitual debido a que apenas había dormido durante el último mes de embarazo. Estaba enorme y parecía un pato cuando andaba, con las rodillas y la espalda soportando el peso. Los mellizos se estuvieron moviendo toda la noche, dando patadas y empujando para tener espacio. La noche que llegaron, ella había abierto los ojos en medio de la oscuridad y movió la mano junto a su pierna para palpar las sábanas empapadas. Sabía lo que era, pero el miedo la había paralizado mientras contemplaba la posibilidad de que pudiera ser sangre. «John, John», dijo, notando cómo la voz apenas le salía, como si estuviera en una pesadilla, pidiendo ayuda. John se incorporó al instante.

«Ya vienen», afirmó.

«No… no lo sé», contestó ella. Él encendió la luz y la ayudó a sentarse, retirando el edredón para que pudiera ver que el líquido de

la cama era claro.

«Vale», dijo él. Encargándose de la situación, la ayudó a levantarse y a meterse en la ducha para poder lavarse antes de salir para el hospital. Las contracciones no empezaron hasta que estuvo en una cama de su habitación del hospital y sabía que era porque había tenido miedo de que empezaran antes de que los médicos anduvieran cerca. «Nacisteis cuando el sol salía y la luz inundaba la habitación, y el médico dijo que los bebés que nacen en verano son los más listos de todos». Katherine siempre termina la historia con estas palabras.

Hace mucho tiempo, John se sentaba con ella para escucharla. Hace mucho tiempo, él disfrutaba oyendo la historia tanto como ella contándola.

«Os voy a querer y proteger siempre», les había susurrado él a los dos mientras yacían envueltos en sus limpios capazos en su habitación del hospital. Ella había sentido alivio al oír esas palabras, al saber que John y ella estaban en esto juntos. Pero ahora… ahora su mente vuelve a su discusión de la noche anterior.

«No voy a aceptar este comportamiento, John. Me niego». Ella daba vueltas por la cocina, apartando platos y, después, limpiando la encimera y recogiendo las migas con las manos. Siempre limpiaba así cuando discutían, sentía la necesidad de controlar algo, lo que fuera.

«¿Y cómo vas a ganar dinero sin mí? ¿Cómo vas a cuidar de estos niños?». Él estaba apoyado contra el fregadero, con los brazos cruzados, mirándola, observando lo que ella hacía.

«Ya veré». Lanzó las migas a la basura y se limpió las manos.

«Estás dispuesta a tirarme a un basurero, Katherine, a deshacerte de mí sin más».

Ella se giró para mirarlo y vio la desesperación de su rostro.

«Eres tú el que quiere estar con otra». Su rabia aumentó al oír sus propias palabras y cogió de nuevo el trapo para limpiar las superficies que ya estaban limpias.

«Eso es una tontería y lo sabes. Deja que te explique. Te lo puedo explicar si te callas, si paras de limpiar y me escuchas, joder». —Dio un golpe con la mano contra la encimera.

«Sé lo que leí. No puede haber ninguna otra explicación». Sin decir una palabra más, salió de la cocina y lo dejó allí, con su explicación en los labios y sin nadie que escuchara lo que tenía que decir.

¿Cómo ha llegado su vida a esto? Ni siquiera sabe cómo empezar a desenmarañar los hilos que la han llevado hasta este día.

Él la mira ahora fijamente.

—¿Qué estás pensando? —pregunta.

Ella niega con la cabeza. Cualquier cosa que diga va a estar mal. Lo nota.

Los niños vuelven a la habitación; Sophie trae la cara manchada de chocolate.

—La he obligado a comerse un plátano —dice George, y Katherine asiente mientras se limpia las lágrimas que brotan porque, de repente, su pequeño hijo parece décadas mayor.

—Siempre haces lo que mamá te ordena, ¿verdad, George? —dice él mofándose de su hijo.

George no contesta, consciente incluso a los cinco años de cuándo debe guardar silencio.

Él mira a George y le hace una señal con la pistola.

—Te voy a contar lo que me dijo mi padre, pequeño Georgie, una cosa que alguien te tenía que decir algún día, y puede que hoy sea ese día y que me escuches porque siempre vas a recordar que te lo he dicho. Si es que tienes la oportunidad de hacerte mayor y salir al grande y ancho mundo…, grande…, pero si lo consigues, tienes que recordar esto: nunca te fíes de una mujer. Jamás te fíes de una mujer.

9

Cuatro horas antes

LOGAN

Logan golpetea las manos sobre el volante mientras conduce, debatiéndose sobre qué hacer. ¿Está dándole más vueltas a esto de lo que debería? No lo cree. Lleva ya varios meses haciendo este trabajo y nunca antes ha tenido una sensación así. Deja de darle vueltas. Va a pasarse de nuevo por la casa para tratar de hacer la entrega del ordenador y ver si la mujer está bien.

Gira a la derecha en lugar de tomar la curva a la izquierda que le llevaría a la siguiente entrega mientras niega con la cabeza ante su necesidad de comprobar cómo está esa mujer. Esto va a hacer que el final de la jornada se retrase. Su cerveza está cada vez más lejos.

Otro mensaje de su teléfono hace que suelte un suspiro. Sí que está siendo insistente.

Tienes que llamarme ahora mismo!!!!

Esto ocurre cada pocos meses. Normalmente se trata de algo relacionado con el dinero. «No puedo pagar el alquiler, no puedo

permitirme la gasolina para el coche, no puedo permitirme comer». La noticia de cualquiera que sea su último desastre le llega con una voz quejumbrosa, con muchos resuellos y muchas lágrimas. Las lágrimas son de mentira y él sabe que si le dice que no, cosa que suele hacer a menudo, ella pasará al siguiente de la familia. Pues que le vaya bien, siempre que deje en paz a Maddy. No importa lo mucho que él se aleje, pues siempre habrá una conexión y ella lo sabe.

La primera vez que lo llamó fue un año después de que se hubiese mudado. Habían pasado doce meses y sabe que ella ni siquiera se había acordado de él. Solo tenía diecinueve años y lo estaba pasando mal, y aunque a veces, como cuando tuvo que dormir en la calle una o dos noches, pensó en llamar para ver si podría volver a casa durante un mes o dos antes de recuperarse, no lo hizo.

Le sorprendió la primera vez que ella le llamó y casi se asustó al oír su tono de desesperación. «Nos van a dejar a todos en la calle si no podemos pagar el alquiler, Logan». Envió dinero para ayudarlos, dinero que había tenido que pedir prestado para que Maddy siguiera teniendo un techo sobre la cabeza.

«Fueron a darse una comilona —le contó Maddy dos días después —. A ella le pareció divertido».

Él sabía que el dinero no iba a servir nunca de nada, pero a veces sucumbía, pues el cordón que los unía no se había roto del todo y la voz de ella seguía despertando algo en él.

Llega otro mensaje.

Llámame ahora mismo. Es sobre Maddy.

Logan suelta un gruñido. Ahora va a tener que llamar. No hay alternativa. Probablemente esté mintiendo, pero no puede arriesgarse.

Gira a una calle lateral y aparca la furgoneta. No cree que el día pueda ir a peor.

Antes de llamarla, prueba con el móvil de Maddy y salta el buzón de voz de nuevo.

Marca el número de su madre deseando no tenerlo y que ella no tuviera el de él, pero no puede hacer nada para remediarlo.

—Logan —dice ella cuando responde.

—Carmella —contesta él.

—Podrías llamarme madre o mamá, ¿sabes?

—Sí, bueno, no empecemos con eso, ¿de acuerdo? —Sus manos están agarradas al volante y se alegra de haber aparcado. Bajo ningún concepto debe conducir hasta que esta conversación haya acabado—. ¿Qué le pasa a Maddy?

—¿No vas a preguntarme cómo estoy? ¿O cómo está tu padre? Que sepas que últimamente no se encuentra bien y he tenido que aguantar mucho. Podrías venir a ayudar. Eso es lo que un buen hijo haría. Pero tú siempre has sabido cómo sacar a todos de tu vida, ¿no es así, Logan?

Él aprieta los dientes y guarda silencio.

—Todos están dispuestos a dejar atrás el pasado, Logan. Todos menos tú. Y has animado a Maddy a pensar de la misma manera. Tu padre tiene razón con respecto a ti, eres tremendamente desagradecido.

Logan ve cómo sus nudillos se ponen blancos y siente que se le contrae la mandíbula por la fuerza con la que está apretándola.

—¿Qué le pasa a Maddy? —pregunta despacio con un tono de amenaza en su voz.

Ella suspira.

—Bueno, le advertí sobre ese muchacho, pero ya sabes que nunca escucha. Es que ya apenas me habla, pero yo lo intento con ella, Logan, igual que hago contigo, pero parece que los dos tenéis vuestra propia forma de recordar vuestra infancia y no tenéis en cuenta lo que hemos hecho por vosotros. Tu padre y yo hicimos lo que pudimos con los dos, pero nada era nunca suficiente.

Oye la voz de su padre, aunque lleva años sin intercambiar una palabra con ese hombre. «¿Quién va a querer desperdiciar su tiempo contigo? Eres feo como para asustar hasta a un animal. A nadie le gusta la gente que nunca sonríe. ¿Qué problema tienes?». Sus padres no hicieron lo que pudieron. Ni de lejos.

Deja caer la cabeza sobre el volante mientras las sienes le palpitan. Sabe que no puede reaccionar ante ella, que no puede darle pie, que no puede ceder ni un milímetro porque eso terminaría con él gritando y ella también. Nunca reconocerá el tipo de madre que fue.

—Voy a colgar —dice.

—Vale, vale —contesta ella, ofendida por que él no quiera entrar en la discusión. Logan sabe que ella se crece en los dramas—. Alguien le ha dado una paliza. No tienen ni idea de quién, pero le he dicho al agente que me ha llamado que creía que podía ser ese chico. Le ha dado una paliza y casi la mata. Se encuentra en el hospital y estoy tratando de encontrar un vuelo a Melbourne para reunirme con ella.

—¿Qué? —pregunta Logan sin entender.

—¿Tengo que explicártelo otra vez?

—No…, no. ¿Está muy grave? ¿Se pondrá bien? ¿En qué hospital? ¿Cuándo ha pasado? —Le dispara las preguntas mientras el estómago se le revuelve. «Lo voy a matar, lo voy a matar, lo voy a matar».

—Los médicos esperan que salga adelante y… Fue…, eh…, hace unos días, quizá —dice su madre con tono aburrido.

—Hace unos días, ¿y me llamas ahora? —Prácticamente bufa sobre el teléfono.

—Sí, bueno…, he estado… Te he llamado ahora, ¿no?

El enfado corre por sus venas al oír su tono ofendido. Nunca es culpa de ella. Siempre «hace lo que puede».

—¿En qué hospital está? Dímelo para que pueda llamar y… Tengo que coger un avión.

—El hospital Footscray.

—¿Lo han arrestado? —ruge Logan.

—No lo encuentran.

—¿Qué?

—Que no lo encuentran. Es evidente que lo están buscando. La policía, digo.

—¿Cómo saben que ha sido él?

—Bueno, o sea, no lo saben con seguridad, pero ella está en el hospital y él ha desaparecido. Y los vecinos han dicho que oyeron una pelea y…, ya sabes. Les he dicho que creía que era él. Siempre es el novio o el marido, ¿no?

—No me lo puedo creer —murmura Logan, porque es la verdad. Patrick es un pobre hombre, pero, en el par de ocasiones que él lo ha visto, nunca le ha dado la impresión de que sea violento. Es alto

y delgaducho y parecía intimidado por Logan, cosa que a él le había gustado.

—Vale, ya me he cansado de esta conversación. Te he llamado porque sé que ella querría que lo hiciera. Pero la cuestión es que necesito dinero para ir a Melbourne. Ella querría que fuera. Al fin y al cabo, soy su madre.

Logan siente cómo un grito crece en su interior. Se lleva el puño a la boca y se muerde un dedo, rompiéndose la piel y haciéndose sangre con tal de no decirlo: «No, ella no querría que fueras. Te odia porque eres una madre inútil. Tu único deber era proteger a tus hijos y no lo hiciste».

—¿Cómo sabían que tenían que llamarte? —pregunta con la voz entrecortada por la rabia.

—Al contrario que tú, ella me tiene en su teléfono como «Mamá». Supongo que pensaron que era la mejor opción. —Hay un lamentable tono de engreimiento en su voz, como si tener ese título significara algo aparte de su contribución biológica.

Logan toma aire.

—En cuanto al dinero… —dice ella, y él cuelga el teléfono con la esperanza de que siga hablando al vacío.

Se queda un momento sentado en silencio, tomando aire y expulsándolo mientras intenta elaborar un plan. Adondequiera que iba a ir o lo que fuera que iba a hacer ya no importa. Solo llegar hasta Maddy. Tiene que ir a Melbourne.

—Llama a Debbie —dice en voz alta, porque ella sabrá qué tiene que hacer.

—Hola, cariño —responde ella. Él le explica—. Ay, pobre. Pobrecita. Sabíamos que Patrick no traía nada bueno.

—Sí, y ahora tengo que ir allí. Tengo que devolver los paquetes al depósito y Mack se va a cabrear.

—Déjame a Mack a mí. Espera un momento… —Logan oye cómo teclea en su ordenador—. Los aviones están llenos, cariño. El primero que te puedo encontrar es esta noche a las ocho.

—Tengo que llegar allí ahora. —Se aprieta cada uno de los dedos, sintiendo cierto consuelo en el fuerte sonido de los crujidos de sus nudillos. No puede quedarse quieto.

—Vale, espera. Haz tu próximo reparto y dame unos minutos. Puedo llamar a Terri, la conozco del colegio. Es enfermera allí. Dame unos minutos. No tiene sentido salir corriendo al aeropuerto para quedarte allí sentado varias horas y volverte loco.

—Vale —asiente él, aliviado porque Debbie sabe qué hacer, como siempre.

Empieza a conducir, respirando hondo para calmarse mientras ve a su hermana pequeña con su amplia sonrisa, sus delicadas manos que parecen bailar en el aire cuando está explicando algo que la emociona. Si encuentra a Patrick, lo mata. Lo sabe. Espera de verdad que la policía lo encuentre antes. Por su imaginación pasan distintos escenarios de pesadilla, haciéndole sudar a pesar del aire acondicionado. Toma dos giros equivocados.

—Concéntrate —se reprende.

Suena su teléfono y mira la pantalla en el salpicadero con la esperanza de que sea Debbie, pero es Mack. Mack lo llama, al menos, dos veces al día. Logan sabe que se habrá ganado la confianza de su cuñado cuando cesen esas llamadas de teléfono. Respira hondo y acepta la llamada.

—Hola, Mack.

Abre la boca para contarle a su cuñado lo de Maddy pero, antes de que pueda decir nada, Mack empieza a hablar.

—Ha pasado algo raro. ¿Sabes esos correos electrónicos que solemos enviar después de haber entregado un paquete? ¿Esos en los que preguntamos cómo ha sido nuestro servicio?

—Sí —responde Logan con cautela.

—Sí, bueno, pues ha pasado algo con el sistema informático y los correos han salido antes de que se hayan registrado las entregas como realizadas…

—Mack, ¿por qué me llamas? —Logan no puede ocultar su frustración, desesperado por tener noticias de Debbie.

Hay un segundo de silencio ante su brusquedad.

—En fin —continúa Mack—. Ya se ha solucionado todo excepto lo de una mujer…, eh…, Katherine West. Estaba en tu lista para primera hora de esta mañana y ha puntuado como extremadamente insatisfecha en la encuesta. Ahora estoy viendo que el paquete no se ha entregado y supongo que, por la tienda de donde procede, se trata de un ordenador, así que mi pregunta, Logan, es… ¿dónde está ese ordenador?

El tono de Mack es educado pero inquisitivo. Logan sabe que cualquiera que lo oyera creería que solo está tratando de averiguar qué es lo que ha fallado. Pero Logan tiene claro que le está acusando de robo. No es la primera vez que ocurre y es consciente de que no será la última. La situación siempre se aclara rápidamente y su cuñado termina diciendo algo como «sabía que había una explicación», pero a Logan no le cabe duda de que Mack está esperando el momento en que no haya explicación y la situación no se aclare rápidamente.

Se queda callado un momento mientras ordena sus pensamientos y se esfuerza por sofocar la rabia que siente que está brotando dentro de él.

—He intentado entregar el ordenador esta mañana, pero no ha querido abrir la puerta. Le he dicho que tenía que firmármelo, pero, aun así, no ha abierto. Le he dicho que lo dejaría en la oficina postal más cercana al terminar la jornada. Sigue en la furgoneta. Dame un minuto y te envío una foto.

—Ah —responde Mack—. No, no es necesario…

Pero Logan sabe que sí lo es. Sale de la furgoneta, abre la puerta lateral, busca el paquete y hace una foto de manera que se vea con claridad el nombre de la mujer. Se la envía a Mack.

—¿La has recibido?

—Sí, sí… Vale, sí que es raro. Probablemente esté enfadada por no haberlo recibido hoy.

—Bueno, no voy a entrar a la fuerza en su casa, ¿no, Mack? —dice Logan, mientras intenta, intenta de verdad, ocultar cualquier tono de amenaza en su voz.

Mack se aclara la garganta.

—No, claro que no. Puede que simplemente haya pulsado el botón que no era. Le enviaré de nuevo la encuesta y puede que la llame en un par de días. Estoy seguro de que ha sido un error.

—Sí, seguro que ha sido eso. Voy a seguir —dice Logan después de que desaparezca de su cabeza la idea de tratar de explicarle lo de Maddy, y cuelga.

No tiene ni idea de qué hacer mientras espera la llamada de Debbie. Iba de camino a la casa de Katherine West, pero, a juzgar por la encuesta, es probable que se encuentre bien y tan solo esté

cabreada porque él no ha querido dejar el ordenador. Mira su lista de reparto. ¿Qué más puede hacer? ¿Qué más se supone que debe hacer? Gira a la izquierda y golpea el volante mientras piensa en la cara de Patrick y su barba desaliñada.

Creía que el día no podía ir a peor, pero a veces es como si todo el universo la tuviera tomada con él. Lo único que quería era tener un día normal y una cerveza fría al final con su esposa. Permite que la rabia haga acto de presencia mientras conduce. Al fin y al cabo, está solo en su furgoneta. Golpea el volante un par de veces más y el plástico duro hace que sienta un hormigueo en la palma y que el pequeño dolor le suba por el brazo mientras murmura pensamientos incoherentes y malvados que jamás podría decir delante de nadie, que ha aprendido a no decir nunca delante de nadie. Se imagina a su padre con una sonrisa en su cara que, más bien, es un gesto de desprecio: «Vas a terminar en la cárcel, muchacho. Recuerda estas palabras». Su primera noche en prisión fue un tormento lleno de ruido y miedo y del rostro de su padre, las palabras de su padre.

«Un buen padre, un padre digno de un hijo, desea el éxito de ese hijo —le dijo Aaron—. Tú no llegaste a tener ese apoyo, pero todavía puedes conseguir el éxito en tu vida después de esto».

Logan tiene que seguir recordándose esas palabras, repetírselas cuando está furioso con el mundo y consigo mismo. Piensa en Maddy y en el dolor que ha sufrido. Intenta no dejar que su imaginación llene de magulladuras y sangre su cara y su cuerpo. Siente náuseas al pensar en ella herida, al pensar que está sola en la cama de un hospital sin que él esté allí agarrándole la mano.

La ha querido desde el momento en que llegó a casa desde el hospital con su madre indiferente, que abrió su primera cerveza

cuando Maddy tenía tres días mientras suspiraba: «Cuánto tiempo esperando esto».

Maddy no habría elegido a un hombre que le hiciera daño si no se hubiese criado con unos padres que habían hecho lo mismo. Es así de simple.

En su furgoneta, Logan abre la boca y grita su frustración por cómo es su vida, por lo que se ha hecho a sí mismo y por lo difícil que resulta cada día por culpa de las decisiones que ha tomado, por no saber hacerlo mejor. Grita tan fuerte que la garganta se le irrita, pero, cuando termina, la calma le inunda.

Llega a su siguiente entrega, sin saber bien cómo ha conseguido dar con la dirección exacta, y sale de la furgoneta. Mientras espera a que le dejen entrar en el complejo de apartamentos se pregunta si la mujer, Katherine West, habrá pulsado sin más el botón equivocado en la encuesta. ¿Estaba enfadada porque él no ha dejado el ordenador o pasaba algo más? ¿Estaba tratando, en cierto modo, de asegurarse de que recibía una llamada o un mensaje al que pudiera responder? Logan niega con la cabeza mientras el portero automático le abre, seguro de que está convirtiendo todo este asunto en algo que no es verdad. Pero no puede evitar pensar que Katherine West estaba tratando de enviar un mensaje a alguien. De algún modo extraño intentaba alertar a alguien de que estaba pasando algo malo. Está casi seguro de ello. La sensación de que esa mujer está en peligro no desaparece, incluso a pesar de todo lo demás que tiene en su mente.

La puerta del apartamento donde va a hacer la entrega está abierta y una mujer vestida con un sari sonríe expectante.

—Mis especias —dice—. En el momento perfecto. Se me acaban de terminar.

Logan sonríe y le entrega la caja y, al hacerlo, se da cuenta de la rápida mirada que ella dirige a sus manos y a su cara. Siente que se sonroja, más por vergüenza que por el calor.

—Qué trabajo tan elaborado —dice la mujer en voz baja mirándole la mano donde tiene un escorpión, con su cuerpo perfectamente dibujado de modo que es visible cada parte de su esqueleto, con su cola levantada, listo para atacar. La mujer sonríe y le da las gracias por la entrega mientras cierra la puerta. Su voz era ligera y calmada, su tono amable, y él siente que parte de la rabia desaparece de su cuerpo. «Maddy se va a poner bien. Por favor, que Maddy se ponga bien. Aguanta, Maddy. Ya voy».

Vuelve a salir hacia la furgoneta y el teléfono se le ilumina con el nombre de Debbie.

—Vale, he hablado con Terri —dice ella cuando él responde—. Trabaja en urgencias. Maddy está en cuidados intensivos.

—Dios mío —contesta él mientras le invade una sensación de náuseas.

—Terri dice que le han inducido el coma para que su cuerpo descanse y sane. Tiene una inflamación en el cerebro y están esperando a que se le rebaje. Te he reservado un vuelo para esta noche a las ocho. No sabrán más sobre su estado hasta mañana por la mañana. Estoy tratando de buscarte un hotel cerca del hospital.

—Gracias, cariño. Gracias —responde él, y siente un poco de vergüenza por las lágrimas que derrama. Su hermana, su hermana pequeña. «Lo voy a matar, lo voy a matar».

—Ven a casa —dice Debbie.

Logan se ve dando vueltas por la sala de estar de su pequeño apartamento esperando a que pasen las horas.

—No. Voy a terminar aquí. No tardaré mucho más y necesito algo que me distraiga. ¿Puedes llamar cada hora a tu amiga…, a Terri? ¿Puedes llamar a Terri cada hora para ver si hay algo nuevo?

—Claro. Intenta mantenerte tranquilo. Está recibiendo los mejores cuidados. No hay nada que puedas hacer.

—Te quiero —dice Logan, algo que no es propio de él. Le hace sentir raro pronunciar esas palabras.

—Ay, cariño, yo también te quiero. Todo va a salir bien. Se recuperará. Sigue con tu trabajo y yo te hago la maleta.

Después de colgar, Logan empieza a planear cómo traer a Maddy a Sídney para que Debbie y él puedan cuidarla. Imaginar un futuro donde ella está bien hace que se concentre y, aunque oye de nuevo un mensaje en su teléfono, no lo mira hasta que está en su siguiente entrega.

Tú eres el siguiente.

Logan no reconoce el número. El mensaje es sorprendente por su simplicidad. ¿El siguiente para qué? ¿El mensaje está destinado a él? ¿Ha sido una equivocación?

Se queda mirando esas cuatro palabras. Hay mucha gente de su pasado capaz de enviar un mensaje con una amenaza. Personas a las que robó, personas a las que conoció en la cárcel e incluso personas a las que en su momento consideró amigas, como Nick, que posiblemente siga en prisión. No ha hablado con él desde aquella fatídica noche, pues se negó a verlo incluso cuando trató de

visitarlo en la cárcel antes de que a su vez fuera arrestado y lo encarcelaran por sus delitos.

Una carcajada inesperada se forma en el interior de Logan. No puede creer que este siga siendo el mismo día. Se descubre riéndose en alto, como si alguien le hubiese contado el mejor chiste que haya oído nunca. Solo cuando se da cuenta de que tiene las mejillas húmedas se detiene y respira hondo.

«¿Para qué soy el siguiente?». Se queda mirando el mensaje y trata de reconocer el número sin conseguirlo.

Maddy está en la cama de un hospital y ahora hay alguien que dice que él es el siguiente. No puede ser una casualidad sin más. ¿Es un mensaje de Patrick? Seguro que no. Está en Melbourne, lejos de aquí. Pero puede que Patrick no tenga nada que ver con lo que le ha pasado a su hermana. Varios rostros y nombres atraviesan su mente. Todos con los que se ha relacionado saben que tiene una hermana menor a la que quiere. Aunque Nick siga en la cárcel, conoce toda la vida de Logan y puede que no se haya tomado muy a bien que no le haya hecho caso durante los últimos años. A lo mejor ha hablado más de lo que debía de las cosas que hicieron juntos. Nick conoce a gente en todas partes. La lista de posibilidades se va haciendo más larga cuanto más piensa Logan en ello y el corazón se le acelera al recordar todas las cosas que ha hecho mal.

¿Y si esto es una venganza? Piensa que ha dejado atrás su pasado, pero ¿y si alguien a quien robó se está asegurando de que sea consciente de su error? Hacer daño a alguien a quien quiere sería la mejor opción. Quien sea que haya hecho daño a su hermana sabía que lo primero que él haría sería montar en un avión e ir a verla. El hecho de hacerle daño a ella le atraería hasta allí para

enfrentarse a quien sea que le esté esperando. «Dios mío», susurra sintiendo que se le revuelve el estómago y la frente se le llena de sudor. Han lastimado a Maddy por algo que él hizo.

Esta noche llegará a Melbourne y su pasado le estará esperando.

Golpea otra vez el volante y la rabia va creciendo en su interior mientras lo único que piensa es: «Lo voy a matar, lo voy a matar». Solo que no está seguro de en quién está pensando exactamente.

10

GLADYS

Te digo qué es lo que deberían hacer —comenta Lou señalando a la televisión, donde tienen puesto un programa de variedades—. Deberían añadirle a esto un perro que hiciera trucos.

—Estoy segura de que uno de los concursantes de hace unas semanas sí tenía un perro —contesta Gladys—. Lo votaron para expulsarlo. —No aparta los ojos de la televisión aunque, en realidad, no la está viendo. De vez en cuando, mira por el ventanal donde Lou y ella tienen su pequeña mesa redonda de desayuno y dos sillas. La luz del sol se filtra por él tiñendo de naranja la mesa de madera y, aunque no quiere salir con el calor, el verde intenso de la hierba contra el brillante azul del cielo suplica ser disfrutado.

—Ya nadie sabe lo que es el verdadero entretenimiento.

Gladys odia ese programa, pero Lou se niega a ver otra cosa, a pesar de todas las plataformas digitales que tienen. No parece que pueda concentrarse en una película el tiempo suficiente como para distinguir a los personajes y se queda dormido con las series, enfadándose con ella cuando despierta porque ha seguido viéndolas sin él. La única razón por la que se ha sentado con él en la fresca sala de estar es porque la ha estado llamando toda la mañana. Cree

que puede deberse a que su rutina con Peter se ha visto interrumpida. Prefiere que Peter le ayude a bañarse y a afeitarse y Gladys no ha hecho un buen trabajo. Tiene dos cortes de la cuchilla en el mentón.

—¿No crees? —insiste él, y ella se da cuenta de que no le ha contestado.

—Probablemente no —conviene ella—. Es la hora de tu medicina, Lou. ¿Quieres tomar algo con ella?

—No diría que no a un buen melocotón. ¿Tenemos melocotones?

—Sí —responde Gladys, y oye un pequeño suspiro de Lou.

Querría que no hubiese melocotones para así poder protestar y quejarse. Antes de que le dé tiempo a decir nada más, ella sale de la sala de estar y va a la cocina, donde escoge un melocotón, lo lava y luego lo corta en pedazos que a Lou le resulten fáciles de comer, pero lo suficientemente grandes como para que sus temblorosas manos los puedan coger. Se mete un trozo en la boca y disfruta del sabor agridulce que siempre le sabe a verano. Gladys siente que el melocotón se le atraganta al pensar que no tiene otra cosa que esperar salvo la pérdida de Lou. «No seas tan tonta», se reprende a sí misma.

Le lleva el melocotón a Lou, le da las pastillas y mira en silencio cómo se las traga igual que un niño.

—¿Adónde vas ahora? —pregunta él cuando se vuelve a ir.

—La secadora ha terminado. Voy a subir las sábanas arriba y guardarlas.

—Nunca paras quieta ni un segundo —responde él con fastidio.

Gladys se traga sus duras palabras.

—Solo tardaré un minuto.

Cuando las sábanas están bien ordenadas y guardadas, va a la habitación de invitados para ver si Katherine ha subido por fin los estores de las habitaciones de los niños, pero siguen echados, con la casa en silencio y amenazante bajo el calor de la mañana.

Se queda mirándolos un momento y se pregunta por qué la inquieta tanto. Se le ocurren cien razones por las que ni siquiera debería pensar en esto, pero hay algo que no deja de preocuparla y no sabe qué es. ¿Qué ha querido decir Sophie con lo de que está ocurriendo algo extraño en la casa? ¿Ha notado también la niña esa tensión entre sus padres?

Gladys frota una mancha de la ventana. ¿Los West están pensando en divorciarse?

¿Quiere Katherine el divorcio o es John? ¿O los dos? Espera que no se divorcien, aunque solo sea por los niños. Katherine antepondría las necesidades de los mellizos. Gladys sabe que es una madre muy entregada y cariñosa. Contó con la ayuda de su madre hasta mediados del año pasado, cuando Janet perdió la vida por un ataque al corazón. Katherine se quedó destrozada. Quizá perder a su madre le haya hecho cuestionarse toda su vida. Perder a un ser querido puede provocar que una persona lo vea todo de otra manera. Incluso entender que Lou no va a seguir con ella muchos años más ha cambiado el modo en que Gladys se enfrenta a su propia vida. Ya nada parece interesarle tanto.

Para su sorpresa, uno de los estores se mueve un poco y, mientras está mirando, aparecen dos manitas con un trozo de papel blanco. Hay algo escrito en él con un rotulador azul grueso, pero Gladys no puede ver qué dice. Necesita las gafas para todo, pero se las ha dejado junto a la televisión. Mira frenéticamente por la habitación de

invitados y se alegra al recordar que Lou guarda sus prismáticos para avistamiento de aves en el armario de esa habitación. «No te vayas, no te vayas», repite sin parar mientras desenrolla la correa y se pone los prismáticos ante los ojos, ajustando la lente para poder ver qué hay escrito en el papel con letras temblorosas.

Alludanos

«Ayúdanos». Pone «Ayúdanos» con letra de niño. Un escalofrío recorre el cuerpo de Gladys mientras se saca el teléfono del bolsillo con la intención de hacer una foto para enseñársela a Lou y por fin se convenza de que está pasando algo. Pero las manitas con el cartel desaparecen de repente y el estor sigue bajado.

Gladys espera con el corazón golpeándole en el pecho, pero no ve más movimiento en la casa y, cuanto más mira los estores echados, más se pregunta qué es lo que acaba de pasar.

Vuelve a bajar con piernas temblorosas.

—No te vas a creer lo que acabo de ver —le dice a Lou.

—El armario de las sábanas, imagino —responde Lou con un brote de su viejo buen humor.

—No. Estoy hablando en serio, Lou. He ido la habitación de invitados para ver si estaban subidos los estores de la casa de Katherine…

Él frunce el ceño y la interrumpe.

—¿Qué obsesión te ha entrado con sus estores? Pareces un poco loca, Gladys. Los tiene cerrados para que no entre el calor, es muy sencillo. ¿Por qué no lo dejas ya?

—¡Escúchame bien, Lou Philips, y deja de interrumpirme! Estás siendo muy grosero —responde Gladys en voz alta y cortante.

Los hombros de Lou se desploman un poco y se hunde algo más en su sillón. Odia que ella le grite.

—Lo siento, ancianita —balbucea, cosa muy poco habitual en él. Y Gladys nota una familiar sensación de culpa sobre sus espaldas. Él no está siendo así a propósito.

Va a sentarse a su lado, en su sillón de piel.

—No te preocupes, querido, pero quería contarte lo que he visto, así que deja que te explique.

—De acuerdo. —Le dedica toda su atención, todavía compungido por haberle gritado.

—Uno de los niños ha sacado un cartel por la ventana, una hoja escrita a mano que decía «Ayúdanos». Bueno, la palabra estaba mal escrita pero decía claramente «Ayúdanos». —Saca el teléfono deseando tener una foto y, después, vuelve a guardárselo en el bolsillo, se levanta y se sienta de nuevo, con la imagen del cartel ante ella. ¿Ha visto lo que cree que ha visto?

—Eso sí que es un poco raro —reconoce él.

—Lo sé —contesta Gladys, aliviada por que él la crea a pesar de que esté dudando de sí misma—. Te he dicho que ahí estaba pasando algo raro. Creo que debería acercarme y pedirle a Katherine que me abra la puerta. O quizá debería llamar a la policía sin más.

—Escucha, querida —responde Lou con dulzura—. Sé que es duro estar aquí conmigo todo el día, sobre todo cuando preferirías salir. Lo sé, y creo que a lo mejor te vendría bien un pequeño paseo o algo. No me va a pasar nada por quedarme solo un rato.

El enfado estalla en Gladys al ver que la despacha como si se estuviese imaginando cosas por estar encerrada en la casa. Creía que él ya se había puesto de su parte. Se esfuerza por emplear un tono moderado, consciente de que él ha tratado de hablarle con amabilidad.

—En esa casa está pasando algo. Lo sé. —Gladys se retuerce las manos mientras la angustia la invade. Lo de ayer, lo que no le contó a Lou, vuelve a su mente. Pero es evidente que no guarda ninguna relación con lo que está pasando en casa de Katherine y no ve motivos para preocupar a Lou cuando él no puede hacer mucho al respecto.

—A lo mejor John y ella tuvieron una discusión fuerte y todos están dedicando el día a calmarse. Puede que sea por eso por lo que los niños están agitados y convirtiéndolo en un juego. ¿Te acuerdas cuando creías que yo estaba flirteando con la nueva secretaria del trabajo?

—Eso fue hace años, Lou. —Gladys suspira y se frota la frente al notar que le está entrando dolor de cabeza.

—Sí, pero discutimos toda la noche y, luego, al día siguiente, nos tomamos los dos el día libre para arreglar un poco las cosas. A veces, las parejas necesitan espacio para solucionar sus asuntos. Puede que los niños estuvieran jugando sin más. Si llamas a la policía, no creo que a Katherine y a John les guste. A nadie del barrio le gusta que los demás se involucren.

—Pero John ha salido, ¿no? Oíste cómo se iba esta mañana. Eso has dicho.

—¿He dicho eso? —pregunta Lou con expresión confusa.

—Debería llamar a Katherine…

—Te estás entrometiendo. La gente va a pensar que te has vuelto loca.

—Lou, John se fue esta mañana temprano, derrapando, haciendo suficiente ruido como para despertarte. Eso es lo que has dicho antes. A lo mejor han tenido una pelea fuerte. A lo mejor él…, a lo mejor le ha pegado o algo… No sé. Tal vez ella necesite ayuda y por eso los niños han escrito ese papel. Seguro que puedes entender que está pasando algo malo.

Se saca el móvil del bolsillo del delantal, se le caen dos pañuelos de papel al suelo y tiene que agacharse para recogerlos.

—Bueno, en ese caso llama a Katherine.

Gladys se queda en silencio.

—Te he dicho que, en ese caso, la llames —repite Lou.

—Sí, bueno. Ya lo he hecho —confiesa—. Cuatro veces y no ha respondido. —Baja los ojos a su teléfono y se muerde el labio. «¿Ha sido lo más conveniente?».

Lou la mira con los ojos abiertos de par en par.

—Te van a detener por acoso, Gladys. ¡Imagina que te meten en la cárcel! ¿Qué voy a hacer yo entonces? —Se tira de la tela de la camisa y niega con la cabeza mientras habla—. ¿Qué voy a hacer? —gime de nuevo.

Ella se apresura a tranquilizarlo colocando una mano suavemente sobre sus temblorosos dedos.

—Eso no es posible, Lou —lo consuela—. No voy a volver a llamar a Katherine. Llamaré rápidamente a John al trabajo y después podré sacarme todo esto de la cabeza. No tardaré más de un minuto. Le preguntaré por los niños y… Bueno, no sé. Me inventaré algo. Lo voy a llamar al trabajo.

—¿Cómo es que tienes el número del trabajo de John?

—No lo tengo, pero sé que trabaja en Barker y Asociados, ¿no? Katherine me dio un montón de cuadernos de su empresa porque dijo que iban a cambiar el logo. Voy a llamar y, si su tono al teléfono es un poco ladino, volveré a acercarme ahí para ver lo que pasa. —Mientras habla, no lo mira a él, sino al teléfono. No va a darle la oportunidad de impedírselo.

Lou se cruza de brazos y espera.

Gladys mira su teléfono a través de sus gafas y escribe despacio el nombre de la empresa de John en Google.

—¡Ja! —exclama triunfante cuando lo encuentra y presiona sobre el número de la página web. Katherine estaba muy orgullosa cuando le contó que a John lo habían hecho socio de su bufete. Es una gran compañía con más de cien empleados. Gladys lo sabe porque lo buscó en internet.

—Sí, hola —le dice a la mujer con voz muy competente que responde. Gladys se aclara la garganta—. Quisiera hablar con Jonathon West.

—¿Me puede decir quién llama y con qué motivo? —pregunta la mujer.

Gladys se plantea contar la verdad, pero decide que probablemente con una rápida mentira consiga llegar más lejos.

—Soy su vecina de al lado y creo que hay un escape en una tubería de su patio de atrás. No consigo dar con su mujer y me preocupa que se le vaya a inundar la casa. —Gladys cruza los dedos. La verdad habría parecido muy extraña. Se le había ocurrido la mentira más adecuada. En una ocasión sí tuvo que llamar a Katherine porque se habían dejado abierta la manguera durante

horas mientras llenaban la piscina y el nivel del agua no paraba de subir. Gladys había mirado por la ventana de su dormitorio y había visto que iba a rebosar. «Menos mal que has llamado», dijo Katherine después.

—Un momento. Voy a ver si está disponible.

Gladys mira a Lou y asiente. Ahora también está interesado. Los dos necesitan saber si Katherine se encuentra bien. Siente cierto vínculo maternal hacia las mujeres jóvenes del barrio. La madre de Katherine ya no está para proteger a su hija y, a veces, las jóvenes necesitan la ayuda de una mujer mayor y quizá más sabia.

—Lo siento, el señor West no ha venido a trabajar esta mañana —dice la mujer al regresar al teléfono.

—Ah, ¿está segura de que no se encuentra en alguna reunión? Puedo dejarle un mensaje.

—Me temo que no. Como le he dicho, no ha venido hoy en todo el día.

—Entonces ¿dónde está?

La mujer vacila.

—Su asistente no me ha dado esa información —dice.

—A lo mejor lo puedo llamar yo directamente. ¿Me puede dar su número de móvil?

—¿No ha dicho que era su vecina?

—Sí.

—¿Y no tiene su número de móvil?

—Pues… no.

—Me temo que no puedo dar los números personales de nuestros trabajadores. Gracias —dice la voz, y cuelga rápidamente.

Gladys mira a Lou.

—Si no ha ido hoy al trabajo, ¿dónde está?

—Puede que en casa —sugiere Lou.

—Pero se fue esta mañana. Eso has dicho. Si hubiese vuelto de nuevo lo habríamos oído. ¿Y por qué ha regresado a casa en mitad del día?

Su marido se encoge de hombros.

—Se marchó muy temprano e hizo mucho ruido y yo pensé… pensé…

—¿Qué pensaste? —pregunta Gladys tratando de ocultar su impaciencia cuando él se queda en mitad de una frase.

—Cielo santo, Gladys. Acabo de recordar que volvió. Sí, volvió como diez minutos después y pensé: «¿Qué hace otra vez en casa?». Oí que la puerta del garaje se subía. Oí cómo entraba. Volvió, Gladys. Me había olvidado.

—Ay, Lou —dice ella con dulzura—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Se me había olvidado, querida. Lo había olvidado hasta ahora mismo. Es que no es algo a lo que se le suele prestar atención, ¿no? Lo siento. —Se está disculpando de nuevo y a ella no le gusta oírlo. Es curioso que prefiera cuando se pone arisco. Eso quiere decir que se siente más como siempre ha sido.

Gladys suspira.

—No es culpa tuya, es solo que… hoy todo es muy raro. —Frunce el ceño y se cruza de brazos—. ¿Y cuánto tiempo ha estado después de volver? ¿Sigue ahí?

Lou se queda mirándola y, por su expresión, ella sabe que la pregunta le ha desconcertado.

—No lo sé —responde—. A lo mejor me he vuelto a quedar dormido. —Dirige la mirada a la televisión—. Seguro que no es nada,

querida. Estamos haciendo una montaña de un… grano de arena. Eso es. Solo están pasando el día en su casa.

—No lo creo —dice Gladys poniéndose de pie. Va a la ventana, contempla la calle en silencio donde nada se mueve bajo el calor. Incluso los loris se han buscado un lugar resguardado del sol para pasar el día durmiendo.

Mira el teléfono. ¿Se llama a la policía por estar preocupada por una vecina simplemente porque el marido no ha ido al trabajo ni los niños al colegio?

Lou la observa en silencio.

—Oye, a lo mejor han tenido una pelea y la están solucionando ahora. A lo mejor ella ha decidido que los niños se queden en casa y no vayan al colegio por el calor. Pueden haber pasado muchas cosas. Te propongo que veamos una de esas series de crímenes que te gustan, la del médico, ya sabes. ¿Qué te parece, ancianita?

Gladys se gira hacia la televisión, donde están anunciando un nuevo tipo de colchón. Lou tiene razón. A nadie le gusta que vaya la policía a su casa. Pero para eso es para lo que está, para mantener la ley y el orden. No es que los llame a menudo. No los llamó tras el pequeño incidente de ayer. Quería hacerlo pero no.

Aparece un avance informativo y abre con la historia de la joven a la que han asaltado en Melbourne. «La mujer de veinticinco años atacada hace dos días está en coma inducido en el hospital Footscray de Melbourne. Los vecinos han declarado que oyeron discusiones los días anteriores al asalto».

«¿Has oído eso? —piensa Gladys—. Los oyeron discutir y no hicieron nada. Y mira esa pobre chica, mira lo que le ha pasado. La gente siempre te recomienda no meter las narices en sus cosas,

pero ¿y si necesitan ayuda? ¿Y si necesitan ayuda de verdad?». No le dice nada de esto a Lou porque no tiene sentido. Vuelve a dirigir la atención a lo que está diciendo la reportera morena de la televisión.

«La policía ha hecho una petición a la población para que ayuden a identificar y localizar a este hombre, al que se vio por última vez saliendo del apartamento la noche del asalto».

Aparece una imagen granulosa de una grabación de una cámara de circuito cerrado donde se ve a un hombre joven con una gorra roja de béisbol saliendo del edificio.

—Podría ser cualquiera —dice Lou.

—Sí —asiente Gladys, aunque hay algo en él que le resulta ligeramente familiar. No sabe por qué.

Aparece en la televisión un policía con gesto serio y la gorra protegiéndole los ojos del sol.

—Lo único que pedimos es ayuda para localizar a ese individuo. No podemos confirmar ni negar su implicación en el ataque a la joven. Esperamos que se presente en comisaría para ayudar a la policía en sus pesquisas.

—Menos mal que no es aquí en Sídney —dice Lou.

—Sí. Menos mal. Pobre chica.

Es extraño que el hombre de la televisión le resulte familiar. Niega con la cabeza. A lo mejor es que le está afectando el calor a pesar del aire acondicionado. Cuando la televisión pasa a otra noticia, la imagen del hombre en la televisión sigue en su mente. Igual que el problema de la casa en silencio de Katherine y la idea de qué demonios debería hacer al respecto.

11

Me sorprendió lo fácil que fue hacerse con una pistola. Una ilegal. Para un arma legal se necesita demasiado papeleo y tienes que usarla para cazar o hay que ser miembro de algún club de tiro o un montón de cosas más sobre las que jamás habría conseguido mentir. Nunca imaginé que conocería a gente metida en un mundo en el que se pudieran obtener armas ilegales. Surgió una noche en una conversación en un bar.

«Si pudiera, le pegaría un tiro en la cabeza —dijo mi amigo Derrick refiriéndose a su jefe después de un mal día en el trabajo—. En serio —murmuró—. Lo mataría de verdad».

«¿Dónde se consigue una pistola?», pregunté. Tenía una sonrisa en la cara, pero estaba atento a la respuesta. Quería saberlo. Quería saberlo de verdad.

«Bueno —empezó—. Conozco a un tipo que conoce a alguien…».

No sé qué diría Derrick si supiera que utilicé aquella información para conseguir una pistola, ni sé qué diría sobre lo que estoy haciendo ahora. Dejamos de hablarnos hace un tiempo. «Has cambiado», me dijo, lo cual era una forma de decir: «Ahora me aburres». En aquel momento no me importó. Prefería estar en casa. Hogar dulce hogar. Es curioso lo rápido que eso ha cambiado.

Ayer llamé a una puerta de Kings Cross. Era un edificio bonito y, cuando entré, un hombre que estaba sacando a su perro a pasear me saludó como si yo tuviese todo el derecho de estar allí. Supongo que ni se imaginaba lo que yo estaba haciendo en su edificio. Llamé a la puerta, pagué mi dinero y me fui con algo que puede acabar con vidas. El hombre que me entregó la pistola apenas me miró. Podría haber estado dándome una taza de café.

Pero todos los días hay vidas que se acaban y la gente sigue viviendo sin más. Eso es lo que sentí cuando ella me dijo que habíamos terminado: que mi vida se había acabado. Fue como una muerte.

Se suponía que mi vida debía ser distinta a la de mi padre. No iba a seguir sus pasos y terminar en un sofá con una copa en la mano. Tenía que ser diferente. La idea de que nuestra relación se ha terminado no es algo que pueda aceptar. No lo acepto, pero no encuentro un modo de volver a lo que teníamos. Ya no.

La pistola me pesa en la mano, el metal frío sobre mi piel caliente, y es la misma esencia del miedo. Creo que, si no la tuviera, ella ya habría intentado salir huyendo. Habría sacado a sus dos angelitos de la casa sin preguntar. Pero la pistola lo cambia todo. No sabe lo rápido que podría usarla para hacer daño, para herir, para matar.

Los tres observan cada uno de mis movimientos.

Puedo verla pensar, maquinar. Ha intentado razonar conmigo suplicándome, apelando a mi sentido de la humanidad, pero no ha conseguido nada. Es demasiado tarde para eso. Yo tenía un plan para mi vida y, después de todo lo que he pasado, me merecía que funcionara tal y como yo quería. Estaba enamorado…, lo que quiera

que eso signifique. Ella también estuvo enamorada una vez, pero ahora asegura que no lo está y no es justo.

Mi padre tenía razón en algunas cosas. Tenía razón con respecto a las mujeres y al control.

Pero no voy a dejar que me controlen y, si no puedo tener la vida que quería, nadie tendrá ninguna vida. Busco en mi interior para ver qué me hace sentir este pensamiento, pero no hay nada. Podría estar leyendo un artículo de periódico que no tuviera nada que ver conmigo o mirando una fila de números. He cogido mi pena y mi rabia y las he encerrado con llave. Es mejor así.

—¿Pueden usar sus iPads? —me pregunta con tanta cortesía, con tanta cautela que accedo. Estoy siendo muy generoso y amable.

Se es generoso y amable con aquellos a los que se quiere. Creo que ella diría que me ha tratado con amabilidad, que ha sido generosa conmigo. Antes veía en sus ojos su amor por mí. Debería haber tomado nota cuando eso cambió. Ahora sé que, cuando alguien te deja de querer, no sucede rápidamente. Es un alejamiento, un distanciamiento, un espacio que se va creando entre esa persona y tú y, después, un día te das cuenta de que el amor de tu vida ya no piensa que tú eres el amor de la suya.

—El amor de mi vida —murmuro.

—¿Qué? —pregunta ella, pero no lo repito. Me remonto a una época anterior, un tiempo mejor.

La conocí un frío día de otoño cuando el viento soplaba por toda la ciudad. Caminaba hacia el trabajo, con la cabeza agachada y los ojos llorosos por el ventarrón y me choqué con ella. Sin más.

«Ay, lo siento», dije y me aparté.

«No pasa nada. —Sonrió—. No es necesario que llores».

«Ah, no estoy llorando… El viento… está…», balbuceé, porque era muy guapa y quise tocarle su pelo castaño donde el débil sol otoñal quedaba prendido en unas finas hebras doradas. Entonces, se rio de mí porque no me había dado cuenta de la broma. Y, después, me reí con ella. «Tómate un café conmigo y me sentiré mejor», dije, y ella aceptó. Casi no me podía creer que hubiera accedido. La cafetería estaba allí mismo y había una mesa dentro, lejos del viento. El ambiente sabía a azúcar y la máquina de café rugía sin parar. Nos quedamos sentados el uno frente al otro un momento después de pedir nuestras bebidas, mirándonos, sonriendo mientras éramos conscientes de que la atracción era mutua.

«Debería volver al trabajo», dijo.

«¿Dónde trabajas?», pregunté, pero negó con la cabeza. No estaba dispuesta a decírmelo todavía y lo entendí. Nunca se sabe qué es lo que pasa dentro de la cabeza de un desconocido. Ya me conoce desde hace tiempo, pero sigue sin tener ni idea. O, al menos, no tenía una idea real. Ahora sí lo sabe.

Después de aquella primera especie de cita, recuerdo que salimos de la cafetería y levanté los ojos al cielo para enviar una oración en silencio dando las gracias, porque sentí que eso era lo que había estado esperando a lo largo de todos los dolorosos años de mi vida. Ahí, por fin, estaba la recompensa que merecía. Estaba seguro de que ella sería diferente a todas las demás mujeres que había conocido. Absolutamente seguro y, por supuesto, completamente equivocado.

Así que aquí estoy y la pistola parece estar volviéndose más pesada a medida que pasan las horas. Me voy sintiendo algo menos seguro con mi plan, pero ya no puedo hacer nada al respecto.

«Actúa como un tiburón, hijo —me dijo mi padre—. Nunca dejes de avanzar o morirás».

Se le daba muy bien dar consejos con frases hechas. Oírlos era una mierda.

Después de que mi padre se quedara sin trabajo cuando yo tenía quince años, dedicó su tiempo libre durante el día a beber y a odiar a mi madre. Y, por extensión, a mí.

Suena sencillo y es como si debiera haber tenido una solución igual de sencilla. Podría haber vuelto a vivir con ella, pero él era un hombre que se estaba ahogando y, cada vez que hacía algo que provocaba que yo amenazara con marcharme, levantaba las manos y se aferraba a mí mientras lloraba por lo mal que había terminado su vida.

Para entonces, ya llevaba más de un año viviendo con él y no quería volver a las reglas y las normas. A ella no le conté la gravedad de lo que le estaba pasando a mi padre. «Le encantará que yo me haya quedado sin trabajo. Le hará muy feliz verme sufrir», me decía él con sus ojos verdes caídos por la fatiga y el alcohol y su pelo grasiento porque no había motivos para ducharse si no tenía trabajo.

«No se lo contaré».

«Eres un buen chico. Volveré a ponerme de pie pronto». Estaba seguro de que conseguiría un trabajo después de su cuarta cerveza. No tanto después de la séptima. Perdió el trabajo porque el director de una tienda de electrodomésticos tiene que ser capaz de responder por la mercancía desaparecida. Y porque una mujer guapa siempre merece un regalo caro. Yo llegué a esa conclusión después. Podría haber embaucado a alguien para conseguir un

nuevo trabajo, pero se presentó en demasiadas entrevistas con una ligera resaca porque «la zorra de tu madre ha minado mi confianza. Si no fuese por ella, habría tenido mi propia tienda».

Fue envejeciendo ante mis ojos, día a día y semana a semana, contentándose solo cuando había tomado suficientes cervezas como para señalar todas las cosas que mi madre había hecho para joderle la vida.

«Y no quería tener otro hijo».

«Y odiaba cocinar».

«Y era una perezosa y no quería buscarse un buen trabajo».

«Y, y, y».

Nunca dejaba de quejarse de ella.

En cierto modo, yo podía ver que la culpaba de sus propios errores, pero, luego, yo iba a verla y me decía: «No termines siendo como tu padre. Tienes que estudiar para llegar a ser algo en la vida. Debes buscarte opciones. Tienes que dejar de salir con esos chicos, no son buena gente. A lo mejor deberías cortarte el pelo, quizá podrías ir al gimnasio…», y así sucesivamente. No me importaba si lo que decía era verdad o no. Indicarle a otro cómo debe vivir su vida nunca está bien y yo me imaginaba que alguna vez encontraría una mujer con la que podría estar, y no sería ese tipo de mujer. Los hijos no son piezas de ajedrez, pero yo iba y venía de uno a otro hasta que dejó de ser posible.

Ahora, mientras me alejo del pasado que nunca ha dejado de volver a mi cabeza, me doy cuenta de que los niños se han ido hace ya un rato, más de lo que deberían. Ella se mantiene en silencio en el sofá, mirándome.

—Están tardando mucho —le digo.

—Bueno, ya sabes… Dejan los iPads y se olvidan de dónde los han puesto. —Traga saliva con rapidez, ocultando con ella la verdad. No están buscando los iPads.

—No son tontos.

—Claro que no. Solo están buscando los iPads y a lo mejor, no sé, han ido al baño. Son pequeños.

Clava los ojos en la puerta de la sala de estar y sé que algo más está pasando ahí arriba. Han subido corriendo juntos las escaleras enmoquetadas, pero ahora están callados y solo deberían haber tardado unos minutos.

—Quizá debería ir a ver qué está pasando —digo.

—No, por favor. Volverán en un momento. No tienes por qué ir.

—Sé que no tengo por qué ir. —Me río—. Pero quiero hacerlo.

12

KATHERINE

Está sentada en el sofá acunando el mono de peluche de Sophie. «Quédate aquí», le ha advertido él y, después, espeluznantemente despacio, ha subido tras ellos. Ella se levanta y vuelve a sentarse enseguida. Le ha dicho que se quede.

Está tratando de pensar en alguna oración, la que sea aparte de las palabras: «Por favor, Dios mío». Quiere decir algo distinto, pero su mente es incapaz de pensar con claridad ahora mismo. Cierra los ojos para oír mejor, pero solo llega silencio de los dormitorios de los niños.

Se ha llevado la pistola con él. En teoría, ella podría salir ahora corriendo. Podría levantarse y correr hasta la puerta de la casa y huir a la calle. En teoría…, como si abandonar a los niños fuese siquiera posible. Y él lo sabe.

Mira hacia la ventana que da al jardín. Si estuviese más cerca de la calle, la abriría y pediría ayuda, pero todas las casas de esta calle tienen grandes jardines y gruesos muros. No haría más que enfadarlo aún más si la oyera.

Mira hacia los estantes que hay encima de la televisión, se fija en los rollos de papel de envolver esperando a ser usados. Los mellizos

cumplirán seis años dentro de tres días. Baja la cabeza entre sus manos. Han preparado una fiesta para el domingo por la tarde. Han contratado un castillo hinchable para el jardín. Tiene la despensa llena de bolsas de regalos y anoche estuvo envolviendo el primero de los regalos que les ha comprado. Es posible que este año haya tirado la casa por la ventana porque, cuando estaba haciendo las compras para ellos hace unas semanas, pensó: «¿Y si John y yo ya no estamos juntos el año que viene?». Un pensamiento aislado que la sorprendió cuando apareció. Este no es el lugar donde esperaba encontrarse, no ahora. Creía que había elegido bien a John, que estaba muy segura. Esto no debería haber ocurrido.

Pero anoche estuvo segura de que se dirigía hacia el divorcio, que solo era cuestión de tiempo, y John también lo supo.

«No puedes hacer esto», le había dicho él hace una semana, la primera vez que ella propuso que deberían pasar un tiempo separados.

«Está empezando a afectar a los niños —había respondido ella—. Tenemos que dar un poco de espacio a este matrimonio para que pueda respirar. Siempre estás enfadado conmigo».

«Haces que todo sea muy complicado». Tenía la mandíbula apretada y los brazos cruzados, bloqueando una conversación real.

«Entiendo que pienses eso. Sé que no eres feliz y yo tampoco lo soy, y… quizá necesitamos un tiempo». Ella se había frotado los ojos para contener las lágrimas, decidida a mostrar fortaleza.

«No puedes hacer esto —había dicho él negando con la cabeza—. No voy a permitir que lo hagas». ¿Qué había sentido ella entonces? «Alivio», piensa. Había supuesto que eso significaba que él quería hablar de verdad, entender sus preocupaciones.

Y, entonces, todo cambió. La discusión de anoche por los mensajes de otra mujer y, ahora, aquí está Katherine… con su mundo vuelto del revés.

Tras ponerse de pie, va hacia la puerta de la sala de estar. No va a seguir aquí sentada. Pero entra en pánico al pensar en lo que él podría hacer si le desobedece. Si les pasa algo a los niños… «No voy a permitir que me diga qué tengo que hacer». Es fácil de decir si no hubiese niños implicados. Hacen que una mujer, una madre, sea muy vulnerable. Le aterra desobedecerle. Está aterrada por sus hijos. Rápidamente, vuelve a sentarse.

Evoca la discusión de anoche, John tirándose de su pelo moreno mientras la frustración le hacía apretar los dientes.

«Es culpa tuya, Katherine. Eres tú la que se ha estado alejando».

«Tengo que ocuparme de unos mellizos».

«Y yo tengo un trabajo. ¡Los dos estamos ocupados!».

«¿Y te estás enviando mensajes con otra mujer?».

«No es eso. Solo somos amigos. Tú ya no me das nada, ni siquiera eso».

«Tonterías. Los amigos no terminan sus mensajes con emoticonos de corazones».

Se oye un chillido arriba seguido de un grito y ella salta del sofá y corre a los pies de las escaleras.

—Sophie, George… ¡Sophie, George! —grita, la voz ronca y entrecortada. Pero entonces aparece él y la apunta con la pistola.

—No te muevas de ahí.

Ella se queda inmóvil. Él se gira y masculla:

—Salid aquí, mocosos. —Y los niños abandonan la habitación de Sophie. Van cogidos de la mano y también llevan cada uno su iPad.

La mejilla de George está encendida con un fuerte color rojo oscuro.

—¿Qué… qué ha pasado? —suplica ella.

—Vuelve ahí dentro —sisea él, y Katherine entra rápidamente en la habitación con los ojos fijos de nuevo en el papel de envolver y el mango azul de las tijeras que hay debajo de los rollos. Las coge y se hace un rasguño en la mano con la hoja, se sienta en el sofá y esconde las tijeras entre dos cojines del asiento, sintiendo cómo la hoja se engancha con la tela y la rasga. El corazón le late con fuerza mientras intenta respirar con normalidad, sin que se le note nada, cuando él vuelve a entrar en la habitación con los mellizos. «¿Qué has hecho? ¿Y si se da cuenta? ¿Qué he hecho?».

Corren hacia ella y la abrazan rodeándole la cintura con los brazos, con sus cuerpecitos temblorosos y tanto miedo que ella cree que se va a romper.

—Perdona, mamá —solloza Sophie.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —repite ella levantando la voz, aterrada, y con pánico de que, de algún modo, él se imagine que tiene las tijeras.

—Cerrad el pico —ordena él, y todos obedecen, apretujándose los tres en el sofá que Katherine decide que tirará a la basura si ella y sus hijos consiguen terminar el día con vida. Se traga un gemido de desesperación al darse cuenta de lo imposible que empieza a parecer esa idea. ¿De qué narices van a valer unas tijeras frente a una pistola? Los niños guardan silencio mientras lo miran desconfiados.

—George ha intentado hacer un cartel para alertar a los vecinos, ¿no es verdad, pequeño George? —dice él, y parece hacerle gracia que un niño trate de hacer una tontería así.

George asiente con la cabeza despacio y Katherine sabe con toda seguridad que ha cargado con la culpa de su hermana. Sophie es una niña con inventiva y llena de ideas: «¿Y si…? ¿Por qué no…? Vamos a intentarlo».

Recuerda que entró en la cocina cuando tenían tres años, después de haber salido solamente cinco minutos para poner la lavadora, y se encontró todo el suelo lleno de harina.

«He sido yo», dijo George de inmediato y ella solo se rio ante el desastre.

Entonces, Sophie, consciente de que no habría consecuencias, añadió: «Le he *decido* que deberíamos probar a hacer una tarta».

Es muy típico de él hacer creer que ha sido culpa suya, porque es muy protector, y a ella se le derrite el corazón con su hijo. Cuando el rojo de la mejilla se le empieza a suavizar, aparece la huella clara de una mano. Le ha pegado con mucha fuerza. Nunca antes le habían pegado y, por sus ojos enrojecidos, ella se da cuenta de lo impactado que está. A sus hijos se les sermonea, se les castiga en un rincón y se les explican sus fechorías. Nunca les han pegado. Hasta hoy. Nunca han sufrido daño. Hasta hoy.

—Lo siento mucho, cariño —dice ella.

—Limitaos a jugar con esas tonterías —ordena él, y los dos niños obedecen abriendo sus iPads con los juegos que les gustan. Katherine puede ver cómo les tiemblan las manitas, puede sentir su shock y su horror. Le ha hecho daño a George y ella no los ha protegido. Una madre tiene que proteger a sus hijos contra todos, incluso contra su propio padre si es necesario. Debería haber cumplido mejor con su obligación.

Se pregunta si los dos estarán pensando ahora en esto, en que ella no ha hecho lo que se supone que todas las madres deben hacer.

Ve cómo sus manos se mueven por las pantallas sin ganas. No están interesados en los juegos a los que tan de buen grado estarían jugando en cualquier otro momento.

—Quiero contaros una historia —dice él.

Katherine levanta los ojos hacia él al notar el cambio en su voz. ¿Se está arrepintiendo ya? ¿Trata de encontrar un modo de revertir la situación? Su tono es más suave y su cuerpo está más relajado. Quizá él también se ha quedado impactado al ver lo aterrados que están George y Sophie.

—Es una historia sobre un chico que encontró a una chica a la que creía que podría amar eternamente. Era guapa, divertida y lista y todas las cosas que se supone que debe ser una mujer, y el chico la trataba con una gran amabilidad.

«Flores para ti y chocolatinas también porque te quiero. Sí, te quiero». Aquellas palabras escritas en una tarjeta vuelven ahora a la mente de ella y siente en su interior una sonrisa, oye la risa alegre que había aflorado en su momento. Él la había querido y ella a él.

Se oye un sonido en el iPad de George, que está sincronizado con el ordenador de ella, y se gira para mirar. Su hijo se asusta y, por error, toca el correo electrónico, lo abre y ella se da cuenta de que es una encuesta sobre un paquete, el intento de entrega del ordenador de esta misma mañana. Levanta la mano para cerrarlo, pero George pulsa en uno de los números y, rápidamente, se elimina el correo.

Él se levanta y le coge el iPad a George.

—¿Qué estás haciendo? —brama agachándose para gritarle a la cara, furioso por que le haya interrumpido. Toda la suavidad ha desaparecido, igual que toda posibilidad de que ella encuentre una salida.

—¡No ha hecho nada, solo era un correo electrónico! —responde ella con la necesidad de gritar tan alto como él, de que mantenga su atención en ella.

—Contigo nunca es nada. Sé que estás planeando algo. ¿Crees que soy idiota? ¿Eh?

—No —contesta ella negando frenéticamente con la cabeza—. No, no.

Él levanta el iPad por encima de su cabeza y lo lanza al suelo; el cristal se resquebraja. Alza el pie y golpea el dispositivo con él dos o tres veces hasta que la pantalla queda completamente destrozada.

—¿Ves lo que pasa? —grita él mientras golpea—. ¿Ves lo que pasa?

—Déjalo, déjalo… —chilla ella poniéndose de pie—. Los estás asustando.

«Por favor, que las tijeras estén bien escondidas en el sofá. Por favor, que no las vea».

—Ah, ¿sí? —chilla él y, a continuación, levanta la pistola y la golpea con ella en la mejilla. Katherine cae de espaldas sobre el sofá y siente cómo la boca se le llena de sangre caliente.

—Ah —dice a la vez que un paralizante dolor la deja sin habla.

—Mami, mami. ¡Estás siendo malo! —exclama Sophie con su carita sonrojada por la indignación.

—Te haré a ti lo mismo si no cierras la boca.

A Katherine le da vueltas la cabeza y se siente mareada. A ella tampoco le habían pegado nunca. No puede creer que él… Y, sin embargo, ha pasado. Le gustaría cerrar los ojos un momento, descansar y dejar que el dolor se reduzca para poder pensar, pero, si cierra los ojos, los niños no van a poder sobrellevarlo. El fuerte sabor metálico de la sangre le inunda la lengua y reprime el deseo de escupirla, de deshacerse de esa sensación densa y borboteante.

Se levanta la camiseta blanca que lleva puesta y la usa para limpiarse la boca, pero sigue saliéndole sangre. No quiere quitársela, no quiere quedarse medio desnuda delante de él, aún más vulnerable de lo que ya está.

—Necesito una toalla —dice con la voz distorsionada por la sangre de su boca y el vómito que le está subiendo a la garganta. Siente un dolor agudo en el punto donde él la ha golpeado y nota que se le ha roto un diente y le ha rajado la piel del interior de la mejilla.

—Tráele algo —ordena él apuntando con la pistola, y George sale disparado de la habitación y vuelve con una toalla azul claro y grande del baño. La sangre la empapa y le cambia el color. Lo cambia todo.

—Ay, mami —susurra George.

Nunca antes la ha visto sangrar. Incluso cuando se pone enferma lo oculta ante ellos y toma todo tipo de medicación sin receta para dejar de moquear o bajarse la fiebre y que sigan creyendo que es capaz de funcionar pase lo que pase. Ve que la imagen que George tiene de ella está cambiando, alterándose, y con ella su percepción del mundo entero. Si tu madre puede sufrir así, ¿qué otras cosas pueden pasar? Es eso lo que hace que a ella se le salten las lágrimas. Él necesita creer todavía que su madre es invencible.

Necesita creer en esto, en el ratoncito Pérez y en Santa Claus, pero, sobre todo, necesita confiar en que su madre, su padre y su casa son un espacio seguro. Eso ya no es así y sus hijos han perdido algo enorme, invisible e inmenso que cambiará para siempre quiénes son.

Katherine se sujeta la toalla contra la boca. Todo esto le parece fuera de control, irreal. Tiene que tranquilizar a sus hijos impactados y estupefactos.

—Estoy bien —dice—. Estoy bien —repite, porque George y Sophie están pálidos por la impresión. No la creen, pero ella lo repite con la esperanza de que hacerlo sirva de algo y los convenza—. Estoy bien, estoy bien. No pasa nada.

—Está bien —dice él, y vuelve al sillón.

Ella se aprieta con tanta fuerza que le provoca dolor, esperando que deje de sangrar.

—Te odio —sisea George al lado de ella, echando los hombros hacia atrás, pequeño y enfurecido.

Él se ríe.

—Sí, bueno, yo tampoco te tengo mucho cariño ahora mismo.

Ella atrae a su hijo con la mano libre, como si así pudiera absorber el dolor. Qué displicente, qué egoísta. ¿Cómo es posible siquiera? ¿Cómo puede alguien mirar a un niño de cinco años que está angustiado y no importarle?

Se aparta la toalla de la boca y siente alivio al ver que ya no sangra tanto. Percibe un ardor en el lado de la mejilla, levanta la mano para tocar en el punto que le duele y nota que es un corte, pero que apenas sangra.

—Ya es hora de acabar con esto —dice—. Deja que se vayan y dime qué quieres que oiga.

Mira por la ventana, donde ve que las plantas y las flores de los parterres del jardín languidecen con el calor. A estas horas ya las habría regado un poco, lo suficiente como para mantenerlo todo con vida, lo suficiente como para evitar que las hojas se pongan marrones y a las flores mustias se les caigan los pétalos. Pero ya es demasiado tarde para eso. El implacable calor se ha impuesto.

—¿Sabes qué? Voy a darme tiempo. Lo cierto es que casi estoy disfrutando de esto. Y llevaba mucho tiempo sin disfrutar con nada.

—No estás bien —susurra ella.

—Sí, bueno. —Él suspira—. Eso ya lo sabes.

13

Dos horas antes

LOGAN

Logan está volviendo a su furgoneta tras hacer otra entrega cuando suena su teléfono y maldice al ver que es Mack. Hoy ya no puede enfrentarse a otra llamada de su cuñado y jefe. Responde con el puño apretado, preparado para lo que le espera.

—Logan, acaba de llamarme Debbie. Lo siento, tío. Siento mucho lo de Maddy. Anna y yo le tenemos mucho cariño y…, o sea, va a ser una maestra estupenda y yo…, nosotros…

Logan se sorprende al oír que a Mack se le quiebra la voz, como si estuviese llorando.

—Eh…, gracias —balbucea—. Ella…, en fin, esperamos que se recupere.

—Tráelo todo y vete, Logan. Yo haré el resto.

Se queda pensando un momento.

—Mack, si te parece bien, lo termino yo. Me volveré loco esperando a subir a un avión y Debbie está en contacto con sus enfermeras. Puedo trabajar otro par de horas sin problema.

—Vale… Vale, pero si te sientes… Aquí me tienes, Logan. Aquí nos tienes a todos.

—Eres un buen amigo —responde Logan con la voz entrecortada mientras todo lo que antes pensaba de Mack desaparece con la amabilidad y la preocupación de ese hombre. Mack sigue hablando y Logan le escucha y le da las gracias cuando la conversación finaliza.

Sube a la furgoneta decidido a terminar la jornada para que Mack pueda empezar mañana con otra lista de repartos.

Suena el aviso de un mensaje de Debbie.

Acabo de hablar con Terri. Dice que Maddy se encuentra estable pero en estado crítico. Aunque pudieras llegar allí ahora es probable que no te dejaran pasar. Tal vez la operen para aliviar la presión del cerebro. Creo que deberías volver a casa.

Creo que me volvería loco si voy. Solo me quedan unas cuantas entregas. He hablado con Mack. Me ha dado libre hasta el final de la semana.

Bien. Te he reservado en un motel. No es precisamente lujoso, pero te servirá.

Logan se permite reír un poco con el último mensaje de Debbie. Lo único que necesita es una cama y una puerta con pestillo. Lo demás no le importa.

Coge el pastel de carne que ha comprado en una estación de servicio hace diez minutos. Se toma unos segundos para obligarse a comer aparcado en una calle lateral con el aire acondicionado encendido porque la idea de estar en el exterior no es agradable. Cada vez que sale de la furgoneta y siente el estallido del calor sobre él levanta la vista al cielo completamente azul con la esperanza de

que llegue una leve ráfaga de viento o de ver que se vuelve un poco gris, lo que significaría que se aproxima una tormenta. Pero el cielo sigue de un azul desgarrador y el sol de un amarillo ardiente. Agradecería que hubiera una tormenta; una enorme racha de viento y una fuerte lluvia serían mejor que un día así de bonito mientras su hermana yace en la cama de un hospital.

La temperatura ha alcanzado los treinta y nueve grados y cada barrio que atraviesa está en silencio, como si todo Sídney hubiese decidido echarse una siesta colectiva. Ha pasado junto a montones de casas con perros tumbados cerca de sus verjas delanteras, con las lenguas colgándoles mientras miran la calle en busca de algún movimiento.

No le importa el silencio. En la cárcel, lo que más le molestaba era el ruido constante. Nunca cesaba, ni siquiera de noche. Allí, los hombres no hablan con normalidad. Y bajo las fuertes voces, bajo el ruido…, siempre podía oír el miedo. Lo único que deseaba era que pasaran los años y empezar de nuevo. Había otros que querían lo mismo, pero había muchos más para los que la cárcel era un modo de vida que no tenían previsto abandonar nunca. Esos eran los más peligrosos de todos, porque no les quedaba nada que perder.

Se supone que los reclusos no tienen acceso a teléfonos móviles, pero consiguen meterlos a escondidas, disponibles para los que los quieran. Logan se imagina la cara de Nick, intenta verlo con el aspecto que debe de tener ahora. Vuelve a mirar el mensaje, con los dedos sobrevolando el número. Podría llamar y averiguar quién es.

Toca el número y el corazón le empieza a golpear en el pecho cuando comienza a sonar.

Pero los tonos continúan hasta que responde una voz robótica: «Este es el buzón de voz del 614…». Logan cuelga, consciente de que esa voz solo va a repetir el número.

Un Porsche amarillo pasa por su lado con un estruendo y el ruido le sobresalta cuando los neumáticos derrapan en la calle tranquila en la que está aparcado. Maddy le compró una vez un Porsche de juguete por su cumpleaños. Cumplía los diecisiete y ella llevaba meses diciéndole que le iba a comprar un coche. Le había regalado aquel cochecito de juguete con tanto cariño y esperanza en su rostro que él ni siquiera había podido reírse por la broma y se limitó a darle un largo abrazo. Ella fue la única que le hizo un regalo. Todavía lo tiene por algún sitio y se aferra al deseo de dárselo algún día a un hijo suyo.

Los coches han sido siempre su pasión y cuando está ante un motor se siente como en casa. Normalmente, los motores se pueden arreglar. La gente, no tanto. Su plan era conseguir un trabajo como aprendiz de mecánico cuando salió de la prisión, donde había asistido a clases, pero nadie quiso contratarlo. Sus antecedentes le siguen como un perro. Debe decir la verdad en su carta de presentación. No tiene sentido ocultarla.

«Sigue intentándolo, cariño —le dijo Debbie—. Envía una solicitud a todos los sitios que puedas y deja que el universo se encargue». A Debbie le encanta dejar que el universo se encargue de todo, pero es que ella viene de una vida en la que el universo parece estar de su lado. Mack y ella se criaron con unos padres cariñosos que les dieron todos los bienes materiales que pudieron y que compensaron cualquier carencia con absoluto amor y apoyo. El padre de Debbie, Paul, es un hombre callado. La primera vez que se vieron apenas se

fijó en los tatuajes de Logan, le estrechó la mano evitando mirarle las letras de «ODIO» tatuadas en sus dedos. Logan sabía que Debbie había informado a su familia sobre él, pero su madre, Ruth, no pudo ocultar la sorpresa en sus ojos. Antes de conocerlos, Logan había estado dudando sobre qué ponerse y, después, había elegido a propósito una camiseta tras llegar a la conclusión de que era mejor mostrarse abiertamente desde el principio. En la mesa, mientras les servían el almuerzo, había tenido cuidado en moderar la velocidad con que se bebía la cerveza, en la forma de coger el cuchillo y el tenedor. Pero no fue capaz de controlar el movimiento de su rodilla por debajo de la mesa, sin ser siquiera consciente de que lo hacía hasta que Debbie le colocó con suavidad la mano sobre la pierna y la apretó. El único miembro de la casa que parecía impávido por su apariencia fue su perra labrador, Betty, que apoyó la cabeza sobre la rodilla de Logan y se quedó mirándolo con ojos enternecedores mientras él le acariciaba sus suaves orejas.

Después de comer, Paul lo llamó aparte y a él se le cayó el alma a los pies. Creía que le iba a pedir que dejara en paz a Debbie, que le diera a esa joven preciosa y lista la oportunidad de buscar a alguien digno de ella.

En el garaje, Paul cogió una llave inglesa de su banco de trabajo y buscó el sitio que le correspondía en la pared. Logan esperó con el corazón acelerado. Sabía que ni siquiera iba a poder discutir con Paul sobre su falta de idoneidad. Tenía treinta años y ya había pasado tres en prisión por robo y asalto. No tenía trabajo ni dinero. Era un desecho humano. Mientras estos pensamientos daban vueltas en la cabeza de Logan, Paul encontró el sitio de la llave inglesa y

sonrió mientras daba palmadas para quitarse una suciedad imaginaria.

«Ella siempre ha tenido muy buen ojo para elegir a la gente, ¿sabes?».

«Es muy lista», contestó Logan.

«Como cualquier labrador, imagino —dijo Paul, y Logan empezó a reírse. Paul estaba hablándole de Betty. Paul se rio con él—. Conozco a mi hija, Logan —continuó—. Si piensa que eres un buen tipo, a mí me vale. Siempre he sido fan de las segundas oportunidades. Parece que a ti te la han dado. Ten cuidado de no cagarla. La queremos mucho y no nos gustaría verla sufrir».

«No voy a hacerla sufrir, Paul, lo prometo —contestó Logan, deseando con todas sus fuerzas poder mantener su promesa—. No pienso desperdiciar esta segunda oportunidad».

Paul asintió y Logan suspiró aliviado. Ahora sonríe al pensar en Betty, que siempre se sienta a su lado cuando Debbie y él van de visita. Su sueño personal es tener una casa con un jardín lo bastante grande para un hijo y un perro. No es mucho, pero ahora mismo le parece un objetivo imposible. Es lo que Maddy siempre decía también que quería, una casa con un patio y comida en la mesa, y niños que no tuviesen miedo de unos padres enfadados. Creía que lo había encontrado con Patrick y, aunque Logan no entendía su atracción, lo que le molesta es que su radar nunca detectó que ese hombre fuera capaz de una violencia tan espantosa.

Se mira las manos. Es mucho más grande que Patrick. Podría matarlo con ellas desnudas. La idea le resulta agradable.

Recibe otro mensaje y baja los ojos al teléfono para ver que es de su madre.

He pensado que deberías saber que lo que le ha pasado a ella está en internet.

Logan no contesta. Busca una página de noticias y ve enseguida un artículo sobre Maddy.

«Los vecinos oyeron una discusión y a una mujer que suplicaba a alguien que parara», lee. Un hormigueo le recorre los brazos. La oyeron suplicar. Puede escuchar la voz de su hermana, imaginar sus lágrimas, sus gritos de socorro, y el bocado de pastel de carne amenaza con salir de nuevo. Se frota las manos; el deseo de golpear algo, de golpear a alguien, de golpearse a sí mismo en lugar de a Patrick es abrumador. Cuando vivía con su familia, hizo todo lo que pudo por protegerla, colocándose delante de algún manotazo descuidado y sin motivo por parte de su madre o una bofetada más deliberada por parte de su padre. Recibía las palizas por ella, porque podía. Pero luego ella se fue demasiado lejos para que él la protegiera. Se lleva las manos a los ojos y las aprieta contra ellos, tratando de concentrarse en la oscuridad que provoca, pero el caos de sus pensamientos no se va a calmar, ni siquiera cuando prueba a respirar hondo y a contar.

«Maddy, Maddy, Maddy».

Cuando llegue esta noche a Melbourne, verá a su hermana y sabe que, en algún momento, saldrá del hospital e irá en busca del hombre que le ha hecho daño y después… No quiere pensarlo. Cuando llegue allí volverá a llamar a ese número una y otra vez hasta que Patrick responda. O hasta que responda otro. Tiene que ser el mismo hombre que le ha hecho daño a Maddy. Tiene que serlo.

Mira de nuevo el artículo, asqueado por el relato desnudo de los hechos. Lee artículos como este todos los días, pero resulta distinto cuando es de tu hermana de la que escriben. ¿Los vecinos la oyeron gritar y suplicar y no hicieron nada? ¿Qué tipo de gente vive al lado de Maddy? ¿Quién oye a una mujer pidiendo socorro y no hace nada?

Se pasa las manos por el pelo, mojado por el sudor. Le espanta no haber estado lo suficientemente cerca para que ella lo llamara.

Existe la posibilidad de que no haya sido Patrick el que le ha hecho eso, pero su madre tiene razón: siempre es el marido o el novio. Logan ha conocido a bastantes de ellos en prisión. Ese es el sitio donde debe estar Patrick, aunque Logan preferiría verlo muerto. Aprieta el puño, se imagina golpeándolo contra la mejilla de Patrick, se imagina aporreándole la cara a ese hombre.

—Basta, basta, basta —gruñe intentando controlar su rabia.

Sus pensamientos regresan a los vecinos que oyeron algo y no hicieron nada. ¿Qué le pasa a la gente? Si a él le pareciera que alguien lo está pasando mal, quiere creer que lo ayudaría, que intervendría. No hay más que llamar a la puerta. O, mejor aún, a la policía.

La mujer de esta mañana vuelve a su mente y siente una oleada de vergüenza. Piensa que está ocurriendo algo en esa casa, pero no ha hecho nada. ¿Cómo se sentiría mañana si leyera sobre ella en internet… y que él habría podido evitarlo?

En un impulso, decide pasarse de nuevo por allí. No le pilla de camino, pero no importa.

El trayecto dura quince minutos y cuando llega a la casa se queda sentado un momento en su furgoneta, viendo cómo las ondas del

calor brillan sobre el asfalto.

«No es una buena idea. Pero ya estoy aquí».

Mientras avanza por el camino hasta la puerta de entrada, nota que la casa sigue en silencio, que no se oye ningún ruido del interior. Llama de nuevo al timbre, con el ordenador en la mano, levantándolo y tapándose la cara cuando oye lo que parece una silla arrastrándose y, después, el sonido de la mirilla abriéndose de nuevo.

—Se me ha ocurrido pasarme por si puede coger esto ahora —dice tras aclararse la garganta, consciente de que no es el procedimiento habitual, que bajo ningún concepto debería haber hecho esto y que, si la mujer se queja, se quedará sin trabajo. Pero ha tomado la decisión y espera una respuesta de quienquiera que esté mirándole por el agujero.

—Hay una pistola de verdad —susurra una voz de niña.

—¿Qué? —pregunta Logan esforzándose por oír mejor.

—No, espera, ay… —grita la niña. Logan oye una pequeña riña y la silla alejándose.

—Oye, colega —dice una voz de hombre, grave y amenazante—. Ella no lo quiere hoy. No vuelvas por aquí o llamaré a la policía.

La mirilla se cierra y Logan se queda en la puerta, debatiéndose sobre qué hacer.

En la calle, los cubos de basura vacíos, algunos con la tapa abierta, otros tirados en el suelo donde los ha dejado el camión, contribuyen al olor a descomposición por el calor. En su labio superior aparecen unas gotas de sudor. Se pasa una mano por el pelo y se le humedece.

La puerta sigue cerrada a cal y canto. Mira angustiado a su alrededor. No debería estar aquí. Lo último que quiere es que la policía venga a por él. Sabe que lo verán por lo que es y lo que ha hecho.

—Nadie vio nada —murmura mientras sale del jardín delantero.

No ha dejado de repetirse ese mantra desde la última vez. Ese momento en el que no quiere pensar. Fue hace meses, antes de acudir a Mack en busca de trabajo. Meses antes, una noche de desesperación, un momento de desesperación, pero por suerte, gracias a Dios, se contuvo.

Esa noche seguía haciendo frío y el viento soplaba con fuerza mientras él estaba delante de la casa. Fue muy fácil entrar. No tardó nada. Incluso ahora puede ver el reluciente ordenador portátil negro, ligero y caro, en sus manos. La casa estaba vacía. Tenía el ordenador y unos pendientes de diamantes que habían dejado descuidados sobre la mesita del dormitorio principal. Recorrió a hurtadillas el resto de la casa, cogiendo cosas pequeñas —una cámara digital, un iPad, un poco de dinero suelto de un cajón—, y después volvió a la puerta trasera rota por la que había entrado, donde el cerrojo había cedido con un pequeño golpe. Luego se quedó allí mientras el corazón le golpeaba en el pecho y los pulmones parecían incapaces de hincharse. La sensación de estar atrapado en su pequeña celda se cernía sobre él y sintió que empezaba a temblar bajo el aire frío de la noche. La incredulidad de Debbie, la decepción de Maddy, el comentario engreído de su padre —«Te lo dije»— le fueron asaltando uno tras otro.

Y entonces lo dejó todo sobre la mesa de la cocina y se fue, cerrando la puerta al salir.

El horror de lo que había estado a punto de hacer con su vida le despertaba por las noches una y otra vez. ¿Había dejado alguna huella, algo de ADN, alguna prueba? Llevaba guantes y estaba seguro de que se los había dejado puestos, pero no se acuerda. Va a estar toda la vida en una base de datos. ¿Dejó alguna pista de que era él? ¿Presentarían una denuncia los propietarios si no se había llevado nada? Cuando la pesadilla le despierta, le reza a un dios en el que no cree del todo que le perdone y que ese único acto terrible y desesperado no vuelva y lo atrape. Hasta ahora, no ha sucedido.

Pero ¿puede dejar que sus miedos por las repercusiones de aquella única noche le impidan ayudar a esta familia?

«Hay una pistola de verdad». Ha sido un comentario extraño en boca de una niña. ¿Estaban jugando a policías y ladrones o algo parecido? Pero ¿por qué se ha mostrado tan agresivo el hombre que ha hablado con él? ¿Por qué no se han limitado a abrir la maldita puerta y coger el ordenador y así él no tendría que pensar más en esto?

¿Y si el hombre que ha hablado con él era el marido y padre y tiene un motivo para no querer abrir la puerta? Una serie de imágenes terribles de rostros golpeados y magullados asalta a Logan, con la cara de Maddie desplazando las demás imágenes de su mente. ¿Y si la mujer que se encontraba dentro estaba ocultando la paliza que había recibido del hombre? ¿Y qué hay de los niños? ¿La mujer de la casa está herida igual que Maddy?

En la cárcel había un grupo de hombres que solían juntarse porque estaban allí por culpa de las «zorras» con las que se habían casado o acostado. Murmuraban a todas horas sobre esas mujeres, sobre lo que les harían cuando salieran y les pusieran las manos

encima. Los obligaban a asistir a terapia y, a veces, funcionaba. En ocasiones, un hombre veía la luz y se daba cuenta de que poner las manos encima de una mujer era un asalto aunque estuviese casado con ella, que no podía descargar su rabia con el mundo exterior sobre la mujer a la que aseguraba querer. Otras veces, no veían la luz.

Logan sabe que hay pisos de su edificio de los que, de vez en cuando, sale una mujer con un moretón en el brazo o un ojo negro y sabe también que casi nunca interviene. No puede. Le daría un puñetazo al hombre que ha pegado a la mujer y eso significaría para él la vuelta a la cárcel. A veces, Debbie aprovecha la oportunidad y desliza algunos folletos por debajo de la puerta, folletos que informan a la mujer de que existe ayuda ahí fuera. No es fácil pedirla. Su propia hermana está ahora mismo en la cama de un hospital por culpa de un hombre que le ha pegado. Y él está decidido a hacer algo al respecto.

De vuelta en su furgoneta piensa en lo que dice Debbie sobre el universo: «Mantén el corazón y la mente abiertos, cariño. El universo te pondrá donde tienes que estar». ¿Por qué le ha puesto aquí el universo precisamente hoy?

Echa la cabeza atrás contra el asiento y cierra los ojos, maldice este día, maldice todo lo que ha pasado porque ahora sabe qué tiene que hacer. Mirando el teléfono, piensa en lo fácil y sencillo que sería llamar a emergencias y darles un chivatazo anónimo. Pero no está seguro de que pueda explicarlo por teléfono, de que pueda dejar suficientemente claro que no le cabe duda de que algo está ocurriendo en esa casa. ¿Se lo tomarían en serio siquiera? Y si no, si lo toman como una broma telefónica, ¿qué pasaría?

No tiene otra opción. Se siente como si se estuviese dirigiendo hacia su propia ejecución, como si se estuviese entregando alegremente al enemigo. Pero en esa casa está sucediendo algo y sabe que en ella hay al menos dos niños pequeños que necesitan protegerse de sus padres. Arranca y mira el GPS para buscar la comisaría de policía más cercana.

«Te vas a arrepentir de esto. Lo sabes».

14

GLADYS

He pensado que te gustaría probar un sabor distinto hoy —dice Gladys a la vez que coloca la bandeja con el cuenco de helado de caramelo salado sobre las piernas de Lou. Le duele un poco el hombro porque él se ha apoyado con todo su peso sobre ella para ir y venir del baño. Peter es un joven grande y fuerte, de músculos abultados, y nunca le cuesta trabajo ayudar a Lou. A Peter le gusta también jugar a una partida de ajedrez y Gladys sabe que Lou lo echa hoy en falta, pero ella no sabe jugar y teme que Lou termine más enfadado que agradecido si le pide que la enseñe.

El helado debería animarlo un poco. Está sentado en su sillón delante de la televisión, viendo las noticias, con la silla de ruedas al lado por si quiere usarla.

«Creen que ha sido el novio de la chica el que la ha atacado», le gritó cuando ella estaba en la cocina.

«Sí, bueno, siempre pasa eso, ¿no? La gente puede ser espantosa», contestó Gladys.

—¿De qué sabor es esto? —pregunta Lou—. Ya sabes que solo me gusta el chocolate.

Lou aparta el helado con un golpe, y este se vuelca y se derrama sobre la alfombra. Gladys va corriendo a por un trapo, incapaz de contener las lágrimas que le afloran.

—Solo quería que cambiaras un poco —dice mientras está agachada, apoyada sobre las manos y las rodillas para limpiar el desastre. Siente cómo empuja su rabia. Es un bulto en la garganta y en su mente y ve cómo baja hacia el estómago, donde no puede dejar salir las palabras hirientes. Respira hondo y se limpia las lágrimas sin querer que Lou la vea.

Su marido se queda en silencio.

—Lo siento, ancianita —murmura por fin—. Soy un viejo un poco difícil, ¿verdad?

Gladys se sorbe la nariz y lleva el trapo a la cocina. Trae a Lou un cuenco de helado de chocolate y una ración del de caramelo salado para ella. Las noticias terminan con la promesa de un cambio frío que bajará la temperatura entre diez y quince grados en una hora.

—Eso será un alivio —dice Lou en voz baja, pero Gladys no consigue pronunciar una respuesta. Deja que el helado frío se deslice por su garganta, tragándose sus sentimientos con el dulzor.

Gladys no puede concentrarse en la televisión, no deja de pensar en qué hacer con respecto a Katherine y los niños.

«¿Debería llamar a la policía? ¿Debería ir otra vez? ¿Y si todo es cosa de mi imaginación? ¿Y si simplemente debo dejar en paz a esa familia?».

«Tu imaginación te va a meter en líos», se reprende en silencio.

En la pared, el aire acondicionado hace ruido mientras expulsa el aire frío. De vez en cuando, Gladys lo mira, retándole a elegir

precisamente este día para romperse. Está segura de que nunca lo ha oído traquetear así.

Aparece un tráiler de una serie policiaca durante los anuncios. Un cadáver, labios azules y miembros retorcidos estudiados por dos agentes de policía. Gladys se mueve en su silla, incómoda por la imagen.

—¿Por qué no dejan de hablar de lo de esa joven en las noticias de aquí si ha ocurrido en Melbourne? —pregunta por su necesidad de relajar el ambiente al notar el silencioso enojo de Lou.

—Ah, eso te lo has perdido —contesta Lou—. Dicen que el hombre con el que quieren hablar, el de la gorra roja, puede haber salido del estado hace uno o dos días. No están seguros, así que lo están mostrando en todos sitios. Podría estar ya en Sídney, en Perth o en Adelaida. En cualquier sitio.

Gladys coge otra cucharada de helado, pero resulta ser demasiado; traga y siente un intenso dolor frío desde los dientes hasta las orejas. Hay algo en el hombre de la gorra roja que la inquieta más de lo normal y no tiene ni idea del motivo. Probablemente porque la joven de las imágenes es muy guapa. Rebecca, su sobrina, acaba de empezar a salir con un hombre nuevo y Lou y ella solo lo han visto en una ocasión. Parecía agradable, pero nunca se sabe. La mayoría de las personas parecen bastante agradables, pero quién sabe lo que oculta la gente.

Le llega la inspiración y le dice a Lou:

—A lo mejor hago una tanda de muffins de chocolate para llevarlos a la casa de al lado. Si alguno está enfermo, lo agradecerán.

—No puedes dejarlos tranquilos —dice él.

—Sí, pero… no voy a tardar. —Se levanta de la silla y coge los cuencos de helado vacíos para llevarlos a la cocina.

—No van a querer muffins si no se encuentran bien —insiste Lou mientras ella sale de la habitación—. Déjalos en paz.

—Solo voy a tardar unos minutos —canturrea, decidida a no permitir que sus reprimendas la detengan, y sigue su camino hacia la cocina—. Está claro que ahí está pasando algo… Algo muy malo —dice mientras saca la bandeja de los muffins y busca las pepitas de chocolate.

Gladys no tarda nada en hacer la mezcla de los muffins y mete la bandeja llena en el horno, esperando el olor delicioso a chocolate que pronto inundará toda la casa.

—¿Y si vemos esa serie policiaca? Ponen ahora un capítulo —propone Lou cuando ella regresa a la sala de estar.

—Sí, buena idea —contesta, consciente de que él está siendo amable. Se trata de un episodio que ella ya ha visto, pero no le importa, pues es incapaz de concentrarse mientras espera a que el cronómetro de su teléfono suene. Nunca antes se ha sentido así. Bueno, una vez, cuando Rebecca estaba en Europa. Recuerda que se despertó a la una de la madrugada y se preguntó en qué país estaba Rebecca, porque el recorrido cambiaba a un sitio distinto casi cada día. Se sentía de lo más inquieta por su sobrina y, tras esperar hasta que ya no lo pudo soportar más, llamó a su hermana Emmaline.

«Estoy preocupada por Rebecca», dijo.

«Pues debes de tener un sexto sentido —contestó Emmaline—. Acabo de recibir una llamada. Su autobús ha tenido un accidente cuando subían por las montañas y se ha hecho daño en la muñeca.

No creen que se le haya roto, pero le van a hacer una radiografía por si acaso».

Rebecca estaba bien, pero Gladys había tenido razón al pensar que algo iba mal. Ahora siente lo mismo con Katherine, aunque no tiene una relación tan íntima con su vecina como con su sobrina.

Mira el cronómetro de su teléfono, deseando que pasen los minutos. En el episodio, alguien dispara a otra persona y Gladys se sobresalta porque no estaba prestando atención.

—¿Por qué estamos viendo esto tan violento? —le pregunta a Lou.

—La historia es buena y a ti te gusta. Siempre dices que te gusta —contesta Lou, y Gladys vuelve a mirar el teléfono. Sabe que él ha propuesto esa serie por ella, y si le está gustando y lo mantiene despierto, supone que es algo bueno.

Coge el teléfono y vuelve a mirar el cronómetro y después, con un ojo en la televisión, mira la web de noticias que le gusta leer. El titular principal es sobre un hombre al que han condenado en Estados Unidos por matar a su mujer y a sus hijos. Gladys recuerda haber visto a ese hombre en la televisión hace unos meses, cuando su familia desapareció, llorando y suplicando ayuda para encontrarlos. Aseguraba no tener ni idea de dónde estaban, pero todo fue una mentira muy enrevesada. Gladys había sabido que no era de fiar nada más verlo. Tenía una mirada sospechosa y lloraba demasiado.

Un pequeño escalofrío recorre el cuerpo de Gladys. ¿Conoce bien a John, en realidad? No demasiado. Nunca ha compartido con él más que alguna charla banal. Repasa la información que tiene. Esta mañana John se fue derrapando y, después, volvió y no está en el trabajo. Los estores están bajados, la casa en silencio. Los niños se

encuentran en casa y uno de ellos ha sacado un cartel por la ventana pidiendo auxilio. Katherine no la ha querido dejar entrar. Todo va sumando.

Gladys no quiere ser una de esas vecinas que declara que no creía que pasara nada cuando ocurre algo espantoso en su calle, no quiere ser una de esas personas de la televisión que asegura que está impactada y horrorizada. Sabe que está sucediendo algo. Lo sabe.

Suena el cronómetro del teléfono y Gladys se levanta de un salto, aliviada porque ya está lista su excusa para acercarse de nuevo. Puede que Katherine crea que se está entrometiendo. O a lo mejor se siente eternamente agradecida porque Gladys no la haya dejado tranquila. En cualquier caso, va a llevarles los muffins.

Cuando saca la bandeja del horno, se le pasa por la mente el hombre al que busca la policía. La gorra roja no es más que una gorra roja y cuesta saber nada más aparte del color por la grabación de la cámara de seguridad, pero, por alguna razón, ella sabe que en el frontal tiene un logo de Nike bordado con el mismo rojo. Gladys coloca la bandeja de los muffins sobre la cocina y respira hondo. Ha visto esa gorra antes. La vio ayer.

—Debe de haber cientos de gorras así —murmura. Debe de ser una simple coincidencia. Tiene que serlo.

15

Hay demasiada sangre. Me revuelve el estómago. Le sale por la boca y empapa la toalla que George le ha traído y le está manchando la camiseta y, la verdad, nunca me ha gustado ver sangre. Sobre todo, la mía. Es interesante observar a los niños, lo protectores que están siendo con ella. Sophie siente, sobre todo, miedo, pero George vacila entre el miedo y la rabia hacia mí. Ahora me está mirando con sus ojos verdes entrecerrados, con la atención puesta en mi cara. Si las miradas mataran…

No se me ocurre por qué han creído que no les iba a descubrir tratando de enviar una nota a…, bueno, no hay nadie que pueda haber visto nada y, de todos modos, no ha estado suficiente tiempo en la ventana. Pero, aun así, lo han intentado. Hay que reconocerles el valor de haberlo intentado y yo he hecho lo que tenía que hacer.

No creía haberla golpeado con tanta fuerza, pero tenía la pistola en la mano y el golpe llevaba un impacto adicional. Ahora me duele la mano. Me froto la muñeca despacio mientras mantengo la pistola apuntando hacia los tres.

Hay mucho que decir, muchas cosas que contarle.

—¿Quieres oír una historia de cuando mi padre murió? —pregunto.

—Conozco esa historia —responde ella, pero las palabras suenan un poco confusas porque tiene la boca llena de sangre.

—¿Qué?

Escupe un poco de sangre en la toalla y busco en mi interior algún sentimiento de culpa o arrepentimiento, pero estoy bastante seguro de que no siento nada. La capacidad de bloquear mis sentimientos con respecto a otras personas es probablemente algo que he heredado de mi padre. Al final, la única persona que le importaba era él mismo.

Mi padre fue empeorando a medida que pasaron los meses después de quedarse sin trabajo. Muchas veces, yo llegaba a casa del colegio y le encontraba dormido en el sofá. Pero, a veces, llegaba y él estaba despierto y me preguntaba cómo me había ido. Cuando me preguntaba qué había aprendido en clase, yo siempre le respondía: «Nada».

Normalmente, lo dejaba pasar pero, en una ocasión, su rabia apareció de repente, se levantó de un salto del sofá y me agarró de la camisa, atrayéndome hacia él. «Escúchame bien, hijo, porque sé que este puede ser un mundo muy duro», dijo. Yo tenía quince años y estaba cansado de su mierda, así que, aunque tenía las manos agarradas a mi camisa del colegio y su aliento demasiado cerca como para no olerlo, puse los ojos en blanco y solté un fuerte suspiro. Él me agarró con más fuerza y me arañó la piel con las uñas. «Te crees muy listo, ¿no?», preguntó furioso y, después, me dio una fuerte bofetada en la mejilla. No era la primera vez que me pegaba. Le gustaba pegarme. A veces, lo hacía con bastante fuerza como para dejarme una pequeña marca, pero nunca lo suficiente como para conseguir que yo lo viera de otra forma que no fuese con

lástima. Me pregunto ahora si se habría sentido mejor si yo hubiese mostrado temor, miedo de verdad. El miedo que muestran ahora ellos, el que veo en su modo de mirarme, en su forma de echarse más atrás en el sofá, aplastando los mullidos cojines de tela, me indica que yo tengo el control. Todo se ha desmadrado, pero sigo teniendo el control.

Ya ha dejado de salirle sangre por la boca. Veo cómo mueve la lengua por dentro, buscando algún diente partido. Tiene un corte en la mejilla que le está supurando un poco y reprimo el deseo de decirle que vaya a ponerse un poco de hielo. Antes quería cuidar de ella.

—¿Sabes que cuando mi padre murió esperé dos días antes de llamar a la policía?

Sus ojos marrones se abren de par en par horrorizados.

—No, nunca me contaste eso.

—Pues eso hice.

—Lo s…

—Por favor, no me digas que lo sientes. Estoy cansado de oírte decir «lo siento».

16

KATHERINE

Sus mellizos son dos niños muy distintos y, a menudo, Katherine piensa en cómo serán cuando crezcan. George es callado y atento. Obedece las normas, siempre lo ha hecho. Siempre iba allá donde fuera Sophie, pero nunca acababa con las magulladuras y los golpes que ella terminaba teniendo. Sophie es lanzada, salta primero y piensa y mira después. Es la razón por la que se mete en líos en el colegio mientras que a George jamás se le ocurriría desobedecer a sus profesores ni incumplir una norma.

«¿Por qué te has llevado las muñecas al colegio si sabes que no están permitidas?», le preguntó a ella anoche.

«¿Y por qué están permitidas las canicas y no las muñecas? Las canicas son aburridas», fue su quisquillosa respuesta.

Katherine no supo bien qué responder. Sophie tenía razón. Las normas pueden ser muy arbitrarias. Pero debe aprender a tomarse su tiempo, a pensar las cosas, y eso es lo que Katherine ha estado intentando enseñarle: a tratar de prever las consecuencias de sus actos. Sabe que no lo está consiguiendo, pero lo cierto es que nunca le ha importado tanto como hoy.

Ya solo le sale un poco de sangre y piensa que podría haber sido mucho peor. George ha cargado con la culpa de Sophie, pero su impulsiva hija podría haber terminado sufriendo mucho daño.

«Piensa, piensa, piensa», se ordena a sí misma. ¿Es posible que esto sea lo peor que él les puede hacer? ¿Se irá o, al menos, los dejará marchar?

Cuando suena el timbre y Sophie salta del sofá para salir corriendo a la puerta, a ella ni siquiera le da tiempo a abrir la boca antes de que él salga tras ella, siseándole: «No te atrevas a moverte», mientras abandona la habitación.

Katherine se sienta, sintiendo frío y calor a la vez, con el brazo alrededor de George. Oye que Sophie grita: «¡Ay!», y, después, silencio. Cuando él vuelve, la está agarrando del brazo, con la mano tapándole la boca mientras ella se remueve y patalea. Como no consigue que se quede quieta, la suelta y, después, furioso por haber perdido el control, la empuja al suelo, donde ella empieza a llorar con fuerza.

—¡Basta! —chilla Katherine. Pero él ya está a su lado, con la pistola en la mano rozando su sien.

—Cállate, callaos todos. Tenéis que callaros. Y más vale que no le hayas dicho nada.

Katherine lo mira, confusa.

—¿A quién?

—Al repartidor de esta mañana. Está empeñado en que recibas el ordenador —dice—. Cierra el pico, Sophie, o te juro por Dios que…

—Por favor, Sophie… Por favor, cariño —le suplica ella a su hija—. Quédate callada, ¿vale? No pasa nada. Mamá está aquí. Mamá…

—Dios mío, ¿es que nunca paras? ¿Por qué no cierras nunca el pico? —pregunta él como si el dolor de oírla hablar fuese físico. Se tira del pelo y se frota el mentón con frustración.

—Sophie —dice Katherine a modo de advertencia. Tiene que conseguir que se tranquilice.

La niña cierra la boca y Katherine puede ver que se muerde el labio para quedarse callada. Vuelve a subirse al sofá frotándose el brazo con el que ha aterrizado sobre la alfombra. Katherine tira de sus hijos hacia ella y los abraza con fuerza. Sus cuerpos están húmedos por el sudor, como el de ella. El aire acondicionado no hace desaparecer su terror.

—Ahora escuchadme —empieza él con un tono de amenaza en cada palabra—. Si alguno vuelve a intentar alguna estupidez como esa, esto es lo que va a pasar. —Coge el mono de peluche de Sophie que se ha caído al suelo, se mete la pistola por la cintura y, después, ven cómo tira del muñeco de peluche, gruñendo por el esfuerzo hasta que le arranca la cabeza casi por completo. Es una demostración de poder, una muestra para él mismo, una desagradable manifestación de lo que es capaz de hacer.

«No conozco a esta persona. Quizá nunca la he conocido».

—Ay, mi bebé —gime Sophie, y la absoluta desesperación de la voz de su hija es lo que obliga a Katherine a levantarse del sofá, sin pensar, solo como una necesidad de demostrarle que no puede hacerles estas cosas. Y, mientras se mueve, se da cuenta de que él no tiene la pistola en la mano, sino en la cintura del pantalón y que solo cuenta con este momento para tratar de quitársela si es lo bastante rápida.

«Haz un ruido. Haz algún ruido».

Grita mientras se mueve, con la esperanza de distraerle lo suficiente como para poder cogerle la pistola.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves? Es su juguete favorito. Es terrible, tú eres terrible. ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa?

Cuando ya está cerca, él levanta la mirada y ella se lanza…, no hacia el juguete, cómo él pensaba, sino a por la pistola.

Le rodea con la mano la cintura y él grita: «¡Eh!», deja caer el mono y, después, le agarra los brazos y la empuja.

Ella cae de espaldas y él se coloca encima. Katherine empieza a levantarse y él la coge de la mano.

—¿Qué te crees que vas a hacer? —masculla entre dientes, y le dobla la muñeca hacia atrás, obligándola a caer de rodillas mientras él sigue doblándosela cada vez más.

El dolor se le dispara por la mano y el brazo y ni siquiera consigue decir nada. Él sigue torciéndosela, con expresión de placer en su rostro ante la agonía que le está causando y, después, se oye un estallido, un crujido, y la suelta. Ella cae al suelo y se queda tumbada un momento. Su cuerpo es una masa de terminaciones nerviosas que le hormiguean y el dolor la deja sin respiración. Oye en su cabeza un zumbido; una descarga caliente de dolor le llena el cuerpo de sudor. Pero debe levantarse. Debe levantarse y sentarse junto a sus hijos. No puede creer que hayan tenido que ver una cosa así, que sean testigos de algo así. Pero sabe que debe levantarse porque, aunque no ha conseguido coger la pistola, todavía tiene que buscar el modo de salvarlos. Las tijeras siguen entre los cojines del asiento, pero, si intenta hacer algo y él se lo impide, ¿qué será capaz de hacerle con las tijeras?

«Levántate, Katherine. ¡Levántate!».

Se mueve con torpeza, agarrándose la muñeca mientras se retuerce para ponerse de pie y, a continuación, se sienta junto a George y Sophie. Los dos se han quedado en silencio ante el impacto. Lo miran fijamente con las bocas abiertas.

—¿Veis lo que pasa? —pregunta él como si nada y, después, se sitúa junto a la ventana—. Hace calor aquí dentro. ¿Por qué no has llamado para que arreglen el aire acondicionado?

—Debería haberlo hecho, sí. —Katherine respira hondo y trata de calmarse, de disminuir la velocidad de su corazón.

Él abre la ventana y el aire caliente del exterior entra rápidamente, así que vuelve a cerrarla.

—¿Puedo traerle una compresa de hielo a mamá? —pregunta George en voz baja.

—¿Qué? —pregunta él.

—Cuando me caía y me hacía daño en la rodilla, mamá me ponía hielo y me sentía mejor. ¿Puedo traérselo de la cocina? —Una pregunta cautelosa, con incertidumbre en cada palabra.

—No te preocupes, George —dice ella. El aire de la habitación parece más denso, más cargado y difícil de aspirar y expulsar. El dolor de la muñeca se le dispara por todo el cuerpo mientras tiembla en su esfuerzo por mantenerse erguida cuando lo único que desea es tumbarse.

—¿Puedo? —repite George, decidido a hacerlo.

George es reflexivo, planificador, y, cuando lo mira, Katherine entiende que su hijo es la clave para que los dos niños se salven. Ella no sabe cómo va a conseguir salir de aquí con vida, pero, si se le ocurre algo y consigue comunicárselo a George, eso será lo único que importe.

—Vale, como quieras —contesta él, aburrido por el dolor de los demás.

George sale disparado de la habitación y regresa enseguida con una compresa de hielo que le envuelve sobre la muñeca y la mano hinchadas con delicadeza.

—Gracias, cariño —dice ella, y él asiente.

—Lo siento, mamá —contesta George.

—No es culpa tuya, chiquitín —responde ella al ver que las lágrimas empiezan a caerle por las mejillas.

—Sí que lo es —insiste George.

—No, George —dice él con voz suave, casi amable, pero con los dientes apretados y el labio superior levantado—. No es culpa tuya. De hecho, si es culpa de alguien, es de ella. Es ella la culpable de todo lo que ha pasado hoy aquí. Cúlpala a ella, culpa a mamá.

17

Una hora antes

LOGAN

Es la comisaría de policía más inocua que Logan ha visto nunca. Le recuerda al vestíbulo de un edificio de oficinas, con su mostrador de melamina blanca y unos bancos de piel falsa contra una pared azul claro y un tiesto con una planta de color vivo en el rincón. Todo indica a quienquiera que entre que no se trata de un lugar peligroso. No hay borrachos dormidos en los sofás ni yonquis nerviosos esperando a que los lleven a casa, solo un espacio vacío y una agente de policía de pie tras el mostrador, mirando el ordenador, concentrada en lo que Logan cree que quizá sea, en realidad, un solitario. Es una comisaría de las afueras en un barrio donde los gatos desaparecen y, a veces, las fiestas duran hasta después de medianoche y los vecinos no pueden conciliar el sueño a una hora normal. El único olor es a desinfectante con aroma de pino mezclado con la dulce fragancia de las flores que hay en los maceteros de la puerta.

Logan se pregunta si los agentes que trabajan aquí han visto alguna vez algo más siniestro que una discusión doméstica por un vecino que ha aparcado delante del camino de entrada de otro. Pero luego piensa en la mujer de la casa bonita en la calle bonita a poca distancia. Allí sí está pasando algo siniestro. Sabe que, a veces, las casas más bonitas que pertenecen a las personas con las sonrisas más amplias ocultan los peores horrores. Conoció en la cárcel a algunos individuos con modales de haberse educado en colegios privados que eran ingeniosos y listos y que estaban en prisión por asesinato o violación.

Siente un escalofrío al entrar, tanto por el aire acondicionado encendido como por un antiguo temor a la naturaleza de las comisarías y su siniestra magia capaz de cambiarte la vida. Hace seis años, entró en una de ellas preocupado y con la mano vendada y salió acusado de un delito, y su vida ya no volverá a ser la misma. Se queda un rato en la puerta sin acercarse al mostrador, conteniendo el deseo de darse la vuelta y salir corriendo. «No dejé ninguna huella. Nadie lo sabe».

La mujer de la casa grande no es asunto suyo, no lo es. Su miedo por tener que hablar con la policía le dice que lo deje, pero el instinto no se lo permite. La mujer de la casa grande está en apuros y él lo sabe. ¿Por qué iba a mencionar la niña la pistola? ¿Qué le hizo decir «ay» y quién es el hombre que le ordenó que se fuera? Siente como si estuviese participando en uno de esos juegos de detectives, descifrando pistas, pero esto no es ningún juego. Aunque pudiera olvidarse de la mujer, no puede olvidarse de los niños. A lo mejor si alguno de los vecinos de su barrio o uno de sus profesores hubiese notado algo en él, si se hubiese fijado en una o dos magulladuras, si

hubiese visto que su comportamiento solitario no era normal y hubiese intervenido, él se habría convertido en un ser humano completamente distinto. Alguien tiene que ocuparse de los niños.

No para de pensar en Maddy en su cama del hospital. Le ha pedido a Debbie que le diga a su amiga que le envíe una foto. «¿Por qué quieres ver eso?», le preguntó Debbie en un mensaje. «Necesito verla», fue lo mejor que se le ocurrió.

El impacto de su cabeza vendada y del tubo que le salía de la boca le dejó sin aliento. No había forma real de saber si era su hermana la que estaba en la cama, pero sabía que sí lo era. En la furgoneta, apenas unos minutos antes, inclinó la cabeza y cerró los ojos. «Por favor, que sobreviva a esto».

Ahora, echa los hombros hacia atrás y se acerca al mostrador. Ya ha cumplido condena y está tratando de ayudar. Y nadie vio su último y triste acto de desesperación. Nadie lo vio y nadie sabe nada al respecto y no va a permitir que eso le impida buscar ayuda.

La agente de policía está vestida de uniforme con un chaleco táctico y una pistola en el costado. Logan está seguro de que sin el aire acondicionado estaría empapada en sudor. Es mucho peso y la agente rubia y bajita no parece pesar mucho.

—¿En qué le puedo ayudar? —pregunta con expresión neutra mientras lo mira de arriba abajo evaluándolo a él, su tamaño, los bordes coloreados de los tatuajes que le sobresalen por las mangas en las muñecas, las palabras de sus manos, las de su cara. Él ve cómo los labios de ella se mueven ligeramente mientras va leyendo las diminutas letras que tiene bajo un pómulo donde pone: «Me niego a hundirme».

Se imagina que ella piensa que está perdido.

—Eh…, sí…, es un poco raro… La verdad es que no estoy muy seguro de cómo explicarlo.

La mano de la agente se mueve hacia un lado y la apoya sobre la pistola.

—¿Y si empieza por el principio? —le propone.

—Vale, soy repartidor de Pack and Go, como puede ver —empieza a explicar Logan señalándose el logo de la camisa, donde hay una caja sonriente en el interior de la esfera de un reloj, y espera que eso le dé suficiente verosimilitud—. Y he ido esta mañana a una casa, a eso de las siete y media, para entregar un ordenador, pero la mujer no ha querido abrir la puerta. Tenía que firmar la entrega del paquete, pero no quería abrir la puerta…

—¿No tiene un protocolo para ese tipo de cosas? —pregunta la mujer, y Logan puede ver que sofoca un bostezo. Ahora mismo, él es lo más interesante que la agente ha visto en todo el día y ya está aburrida por lo que tenga que contarle. Logan no está acostumbrado a que lo despachen con tanta facilidad.

—No. —Intenta controlar su frustración—. Me preocupa que esté ocurriendo algo en su casa, algo que le impida abrir la puerta. Creo que le pasa algo. Se llama Katherine West. —Logan siente cómo los hombros se le relajan un poco. Se lo ha contado a alguien que puede hacer algo de verdad al respecto—. Volví para tratar de entregar el paquete y una niña dijo a través de la puerta algo sobre una pistola de verdad y, después, soltó un «Ay», y un tipo me ordenó que me fuera. —Logan nota cómo su seguridad se va apagando mientras habla. Se comporta como si estuviese un poco loco.

—¿Es normal que los repartidores vayan una segunda vez a entregar un paquete? ¿No dejan una nota y lo llevan a una oficina de correos?

—Sí, eso hacemos normalmente, pero me pareció que estaba pasando algo en esa casa.

—Perdón, ¿cómo ha dicho que se llamaba usted?

—No lo he dicho. ¿Qué importa eso? —Logan siente que el estómago se le revuelve. Esto no va bien.

—¿Cuál es su nombre? —pregunta la agente muy despacio y con claridad, asegurándose de que él entiende la pregunta mientras aparece una pequeña sonrisa en sus labios.

Logan se plantea mentir, pero ella podría llamar a la empresa. Ahora sabe dónde trabaja y Mack tiene solo diez repartidores. Piensa también en decirle que se olvide del asunto, pero ahora ha despertado su interés. Ha cometido una grandísima estupidez al venir aquí.

—Logan Clarkson —responde con suavidad—. Pero no sé por qué importa eso. Puedo darle la dirección de la casa de la mujer y puede enviar un coche para ir a ver. Lo único que quería era decirle que estoy preocupado por ella.

—¿Y desde cuándo conoce a la señora West? —pregunta la agente mientras sus dedos se mueven por el teclado.

Logan siente cómo sus manos se cierran en un puño. Sabe exactamente qué está pasando aquí.

—No conozco a la mujer. Soy repartidor. He intentado hacer una entrega y ella no ha querido abrir la puerta y me ha parecido extraño. Me preocupa su bienestar.

—¿Katherine tiene algún tipo de relación con usted? —Su tono es neutro, su voz desprovista de interés o emoción. Pero él sabe que ella le está haciendo las preguntas de esa manera para que él meta la pata y le dé una respuesta que no le quiere dar.

—Oiga…, no… No, ya le he dicho. Solo estoy haciendo mi reparto. —Se esfuerza por que no se le note la frustración en la voz—. No sé nada de ella. No tiene nada que ver conmigo.

La agente de policía le mira seriamente y, después, lee en su pantalla del ordenador moviendo los labios a la vez. Levanta los ojos hacia él. Su mano vuelve a posarse en la pistola que tiene en el costado. Hay un pequeño tic justo al lado de su ojo. Logan está convencido de que ella se siente ahora un poco insegura, solo un poco, y preocupada por lo que él pueda hacer. Es lo bastante grande como para saltar por encima de su bonito mostrador blanco.

—Bueno, pues claro que vamos a enviar un coche, señor Clarkson. ¿Me equivoco si digo que usted ha cumplido una condena de tres años en prisión por robo y asalto?

Logan sabe que ella ha dejado de escucharle del todo. Está más preocupada por sus antecedentes. Su pasado no va a desaparecer.

—No, no se equivoca —responde con cortesía y cautela. Sabe que incluso el menor traspié puede llevarlo de nuevo a la cárcel.

—Ha habido varios robos en las casas de esta zona durante los últimos meses. Hace bien en preocuparse. —Lo mira con media sonrisa y, aunque él es mucho más grande que ella, nota en la piel un hormigueo de temor. Es un ratón y ella un gato y una mala palabra puede bastar para que lo atrape—. De acuerdo, ¿y la dirección de la casa en la que ha intentado entrar es…?

Logan piensa en esas palabras, en el modo en que ella ha planteado la pregunta.

—Yo no he intentado entrar. Solo quería que me firmara la entrega de un paquete.

—¿Y la dirección era…?

—Es…, eh… —Logan traga saliva. La expresión de la mujer le está poniendo nervioso—. Es el número veinticuatro de Hogarth. No, perdón, de Holborn. El veinticuatro o el veintiséis… —Niega con la cabeza. Ha estado dos veces hoy en esa casa. ¿Cómo es posible que haya olvidado la dirección?—. La tengo en el teléfono, pero… —Se busca en los bolsillos. Se ha dejado el móvil en la furgoneta.

—Entiendo —dice la agente con cierto tono de dureza—. Quizá puede esperar aquí mientras voy en busca de un inspector. Puede explicárselo a él. Y luego podemos ir juntos a por su teléfono. Por favor, no se mueva de aquí, señor Clarkson. Vuelvo en un minuto.

—Muy bien —responde Logan.

La agente se gira y va hacia la parte de atrás de la recepción, donde hay una puerta. La abre y mira, quizá esperando llamar la atención de alguien. Le vuelve a mirar rápidamente y, a continuación, entra en la zona trasera dejándolo solo ante el mostrador.

Logan siente que empieza a sudar en aquel espacio tan frío. Van a volver a arrastrarlo allí y, después de eso, las cosas solo irán en una dirección. No podrá controlar su temperamento, lo sabe. Solo estaba tratando de hacer lo correcto. «Y puede que sepan algo».

No debería estar aquí, sino esperando en el aeropuerto a que se diera la posibilidad de subir a un avión anterior para poder estar con su hermana. Él no tiene nada que ver con esa mujer ni ninguna

responsabilidad sobre lo que está ocurriendo en esa casa. Se balancea sobre los talones, deseando salir huyendo. Respira hondo con la esperanza de calmarse, pero su ritmo cardiaco se dispara y no puede evitar darse la vuelta y salir corriendo de la comisaría, bajar por las escaleras de cemento y cruzar la calle hasta donde ha dejado aparcada la furgoneta. Su cuerpo se mueve sin que haya trazado ningún plan. Sabe que tiene que correr.

—Señor Clarkson —oye mientras sube a su furgoneta. Pone en marcha el motor y sale antes siquiera de ponerse el cinturón, pues el pánico hace que le tiemblen las manos.

Debbie tenía razón. Debería haberse olvidado del asunto.

—¡Eres un imbécil! —grita a la vez que golpea la mano contra el volante.

Cuando cree que ha dejado suficiente espacio entre él y la comisaría, aparca en una bocacalle y, sentado en el asiento, se arranca la camisa de manga larga que lleva puesta sin hacer caso de los botones que salen disparados y chocan contra el suelo y la ventanilla con unos chasquidos. Se la quita, la tira al suelo y se pone una camiseta que guarda en la furgoneta. Sus tatuajes se pueden ver con claridad. Ya no importa. No importa lo mucho que se está esforzando por tener una buena vida, lo mucho que se está esforzando por no salirse del camino ni tampoco quién es en realidad. Siempre será, por encima de todo, un hombre con un pasado delictivo.

Seguirá adelante con el resto de su jornada y, cuando vengan a por él, mentirá como el delincuente que es y dirá que ha cometido un error, que ha intentado hacer la entrega en la casa que no era o alguna tontería así. Espera que envíen un coche y llamen a las

puertas de ese barrio. Era la calle Hogarth, está seguro. Probablemente irán a mirar. Encontrarán la casa. Está seguro de que lo harán. Tienen también el nombre de ella. Solo tardarán unos minutos en hallar la dirección correcta, aunque puede que se pregunten por qué les ha dado él una equivocada.

—Basta —se reprocha a sí mismo—. Basta, basta, basta.

Está harto de estar preocupado por esa mujer. Debbie tiene razón. No es su problema.

Solo le quedan unos cuantos repartos y, después, habrá terminado. Habrá acabado con todo lo que ha pasado hoy.

La agente tiene ahora su nombre. Ha sido una estupidez, pero lo único que aparecerá en su expediente es que ha cumplido su condena. Sus huellas dactilares también están en el expediente. ¿Buscarían huellas si no se llevó nada? «Artículos movidos pero no robados». Se contuvo justo a tiempo. Pero ¿fue justo a tiempo o ha alertado ahora a la policía y van a dedicarse a comprobarlo?

No puede volver a la cárcel. Es imposible. Una pelota pasa botando por delante de la furgoneta y él la ve pero no piensa, y cuando un niño pequeño sale a la calzada corriendo es cuando pisa el freno hasta el fondo y los neumáticos se detienen con un chirrido llenando el aire con un olor a goma quemada que entra en el vehículo a pesar de que tiene puesto el aire acondicionado a toda pastilla.

—¡Tranquilízate, Logan! —grita mientras una mujer asustada se lanza a la calzada para recoger al niño y la pelota a la vez que mueve los brazos con una disculpa. Podría haber pasado algo. No está concentrado. La vida cambia en una milésima de segundo. Y no puede volver a permitirse el lujo de más milésimas de segundo.

18

GLADYS

Gladys desmolda los muffins de chocolate inhalando el olor dulce y oscuro del cacao y las pepitas de chocolate derretidas. Arranca con cuidado un trozo, quemándose un poco los dedos, y sopla. Cuando cree que se ha enfriado lo suficiente, se lo mete en la boca. Está delicioso, con la humedad y la consistencia justas, pero con una pequeña corteza alrededor. Los muffins de chocolate son una de sus especialidades.

Coloca un muffin en un plato para dárselo a Lou con la merienda y ella se queda con el que ha roto. El resto lo dispone en un plato verde con un bonito paño blanco debajo. Da igual lo que le esté pasando a Katherine. Es imposible que rechace un plato de muffins.

Gladys admira su obra, le encanta el modo en que combinan los colores.

—Voy un momento a llevar estos muffins a casa de Katherine —le grita a Lou.

Abre la puerta de atrás de la cocina antes de que a él le dé tiempo a responder, sale de la casa y la rodea por el lateral hasta la verja de delante. El calor es una manta gruesa que le cae sobre los hombros mientras las cigarras chirrían. Empieza a sudar de inmediato, pero

camina con rapidez con la esperanza de que Katherine la invite a pasar.

En la puerta de Katherine, llama al timbre y toma aire. Se limitará a dejar los muffins si no la dejan pasar, pero está segura de que esta vez le abrirán.

Espera unos minutos y, al ver que no pasa nada, vuelve a tocar el timbre y, después, grita a través de la puerta.

—Hooolaaaa. Solo vengo a traer mis famosos muffins con pepitas de chocolate.

Con cierta sensación de estupidez, se acerca a la puerta de madera y coloca la oreja sobre ella. No puede distinguir ningún sonido, pero se trata de una puerta muy gruesa. Se aparta y espera de nuevo. A su lado, las damasquinas se están marchitando con el calor. «Pobrecitas», piensa. Necesitan agua.

Decide que va a llamar al timbre una vez más y, después, si no sale nadie, se irá y dejará los muffins junto a la puerta. Mueve un poco la cabeza, molesta porque no se le ha ocurrido taparlos. Si los deja en el suelo, se llenarán de hormigas y ya hay moscas grandes revoloteando alrededor de su cabeza.

De todos modos, es probable que haga demasiado calor como para dejarlos ahí. Tendrá que llevárselos a casa y probar de nuevo más tarde. Se recuerda que los muffins son un ardid para conseguir que Katherine le abra la puerta. Por si lo hace, Gladys intenta pensar en preguntas que podría hacerle para que Katherine le diga si necesita ayuda sin decirlo de verdad.

«¿Tienes que ver a un médico? Puedo llamar a uno» es lo mejor que se le ha ocurrido hasta ahora.

Pulsa el timbre y espera otro minuto. Justo cuando está a punto de rendirse, oye el sonido de la cadena de seguridad moviéndose y la cerradura girando, y se abre la puerta.

19

Todo empieza a desmoronarse en mi cabeza porque me estoy cansando. Estoy perdiendo el control, pero agarro la pistola con más fuerza. No la pienso soltar. Tomo grandes bocanadas del sofocante aire que entra de la calle e intento tranquilizarme. Trato de recordar el plan que tenía esta mañana, el de hacer que ella me escuche y me entienda. Es lo que necesito que haga, escuchar, entender y, luego, reconocer su responsabilidad en todo esto. Después, podremos avanzar a partir de ahí. Pero no estoy seguro de cómo se desarrollará el futuro. ¿Quiénes seremos después de hoy los dos, los cuatro?

—¿Por qué? —me pregunta ella con absoluta confusión en la voz —. ¿Por qué haces esto? —Está sosteniéndose la muñeca mientras se le va hinchando y los ojos se le arrugan por el esfuerzo de estar reprimiendo el dolor que siente.

Me meto la pistola por la cintura del pantalón y junto las manos, después me las seco en los pantalones para quitarme el sudor. Es más fácil si no la miro. No quiero ver su dolor porque sé que hará que me tambalee. Incluso los monstruos tienen sentimientos.

—Sigo con la historia de la muerte de mi padre —anuncio, y veo que George me está mirando. Es demasiado pequeño como para disimular sus expresiones faciales y es evidente lo que está

pensando. Piensa que tengo menos acceso a la pistola porque la he metido dentro de la cintura del pantalón. Echo la mano hacia atrás y la saco y sus pequeños hombros se hunden—. No soy tonto —le digo.

—No he dicho que lo fueras —contesta él con más rabia asomando en su tono de la que me gustaría.

Doy un paso y me agacho justo delante de él, tan cerca que puede sentir mi aliento.

—Puedo hacerte daño igual que a ella, igual que he hecho con Sophie y con ese estúpido juguete. Puedo hacerlo, lo sabes —susurro.

Arruga la nariz y se echa hacia atrás en el sofá, empujando su cuerpo hacia el interior de los cojines para alejarse de mí. No puedo evitar sentir una pequeña excitación de poder. A mi padre le habría venido bien creer que le tenía miedo en lugar de pensar que me parecía ridículo. Puede que a todos los padres les guste ser temidos en lugar de queridos.

—Cuéntame por qué no llamaste a la policía cuando murió tu padre —se apresura a decir ella obligándome a apartar la atención de George.

Me pongo de pie y vuelvo a la ventana. No me gusta el calor, pero el aire aquí dentro empieza a volverse rancio. De hecho, apesta.

—Volví a casa del colegio y no estaba en el sofá, donde solía estar. Había una botella de whisky vacía en la mesa de centro con al menos siete botellas de cerveza vacías, pero no le hice mucho caso. —Todavía puedo ver la etiqueta de la botella de whisky ligeramente arrancada por el extremo. Era una marca barata, hasta yo lo sabía. Agradecí que no se encontrara allí. Pensé que se habría

emborrachado tanto que se habría arrastrado hasta la cama y yo quería tener el mando a distancia de la televisión y estar solo esa noche. Aparté las botellas y puse los pies sobre la fea mesita de madera falsa, algo que él odiaba que hiciera. Me quedé con los zapatos puestos—. Pensé que estaba durmiendo, sin más.

—No fue culpa tuya —contesta ella.

Me encojo de hombros.

—Podría haber ido a ver cómo se encontraba, pero estaba harto de su mierda. Me despreocupé de él y me dispuse a pasar una buena noche. Hasta me abrí una de sus preciadas cervezas y me la bebí mientras me comía unos fideos instantáneos.

—No podías saberlo —insiste ella.

—Bueno, me da igual lo que digas al respecto —replico tranquilo, y, después, apunto con la pistola directamente hacia ella—. Creo que sería mejor que cerraras el pico.

Ella baja la mirada y los niños se acurrucan a su lado.

—Quizá pueden ir a por algo más de comer. Será mejor que no oigan esto.

—La verdad es que va siendo hora de que sepan cómo es el mundo real. Esto —digo señalando la habitación con la pistola— no es el mundo real. Este bonito jardín, esta bonita casa y todo lo que hay en ella no es el mundo real y deberían saberlo. Mi infancia sí fue el mundo real.

—La mayoría de los niños no son retenidos como rehenes por alguien que se supone que los quiere —responde ella—, por su…

—Cierra el pico —digo. Si ella entendiera algo de lo que es el amor, yo no estaría haciendo esto. Yo creía saber lo que era el amor,

pero resulta que, aun cuando creo que lo sé, no puedo tenerlo. Lo único que puedo tener es desamor.

Espero por si ella va a rebatirme, pero no lo hace. Está sufriendo, me parece bien. Yo he sufrido más de lo que ningún ser humano debería. El dolor físico se cura; es la mierda mental lo que te mata.

—No fui a ver cómo estaba a la mañana siguiente. Me limité a levantarme e irme al colegio. Hasta que volví a casa aquella tarde no pensé que podría pasar algo. ¿Quieres saber por qué lo pensé?

—¿Por qué? —pregunta, pero solo lo hace por apaciguarme. No creo que en realidad le importe.

Me río con una carcajada sin ganas.

—Porque no había más botellas vacías en la mesa. Seguían las mismas del día anterior, la misma botella de whisky con la etiqueta arrancada y las mismas siete botellas de cerveza. Fue entonces cuando se me ocurrió ir a ver cómo estaba, abrí la puerta de su dormitorio y…, joder, el olor… En fin, lo que puedo decirte es que olía bastante mal. Había perdido el control en el momento en que murió.

—¿Qué significa eso? —quiere saber George.

—Significa que se cagó en los pantalones, como un bebé —respondo.

—No… —empieza a decir ella.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le pregunto y, después, respondo a mi propia pregunta porque sé la respuesta—. Que te crees que tienes control sobre esta situación, Katherine, y no es así, desde luego que no.

—Sé que no tengo el control —responde—. Eres tú el que tiene la pistola.

—Así es.

Me asusté cuando vi a mi padre en su cama, con las sábanas arrugadas y el olor a rancio ya antes de morir, porque nunca se le ocurrió lavarlas. No lo digo en voz alta, pero me asusté. Lo agarré de los hombros, lo sacudí, le di una bofetada en la cara y le grité: «Papá, papá, despierta, papá». Le busqué el pulso. Nos habían enseñado qué hacer cuando tuvimos clases de socorrismo en el colegio y se lo miré, conteniendo la respiración, esperando algo, lo que fuera, pero tenía la piel fría, los ojos vidriosos y la cara gris. Sabía que estaba muerto. Me gustaría decir que sentí su espíritu en la habitación, que había una corriente fría y que supe que era él despidiéndose o cualquiera de esas tonterías que dice la gente cuando muere algún ser querido. Pero no.

Me senté en su cama. El olor ya no me molestaba. Y lloré durante un largo rato. Creo que lloraba porque ya no quedaba esperanza. Antes de matarse, había habido momentos en los que creí que algún día cambiaría algo y que se recuperaría. En una ocasión en la que estábamos viendo juntos un programa sobre adicción, me dijo en voz baja, arrastrando la voz: «Puede que yo sea así».

«Podrías pedir ayuda —contesté—. Esa gente recibe ayuda». Sentí que el corazón me palpitaba ante la posibilidad de que las cosas fueran distintas.

«A lo mejor lo hago», dijo, pero, a continuación, abrió otra cerveza.

Su muerte significaba que mi vida solo podría ir a peor. Lo entendí. Como cualquier niño de padres divorciados, había esperado que actuara como un hombre, que se recuperara y que luego, como fuera, ella lo aceptara de nuevo y volviéramos a ser una familia. Es absurdo que un chico de quince años piense eso, pero estoy

bastante seguro de que la mayoría se aferran a ese pequeño rayo de esperanza.

Su muerte significaba que ya no había esperanza. Puede que pasara varias horas allí sentado, pero, luego, las lágrimas cesaron y sentí, con la fuerza de un puñetazo en el estómago, que una parte de mí se cerraba, un final. Él no se merecía mis lágrimas ni mi tiempo y lo único que había hecho siempre era decepcionarme. Busqué en su cartera, cogí el poco dinero que tenía y me fui. Eché a andar y seguí caminando. Quería llamar a mi madre. Sabía que debía llamarla a ella y a la policía, pero no hice ninguna de las dos cosas. Me compré algo de cenar y esperé. Era primavera y todavía hacía frío por la noche, pero dormí en un banco de un parque esa noche, acurrucado.

Niego con la cabeza mientras pienso en esto.

—Sentí que no tenía a nadie a quien acudir cuando murió —digo —. Por eso esperé.

Cuando volví al día siguiente, el olor se había filtrado de su dormitorio a todo el piso y supe que no podía seguir esperando, así que llamé a la policía. En cuanto llegaron, todo se puso en marcha y esa noche ya había vuelto con mi madre, había vuelto al último lugar donde quería estar, porque todo era culpa de ella y así lo había dicho él.

Dejó una nota. Nunca se lo conté a nadie, pero la dejó.

> *Querido hijo:*
>
> *Siento todo esto. Sé que ya no quieres oír nada de lo que yo tenga que decir, así que te dejaré un último pensamiento. No te fíes de las mujeres. Te harán el hombre más feliz del mundo y, después, te romperán en pedazos de*

tal manera que no te podrás imaginar viviendo un día más. No te fíes de ellas nunca.

PAPÁ

Debí haberle hecho caso en eso, y lo hice durante un tiempo. Pero luego conocí a la mujer que pensé que sería el amor de mi vida y me enamoré tanto y tan rápido que no me paré a pensar en qué pasaría si se cansaba de mí.

Así que aquí estoy, en esta habitación. Mientras miro a esta mujer me doy cuenta de que la odio con una fuerza tan visceral que me extraña no haberla matado ya.

—No quiero seguir hablando de esto —digo, y vuelvo a mirar por la ventana, al césped verde del perfecto jardín que no cuenta toda la historia de quién es ella y de lo que ha hecho.

20

KATHERINE

Cuando vuelve a sonar el timbre el ánimo se le levanta porque es posible —porque cualquier cosa es posible— que alguien haya venido a ayudarlos.

—Esta mierda no para nunca —se queja él.

Se está cansando y ella lo ha notado. Todos lo están, pero él lleva ya varias horas sujetando esa pistola, varias horas haciéndoles cada vez más daño. La cara de George sigue teniendo la huella de la mano de él muy visible en la mejilla. Sophie no deja de frotarse la cabeza, en el punto en que Katherine está convencida de que él ha debido de arrancarle algo de pelo. Y la punzada de lo que sabe con seguridad que es una muñeca rota le supone una agonía que se le extiende por todo el cuerpo.

Cuando vio por primera vez la pistola no se había imaginado que él la usaría porque le parecía imposible.

Pero ahora sabe que no es así. Creía que, si él hubiera querido matarla a ella o a los niños, lo habría hecho ya, pero quizá sea su intención torturarlos lo más posible, consciente de que ver sufrir a George y a Sophie le duele más que cualquier bala.

Está intentando elaborar un plan, cualquiera que vaya más allá de la simple idea de lanzarse con todo su ser contra él y tratar de clavarle las tijeras, obligarle a dispararla a ella y esperar que los niños huyan antes de que tenga oportunidad de volver a disparar la pistola. No puede garantizar que vayan a salir huyendo ni que sepan que tienen que hacerlo y no se le ocurre cómo comunicarles que es eso lo que deberían hacer.

—Creo que es Gladys la que está en la puerta —dice ella ahora agarrándose a un clavo ardiendo—. Estará preocupada porque no le he dicho que pase. Deberías dejar que George hable con ella. Puede decirle que estamos enfermos, que yo estoy enferma. Ya se lo he dicho…, creo que se lo he dicho, pero a lo mejor… Prepara cosas para nosotros. A lo mejor nos ha traído una tarta.

—Hooolaaaa —grita Gladys—. Solo vengo a traer mis famosos muffins con pepitas de chocolate.

Katherine se encoge de hombros con gesto de «Te lo dije», pero no dice nada más. Si insiste, él va a negarse a dejar que George abra la puerta, pero, si George pudiera abrir a Gladys, a lo mejor, solo a lo mejor…

Él se rasca la cabeza y se le queda el pelo levantado. De repente, parece más joven, menos peligroso, y ella ve que ahora está confuso. No es fácil matar a alguien, aunque parezca bastante sencillo en las películas y en la televisión, pero es lo bastante inteligente como para darse cuenta de que acabar con la vida de alguien es algo permanente. Perdió a su padre demasiado joven y ha sufrido por ello. Sabe que la muerte afecta a los que se deja atrás.

—Si no permites que George hable con ella, seguirá volviendo —dice ella.

—Vale —contesta él—. Ve a decirle a esa vieja bruja que toda la casa está enferma. Y juro por Dios, George, que si le dices alguna otra cosa, aunque solo sea un suspiro, le arrancaré la cabeza a tu hermana igual que he hecho con ese estúpido muñeco de peluche.

George la mira con los ojos abiertos de par en par, incrédulo. Nadie le ha hablado jamás de esta forma. No entiende qué debe hacer con estas terribles amenazas violentas. Y ella nota que, aunque a George le resultaría bastante fácil decirle a Gladys que llame a la policía, ahora no es el momento. Ella no es lo bastante fuerte como para enfrentarse a él si se lanza contra Sophie. El dolor la está debilitando.

El riesgo es demasiado grande. Le hace una señal de asentimiento imperceptible. Él parpadea y ella sabe que eso significa que la ha entendido. Le parece increíble que, a pesar del miedo, el dolor y la rabia que se está acumulando bajo todo esto, haya sido capaz de hablar de esta manera con su hijo, que él la entienda. Cierra los ojos y reza una pequeña oración para poder ver cómo crece y se convierte en el extraordinario hombre que sabe que va a ser.

George se aleja del sofá y se dirige a la puerta de la casa.

Oye cómo la abre, cómo le cuesta girar la cerradura que le llega a la altura del hombro. Escucha el murmullo de voces, de Gladys y George, y oye la vacilación de su hijo. Está considerando qué hacer. «Dile que estamos enfermos, cariño. Ahora no es el momento. Dile solamente que estamos enfermos».

—¿Por qué tarda tanto? —pregunta él y, a continuación, se levanta y va hasta la puerta y ella oye algo pero no puede distinguir ninguna palabra. Da por sentado que él le está advirtiendo a George que mantenga la boca cerrada. La adrenalina le inunda el cuerpo, el

miedo por su hijo ahoga su propio dolor físico. «No le hagas daño, no le hagas daño». Sus músculos se tensan mientras se prepara para correr hacia la puerta si oye algo que no sea el suave murmullo de voces.

Se gira para observar a Sophie, que está apagada, mirando su juego más que jugando con él. Están solas con acceso al mundo exterior.

—Dame el iPad, cariño —susurra clavando los ojos en la puerta, pero su hija tarda en reaccionar.

Aunque moverse es una agonía, se dispone a coger el iPad con la esperanza de poder entrar en su correo electrónico antes de que él vuelva a la habitación. Pero, segundos después, regresa con George y ella le devuelve rápidamente el iPad a Sophie, que al instante busca su juego de nuevo. Katherine siente que el dolor punzante de su mano aumenta con los latidos de su corazón.

Él tiene agarrado a su hijo de un brazo, lo trae casi a rastras. George está tratando de sostener un plato lleno de muffins de chocolate y el cuidado que hay detrás del regalo hace que a Katherine le entren ganas de llorar. Es probable que a Gladys le preocupe que Katherine esté enfadada con ella dado lo brusca que se ha mostrado esta mañana. En silencio, bendice a la mujer, que ya está sufriendo bastante con lo suyo pero que sigue esforzándose por mantener los vínculos con sus vecinos.

—Mira, muffins con pepitas de chocolate —dice él cogiendo el plato de las manos de George y empujándolo para que vuelva al sofá—. Comeos uno —ordena, y los dos niños la miran a ella.

—Adelante —dice Katherine—. Debéis de estar hambrientos.

Normalmente, cuando Gladys les lleva un plato de muffins, ella los calienta para los niños, derritiendo el chocolate e inundando la casa con el dulce olor a pastel y así casi fingir que ha sido ella la que los ha hecho. Los mellizos adoran los muffins de Gladys, pero ahora cogen uno cada uno a regañadientes. Sophie arranca un pequeño trozo y se lo mete en la boca.

—¿Y tú? —le pregunta él a Katherine—. ¿No tienes hambre?

—No —responde ella con voz débil, y levanta un poco la mano, todavía envuelta en la bolsa de hielo que ya se ha calentado, con la esperanza de despertar alguna parte de él que pueda sentir algo por ella. No le ha mirado la muñeca, ni a ella en realidad, y se convence de que es porque no quiere ver cuánto dolor le ha causado. Quizá si consiguiera que él lo reconozca, entraría en razón y se daría cuenta de lo que está haciendo.

Pero, por el contrario, él se levanta y coge un muffin del plato y se lanza contra ella.

—Abre la boca —dice, casi con alegría.

Ella niega con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Ah, bueno —responde él con desprecio—. Pues qué pena. —Y le agarra la cabeza mientras sigue sosteniendo la pistola. Con la otra mano le mete el muffin en la boca, desmenuzándolo y llenándole la boca hasta que no puede respirar, mientras ella intenta masticar.

Se defiende empujándole con las piernas.

—¡Déjala! —grita George.

—¡Mami! —chilla Sophie, y los dos empiezan a golpearlo con sus pequeños puños.

Él se ríe ante sus vanos intentos y, después, la suelta y le lanza los restos del muffin mientras ella se atraganta, tose y escupe todo lo que puede. Y luego, cuando se echa hacia atrás sobre el sofá con el pecho jadeante y los ojos llenos de lágrimas intentando respirar, George le dice:

—Te voy a matar.

La voz de su hijo está cargada de escalofriante amenaza, sin un atisbo del habitual tono infantil. En este momento es un hombre, un hombre enfadado.

—No si te mato yo antes —contesta él y, a continuación, coge un muffin y se lo mete en la boca—. No si te mato yo antes —repite mientras mastica con la boca abierta y traga rápidamente.

Y Katherine se da cuenta de que ha estado haciéndose la pregunta equivocada. Se ha estado preguntando cómo es posible que alguien que antes la quería pueda hacerle tanto daño, cómo es posible que él pueda verlos sufrir a todos sin sentir nada, pero en lo que debería estar pensando es en toda esta rabia tan profunda y agresiva que le invade. Toda esta violencia que le ha estado ocultando. Hay algo que ella no sabe, algo que podría darle una pista de por qué hace esto, y si logra averiguar qué es, qué ha sido lo que lo ha hecho estallar, entonces quizá consiga encontrar una salida. Hay cosas que ella ignora, cosas que no ha entendido de él. Solo necesita que continúe hablando.

—Tienes que terminar tu historia —dice en voz baja.

—Sí —asiente él—. Es verdad. —La mira y sus ojos verdes se clavan en los de ella—. Me pregunto…

—Te preguntas… —repite ella.

—Cómo termina.

21

Treinta minutos antes

LOGAN

Logan se frota la cara y nota la incipiente barba que va apareciendo a lo largo del día. En el espejo se ve bolsas bajo sus ojos azules y los labios parecen agrietados y secos. No quiere llamar de nuevo a Debbie porque sabe que ella le avisaría si tuviese alguna novedad sobre Maddy. Está agotado por cómo ha ido el día, por la entrega de primera hora de la mañana que fue mal, por sus intentos de ayudar cuando debería haberse limitado a dejar las cosas como estaban, pero, sobre todo, por el miedo y la preocupación por su hermana.

No puede perderla. Es prácticamente la única familia que tiene.

Y ahora debe preocuparse de que la policía le esté buscando y lo que puede implicar que decidan llevarlo a comisaría para interrogarle. Se siente agotado por el calor, por todo. Necesita llegar a Melbourne y reunirse con su hermana; eso es lo único que desea ahora mismo.

Solo le quedan tres entregas más y habrá terminado. Lo está deseando.

«Tráelas aquí de vuelta y las hago yo», dijo Mack cuando volvió a llamarlo con tono de preocupación al saber que Logan seguía trabajando.

«No pasa nada. Todos los vuelos anteriores están completos».

«¿No reservan asientos para urgencias familiares o cosas así?».

«Debbie lo está mirando, pero aunque llegue allí ahora no puedo verla porque está grave. Si no te importa, termino yo y, después, me iré a casa».

«Lo que mejor te venga, Logan. Y, si necesitas hablar con alguien, aquí me tienes».

«Gracias, colega».

Conducir, el hecho de estar atento a la carretera, de observar los carteles indicadores y de mirar de vez en cuando el GPS permite que su mente repase su pasado. Enumera los que antes eran amigos, los que solo consideraba conocidos e incluso aquellos a los que podría haber amenazado o que le habían amenazado a él. La persona que le ha enviado el mensaje puede estar relacionada o no con lo que le ha ocurrido a Maddy. Puede ser Patrick o no. Hay gente a la que ha conocido en la cárcel, sabe que algunos de ellos han salido. Nick no deja de aparecer como una posibilidad, pero Logan sabe que estaba cumpliendo su condena en algún lugar de Sídney, aunque tenía una novia que vivía en Melbourne. Frena en un semáforo en rojo. «Mierda», murmura. Nick tenía una novia que vivía en Melbourne. ¿Siguen juntos?

Mientras hace un giro, se permite pensar en un horripilante escenario: Nick sale de prisión y se muda a Melbourne, decidido a vengarse. «Estás dándole demasiadas vueltas», se dice. El que ha enviado el mensaje debe de ser Patrick.

Como necesita distraerse, enciende la radio para escuchar las noticias mientras se pregunta si lo que le ha pasado a Maddy podría llegar a salir en la radio. Una canción de desamor le pone de mal humor y va cambiando de emisora parándose a oír un momento el pronóstico del tiempo antes de cambiar a otra de nuevo. Ya sabe el calor que hace. Llegan las noticias y sube el volumen.

«La policía solicita ayuda para localizar al novio de una mujer que hace dos días sufrió una fuerte paliza en Melbourne. Están pidiendo ayuda a la población para encontrar a Patrick Anderson. Ya se ha confirmado que Anderson salió de Melbourne hace dos días en dirección a Sídney».

Logan detiene la furgoneta con el corazón acelerado. Se lleva la mano al pecho. Es demasiado joven para sufrir un infarto, pero siente un dolor que le baja por el brazo y le hace pensar en esa posibilidad. Hace crujir el cuello girándolo primero a un lado y luego al otro, deseando salir de su cuerpo.

«Tú eres el siguiente».

Sube el volumen de las noticias e intenta concentrarse mientras hace crujir sus nudillos, retorciendo los dedos para sentir el alivio del sonido.

«¿Te trata bien?», le preguntó una vez a su hermana.

«Sí, hermano mayor. Es bueno. Un poco inseguro, pero bueno. Tiene algunos problemas, pero ¿no los tenemos todos? Le he dicho que tú estás vigilando. O sea, fue de broma, pero te tiene miedo».

«Bien. No me gusta. Te está utilizando».

«Pero a mí me gusta y sabe lo que opinas de él. Se lo dejaste claro el mes pasado cuando te fuimos a ver. Está buscando trabajo. Puede ser muy dulce. Tú no lo entiendes. Intenta mantener limpio el

apartamento y cocinar para mí. No es culpa suya que buscar trabajo resulte tan difícil. No se le da bien someterse a una autoridad, pero a ti tampoco».

«¿Y si no consigue buscarse la vida? ¿Entonces qué?».

«Entonces, puede que sea el momento de que yo pase página».

Si Patrick Anderson le ha hecho algo a Maddy y está aquí ahora, Logan sabe que solo existe una razón para ello. No necesita seguir pensando quién le ha enviado el mensaje. Lo sabe.

Cierra las manos en dos puños y lee la palabra «ODIO» en uno y «DAÑO» en el otro. «Ven a buscarme», murmura, sustituyendo el miedo por la furia que va aumentando de temperatura en su cuerpo. Se deleita con la imagen del hombre viniendo a por él. Evidentemente, sería en defensa propia y eso está permitido, ¿no? No debería pensar así. Es el tipo de pensamiento de un hombre que no quiere volver a ser jamás. Pero no puede evitar las imágenes que atraviesan su mente, una película muda y violenta.

Se pregunta cuándo aparecerá Patrick, si lo abordará en el trabajo o por la calle. Y luego, mientras se imagina que se lo encuentra por la calle y ve lo que pasa después, se da cuenta de que… Patrick sabe dónde viven Logan y Debbie. Baja la ventanilla porque parece que le falta el aire. «Sabe dónde vivimos. Sabe dónde vivimos». Se rasca el pecho, donde el hormigueo del sudor le cubre la piel. El pánico sustituye a la furia y, por un momento, no tiene ni idea de qué hacer.

Maddy le trajo a Sídney de visita el mes pasado y los cuatro vivieron una cena incómoda en la que Logan interrogaba al hombre que estaba saliendo con su hermana mientras comían pollo asado, le preguntaba por sus planes durante la mousse de chocolate y le

sugería que se buscara un trabajo después de que todos hubiesen tomado el café.

Debbie le reprochó que se hubiera mostrado grosero, pero a Logan no le había importado.

«Sabe dónde vivimos».

—No, no, no —grita Logan. Debbie está en casa, sola, en la cama con un resfriado, débil. Debbie está en casa. El terror invade a Logan. Si Patrick lo está buscando, encontrará antes a Debbie. «No te quedes aquí sentado, imbécil».

Logan maldice y coge el teléfono.

—Oye, Debbie —dice cuando ella responde.

—Ah. Hola, cariño —contesta Debbie—. Aguarda un momento, están llamando a la puerta.

—¡Debbie, espera! ¡No, espera! —grita mientras enciende el motor de la furgoneta, sale con un chirriar de neumáticos y el teléfono se le resbala de la mano, cubierta de sudor. Es demasiado tarde. Debería haberse ido a casa y ya estaría allí. Es demasiado tarde.

—¿Qué haces aquí? —la oye decir, y después—: Ah, no, no…

—¡Debbie! —grita Logan mientras gira por una calle, adelanta a un Mercedes Benz y casi se choca contra un coche que hay aparcado —. ¡Debbie, Debbie, Debbie! —Su voz inunda la furgoneta, abriéndose paso entre la histeria, el pulso le golpea en el cuello y las manos se le resbalan en el volante—. Debbie —gime.

22

GLADYS

Gladys no puede sentarse. Da vueltas por la sala de estar con pasos cortos y rápidos y el traqueteo del aire acondicionado le pone el vello de punta.

—Te lo digo en serio, Lou. Algo va muy mal. «Gracias por intentar ayudar», eso es lo que me ha dicho. Sabía que yo sé que está pasando algo. Es que tiene cinco años, Lou. ¿Qué niño de cinco años dice algo así?

—¿Puedes dejar de dar vueltas, por favor, ancianita? Me estoy cansando de verte. A lo mejor solo quería darte las gracias por los muffins y le ha salido así. Los niños siempre están mezclándolo todo.

Pero el tono de Lou es inseguro. Ya no está tan convencido de sus palabras. Gladys insiste, buscando una salida a sus pensamientos.

—George es un niño especialmente listo. Estaba tratando de darme algún tipo de mensaje. Estoy segura.

—Tal vez, pero ¿qué puedes hacer tú exactamente?

—Pues voy a llamar a la comisaría del barrio para pedirles que investiguen. —Asiente. Eso es lo que tiene que hacer.

—Sí, supongo que podrías hacer eso. Pero, Gladys, ¿no te pidieron que…, no sé…, que dejaras de llamar o algo parecido? —Su tono es

vacilante, inseguro de la reacción de ella.

Gladys siente cómo la cara se le enciende.

—Yo solo llamo por un buen motivo, Lou. La agente Auerback solo me pidió que diera a los vecinos de la calle más tiempo para reaccionar antes de llamarla.

«Por favor, intenta hablar con tus vecinos antes de llamarnos, Gladys». Eso es lo que dijo la agente, pero mostraba una sonrisa amable mientras lo decía. «Nos has llamado ya doce veces este año», dijo y, a continuación, extendió una mano y le dio una palmadita a Gladys en el brazo para tranquilizarla. Gladys necesitó toda su fuerza de voluntad para no retirar el brazo y rechazar el amable gesto.

Además, ella no creía que hubiesen sido tantas veces, pero, si lo eran, no tenía la culpa de que los perros se pasaran toda la noche ladrando o, al menos, hasta las diez de la noche, ni de que la gente aparcara donde no debía o de que, a veces, los adolescentes del barrio parecieran mostrar síntomas de una mala audición por lo alta que ponían la música. Cada barrio necesita de alguien que vigile, que se asegure de que todo está en orden.

Piensa ahora que probablemente ese es el motivo por el que no llamó a la policía tras el pequeño incidente de ayer. Lo había pensado. Desde luego que lo había pensado, pero se había imaginado a la agente Auerbach sonriéndole con amabilidad otra vez y diciéndole, con un tono ligeramente condescendiente, que la gente tiene derecho a hacer su trabajo. Pero hoy ha tratado de hablar con Katherine. Lo ha intentado una y otra vez.

—Mira eso —dice Lou subiendo el volumen de las noticias con la clara esperanza de poder distraerla—. Ese joven ha venido a Sídney.

Saben que está aquí ahora. Lo van a detener, ya verás.

Gladys mira la televisión, ve otra vez la gorra roja y se hunde en su asiento a la vez que va cayendo en la cuenta.

—Yo lo he visto —dice llevándose una mano al corazón, que le late cada vez más deprisa con cada bocanada de aire que toma.

—Pues sí, en la televisión. —Lou señala con el mando a distancia.

—No, Lou —dice ella retorciéndose las manos—. Ese hombre, con la misma gorra roja, estuvo aquí, en nuestro jardín. Estuvo aquí.

—Ay, Gladys. Oye, yo creo…

Pero deja de escuchar a su marido. La gorra roja con el bordado del mismo color la tiene clavada en la mente. En las imágenes de la cámara de seguridad no se puede ver el bordado, pero ella sabe que está ahí. Sabe que es él. Los rasgos faciales se ven borrosos en la televisión, pero se van definiendo a medida que piensa en él. Lo ha visto. Puede distinguir la escasa barba de su mentón. Recuerda esa barba. Sabe que pensó: «Si los jóvenes no pueden dejarse una barba de verdad, deberían ir siempre afeitados». Un pensamiento fugaz cuando lo miró.

Si no hubiese tenido que colgar la colada en ese momento, probablemente no habría visto al joven en su jardín trasero, pero ahí estaba, mirando fijamente hacia su cocina cuando ella salió con la pesada cesta de plástico llena de las camisas de Lou. Últimamente parece que se mancha mucho con la comida. Siempre está corriendo a coger el quitamanchas.

«¿Qué haces?», le gritó al joven con el miedo haciendo que la voz sonara aguda y chillona. Iba vestido con unos vaqueros rasgados por la rodilla, una camiseta negra y la gorra. La gorra roja. Con el bordado por delante.

«Vaya, lo siento mucho —contestó él con cortesía—. Estoy arreglando el jardín de al lado y me preguntaba si podría colocar una escalera en su patio para poder podar también los setos altos de este lado. Por supuesto, no lo haré si prefiere que no lo haga».

Tenía una agradable sonrisa y hablaba tan bien que Gladys se tranquilizó un poco.

«¿Eres del equipo de Mark?», preguntó, porque los Peterson de la casa de al lado estaban muy orgullosos de su jardín y encargaban a Mark y a su equipo de jardinería que fueran al menos una vez cada dos semanas para que todo estuviese perfecto. Uno de ellos solía acercarse para preguntarle si podía recortar los setos altos desde el lado del jardín de Gladys y, por supuesto, ella siempre accedía.

«Sí», contestó el joven con una amplia sonrisa.

«Pues claro que puedes. Siempre os doy permiso», dijo ella y, después, se dio cuenta de que se le había olvidado la bolsa de las pinzas y tuvo que volver dentro. Cuando salió de nuevo, se había ido, pero esperaba que regresara con su escalera en cualquier momento. Fue corriendo a la parte delantera de la casa y vio que la furgoneta de Mark estaba delante de la casa de los Peterson, así que supuso que no había problema.

Se sorprendió al ver que el joven no volvía con la escalera y, aún más, cuando apareció Hamid, uno de los jardineros habituales, para preguntarle si podía podar los setos apenas media hora después.

«Pero si ya le he dicho al otro hombre que me parecía bien», exclamó Gladys.

«Yo soy el único que está aquí hoy», respondió Hamid. Y Gladys se limitó a asentir y sonreír, sintiéndose muy tonta. Sobre todo, cuando se dio cuenta de que Hamid llevaba una camisa color caqui

con las palabras «Gurús del jardín» bordadas en el bolsillo. El otro joven no llevaba ningún tipo de uniforme. Por supuesto, recorrió rápidamente la casa, agradecida de que Lou estuviese echándose una siesta, y fue a comprobar su bolso, la cartera de Lou y los ordenadores. No había desaparecido ningún objeto, ni tan siquiera había nada fuera de lugar. Todo estaba tal y como debía. Pensó en llamar a la policía, pero luego se imaginó a la agente Auerbach y su sonrisa preguntándole cuál era el problema exactamente, así que lo dejó.

«Qué estaba haciendo aquí? ¿Buscar dinero? ¿Volverá?». Gladys se imagina intentando dormir con el pensamiento de que un hombre violento anda por el barrio. No hay suficientes cerraduras en sus puertas que puedan hacerla sentir segura. Tiene que contárselo a la policía. Es importante que lo sepan para que puedan empezar a buscarlo.

—Te lo digo en serio, Lou. Ese hombre estuvo ayer aquí —repite retorciéndose las manos con preocupación.

Lou acerca la mano y le acaricia ligeramente la pierna, con suavidad. Su preocupación por ella se transmite a través de los dedos.

—Gladys, a lo mejor necesitas descansar un poco, ¿sabes? Solo veinte minutos o así. Hace muchísimo calor.

Ella le aparta la mano, se pone de pie y empieza a pasearse de nuevo.

—No tienes ni idea de lo que podría estar pasando, Lou. —Siente que el cuerpo se le calienta mientras se mueve, que la boca se le seca y que los pensamientos colisionan entre sí—. A lo mejor ese joven tiene algo que ver con John —dice.

—Gladys, John es contable y…

—No sabemos nada de lo que hace. —Levanta la voz para que él se quede callado. Da una vuelta más y, a continuación, se detiene delante del sillón de su marido—. Puede que John esté metido en algo perverso y que ese hombre haya secuestrado a toda la familia —dice acordándose de la trama de alguna película que vieron una vez.

Una mirada de verdadero miedo aparece en el rostro de Lou. Ella sabe que él cree que no está nada bien. Lou teme por su bienestar mental, pero Gladys está segura de que vio a ese hombre y no puede seguir quedándose quieta y permitir que lo que esté ocurriendo en casa de Katherine continúe. A lo mejor las dos cosas están relacionadas. A lo mejor no, pero tiene que pedir ayuda a la policía.

—Ahora vuelvo —informa a Lou, porque tiene la intención de hacer algo al respecto de una vez por todas.

Hará la llamada fuera tras ir a la casa de Katherine una vez más. Con un pequeño rayo de esperanza en su interior se imagina viendo a Katherine y a los niños en el jardín delantero, la manguera rociando a los mellizos igual que el domingo pasado.

—A lo mejor están bien —dice en voz alta mientras sale de la casa —. A lo mejor todo va bien.

23

Sé que llevas cargando con ese peso desde hace mucho tiempo. Entiendo cuánto te debe de haber dolido y lo difícil que fue para ti vivir con tu padre y después de que él… Pero ya no estás allí.

Me estoy comiendo una manzana. Lo raro de que te den rienda suelta con lo que comes es que el cuerpo empieza a pedirte algo más después de unos meses. Empecé a desear la fruta cuando vivía con mi padre, lo mismo que algunos niños se mueren por comer comida basura.

Después de que muriera y me enviaran a vivir de nuevo con mi madre, vi que ella pensaba que el problema había quedado resuelto.

«Podemos volver a empezar —me dijo—. He encontrado un buen terapeuta y podemos ir juntos para que nos ayude a empezar de nuevo».

Pero yo no quería pasar el tiempo con ella. Me habían fallado los dos y lo único que quería era dejar atrás el pasado y reiniciar mi vida. A los quince años, solo deseaba pasar página. Imaginé que, al convertirme en adulto y tener el control de mi vida, todo cambiaría, pero aquí estoy por culpa de una mujer que tomó una decisión, me rompió el corazón y echó abajo la vida que yo me había construido. Aquí estoy porque justo lo mismo que le pasó a mi padre me ha pasado a mí.

He llevado el peso de la culpa por mi participación en su muerte durante todo este tiempo. Me ha asfixiado y ha provocado que me sienta cansado y apático con mi propia existencia. Si le hubiese hecho caso cuando me sermoneaba, o si hubiese encontrado un modo de conseguirle ayuda… Si hubiese sido mejor hijo, él habría creído que tenía un motivo al que aferrarse para intentar dejar el alcohol y levantarse del sofá. Pero no lo fui y sabía que era culpa mía que él estuviese muerto.

«No quiero vivir contigo —le dije a ella—. Preferiría ir a un centro de acogida».

Me gustó cómo le afectaron aquellas palabras; la conmocionaron de tal forma que se desmoronó y se hundió en una silla.

«¿Tanto me odias?», preguntó.

«Él no estaría muerto si hubieses permitido que volviera contigo». Una cosa muy sencilla que puede hacer cualquier esposa. Perdonar. Escuchar, comprender y perdonar.

Me quedo ahora mirando a los tres en el sofá. Los niños están adormilados por el calor, pero ella sigue observándome, con la mejilla hinchada y la muñeca inflamada, observando y esperando a tener una oportunidad para escapar.

—Apenas hace unas semanas yo era feliz —digo—. Pensé que tenía todo lo que había imaginado.

Ella permanece callada, buscando refugio en el silencio, temerosa de lo que yo pueda hacer si dice algo equivocado. Me gusta así.

Pienso en lo que es enamorarse, en esa primera oleada de emoción cuando en lo único que puedes pensar es en esa persona y te pasas todo el día esperando a verla. Esos primeros meses no podíamos apartar las manos el uno del otro. Cuando me pidió que

me fuera a vivir con ella me sentí como un niño con zapatos nuevos, tan emocionado que no pude dormir la noche anterior. La primera noche después de mudarme la pasamos despiertos, planeando, incluso poniendo nombres a nuestros futuros hijos.

Ya le había contado que mi padre había muerto y que no tenía relación con mi madre. Una vez, unos meses después de conocernos, le hablé de mi infancia mientras estábamos sentados delante de una chimenea en un pub una noche de frío. Fuera estaba lloviendo, pero habíamos desafiado al tiempo para ir a buscar una buena hamburguesa y terminamos en un pub anticuado con una diana en la pared y un gran fuego que crepitaba en una chimenea de piedra, ennegrecida por el tiempo. Las hamburguesas estaban muy buenas y éramos los únicos clientes en el local.

«¿Por qué no quieres hablar con ella?», me preguntó aquella noche en el pub.

«No puedo», le contesté. Y, después, le hablé de mi padre. Ella escuchaba en silencio, tocándome la mano de vez en cuando, con los ojos brillantes por unas lágrimas sin derramar por mi trágica infancia. Creí que ese era el fin. Creí que jamás tendríamos que volver a hablarlo, que nunca tendría que volver a pensar en ello.

Me sentía completamente aceptado por ella. Una vez que compartes con alguien los demonios de tu infancia, existe una conexión que no se debería romper. Aquella noche en el pub supe que había encontrado a una mujer que nunca me partiría el corazón y que siempre entendería lo que soy y lo que necesito. Ahora me siento muy estúpido porque mi padre me lo advirtió, pero, de algún modo, pensé que conmigo sería distinto.

Cuanto más estábamos juntos, más me sermoneaba ella, discutía conmigo y trataba de controlarme. Eso es lo que hacía. Estaba tratando de controlarme. La nota de mi padre volvía a mi mente una y otra vez. Jamás debí permitirme enamorarme. Lo vi venir, como una película a cámara lenta de mi vida, y cómo iba avanzando. Al principio, ella intentaba cambiarme y yo me fui sintiendo cada vez más frustrado con ella. Mi padre engañaba a mi madre y puede que en algún lugar muy dentro de mí estuviera ese gen, esa necesidad. Solía imaginarme situaciones en las que conocía a otra mujer, en las que podía estar con alguien que no necesitaba que yo fuese una persona distinta a la que le había gustado al principio. Y luego la veía diciéndome que habíamos terminado, que me echaba de casa y yo ni siquiera necesitaba tratar de imaginar cómo sería esa terrible espiral hacia la adicción y la depresión. La había visto, había formado parte de ella y no soportaba la idea de que me fuera a pasar a mí. Me sentía atrapado en lo mucho que la quería y lo mucho que sabía que me iba a hacer sufrir. Debería haberme ido entonces, pero mantuve la esperanza. Por algún motivo extraño sigo esperando que todo eso se pueda arreglar, que las cosas se solucionen. Solo tenía que hacer algo drástico, algo grande. Necesitaba hacerle entender que dejarme, que separarnos, no era una opción.

Pero ahora no estoy seguro. No estoy seguro de adónde ir a partir de ahora ni qué hacer y, curiosamente, me gustaría poder pedirle consejo a mi padre. Pero no está porque todo fue demasiado para él y no puedo permitir que a mí me pase eso. Tengo que ir hasta el final.

No hay alternativa.

Tiro el corazón de la manzana al suelo y veo cómo los ojos de ella se abren de par en par ante ese gesto. Da risa que algo tan absurdo siga teniendo la capacidad de afectar a alguien teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos.

—Mi vida no tenía que ser así, ¿sabes? —le digo.

—Eso no es culpa mía —responde con tono de frustración.

—Entonces ¿de quién es la culpa? —pregunto mientras froto la pistola sobre mi camisa para quitarle el sudor a la culata.

—Es… —empieza a decir, pero yo la miro negando con la cabeza.

Me da igual cuál sea su respuesta.

24

KATHERINE

Tiene la boca áspera por las migas del muffin de chocolate, la garganta seca, pero no quiere pedirle agua. No quiere pedirle nada aparte de que se vaya, que los deje en paz a ella y a los niños. La rabia va creciendo en su interior, pero sabe que debe controlarla. El comportamiento de él no es solo impredecible y violento. Es como si estuviese al borde de algo peor, algo de lo que ella no podrá recuperarse. La temperatura de la habitación aumenta a medida que pasan las horas, llenándose del calor de sus cuerpos, y siente deseo de estar fuera, de tener espacio para respirar y moverse. Siente que debe de haber una salida para esto aparte de quedarse aquí sentada esperando a que él decida que se ha terminado.

—Se está haciendo tarde —dice ella—. ¿Lo entiendes? Esto no puede seguir. —Habla con suavidad, con ternura. Él ha vuelto al sillón, con la pistola apoyada en la rodilla, apuntándolos a los tres. Se está cansando. Le cuesta mucho mantener la rabia que hace que siga con la pistola apuntada en su dirección.

—Yo no… —empieza a protestar.

—Lo entiendo. No sabes qué hacer —lo interrumpe ella—. Pero si te levantas ahora, si te levantas y te vas, no te denunciaré a la

policía. No diré nada. Llévate lo que quieras y vete sin más. —Le duele todo el cuerpo, pero siente cómo se crece por encima del dolor punzante e intenso mientras habla. Tiene que acabar con esto. No puede ceder al dolor porque debe salvar a estos niños.

Él suelta un bufido que suena a burla.

—Por supuesto que me vas a denunciar. Yo me denunciaría.

—Nadie tiene que saber lo que ha pasado hoy aquí. Puedo decir que me he caído y me he hecho daño en la muñeca. Los niños guardarán el secreto, ¿verdad, George? ¿Sophie?

Los niños se despiertan de su sueño ligero. Ella sabe que estaban escuchando.

—Podemos guardar este secreto, ¿verdad? —repite. Los dos asienten, pero con recelo. Les han dicho que mentir está mal. Ella espera contar con la oportunidad de explicarles todo esto, seguir todavía aquí y tenerlos con ella para poder explicarles—. Sería muy fácil irse ahora. Podrías irte a donde quisieras. ¿Adónde te gustaría ir? —Si una persona te está amenazando hay que hacerla hablar. Eso es lo que ella ha leído y oído. Hazle hablar hasta que veas un hueco, un espacio, un momento en el que cambiar el equilibrio de poder y salvar la vida.

Mantiene un tono ligero. Él ha reaccionado un poco y eso es lo único que ella necesita. Los niños la miran mientras habla. No entienden su voz calmada cuando saben que debería estar enfadada o asustada.

Fuera las cigarras chirrían y, dentro, el aire acondicionado traquetea y resuella. Es por la tarde y el calor resulta denso y pesado, impregnando el aire, con el sol chamuscando la hierba por algunos lugares. Y él está cansado. Puede notar su agotamiento en

el ambiente, como si fuese parte de ella. Si sigue observándolo, habrá un momento, solo un momento, en el que podrá conseguir que esto funcione. Apoya la muñeca dolorida en la rodilla, con una mueca por el dolor continuado, y desliza la mano buena entre los cojines del asiento, disimuladamente, despacio y con cuidado. Siente el mango de plástico ligeramente áspero de las tijeras y lo agarra con fuerza. Puede ser en cualquier momento.

25

Quince minutos antes

LOGAN

Debbie, Debbie! —sigue gritando mientras conduce, serpenteando entre el tráfico, mientras los otros coches le tocan el claxon con rabia.

Puede oír la conversación amortiguada al otro lado del teléfono, pero no tiene ni idea de qué está pasando. Parece que a ella se le ha caído el móvil. Él siente que no puede controlar la velocidad. Tiene el pie apretado sobre el acelerador y la furgoneta avanza cada vez más rápido mientras es incapaz de hacerla parar. Pasa a toda velocidad por una señal de stop, y a punto está de chocar contra un coche que tenía preferencia. El conductor presiona la mano contra la bocina durante un largo rato y con fuerza, indignado por su comportamiento, pero él avanza muy rápido, demasiado rápido, y el sonido dura apenas un momento antes de dejarlo atrás.

Tiene que reducir la velocidad o van a terminar deteniéndolo y, entonces, no podrá llegar hasta ella. No podrá salvarla. Debbie es pequeña y ligera, y, aunque es más fuerte de lo que parece, no será

capaz de defenderse contra un hombre enfurecido. Las manos de Patrick sobre su hermana, las manos de Patrick sobre Debbie, las dos mujeres a las que más quiere en el mundo. No puede ser. No puede permitir que eso ocurra.

—Logan —oye—. Logan, ¿por qué me llamas a gritos? —chilla ella con voz histérica.

—Debbie… —dice él de nuevo mientras el puro alivio le recorre las venas haciendo que casi se sienta colocado. Levanta el pie del acelerador, la furgoneta reduce la velocidad y busca un hueco para aparcar un momento. Todo el cuerpo le ha empezado a sudar y siente dolor en la mandíbula de haber estado apretando los dientes. Las manos se le resbalan un poco por el volante—. ¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? —grita mientras detiene la furgoneta a un lado de la calle.

—Deja de gritar —dice ella, aunque también está gritando—. Deja de gritar y escucha. Es mi padre, no es más que mi padre —le explica todavía levantando la voz—. Ha venido a traerme un poco de sopa y se le ha caído por toda la alfombra. La estamos limpiando, pero tú no dejas de gritar como un loco. ¿Qué narices te pasa? —Su voz se suaviza y, tras su explicación, él nota cómo el cuerpo se le relaja, los músculos se le sueltan y toma una bocanada de aire. Es su padre, no es más que su padre.

Le gustaría meter la mano por el teléfono y agarrar a su mujer, abrazarla contra él. Podría haberla perdido. Podrían habérsela arrebatado y no va a permitir que eso pase.

Logan se frota los ojos, creando el espacio oscuro que necesita, consciente de que si no se calma no podrá explicarse.

Una cacatúa blanca se posa en la parte delantera de la furgoneta, ladea la cabeza con su cresta amarilla y se queda mirándolo.

—Pásame a tu padre —le ordena, y agradece que ella no le cuestione. Observa al ave mientras sube a uno de los limpiaparabrisas y se queda ahí posada, mirándolo a los ojos, antes de abrir sus alas blancas y salir volando hasta un árbol de un jardín cercano a donde está aparcado.

—Logan —dice Paul con tono de preocupación.

—Escúchame, Paul. Creo que no voy a poder explicárselo a ella sin asustarla, pero Patrick está aquí, en Sídney. Está aquí y he recibido un mensaje en el que dice que yo soy el siguiente, y creo que ha venido a por mí por…

—¿Por lo que le ha pasado a Maddy? Debbie nos lo ha contado. Seguro que no ocurre nada.

—Yo creo que sí. Por favor, llévate a Debbie contigo. Llévatela a tu casa. Llegaré allí lo antes posible. —Aprieta el volante mientras observa al ave pavoneándose de un lado a otro por la rama de un árbol. Mira alrededor y sale de nuevo a la carretera, respetando el límite de velocidad y concentrado en lo que está haciendo.

—Muy bien, hijo. Tranquilízate y conduce con cuidado. Me la llevaré conmigo y te enviaré un mensaje cuando estemos en mi casa. Ve allí y llamaremos a la policía para explicárselo. Ahora tranquilízate. Todo va a salir bien.

—Gracias, Paul —dice Logan, y siente vergüenza por estar derramando algunas lágrimas.

Mira la carretera e intenta orientarse porque se ha perdido un poco.

«Está con su padre, está con su padre».

Puede encargarse de esto porque Debbie está a salvo y es lo único que necesita saber. Ve el nombre de una calle que reconoce y da la vuelta a la furgoneta.

—Está a salvo —repite en voz alta—. Está a salvo.

Tras conducir unos minutos, Debbie lo llama.

—Vamos de camino a casa de mis padres. No había nadie allí, ni en la calle ni en ningún sitio. A lo mejor no va a venir a por ti.

De fondo, puede oír la música clásica que Paul siempre pone en su coche. Justo después de que Logan le pidiera a Debbie que se casara con él, apoyándose sobre una rodilla en una playa, avergonzado porque no se le había ocurrido una idea menos trillada pero emocionado por sacar el anillo con un pequeño diamante para el que había tenido que ahorrar durante meses, Paul se llevó a toda la familia a escuchar a un cuarteto de cuerda en la ópera para celebrarlo. Al principio, la música era bonita, pero Logan empezó enseguida a adormilarse y Debbie tuvo que darle codazos para mantenerlo despierto. «Supongo que no es para todo el mundo», dijo Paul después, y recuerda cómo Debbie y su madre se rieron de él, pero también que era una risa tierna y acogedora y que por primera vez en su vida no se sentía juzgado. «Esto es la familia», pensó, y no podía creer que hubiese tenido la suerte de haber encontrado a una mujer como Debbie con una familia que lo aceptaba. No se merece a Debbie, lo sabe. Y dará su vida por mantenerla a salvo si es necesario. No es algo que se tenga que pensar. Sencillamente, es la verdad.

—Yo creo que sí, Debs. Tú ve a la casa de tus padres y asegúrate de que las puertas están cerradas. Voy de camino.

Toma unos cuantos atajos con la esperanza de que el trayecto hasta la casa de los padres de Debbie sea más corto. Mira las casas de la calle por la que va conduciendo y se da cuenta de que es la de esta mañana, la calle en la que ha empezado su jornada, donde supo que iba a ser un auténtico día de mierda. Jamás podría haberse imaginado lo malo que iba a ser.

¿Cómo es que está de nuevo aquí? ¿Cómo es posible? No iba pensando en esta ruta en particular, solo en llegar a la casa de los padres de Debbie cuanto antes.

¿Por qué está pensando siquiera en esta mujer? No importa. Está seguro de que la policía irá a ver cómo están Katherine West y su familia.

Pero, joder, la molesta sensación ha vuelto y no desaparece.

Sin saber por qué ni qué va a hacer, se detiene delante de la casa de Katherine y sale de la furgoneta.

Un árbol grande susurra en la acera en medio del silencio de la tarde y levanta los ojos para ver a toda una horda de cacatúas descansando bajo el calor. Una de ellas lo mira y, a continuación, extiende las alas, salta y aterriza en la parte delantera de la furgoneta.

—Vale, universo —refunfuña Logan—. Te he entendido.

26

GLADYS

Sale de su casa a la calle, donde una furgoneta blanca con las palabras «Pack and Go» está aparcando. Mientras mira, se abre la puerta y sale un hombre alto cubierto de tatuajes de la cabeza a los pies. Gladys siente que está a punto de desmayarse. Abre la boca cuando una bandada de cacatúas echa a volar desde un árbol que hay delante de la casa de Katherine, sobresaltándola y perturbando el aire tranquilo, provocando una diminuta ráfaga de viento, y, a continuación, todo vuelve a quedar en silencio. Endereza la espalda y toma aire.

—Perdone —dice con el mentón en alto—. ¡Perdone!

27

Siento que los ojos me pesan y que mi cuerpo se va deslizando como si me estuviese cayendo, y me incorporo para seguir despierto a la vez que levanto la pistola por si estaban pensando en intentar algo.

Enderezo la espalda y, a continuación, me levanto y camino un poco, observándolos, tratando de generar un poco más de energía. Ella tiene la muñeca con una inflamación repulsiva y muy roja. Por primera vez, me fijo en lo pálida que está, en que no para de morderse el labio. Creo que debe de estar sufriendo mucho dolor. En algún lugar dentro de mí siento que algo se retuerce, que algo se revuelve… Quizá sea la culpa. ¿Es culpa? Los brazos me pesan de sostener esta pistola; mi cuerpo quiere tumbarse en el suelo. Caminar no me ayuda y me dejo caer de nuevo en el sillón. Podría irme ahora. Levantarme y desaparecer sin más. Empezar de nuevo en otro lugar, quizá tratar de encontrar a otra mujer que me quiera como me merezco. Pienso en abandonar esta casa, salir al calor sofocante y dirigirme hacia una carretera principal. Me imagino levantando el pulgar y que me lleven al mar, donde habría una brisa saliendo del agua, porque siempre hay una brisa. Podría meterme en el mar, donde estaría fresco y en silencio y donde no importaría que no tenga a nadie que me quiera. Podría adentrarme hasta que el

agua me cubriera la cabeza y, después, estaría solo, flotando, y me sentiría mejor.

Estoy muy cansado, tremendamente cansado. Me pongo las manos sobre los ojos y la pistola me hace daño en la sien. Me la meto en la cintura y me froto los ojos, lo hago con tanta fuerza que aparecen puntos negros. Necesito deshacerme de este agotamiento tan confuso. Ahora tengo que pensar con claridad.

Tomo aire, me aparto las manos de la cara y ahí está ella, sujetando unas tijeras por encima de mí, unas tijeras con el mango azul. Las sostiene en alto y veo que quiere hacerme daño, pero, al mismo tiempo, no quiere hacerlo. Nunca le ha provocado a nadie dolor físico. Pero se le da bastante bien la tortura mental. Me dan ganas de reírme de su estúpido intento de detenerme. ¡A mí! Yo tengo una pistola. Soy más grande que ella y, aun así, cree que puede hacerme esto. Y ya no estoy cansado. Estoy furioso por su estupidez y su pequeño y tonto momento de vacilación.

—Esto tiene que parar —dice antes de bajar las tijeras, directas hacia mi cara, pero yo soy demasiado rápido para ella. Me levanto de un salto, aparto las tijeras y las tiro al otro extremo de la habitación y, después, le doy un revés con fuerza, con toda la que soy capaz de reunir. Siento el poder en mi mano cuando choca contra su cara y podría soltar un rugido de furia. No puedo negar lo bien que sienta.

Sophie grita. Abre la boca y suelta un largo y sonoro grito.

Me pongo las manos sobre las orejas porque el grito lleva todo el día esperando dentro de ella. Sé que es el grito de una niña aterrada. Inunda el aire y me destroza los tímpanos.

Está ahí tumbada, inmóvil. Pienso que a lo mejor la he matado, pero luego se mueve y se gira hacia un lado.

—Sophie, para —le ordena, y la pequeña cierra la boca. Su voz suena llena de dolor, pero, aun así, intenta transmitir calma.

La habitación se queda en silencio. George me está mirando con los puños apretados. Sophie se encuentra acurrucada en el sofá y ella está en el suelo, tratando de levantarse sin hacerse daño en la muñeca. Me acerco a ella y le extiendo una mano.

—Deja que te ayude.

Me gustaría tocarla con amabilidad, solo una vez más. Quiero ayudarla mientras se esfuerza y hay algo dentro de mí que se arrepiente de haberle hecho daño.

—Apártate de mí —masculla entre dientes—. Apártate de nosotros y vete de aquí.

Está enfadada conmigo, pero no ha sido culpa mía. La observo y noto la transformación que hay en ella, el cambio. Ha estado todo el día tratando de tranquilizarme, pero ahora ya no lo hace. Recuerdo esto de ella mientras la veo esforzándose para levantarse del suelo. Lo intenta y lo intenta, pero llega a un punto en que se cansa. Veo que ha llegado a ese punto.

Es ella la que me ha atacado. No es culpa mía que estemos aquí. Es por ella, por las decisiones que ha tomado, y ahora piensa que va a poder enfadarse conmigo.

—No lo creo —murmuro.

Vuelve a subirse al sofá, despacio, con dolor, con la respiración pesada y retorciendo la cara por el dolor. Todos se dejan caer abrazados y en sus rostros se evidencia un odio absoluto. Incluso en ella. Las caras de los niños están sucias, con manchas de chocolate,

comida y sudor. Ella tiene babas de sangre sobre su camiseta blanca y grandes manchas de sudor bajo los brazos. Noto mi olor y no es agradable. Formamos un grupo desagradable de mirar, de oler, pero no seguiremos aquí mucho más rato. No seguirán aquí mucho más rato.

Nunca pensé que vería odio en su rostro. Rabia y frustración, sí, pero no odio de verdad. Nunca pensé que ella sentiría por mí lo que yo he llegado a sentir por ella. No me gusta. Siento las piernas pesadas, la carga de mi tristeza es demasiado para ellas.

Nunca he querido que ella me odie. Lo único que siempre deseé era que me quisiera tal y como yo era y no como ella pensaba que podría ser.

Los tres parecen haberse quedado sin energía. Pero siguen dispuestos a luchar. Me parece bien, porque no tienen ni idea de lo lejos que estoy dispuesto a llegar.

Yo también estoy cansado ahora. Me gustaría descansar, dormir, pero para hacerlo debo acabar con esto. No hay salida salvo una: la manera en que imaginé que terminaría esto.

«Sé un tiburón, hijo», dijo mi padre, y eso es lo que voy a ser.

Asiento con la cabeza como si él me estuviese viendo. Entiendo qué es lo que tengo que hacer ahora. Empiezo a contar. Inicio la cuenta atrás desde cien en mi cabeza, despacio, con cuidado, sabiendo que, cuando llegue a uno, esto habrá terminado.

28

KATHERINE

Siente ganas de llorar por la derrota. No tiene ni idea de cómo narices van a salir de esta. Nota un pitido en los oídos. Nunca le ha dolido el cuerpo como ahora. No puede entender el dolor sin una finalidad. Recuerda la impresión de traer a sus hijos al mundo, la abrumadora sensación de sufrimiento que la invadió, pero supo aprovecharla y usarla para la energía que necesitaba. Algo ha cambiado en ella. Algo ha reemplazado al miedo que ha estado soportando todo el día. Cuando mira por la ventana le maravilla que siga habiendo luz, que no haya llegado la noche y que el viento que se suponía que iba a traer la bajada de temperatura no haya entrado por la ventana abierta y los haya refrescado a todos.

Llevan una eternidad en esta habitación, pero no va a seguir aquí más tiempo. No permitirá que les haga daño a ella ni a los niños. Ya no.

La semana pasada fue con los mellizos al centro comercial para hacer la compra y al pasar por una tienda de animales se pararon a mirar a los cachorros que jugueteaban en el escaparate, pequeñas bolas blancas de pelusa que aullaban.

«Ay, mamá, por favor, por favor —suplicó Sophie como siempre que veía un perro—. Lo voy a querer siempre».

«Cuando seas lo suficientemente mayor como para cuidarlo de verdad. Te lo prometo».

Está pensando en regalarle un cachorro como sorpresa de Navidad. Ya se ha puesto en contacto con un criador. ¿Cómo es posible que no vayan a estar aquí para Navidad? Un pensamiento imposible esta mañana; una posibilidad muy real ahora a menos que ella haga algo.

Él también quiere acabar con esto. Katherine tiene que asegurarse de que los niños sobreviven y, por tanto, debe combatir el dolor que siente, la agonía física de la muñeca, de la mejilla, del oído donde la ha golpeado, y la angustia que siente en su corazón por que alguien que se suponía que la quería, que los quería, les esté haciendo daño. Ella y solo ella puede acabar con esto ahora.

La ayuda no va a llegar.

29

Ahora

LOGAN

Abre la puerta lateral, vuelve a coger la caja del ordenador, pero cuando se dispone a dirigirse hacia la verja de la entrada le detiene una mujer.

—Perdone —dice con un tono de propiedad y censura en una sola palabra.

Logan la mira. Es una mujer mayor, vestida con unos pantalones pirata estampados que son un derroche de flores y colores. También lleva una camiseta azul sin mangas que deja a la vista unos brazos musculados y fibrosos. Lleva su melena corta y castaña recogida por detrás con un pasador infantil con una mariposa.

—Iba a entregar este ordenador —dice.

—No parece usted un repartidor —contesta la mujer observando sus tatuajes. Él sabe exactamente qué está pensando. No debería haberse quitado la camisa, pero ya no puede hacer nada al respecto.

—Pues lo soy —responde él con tono inexpresivo.

—Sí, bueno —resopla la mujer frunciendo sus finos labios—. Yo vivo en la casa de al lado y le puedo asegurar que Katherine recibe muchos paquetes, pero nunca le he visto a usted ni a su furgoneta. Estoy preocupada por mi vecina, así que le agradecería que me mostrara alguna identificación.

Logan suspira, se plantea volver a subirse a la furgoneta y marcharse, ir a casa de sus suegros, sentarse enfrente de su mujer y sonreír mirando su preciosa cara. «Los vecinos oyeron gritos». Esas palabras regresan a su mente y la voz de su hermana pidiendo ayuda le revuelve el estómago.

—Oiga, yo… —empieza a decir.

—No voy a aceptar ninguna explicación de usted, gracias. Tengo el teléfono aquí mismo y estaré encantada de llamar a la policía, y créame si le digo que se presentarán en dos segundos. —La mujer levanta su teléfono móvil con su funda de lunares rojos y blancos y Logan aprieta la mandíbula tratando de controlar el deseo de darle el ordenador a esa mujer absurda y marcharse. Ha hecho todo lo que ha podido, todo, y no ha encontrado más que obstáculos en su deseo de ayudar a quienquiera que sea la mujer que se encuentra dentro de la casa, y, cuando sepa si está pasando algo o no, habrá vuelto a la cárcel solo por haberse atrevido a existir tras una condena en prisión. Debe volver con Debbie porque ella es su prioridad. Si Patrick viene a buscarlo, quiere estar preparado. Tiene una familia a la que proteger. Katherine West no es su familia.

La mujer se coloca las manos en la cintura y Logan mira hacia la casa que dice que es suya. Es tan grande como la que está al lado y resulta evidente que la vecina conoce a la mujer que le tiene preocupado.

—La verdad es que… —dice despacio— le agradecería que llamara a la policía.

—¿Qué? ¿Por qué? —Su expresión de absoluta sorpresa resulta casi divertida.

—Vale, señora. Voy a serle sincero. Sé qué aspecto tengo y sé quién soy, pero la cuestión es que he intentado entregar este ordenador esta mañana y no me ha querido abrir la puerta. Sé que no es gran cosa, pero se trata de un ordenador y le he dicho que podía esperar a que ella se vistiera o lo que fuera. Pero, aun así, no ha querido abrir la puerta y parecía…, no sé siquiera cómo describirlo.

—Asustada —dice la mujer—. ¿Parecía asustada?

Logan mira a la mujer. Es una respuesta extraña. ¿Por qué su primer pensamiento iba a ser…? A menos que… a menos que ella también haya notado algo. La mujer le recuerda un poco a la señora McGuire, que vive en la planta baja de su edificio. Su ventana da a la calle y Debbie cree que no ocurre nada en su edificio que ella no sepa. Si le ve cuando está saliendo a trabajar, le dice cuántos repartos han recibido esa semana, lo grandes que eran los paquetes que iban al número veinticuatro, donde tres mujeres jóvenes comparten piso, y a qué hora va a llegar el jardinero del complejo. Debbie cree que es una cotilla, pero a Logan no le importa que ella esté vigilando. Alguien tiene que hacerlo.

Aprovecha la oportunidad de que la mujer a la que está mirando sea la versión de esta calle de la señora McGuire y que también haya notado que algo va mal.

—Supongo que… asustada, preocupada o algo parecido. Puede que esté completamente equivocado, pero le agradecería que

llamara al timbre y a lo mejor ella le permite entrar y, así, podré entregarle el ordenador y dejar de preocuparme. —Logan levanta el ordenador, desesperado por acabar con esto—. He intentado entregárselo de nuevo hace un par de horas y una niña dentro de la casa ha dicho algo sobre una pistola y ha sido… Probablemente crea que estoy loco, pero si llama a la policía…

—¿Cómo se llama?

—Logan —contesta tras soltar un suspiro.

—Logan, yo soy Gladys y, como le he dicho, vivo al lado. Normalmente, Logan, no me creería una palabra de lo que ha dicho. Daría por supuesto que usted es una especie de… Mire, da igual. Lo que estoy tratando de decirle es que yo también estoy preocupada por Katherine y los niños, George y Sophie.

Logan siente que un pequeño escalofrío le recorre la espalda. Nota el fuerte olor casi a podrido de la madreselva de la valla marchitándose con el calor y el chirrido de las cigarras le parece, de repente, demasiado alto. No habían sido imaginaciones suyas.

—Muy bien, Gladys… Oiga, estoy encantado de haberme tropezado con usted. Debe saberlo. He ido a la policía esta tarde para intentar que enviaran a alguien, pero no parecían interesados en lo que yo tuviera que decir por…, en fin… —Logan extiende los brazos de manera que ella entienda que se refiere a sus tatuajes. No hay razón para que a esa mujer le toque escuchar ahora mismo su pasado.

—Bueno, yo nunca me guío por las apariencias, de eso estoy segura. Parece usted un joven preocupado y yo comparto esa preocupación.

Logan quiere echarse a reír ante la mentira. Está dispuesto a apostar a que habitualmente ella se cambia de acera para no cruzarse con alguien como él. Pero reprime una sonrisa, sorprendido de que pueda sonreír en un día como el de hoy, y decide que no le importa lo que esa mujer piense de él, siempre que consiga que venga la policía.

—Estupendo, entonces quizá pueda llamar a la policía y pedirles que hagan una cosa que se llama verificación preventiva de bienestar. Vendrán si usted los llama.

—Por supuesto que vendrán —dice Gladys echando atrás los hombros—. Es muy buena idea. Iba a hacerlo de todos modos, ¿sabe? Yo también estoy muy preocupada por Katherine. He llamado unas cuantas veces este año a la policía… Bueno, puede que más de unas cuantas. Rhonda, del otro lado de la calle, va de un lado a otro sin avisar y deja a sus dos hijos adolescentes en su casa y ya se puede imaginar a qué se dedican.

—Sin duda —asiente Logan, aguantando las ganas de quitarle el teléfono a la mujer. Está hablando demasiado. Él se tiene que ir. Debbie está con sus padres, probablemente arropada en la cama de su infancia con una taza de té con miel y limón. Está a salvo, pero ¿por cuánto tiempo?

Gladys deja de hablar por fin y marca el número de la policía local que tiene almacenado en su teléfono, y, por lo que Logan se imagina, como el primero en su lista de contactos. Cierra los ojos mientras ella explica su preocupación al detalle sin mencionarlo a él, cosa que le encanta, y da las gracias a Dios porque existan las vecinas entrometidas.

—Van a mandar a alguien en los próximos veinte minutos —dice ella—. El simpático joven me ha dicho que no intente entrar en la casa, que espere aquí, así que es evidente que se han tomado muy en serio mis temores.

—Estupendo. Eso es estupendo —contesta Logan—. Creo que me voy a marchar. Dejaré el ordenador en la oficina postal para que ella pueda recogerlo en otro momento. Me alegra que se haya encargado de esto, Gladys. Tiene suerte de contar con una vecina como usted.

—Sí, bueno. Ella nunca lo ha dicho, pero creo que tiene usted razón —contesta la mujer.

Logan se da la vuelta y mete de nuevo el ordenador en la furgoneta. Siente que sus hombros se liberan del peso del día. Ahora se puede ir. Gladys lo tiene todo bajo control. Se imagina que, si la policía no llega pronto, volverá a llamar y lo seguirá haciendo hasta que vengan. Parece de esas.

Inhala aire y nota el aroma a coco del protector solar que Debbie usa y que quizá también utilice esta mujer. Suspira con alivio.

Su día no ha terminado. Sus preocupaciones no han terminado, pero, al menos, si Debbie y él están en casa de sus padres, podrán tomarse un pequeño descanso antes de salir para el aeropuerto. Paul tendrá cerveza en el frigorífico y él podrá abrirse una botella y pensar qué hacer con respecto a Patrick, con respecto a Maddy.

Cierra la puerta lateral de la furgoneta y apoya brevemente la cabeza contra el metal caliente.

Y es entonces cuando oye un grito.

30

GLADYS

El grito es largo y sonoro, desesperado y triste a la vez. Gladys mira hacia la casa de Katherine y, después, al hombre. Se queda boquiabierta, sin palabras. Logan echa a correr y ella ve cómo sale disparado hacia el lateral de la casa, empuja la valla de ese lado y, después, arremete con el hombro. La madera cede y la valla se abre con un crujido.

«¿Quién ha gritado? ¿Ha sido George, Sophie o Katherine?». Gladys se tapa la boca con la mano. «¿Quién ha gritado? ¿Quién ha sido?».

—Ay, Lou —dice al recordar que su marido la está esperando.

Vuelve rápidamente hacia su puerta, entra en su casa, solo un paso, y grita:

—¿Estás bien, Lou?

—Estoy bien —responde Lou—. ¿Qué ha sido ese grito? He oído un grito.

Gladys mira de nuevo hacia la calle, donde puede ver si se acerca un coche de policía. «Vamos, vamos». Quiere volver a la casa de Katherine y ver qué pasa. No puede ver mucho a través del seto

verde que hay entre su jardín delantero y el de Katherine. Pero antes tiene que tranquilizar a Lou, que sigue en la sala de estar.

—Ha sido… Creo que ha sido uno de los niños —chilla Gladys para que la pueda oír—. Tú quédate donde estás. He llamado a la policía y todo se va a solucionar. Tú solo quédate donde estás, Lou. —Espera a oír su respuesta con la mirada fija en la calle.

—No me digas lo que tengo que hacer, Gladys. Si ahí está pasando algo debes quedarte aquí hasta que llegue la policía. Debes ponerte a salvo.

Gladys vuelve a entrar en la casa, a la sala de estar, y agita el dedo al ver a Lou, que está mirando hacia la puerta.

—Escúchame bien, Lou Aaron Philips. Yo estoy bien. Lo único que necesito es que tú estés a salvo mientras yo soluciono esto.

—No hace falta que seas tan estricta, ancianita. Solo estoy preocupado por ti. —Se hunde un poco en su sillón y ella lo lamenta de inmediato, pero su preocupación por Katherine y los niños la tiene tremendamente nerviosa.

—No me va a pasar nada, cariño. ¿Necesitas algo? Puede que tarde unos minutos.

—No, no. Estoy bien… Pero, Glad, por favor, ten cuidado.

Ella le da un beso rápido en la cabeza y vuelve a salir por el camino de su jardín delantero para colocarse ante la casa de Katherine y esperar a la policía. Mientras avanza, marca de nuevo el número de la comisaría. No hay motivo para que no se den prisa. Ninguno en absoluto.

—Sí, escúcheme —dice cuando responden, y le vuelve a explicar, aunque esta vez añade lo del grito que ella y el repartidor acaban de oír. No ha sido un grito normal, no el de un niño jugando o que se

haya hecho alguna herida sin importancia. Ese grito era de miedo y dolor. Gladys no tiene ni idea de por qué lo sabe, pero es así.

Da pasos a un lado y a otro mirando el camino de entrada de la casa de Katherine. ¿Y si el hombre que ha entrado en la casa es el peligroso? «¿Debería ir tras él? ¿Debería quedarme aquí? ¿Le pasará algo a Lou si ocurre algo? ¿Quién va a cuidar de Lou si me hacen algo?».

El repartidor es un hombre con un aspecto aterrador, con cada centímetro de su piel cubierto de tatuajes violentos, pero su voz es profunda y calmada y tiene unos bonitos ojos azules. ¿Puede fiarse de él? Cree que sí, pero no sabe por qué. No es el tipo de personas de las que normalmente se fiaría. Es del tipo de personas que la harían llamar a la policía. Casi lo hizo, pero su forma de decir «Voy a serle sincero» la detuvo. El mundo necesita más gente como Logan.

Le inquieta la tranquilidad que hay, el silencio que ha cubierto el barrio tras los últimos minutos de ruido. Gladys mira hacia las otras casas de la calle y se pregunta qué está pasando exactamente dentro de todas ellas. La casa de Katherine parece hoy la misma que ayer, pero está claro que ella nunca ha sabido de verdad qué ocurre tras la bonita puerta de madera que se supone que debe mantener alejada a la gente, pero que muy bien ha podido dejar atrapadas hoy a algunas personas en su interior.

31

Te lo pido por última vez —dice ella interrumpiendo mi cuenta atrás—. Te pido que te vayas. Vete sin más. —Su cara está hecha un desastre y tengo que escuchar con atención cuando habla porque tiene la mejilla y los labios inflamados y le afecta al habla, a cómo suena. Eso se lo he provocado yo. ¿Cómo lo he hecho? Pero, por otra parte, he hecho cosas peores. He cruzado otros límites y puedo sentir que estoy traspasando uno más.

El rostro gris de mi padre y sus ojos fijos están ahí mientras cuento. «No te fíes de las mujeres, muchacho». Si me voy, si no termino con esto, sé que no pasarán más que unos meses antes de que esos ojos fijos sean los míos. Solo que yo no estaré tumbado en la cama de un pequeño apartamento un par de días. No estaré ahí hasta que mi hijo, que me quiere, abra la puerta al hedor terrible de mi muerte. Estaré ahí tumbado solo y sin que me descubran porque, al menos, él me tenía a mí. Por muy mierda de hijo que yo fuera. Al menos, me tenía a mí. A partir de hoy, a partir del final de esta cuenta atrás, yo no tendré a nadie. Pero no seré el único que sufra.

—No —le digo, porque sigue esperando convencerme con sus súplicas—. No, no creo que vaya a hacer eso.

Retomo la cuenta atrás desde cincuenta. A mitad de camino, y todo habrá acabado.

32

KATHERINE

Ella asiente con la cabeza tras su última negativa. No va a volver a pedirle, suplicarle ni rogarle. Él ha tomado una decisión. Bueno, pues ella también. Puede que estos niños crezcan sin una madre, pero, al menos, crecerán. Si actúa con la suficiente rapidez, si usa todo su cuerpo para bloquear la pistola y les grita a los niños que salgan corriendo, quizá les dé tiempo a huir.

Ya no tiene otra opción. Él la ha dejado sin ninguna otra opción.

Mira a sus agotados hijitos; el modo en que sus pequeños cuerpos están desplomados en el sofá. Los rizos de Sophie están flácidos por el calor y el sudor y sus ojos verdes apagados por el agotamiento de tantas horas de miedo y encierro. George tiene el pelo pegado a la frente, pero sus ojos esconden una intensidad que la inquieta. Está mirándolo, como si tratara de aniquilarlo con solo una mirada. Quiere hacer daño al hombre que les ha hecho daño a ellos y Katherine puede sentir que su hijo pequeño, la persona que es, se va desvaneciendo.

No le cabe duda de qué tiene que hacer. Ha tomado una decisión. Los ha elegido a ellos.

33

LOGAN

Logan está en la puerta trasera de la casa. Se trata de una puerta corriente, con un pestillo fácil de abrir. No le costaría mucho empujarla. La valla del lateral ha cedido con bastante facilidad y con apenas una pequeña elevación y un empujón la madera vieja se ha astillado. Logan vacila. Si no está pasando nada dentro de la casa, si solo son imaginaciones suyas y entra, o, mejor dicho, si fuerza la puerta, volverá a la cárcel durante mucho tiempo.

Pero parecía que el grito era de una niña. Ha sido hace unos minutos. Ahora el interior está en silencio. ¿Puede que haya visto una araña? Debbie grita como una loca cuando ve una de esas enormes arañas cazadoras que acechan en los veranos australianos. Son inofensivas, aparte de provocarte un infarto. Puede que solo haya sido eso. Sus vecinos de enfrente tienen hijos y, a veces, suena literalmente como si estuviesen torturando a alguien. Debbie ha ido una o dos veces a ver qué pasaba y el padre acosado que preferiría que ella no se entrometiera le ha dicho: «Ah, es que no quería comerse las zanahorias».

Aprieta la oreja contra la puerta con la esperanza de oír algo que le dé una pista de lo que está pasando dentro. Pero solo hay

silencio. Ha dejado a Gladys en la parte delantera aguardando a la policía y espera, o más bien ruega, que aparezcan pronto para así él no tener que hacer esto.

Pegándose a la puerta, se tapa la otra oreja con la mano para poder oír mejor. El sol es implacable y puede sentir que le quema la piel de los brazos y la cara. Un gran moscardón aterriza en su brazo y él lo aplasta con cólera, tratando de no hacer ruido.

No hay nadie en la cocina detrás de esta puerta, está seguro. Ha supuesto que se trata de la cocina. Puede que sea el lavadero. Sería mejor que fuera el lavadero porque así resultaría menos probable que hubiese alguien ahí ahora mismo.

Respira hondo, gira el pomo con la intención de levantarlo y empujar a la vez, consciente de que debe ser muy silencioso. Y la puerta se abre.

No estaba cerrada con pestillo.

Se trata de una casa cara de un buen barrio de las afueras. La gente no necesita cerrar las puertas con pestillo, pero, a veces, la amenaza está ya dentro de la casa.

Logan entra conteniendo la respiración y se queda inmóvil cuando la puerta se abre y se oye un pequeño chasquido. Se queda escuchando si pasa algo, lo que sea, sirviéndose de todos sus instintos, inseguro y un poco asustado por lo que vaya a encontrarse.

34

GLADYS

Gladys no sabe qué hacer. Está en un partido de tenis, girando la cabeza de su casa a la de Katherine, con los oídos pendientes de cualquier ruido. El sudor le empapa la camiseta. El calor es pesado y denso en sus pulmones y la policía no llega todavía.

—Por favor, Dios —ruega en voz alta.

¿Qué está pasando dentro de esa casa? ¿Ha entrado ya Logan? ¿Debería dar la vuelta por detrás y mirar? No tiene ni idea de qué hacer y siente ganas de gritar de la frustración. Y la policía sigue sin venir.

35

Engullo el aire caliente. Estoy cubierto de sudor, pero casi he terminado. Diez, nueve, ocho… Voy más despacio, ya casi he terminado. ¿Quién seré después de esto? ¿Adónde iré? Sé que tendré que salir corriendo. Tendré que dejar que otros los encuentren, que otros entren en esta casa y descubran a tres personas que antes eran y ahora no son. Tres personas a las que debería haber querido lo suficiente para no hacer esto. Me imagino en algún lugar lejano, viviendo mi vida, aferrado al recuerdo de este día de calor y odio. Me pregunto si puede una persona vivir así. ¿Puede despertarse por la mañana, beberse el café y saber que cada minuto que pasa es el motivo por el que otros ya no están aquí? Empecé esto con la creencia de que era posible. Me aseguraría de que todo aquel que alguna vez me causó dolor hubiese pagado por ello y, después, empezaría una nueva vida, libre de años de equipaje. Pero sé que, en realidad, no es posible. Estoy abrumado por todo ello y agotado por lo pesado que es.

Siete, seis… Noto la presión de las lágrimas, un nudo de pena en la garganta mientras siento la verdad en mi interior y asumo lo que he sabido a lo largo de todo el día. Quienquiera que entre en esta casa, quien descubra lo que ha pasado aquí, encontrará a cuatro personas. No a tres, sino a cuatro.

Quiero acabar con esto. Quiero que termine.

36

KATHERINE

Sus labios se mueven, contando, y ella sabe que tiene que actuar antes de que llegue a cero, justo antes.

Mira a sus hijos e intenta contemplar sus caritas, aspirar su olor sudado y dulce. Tiene muchas más cosas que decirles, que enseñarles, mucho más amor que darles. Ojalá hubiese escrito algo de eso para que pudieran encontrarlo después de que ella se haya ido. Mira sus caras e intenta imaginar al hombre que hay en George, la mujer que hay en Sophie, y comprende que lo mejor que puede esperar por ahora es que recuerden lo mucho que ella los ha querido y que entiendan su sacrificio. «Mi vida por la de ellos», pronuncia en una plegaria silenciosa, y a ella le parece un trato bastante justo. «Mi vida por la de ellos».

George se culpará a sí mismo. Su hombrecito, su gran pensador. Se echará la culpa. No se les permite abrir la puerta de la casa sin que esté presente un adulto. Es una regla de la casa, incluso en este barrio tan seguro.

«No abráis la puerta sin mí», gritaba ella cada vez que sonaba el timbre. Pero los niños son impulsivos; George tiene dominio de sí mismo, pero es curioso. ¿Quién podría ser? ¿Es un repartidor, una

caja con contenidos que hay que adivinar? ¿O es Gladys, que viene con un pastel?

Esta mañana su curiosidad pudo con él. Y ella estaba en el lavadero, cargando la lavadora, y el ruido del agua ahogó el sonido del timbre.

George abrió la puerta.

Pero aunque su hijo no le hubiese dejado pasar, Katherine sabe que ella sí lo habría hecho. Le habría dado la bienvenida a su casa.

«Por favor, no te culpes, George. Yo habría hecho lo mismo».

Cierra los ojos y examina el dolor de su cuerpo, su mejilla, su boca, su muñeca. Tiene que encontrar el modo de sacar a los niños de esta casa. Siente el picor de las lágrimas en los ojos y respira hondo, porque no quiere llorar delante de sus dos hijos callados y asustados. Debe encontrar la forma de sacarlos.

Mientras expulsa el aire, oye un chasquido, uno muy pequeño procedente de la cocina. Es el sonido que hace la puerta de la cocina cuando se abre. Hay un pequeño trozo de madera en la parte inferior que se ha quebrado. John iba a pegarlo en algún momento, pero no lo ha hecho aún, así que, cada vez que se abre, por muy silenciosa que esté tratando de ser la persona que abre la puerta, se oye el pequeño chasquido de la madera al engancharse. Ya ni siquiera lo oye. No es más que uno de esos sonidos que forman parte de la rutina diaria. Pero hoy lo ha oído, con los ojos cerrados y el corazón lleno de desesperación. Hoy lo ha oído. Despega los párpados y ve que George la está mirando con sus ojos verdes abiertos de par en par, los puños cerrados, y ella sabe, sin ninguna duda, que su hijo también ha oído el chasquido. Siempre presta

atención. Así es él. Y justo ahora, mientras el calor estrangula el aire, él ha oído lo mismo que ella.

Hay alguien en la cocina. Alguien ha abierto la puerta de atrás.

Ve cómo George se levanta del sofá. Quiere salir corriendo, ver quién es, pero ella sabe que deben esperar.

No tiene ni idea de quién puede tratarse y se pregunta si será en realidad alguien que está entrando en la casa a robar. Ha habido algunos robos en la zona, pero la mayoría tienen lugar de noche, cuando los propietarios han salido. Lo irónico es que ella daría la bienvenida a un ladrón ahora mismo.

George abre la boca un poco y ella niega ligeramente con la cabeza. «Espera», le dice en silencio. Lo hace tres veces antes de que él asienta cuando lo ha entendido.

Tienen que esperar.

37

LOGAN

La cocina está vacía; una encimera de mármol blanco reluce con el sol de la tarde. Hay unos armarios de un negro brillante bajo la encimera y otros de color blanco crudo por encima. El suelo de baldosas en forma de damero blanco y negro incrementa lo que debería ser una apariencia perfecta de revista pero hay demasiadas cosas fuera de lugar para aparecer en una.

El fregadero está lleno de platos sucios. Una fila de hormigas avanza por la encimera, que está cubierta de cajas de galletas saladas y frutas a medio comer, y, sobre la fruta, se han reunido varias moscas del vinagre que se están dando un atracón. Junto al desorden ve unas toallitas desinfectantes sin abrir.

Mira el gran frigorífico, que está cubierto de fotos y dibujos de los niños sujetos con imanes de animales.

Da un paso adelante, oye un crujido bajo su pie y maldice en silencio cuando ve una bolsa de patatas que se ha derramado. Sabe que este no es el aspecto habitual de esta cocina. Respira hondo y rodea las patatas fritas con la mirada en el suelo y pasos cautelosos mientras escucha si hay algún movimiento en la casa.

38

GLADYS

Gladys espera, odiando cada vez más el calor, el sol y este día a cada minuto que pasa.

—¿Dónde estáis? —murmura oteando la calle—. ¿Dónde estáis?

Mira su reloj y ve que Logan solo lleva un minuto o así dentro de la casa. El calor es agobiante y las cigarras resultan exasperantes cada vez que se para a escucharlas. Mira de nuevo el teléfono, esperando… no sabe bien el qué.

39

Cuando llego a cinco cuento más lentamente, dejando el espacio de una respiración entre los números, porque una vida puede cambiar apenas en un aliento, porque voy a tomar aire y a cambiar sus vidas.

No estoy seguro de estar preparado para esto. Ya he disparado un arma antes. Mi padre me llevó una vez a un campo de tiro. Fue un regalo por mi catorce cumpleaños. No me dijo adónde íbamos. Quería que fuera una sorpresa. Era un campo de tiro con rifle y el arma me pareció difícil de manejar. No se me daba muy bien, pero a mi padre sí. Dio en el objetivo todas las veces. «Siempre he tenido buen ojo», me dijo. Creo que fue uno de los últimos días buenos que pasamos. Me pregunto si se puede fallar si disparas con una pistola de mano en una habitación pequeña. Me pregunto cómo será el retroceso, si quedará olor en el aire.

No hay vuelta atrás ni nada más que se pueda hacer. Lo noto. Mi corazón roto lo sabe. Y cuando haya terminado con ella, con ellos, me aseguraré de no tener que volver a sentir nada nunca más. Creo que ese ha sido el plan desde el principio. Nunca he querido salir de aquí con vida. A lo mejor había otra cosa que iba a hacer hoy, pero ya no. Es más fácil dejar el dolor atrás, más fácil no tener que sentir. Lo intenté, de verdad, pero fallé igual que falló mi padre. Soy digno

hijo mi padre, pero hay una cosa que voy a hacer de manera diferente a como la hizo él. Voy a llevarme conmigo a los que me han hecho daño.

40

KATHERINE

Sus pensamientos son un remolino caótico mientras trata de averiguar cómo va a hacerlo. Puede sentir la presencia de otro ser humano en la casa. Tiene los sentidos aguzados y el miedo le hace ser extremadamente consciente de todo. Puede que Gladys esté en la cocina. Quizá la mujer ha notado algo, sabe algo. Quizá sea alguien aún más peligroso que la situación a la que se está enfrentando aquí, pero lo duda. Nada hace más peligroso a un hombre que el odio.

Tiene que decirle a George qué hacer y tiene que pensar en cómo actuar. «Piensa, Katherine», se reprende en silencio. Le gustaría ceder a la agonía de su cuerpo, al agotamiento de su mente. Le gustaría acurrucarse en este sofá y quedarse muy quieta, pero las madres no disponen de ese tipo de opciones.

Los niños deben huir y solo podrán hacerlo si él se distrae. Ella tiene que ser su distracción. Necesita ser la distracción. Ya no importa lo que le vaya a pasar, tiene que ser la distracción. Se inclina hacia delante y coloca la cabeza sobre las rodillas en un gesto de derrota, rezando por que su hija y su hijo reaccionen como cree que

harán. Toma aire y lo suelta despacio, inspira y espira. ¿Cuántas respiraciones hasta la última?

Sophie se acerca a su lado y envuelve con su cuerpo a su madre, y George se agacha y coloca su cara junto a la de ella.

—No llores, mamá —susurra.

—Qué conmovedor —se burla él.

Ella levanta el brazo con la muñeca rota y atrae a George hacia su cuerpo, notando su sorpresa por la fuerza con que ella lo sujeta, sin hacer caso del agudo flujo de dolor que le llega hasta el cuello, y le susurra sin apenas mover la boca, con la esperanza de que él oiga lo que le va a decir.

—Cuando yo diga «ahora» tenéis que salir corriendo a la cocina.

Su hijo relaja el cuerpo contra el suyo y ella exhala aliviada. ¿Una respiración más? ¿Dos más? ¿Hasta dónde ha llegado en su cuenta atrás?

Se incorpora y mira a su hijo.

—A George le encanta el Capitán América, ¿verdad, George? —dice.

Le encanta ese personaje y ha visto todas las películas con su padre. Tiene un disfraz con un escudo y una máscara que se pone siempre que hay oportunidad y se yergue hasta parecer más alto cuando se disfraza, se cree capaz de más. El Capitán América es valiente y fuerte y ella quiere que George sepa que es eso lo que debe ser. Observa cómo su pequeña espalda se endereza y apoya los pies con firmeza sobre la alfombra, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. Está preparándose para correr y eso es lo que ella quiere.

Ya no puede esperar más.

—Sé qué estás haciendo —dice ella—. Puedo ver que estás contando. Crees que esta es la solución para tu desamor, que es así como vas a dejar de sufrir. Pero eso no va a pasar, porque no voy a permitir que pase. No voy a dejar que hagas daño a estos niños.

—Me has hecho perder la cuenta —protesta él despacio—. Ahora tengo que empezar de nuevo. —Hay una cadencia en su voz, casi cierto tono de gratitud. Está contento de haber perdido la cuenta.

—Puede que no quieras esto.

—Puede que sea lo único que quiero hacer. Es lo que he venido a hacer y ya no me puedes detener. Sencillamente, no puedes.

Ella se levanta despacio.

—Eh… —Él levanta la pistola.

—Ahora, George —grita Katherine—. ¡Ahora! —Y ella se lanza contra él, con todo su cuerpo. Mueve los brazos y las piernas, un salvaje torbellino de furia, distrayéndolo, obligándolo a levantar las manos. Ella lo ataca mientras sus hijos corren.

41

LOGAN

Oye el sonido de unos pies corriendo.

—¡Volved aquí! —exclama una fuerte voz y, a continuación, una mujer grita y se oye un disparo. Sabe que ha sido un disparo. Ha oído disparos antes. La gente cree que se trata de un sonido único y contenido, pero tiene una ligera extensión de ruido después de la impactante explosión inicial.

Mira a la puerta de la cocina que conduce al resto de la casa y distingue cómo dos niños entran corriendo. Cuando lo ven, se quedan inmóviles, con sus pequeños pechos jadeantes mientras se convierten en estatuas asustadas. La niñita tiene agarrado un mono de peluche con la cabeza arrancada colgándole hacia atrás y parte del relleno salido. Se cogen de la mano con tanta fuerza que puede ver que tienen los dedos blancos del esfuerzo. Se da cuenta de que el niñito se fija en su aspecto; su cara se queda pálida y traga saliva una vez, dos. Una lágrima baja por su mejilla y Logan siente que se le rompe el corazón por ese niño.

Se agacha, deseando llevar todavía puesta su camisa de manga larga. Los ojos del niño le recorren la piel, fijándose en los tatuajes,

y no solo se aprecia miedo en su carita, sino también derrota. Creía que estaban logrando huir. Ahora cree que no.

Ve cómo la niña le clava también sus ojos en un brazo y otro y él sabe que la serpiente con colmillos le asoma por el cuello.

Se agacha más para parecer más pequeño. Levanta un dedo hasta sus labios.

—Shhh —dice, y el niño asiente. Odia que le tengan miedo. Pero debe sacarlos de aquí. ¿Cuánto tiempo va a tardar en venir a por ellos el hombre que les ha gritado? Los segundos vuelan en la calurosa cocina—. Me llamo Logan —añade—. Y he venido a ayudar, ¿vale? —Intenta mantener un tono suave y sereno.

Los niños lo miran con recelo y, a continuación, la niña se gira hacia su hermano con una expresión llena de amor y confianza y Logan sabe que es a él a quien tiene que convencer.

—¿Te llamas George? —pregunta.

El niño asiente y sus ojos grandes y verdes se llenan de unas lágrimas que no puede enjugarse. Necesita la mano para agarrarse a su hermana. Logan puede ver que tiene la otra apretada en un puño. Este niño tiene la intención de proteger a su hermana a toda costa. Es su hermano y eso es lo que hacen los hermanos.

—George, he venido a ayudaros a vosotros y a vuestra madre. La policía viene de camino. Gladys me ha hablado de todos vosotros. Quiero que Sophie y tú salgáis por la puerta de la cocina y vayáis corriendo con Gladys. ¿Crees que podréis hacerlo?

—Sí que podemos, ¿verdad, George? —susurra la niña. Mira a su hermano esperanzada. Él va a ser quien tome la decisión. Logan quiere gritarles que salgan corriendo. ¿Tardará mucho en venir el

hombre de la pistola? El tiempo es algo sólido en la cocina, su ritmo cardiaco compite con el tictac del reloj de la pared.

Logan se pone de pie y da un paso a un lado para abrirles el camino. El niño se queda mirándolo, inseguro, desconfiado.

Logan se pregunta qué podría decirle para que se ponga en marcha. Piensa en Chris, el hijo de Mack, que tiene siete años; se recuerda recorriendo de arriba abajo los pasillos de Kmart con Debbie buscando un regalo para su cumpleaños.

«Mack me ha dicho que cualquier cosa que tenga que ver con el Capitán América», dijo Debbie y, entonces, encontraron el disfraz con el escudo. A Chris le encantó.

Prueba a ver si este niño sabe quién es el Capitán América. Debe conseguir que se pongan en marcha o tendrá que levantarlos a los dos del suelo y sacarlos de la cocina, pero eso le quitará demasiado tiempo.

—Apuesto a que el Capitán América no podría correr tan rápido como tú —dice Logan tratando de evitar emplear un tono de desesperación.

La boca de George se abre con expresión de asombro. Logan sabe que ha dicho lo que debía. Asiente con fuerza y, a continuación, los niños se miran entre sí y salen por la puerta abierta de atrás, y sus pasos alejándose son lo mejor que ha oído en todo el día. El alivio inunda el cuerpo de Logan. Si los niños están a salvo, algo va bien.

—No paréis —grita Logan, y empieza a correr hacia la habitación donde se ha oído el disparo.

Solo necesita dar unos pasos a través del comedor para llegar a la estancia del fondo de donde procedía el sonido.

Y entra en ella, mira lo que ha pasado y quién está ahí, y sabe que, por mucho que hagas en tu vida, nunca se puede huir del karma. El karma nunca pierde su objetivo.

42

GLADYS

Gladys oye el estallido que inunda el aire. Viene del interior de la casa, pero eso no es posible porque suena como un disparo, uno de verdad. Se lleva la mano a la boca y se gira para mirar hacia la puerta delantera. Ha sido un disparo, de eso está segura.

—Ay, Dios —gime—. Ay, Dios. Ay, Dios.

Debería haber llamado antes a la policía. Siente que está a punto de hiperventilar mientras se obliga a tomar aire y expulsarlo de sus pulmones. Alguien ha salido herido y ella podría haberlo evitado.

Y entonces oye pasos, y ve a George corriendo y tirando de Sophie tras él. Vienen por el lateral de la casa y siguen corriendo tras pasar por la verja abierta y, a continuación, George se lanza sobre ella con la cara manchada de lágrimas. Gladys casi se cae, pero rodea con los brazos a los dos niños temblorosos y lo único que puede decir es «Tranquilos, no pasa nada». Los dos están empapados en sudor, con el pelo pegado por el calor y las mejillas coloradas. Están vestidos con sus uniformes escolares porque iban a salir para el colegio. Eso era lo que tenía que haber ocurrido.

—No pasa nada —repite, esperando que sea verdad.

Entierran sus caras en el vientre de ella y los dos lloran mientras intentan hablar a la vez. Oye las palabras «él» y «pistola» y Sophie dice algo sobre su mono de peluche. Sus cuerpos pequeños se estremecen y Gladys siente que han pasado todo el día aterrorizados por la forma en que se agarran a ella. No tiene ni idea de qué está ocurriendo en la casa. Pero debe alejarlos de aquí, necesitan estar en algún lugar seguro.

«¿Dónde está Katherine? ¿Ha sido eso un disparo? ¿A quién han disparado?».

—Shhh —dice Gladys mientras abraza a los niños y empieza a avanzar hacia atrás, hacia su casa—. Shhh.

43

Mamá, mamá… —Las palabras salen de mis labios sin siquiera pensarlas. Palabras que llevaba años sin pronunciar. Ella ha sido «mi madre», «tu madre», «ella» y otras palabras desde hace ya mucho tiempo. Palabras desagradables pronunciadas por mi padre, por mí.

Bajo la mirada a lo que hecho, a su cuerpo, a su forma de caer, de mirarme, con sus ojos marrones abiertos de par en par, con una mirada de incomprensión. Quizá no creía que yo lo haría. Pero ha venido hacia mí. Se ha lanzado sobre mí para salvarlos. Eran ellos los que la preocupaban, los que le importaban.

—Mamá… —susurro, porque no puedo dejar de pronunciar esa palabra.

La he destrozado igual que he hecho con el amor de mi vida. Igual que he destrozado a Maddy. Maddy con su pelo moreno, sus ojos azules y el pequeño hueco entre sus dientes delanteros. Maddy que tarareaba canciones por la mañana mientras se cepillaba los dientes y a la que le gustaba ver programas de reformas de casas. He destrozado a mi madre igual que he destrozado a Maddy. Mientras la miro, sus caras se funden y se convierten en una, en la misma.

La rabia que me ha consumido se desvanece en el aire, se dispersa y desaparece. Lo único que queda es confusión.

Bajo la mirada a la pistola igual que bajé la mirada a mis manos. Siguen llenas de arañazos de las uñas de Maddy mientras se enfrentaba a mí, todavía magulladas por el roce con su pómulo. Me duelen. Me duelen las manos pero el dolor físico no es nada en comparación con el dolor de verdad.

¿Cómo he podido hacer esto? ¿Cómo he podido hacer eso?

Recuerdo salir corriendo del apartamento, dejando a Maddy en el suelo, tratando de borrar la imagen de su cuerpo de muñeca roto, corriendo y llorando, consciente de que había hecho lo peor posible. Pero ella me había querido y luego ya no. Simplemente, un día apagó el interruptor y eso estuvo mal. Se suponía que era algo que no me tenía que pasar. Otra vez no.

Cuando dejé de correr, me escondí en un parque, detrás de unos árboles, con el sudor secándose en mi piel bajo la fresca brisa que soplaba y traté de averiguar por qué había hecho daño a la mujer que amaba.

No soportaba la idea de que ella ya no me quisiera y que se negara a oír lo que yo tenía que decir. Prometí cambiar, convertirme en el hombre que ella quería que fuera pese a que mi padre me dijo que jamás debería hacerlo. Pero lo habría hecho por ella.

«No puedes cambiar, Patrick —dijo Maddy—. Tú eres así».

«Tienes que irte», dijo.

«He hecho lo que he podido, pero esto no va a funcionar».

Pero yo estaba haciendo lo que podía. Estaba tratando de ser quien ella quería que fuera, pero era demasiado, demasiado difícil.

«Habla con tu madre, ella te quiere», dijo Maddy.

«Deberías perdonar a tu madre —dijo Maddy—. Ella nunca ha dejado de intentarlo. He leído los correos electrónicos».

«Mi hermano no cree que seamos buenos el uno para el otro», dijo Maddy.

«Tienes que dejar de tratarme así», dijo Maddy.

«Si me vuelves a pegar, mi hermano tomará el primer avión desde Sídney para romperte las manos», dijo Maddy.

«¿Por qué eres así?», dijo Maddy.

«No puedo seguir así», dijo Maddy.

«Te dejo… o, al menos, te vas tú de mi piso. Haz las maletas y vete», dijo Maddy.

«No quiero oírte decir otra vez que lo sientes. Vete ya», dijo Maddy.

Y en ese momento, cuando sus ojos se oscurecieron y toda su cara se transformó en un ceño fruncido, entendí que me había convertido en mi padre, que iba a terminar alcoholizado y tomando pastillas para olvidar y que algún día me rendiría a la desesperación de haber perdido a alguien que se suponía que me amaba. Sería una persona tan lamentable como él.

Me enfadé más que en toda mi vida y empecé a soltar golpes, y seguí aun cuando se puso las manos sobre la cabeza y estaba encogida en el suelo.

Y, después, me lavé las manos, con la sangre cayendo por el lavabo del baño, desapareciendo gota a gota, y me fui tras coger dinero y una tarjeta de crédito de su bolso. Las lágrimas llegaron a medida que la rabia desaparecía.

En el parque, mi ritmo cardiaco se tranquilizó y la rabia volvió a aparecer. Empecé a caminar porque era lo que necesitaba, y seguí así durante horas. Ella no debería haberme empujado, no debería haberme hecho daño. Recibió lo que merecía. No iba a ser yo el

único que sufriera como mi padre. Esperaba que apareciera el sentimiento de culpa, pero no. El único pensamiento que aparecía era «Al menos no soy tan lamentable como él».

Pero no fue suficiente porque sabía que, si hubiese sido un hombre diferente, Maddy me seguiría queriendo. Si no hubiese sido por el divorcio y el cruel abandono de mi padre por parte de mi madre, toda mi vida habría sido otra cosa.

Y la necesidad de hacer que la única persona que era responsable de todo lo terrible pagara por ello me corroía.

Busqué un taxi y me fui al aeropuerto y a Sídney.

Necesitaba presentarme aquí y asegurarme de que ella lo entendía. Soy como soy por culpa de ella, por lo que ella hizo, y debía saberlo y pagar por ello.

Pero ahora, mientras veo sus ojos parpadear, no estoy seguro. Es mi mamá. Nunca se rindió conmigo, incluso cuando debió haberlo hecho de verdad.

Nunca dejó de enviarme correos electrónicos, de tratar de contactar conmigo, de volver a conectar. Yo guardaba los mensajes, los volvía a leer a veces. La noticia de un marido nuevo fue un puñetazo en el estómago. «Te va a gustar», escribió, y yo me reí. ¿Cómo podía esperar otra cosa de mí que no fuera desagrado? Había sustituido a mi padre, chasqueado los dedos y borrado su pasado con él.

Pasó página y yo nunca creí sus súplicas de que me fuera a vivir con ella, que volviéramos a restablecer el contacto. Yo sabía que en realidad no me quería allí. ¿Cómo iba a quererlo?

Y luego me habló de sus nuevos hijos, no solo uno, sino dos, una pareja perfecta. Mi padre era reemplazable y yo también. Y creí que

mi odio por ella ardería con más fuerza en mi alma que cualquier otra cosa hasta que conocí a Maddy y su amor enfrió mi odio. No sé por qué Maddy tenía que ser igual que ella, igual que todas las mujeres.

Vine a buscarla para hacerle pagar.

Yo quería…, no sé lo que quería. No estoy seguro. Creo que no era mi intención que pasara esto. Ahora ya nada tiene arreglo. La cabeza me da vueltas. La luz de esta habitación es extraña y puedo oler el aroma a quemado de un disparo de pistola.

Me pongo la cabeza entre las manos, con el metal duro de la pistola arañándome la mejilla, quemándola un poco. El cañón está caliente. Entonces, oigo un ruido y levanto los ojos.

44

KATHERINE

Es un golpe seco contra su cuerpo más que dolor. Da dos pasos hacia atrás y, después, las rodillas le ceden y cae, esperando que sea sobre el suelo, pero aterriza en el sofá. Baja la mirada a su camiseta blanca donde la sangre va aumentando y extendiéndose, la pintura roja de su sangre convirtiendo el blanco de la camiseta en un rosa oscuro. Hay en el aire un olor a petardo.

—Ay, Patrick —murmura—. Ay, cariño, ¿qué has hecho?

—Mamá —dice él, una palabra que no le ha oído pronunciar desde hace años—. Mamá, mamá… —Y mientras ella trata de respirar, se ve invadida a pesar de todo por una abrumadora necesidad de consolarlo, de consolar a su hijo. Hace amago de levantarse, pero el cuerpo no le obedece.

Ella siempre lo ha querido, ha sido incapaz de plantearse no quererlo. «¿Adónde ha ido todo ese amor?». Lo abrazaba contra su pecho, le besaba una herida en la rodilla, le enseñaba la canción del alfabeto. Le compraba sus juguetes favoritos y le preparaba sus comidas preferidas. Lo ayudaba con los deberes y lo abrazaba con fuerza entre sus brazos cuando estaba triste…, pero no era suficiente. No podía luchar contra lo que su padre hizo, lo que dijo.

«¿Qué tipo de hombre enseña a su hijo a odiar a su madre?», era una pregunta que le hacía a terapeutas, profesores y amigos. Cuando se casó con él, con estrellas en los ojos y un anillo de plata en el dedo, jamás se había imaginado que un día él la odiaría tanto como para poner a su hijo en su contra. Jamás podría haberse imaginado esto.

Aparece ante ella la cara de John, un hombre en un ascensor que se convirtió en amigo, luego en amante y, después, en marido. No fue algo esperado, porque las segundas oportunidades no aparecen con mucha frecuencia. Pero ahí estaba, dispuesto a cargar con su equipaje, a escuchar cuando ella le hablaba de su primer marido y del hijo que había perdido.

La perfección que había esperado con su segunda oportunidad no fue posible porque la perfección no existe. Se pregunta si él habrá tratado de llamarla hoy o si seguirá enfadado. La discusión de anoche habría pesado como una losa en su mente igual que lo había hecho en la de ella, antes de que llegara su hijo para ponerle la vida del revés. Fue otra discusión tensa y entre susurros, pero podría haber significado el fin de los dos. Ella lo había amenazado y él la había engatusado, pero estaba cansada de pelearse, de pelearse con él y por él.

—¿Quién es ella, John? —Tenía las manos sobre la cadera. Creía que ya conocía la respuesta. Ya lo había hecho antes.

—Solo alguien del trabajo. —Bajó los ojos sin querer mirarla a la cara.

—¿Por qué te envía mensajes con emoticonos de corazones como una adolescente ridícula? ¿Por qué permites que te envíe mensajes? —Tenía en su mano el teléfono de él, la prueba en la pantalla. Había

leído y releído los mensajes para tratar de discernir su verdadero significado.

—Es que ella… es así. Es simpática. Sabe que estoy casado. Hablo a todas horas de ti y de los niños. Ella es así. —Subió las manos hacia arriba y, a continuación, quiso coger su móvil, pero ella lo apartó.

—Es así porque tú no le has dejado claro que tienes una esposa a la que quieres. Es evidente que el hecho de que estés casado no significa nada para ella.

Él suspiró con tristeza mientras negaba con la cabeza.

—Kate, no estás pensando con claridad. Últimamente haces una montaña de un grano de arena. Como ves yo no respondo de la misma forma. Puedes ver que mis mensajes son siempre cortos y directos.

—A lo mejor sabías que yo miraría tu móvil.

—¿Y por qué lo has hecho? —Era una pregunta sincera. No entendía el temor que ella tenía de verse de nuevo en la misma situación.

—Te lo he dicho, estaba buscando el mío. ¡Lo he dejado en algún sitio!

—Kate, si yo tuviera algo que ocultar, ¿por qué te habría dado mi contraseña? —Sonrió como si la hubiese derrotado, como si hubiese demostrado que se equivocaba.

—Lo que me preocupa, John, es que hay cosas que dices y haces cuando estáis juntos en la oficina, y ahora, en lugar de tranquilizarme, me inquietas más. ¿Estás teniendo una aventura con ella o no? —Una parte de ella quería dejarlo pasar, creerle, pero siguió insistiendo, preguntando, casi necesitando que él confesara

para de esa forma saber ella que había tenido razón desde el principio.

—Ay, Kate, qué pena me da.

Se acostaron separados, en partes distintas de la casa. Ella se acurrucó sola en su cama, mientras el miedo por el futuro reemplazaba a la rabia, agotándola hasta quedarse dormida. En algún momento, en mitad de la noche, se despertó al notar que la cama se hundía y, después, una mano sobre su espalda. Como se quedó quieta, él se metió en la cama, se pegó contra ella y, sabiendo que estaba despierta, susurró: «¿Por qué te iba a engañar si te tengo a ti? Los niños y tú sois todo lo que siempre he deseado. No te estoy engañando, Kate, lo prometo».

Ella no contestó, pero tampoco se apartó de él. Se quedó tumbada e inmóvil hasta que él volvió al sofá.

Esta mañana, él estaba desayunando cuando ella se despertó.

—Tenemos que hablar —dijo ella cuando entró en la cocina.

Puede que fuera el fin de su matrimonio o puede que no, pero sabía que así no podía continuar. Él no quería que ella se marchara, pero tampoco quería cambiar, tranquilizarla como ella necesitaba pese a conocer su historial de maridos infieles. Y ella no iba a vivir de esa manera. Ya lo había hecho antes, durante años. Su matrimonio con John fue una segunda oportunidad, pero no estaba dispuesta a sacrificar la felicidad de sus hijos permaneciendo en un mal matrimonio. Pensó en su hijo perdido, el que no quería hablar con ella, el que llevaba años sin tener relación con ella, y supo que no podía permitir que eso volviese a ocurrir. Mejor divorciarse antes y tener una relación amistosa que dejar que una situación termine llena de odio y culpa.

—No puedo vivir así, John. Lo digo en serio. O lo solucionamos o nos separamos.

—Estoy de acuerdo —contestó él. Dio un bocado a su tostada y lo masticó. Se le quedó un poco de mantequilla en el labio y ella lo miró mientras recordaba que en otra época lo habría besado para quitárselo o se lo habría limpiado. Los mellizos habían sido su centro de atención durante mucho tiempo. Solo tenían relaciones sexuales de manera ocasional, se reían muy poco juntos. Había cierta distancia entre ellos que tenían que salvar, pensó. Y cada día se iba haciendo más grande. Luego, él miró su reloj—. Mierda, el mecánico. Me había olvidado del mecánico. Creía que tenía más tiempo… Ya hablaremos. Te llamaré desde el trabajo. Espera, hoy tengo la conferencia. —Se frotó el pelo despeinándoselo y, después, se lo volvió a alisar. Suspiró—. Puede que termine pronto… Podemos ir luego a dar un paseo o llamamos a una canguro… —Volvió a mirar su reloj—. Mierda, voy muy retrasado.

—No puedes decir palabrotas, papá —dijo George entrando en la cocina con su camisa amarilla bien metida por sus pantalones cortos de color caqui y su pelo rizado bien peinado con agua. Le gustaba ir arreglado al colegio y a ella se le derritió el corazón al ver a su hombrecito.

—Tienes razón, George —contestó ella—. Papá no debería decir palabrotas. —Y él la recompensó con una sonrisa.

John salió corriendo. Ella cogió su plato y sacó un cuenco para servirle a George sus cereales mientras el coche de John derrapaba al salir. Y, después, ella miró la mesa de la cocina y sintió que una carcajada se formaba en su interior.

—¿De qué te ríes? —preguntó George.

—Se ha olvidado el maletín y el teléfono —respondió Katherine—. Volverá enseguida.

Y así fue. Unos minutos después, entró de nuevo y dijo:

—Yo…

—Aquí tienes —respondió ella riéndose mientras se lo entregaba, pero no le dio un beso de despedida y se apartó unos centímetros para que él tampoco pudiera besarla. Y vio el dolor que eso le provocaba por cómo sus ojos verdes se oscurecían. Ojos verdes como los de su exmarido, pero de un tono distinto. Los ojos de Anthony eran verde claro con un ligero toque marrón, pero los ojos de John eran de un verde profundo e intenso, casi esmeralda, igual que los de sus hijos.

Olvidándose de la expresión de dolor de él porque tenía que continuar con su jornada, fue al lavadero para poner en marcha la lavadora.

—Mamá…, mamá…, mamá, ven aquí —la llamó George.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunto ella respondiendo a su llamada vacilante. Él estaba en la puerta abierta.

Al principio, no lo había reconocido. Tenía el pelo más largo y estaba más delgado de lo que recordaba. Pero después se quitó la gorra roja y sonrió y ella experimentó un momento de felicidad delirante, porque creyó que había vuelto a su vida, a su familia, que había regresado. Luego vio la pistola y su cuerpo sintió frío bajo el calor de la mañana y debido al miedo guardó silencio.

Había dejado de ponerse en contacto con él. Embarazada a los veinte años, había imaginado que su matrimonio apresurado con Anthony sobreviviría. Los dos habían querido a su único hijo, habían sentido adoración por él y también el uno por el otro hasta que el

matrimonio y la presencia de un hijo empezó a agobiar a Anthony y se volvió reservado y malicioso. Ella no había hecho caso a su intuición de que existían otras mujeres hasta que desapareció dinero de la cuenta del banco y él no pudo ocultar lo que había estado haciendo.

Patrick era su única preocupación y estaba dispuesta a darlo todo por su relación. Pero no había sido consciente del nivel de manipulación que su marido estaba ejerciendo sobre ella mientras se esforzaba por romper la relación de Katherine con su hijo.

Patrick tiene una dirección de correo electrónico que nunca ha cambiado y, durante todos estos años, de vez en cuando, sin que pasase demasiado tiempo, ella le enviaba un mensaje.

Querido Patrick:
Te echo de menos cada día.

Cada correo empezaba de la misma forma, igual durante siete años ya. Y cada vez que ella lo escribía sabía que era verdad. Él la rechazó. Se fue a vivir con su padre y, después, la maldijo por el hombre en que se había convertido este. Después de que Anthony muriera, después de que se suicidara con dos cajas de somníferos y una botella de whisky, ella le había suplicado que volviera a casa. Pero no quiso. La culpaba y no quería estar cerca de ella.

El internado al que lo envió era una gran finca donde los alumnos participaban en una granja y terminaban sus estudios. Había creído que a él le encantaría. Nunca dejó de pagarlo y empezó un segundo trabajo de venta por teléfono los fines de semana para que él pudiera seguir allí, además de su puesto de dependienta en unos grandes almacenes. Esperaba que él hiciera amigos y encontrara un

objetivo en la vida, pero se fue enfadando más cada año que pasaba.

Por favor, no vengas a mi graduación. No quiero verte allí.

Le había escrito ese correo electrónico mientras ella se preparaba para montarse en el coche e ir a aquella finca en el campo imaginándose un reencuentro en el que podrían hablar para solucionar las cosas. Fue de todos modos. Y él se negó a subir al escenario y a verla.

—Yo le daría un poco de tiempo —la consoló el director de la escuela mientras ella estaba sentada en su despacho llorando—. Le ha costado ser disciplinado y necesita más tiempo alejado de todo. Ahora es un adulto. A veces, es mejor dar libertad a nuestros hijos para que vuelvan con nosotros cuando estén listos.

«Pero ¿y si nunca vuelven?», quiso preguntarle a aquel hombre cuyas gafas se le habían deslizado por la nariz mientras trataba de parecer capaz de enfrentarse a las lágrimas de ella.

No obstante, le hizo caso todo lo que pudo. Se retiró, le dio libertad a Patrick y siguió con su vida. Continuó enviándole correos y, de vez en cuando, en raras ocasiones, a veces tras varios meses, él contestaba. Misivas concisas que le rompían el corazón.

Yo sigo con mi vida. Sigue tú con la tuya.

Cuando se casó, se puso en contacto con él porque no quería que se enterara por otra persona que no fuera ella. Cuando se quedó embarazada, hizo lo mismo y le envió fotos de los mellizos cuando llegaron. Y siguió esperando que algo, lo que fuera, acabara con la

rabia que él sentía hacia ella. Siempre le enviaba un mensaje por su cumpleaños y, cuando cumplió los veinte, pensó que sus sentimientos podrían cambiar, que con la madurez vendría la capacidad de verla como una persona.

Se equivocaba. Ahora lo entiende.

Su rabia había aumentado, había crecido más. Él la había alimentado tal y como su padre quiso que hiciera. Anthony nunca pensó en la crueldad de poner a un niño en contra de su madre, solo buscaba el modo de causarle dolor. La idea de que su hijo fuera un peón entre los dos la consumía, pero nunca pudo luchar contra la capacidad de manipulación de Anthony.

Sin embargo, algo había pasado para que estuviera hoy aquí, para hacer esto. Ella lo había sabido todo el día mientras lo observaba y le parecía que faltaba alguna cosa en la forma en que los miraba a ella y a George y a Sophie, un atisbo de compasión que todos los seres humanos deben sentir entre sí. Y supo que ella y sus hijos estaban en peligro. El Patrick adulto no tenía ni una pizca del Patrick niño.

Era un desconocido furioso y lleno de odio. Y eso significaba que era capaz de cualquier cosa.

Jamás debió darle su dirección, nunca debió decirle dónde estaba ni qué pasaba en su vida. Pero ¿cómo iba a imaginar lo que algún día iba a hacer?

Parpadeando lentamente, observa cómo él se frota la cabeza angustiado mientras recuerda que cuando era niño hacía lo mismo. «No puedo hacerlo, mamá, ayúdame, ayúdame».

Y, entonces, levanta la pistola hacia su propia sien y ella desea gritarle que no, chillar y agarrar la pistola, pero no puede moverse.

Nota que el cuerpo le pesa y ya no siente calor, sino cada vez más frío.

Un sonido hace que intente girar la cabeza y consigue hacer un pequeño movimiento. Todo le parece difícil, imposible.

Hay alguien más en la habitación. Un hombre gigante lleno de tatuajes.

Katherine piensa que quizá son alucinaciones.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Patrick, y, durante un momento, ella se siente agradecida por que ese hombre esté de verdad ahí. Quizá haya venido a ayudar, pero se da cuenta de que no le importa si es o no así. Los niños no están. No los oye dentro de la casa y reza por que se encuentren con Gladys o cualquier otro vecino. George les dirá que llamen a la policía.

Y entonces… sus ojos parpadean despacio. Está muy cansada. Quiere dormir. No puede sentir dolor en la muñeca y le alegra que los niños no estén presentes para ver esto. Aquí solo hay un niño, su primogénito, y ahora le parece que es esto lo que se suponía que tenía que pasar. Antes se preocupaba mucho por él cuando vivía con su padre, cuando estuvo en el internado y cuando se hizo mayor y se fue. «¿Qué será de él? ¿Qué tipo de hombre puede ser después de todo lo que le ha pasado?». Nunca quiso conocer a John, nunca quiso conocer a sus hermanastros. George y Sophie eran su segunda oportunidad como madre y se siente agradecida de que estén en el mundo. La echarán de menos, pero estarán vivos y eso es lo más importante.

«Ya puedo dejarme ir —piensa—. Puedo cerrar los ojos y descansar». Patrick y el hombre están hablando, discutiendo, no está segura, pero siguen así durante un rato. Sus ojos se abren y se

cierran, se abren y se cierran. Necesita descansar, pero, cuando sus párpados empiezan a cerrarse de nuevo, oye a alguien que grita y corre. Su segundo hijo, su niño, irrumpe en la habitación, moviendo los brazos en el aire, y se lanza contra Patrick con palabras de furia.

—¡Deja en paz a mi madre! —Qué fuerza, qué determinación.

«¡No!», quiere decirle ella, gritarle para que pare. Se supone que no debería estar aquí, pero no puede hablar.

—¡Espera! —grita el hombre, y se mueve mientras el cuerpo de ella deja de esforzarse por mantenerse consciente.

No oye los siguientes disparos. No oye nada más.

45

LOGAN

Es él. Estaba preocupado por que el hombre que ha hecho daño a su hermana, Patrick, viniera en su busca, y ha estado aquí todo el día, aterrorizando a esta mujer y a sus hijos. ¿Por qué? ¿Qué narices tiene que ver con ellos?

Logan se queda mirando al hombre que tiene la pistola en la mano y, después, mira a la mujer que está tumbada en el sofá, empapando con su sangre la tela azul.

—Patrick —dice Logan. Se siente estúpido, perdido. No tiene ni idea de por dónde empezar. Patrick sujeta la pistola en un ángulo con el que podría volver a disparar con la misma facilidad a la mujer o a Logan. Está sudando, le tiembla la mano y no deja de mirar a la mujer y apartar la vista como si fuera incapaz de contemplar lo que ha hecho.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta Patrick—. ¿Cómo me has encontrado antes de que yo te encontrara a ti? —Está tan confundido como Logan—. ¿Has recibido mi mensaje? ¿Es así como…? —Deja de hablar y mira por la habitación.

Patrick venía a por él. ¿Por qué está aquí?

—No estaba buscándote a ti —dice Logan.

—He hecho daño a Maddy —gime Patrick, y levanta los brazos por encima de la cabeza con la pistola aún cogida con fuerza con un dedo sobre el gatillo. Toma aire de forma entrecortada, angustiado —. He hecho daño a Maddy —repite.

—Lo sé —contesta Logan y, aunque quiere estar enfadado, furioso, acercarse para arrancar la pistola de la mano de Patrick y dispararle con ella, no se mueve. Existe una posibilidad de que nadie más termine herido. Puede ver el arrepentimiento en el rostro de Patrick y, si sabe manejar bien la situación, puede ponerle fin ahora mismo—. A lo mejor va siendo hora de que sueltes eso —añade.

—Creo que no, yo no… No quería hacerle daño…, solo… —Vuelve a mirar a la mujer.

Logan levanta las manos con la esperanza de tranquilizar a Patrick, que está pálido y nervioso.

—Si bajas la pistola, podremos hablar y no pasará nada. Tengo que llamar a una ambulancia para que venga a por ella, tengo que buscarle ayuda. ¿Puedo hacerlo? —Dobla un poco las rodillas, dispuesto a lanzarse hacia Patrick y tirarlo al suelo.

—Es demasiado tarde —dice él negando con la cabeza, y baja los brazos mientras mantiene la pistola por delante de él y la mueve entre Logan y la mujer del sofá, como si estuviese decidiendo a quién disparar primero.

—No lo es —contesta Logan—. Nunca es demasiado tarde. Parece que respira, así que baja la pistola y pediré ayuda. Voy a meterme la mano en el bolsillo ahora para sacar el teléfono, ¿de acuerdo? —Logan habla despacio, con voz calmada y serena. Está tratando de evitar que cometa una locura.

—No, no estoy de acuerdo. No lo hagas. —Su voz es una advertencia.

—Patrick, si no le buscamos ayuda se va a morir. ¿Quieres que se muera? Eso no es lo que quieres, ¿no?

—¿Maddy está muerta? —pregunta.

—No, no. Y si me das la pistola podremos hablar de eso.

Patrick niega con la cabeza.

—No parece lo bastante mayor como para tener un hijo de veintitrés años, ¿verdad? —dice como si estuviesen charlando con una cerveza delante.

Logan mira a la mujer y a Patrick y, de nuevo, a esta mientras las piezas van encajando.

—¿Es tu madre?

Patrick asiente.

—Maddy… Maddy quería que volviera a verla. Maddy creía que debía perdonarla. Leyó todos los correos en mi ordenador y, después, insistió e insistió y, luego, me echó, me echó y quería seguir con su vida igual que hizo mi madre después de divorciarse de mi padre. ¿Por qué hacen eso las mujeres, Logan? —Lo pregunta en serio. Quiere una respuesta.

—No lo sé, tío —responde Logan con suavidad. Ve una rendija en la coraza de Patrick, la posibilidad de disuadirlo. Los minutos van pasando y está seguro de que la mujer del sofá se encuentra dormida e inconsciente. El pecho se le mueve al respirar, pero despacio y, bajo sus párpados cerrados, se produce algún que otro movimiento casi imperceptible—. Quiero que bajes esa pistola ahora, Patrick —dice Logan levantando un poco la voz a la vez que da un paso hacia él con la mirada fija en la mujer del sofá.

—Yo era muy feliz con Maddy —continúa Patrick en un murmullo, hablando consigo mismo—. Muy feliz con ella, y después… —Mira a Logan con los ojos entrecerrados—. Tú no querías que estuviéramos juntos. Me lo dijo. Tú fuiste la razón de que rompiéramos. Fue por ti. —Apunta la pistola directamente hacia el pecho de Logan, apartándola de la mujer, y este deja que la sensación de alivio le recorra el cuerpo. Es probable que pueda sobrevivir a una bala, pero esta mujer no sobrevivirá a otra.

—Maddy está en el hospital —dice levantando la voz para que Patrick siga mirándole—. Y has herido a tu madre. La policía viene de camino y no vas a poder huir, tío. Te prometo que no tienes escapatoria. Debes darme esa pistola. Debes dármela ya.

Patrick mueve de nuevo la pistola hacia la mujer y, a continuación, empieza a reírse.

—Matar dos pájaros de un tiro. —Se ríe—. Eso es lo que voy a hacer, Logan, matar dos pájaros de un tiro. Qué suerte tengo. La mujer que destrozó el comienzo de mi vida y el hombre que ayudó a destrozar el final reunidos en la misma habitación. Y los dos vais a morir. Ella sigue viva, lo puedes ver, ¿no? Pero no por mucho tiempo. —Desliza la pistola hacia el pecho de ella—. Adiós, mamá —dice.

Mientras Logan da un paso hay un movimiento borroso a su lado y el niño se lanza contra Patrick chillando:

—¡Deja en paz a mi madre!

—¡Espera! —grita Logan—. ¡Quieto, no!

Patrick cae sobre el sillón que tiene detrás, lanza las piernas hacia delante y, después, todavía con la pistola en la mano, empuja al niño y apunta directamente a su pequeño rostro.

—¡No! —aúlla Logan, y agarra la mano que sostiene la pistola para apartarla del niño, que cae al suelo y gatea hacia el sofá. Patrick quiere soltarse de la presa de Logan, pero este aprieta con más fuerza mientras la pistola gira hacia su pecho.

Y Patrick dispara. Dos veces. Logan ve cómo ocurre y el tiempo se detiene, ve el miedo y la confusión en el rostro de Patrick. Parece que la pistola se ha disparado sola.

Siente cómo las balas se le introducen en el pecho con un golpe seco. Se tambalea un poco, da un paso atrás, suelta la mano de Patrick, pero no cae. Debe seguir de pie. Debe coger la pistola. Debe evitar que Patrick dispare de nuevo porque una pistola tiene seis balas y solo ha usado tres.

—Ay, Dios. Ay, Dios —gime Patrick.

—Dame… la pistola —jadea Logan.

Patrick vuelve a levantar las manos por encima de la cabeza y recorre con la mirada la habitación.

—Ay, Dios.

—Dame… la pistola —insiste Logan, casi sin respiración. El cuerpo se le comba, incapaz de soportar su peso con el calor de la habitación presionándole. Cae de rodillas.

—Lo siento, Logan —dice Patrick, y levanta la pistola hacia su propia cabeza.

Y entonces se oye el sonido de unos pasos dentro de la casa, moviéndose con rapidez.

—Policía —oye Logan cuando su cuerpo cae al suelo. Su cabeza queda al lado de una alfombra azul con un borde de camellos amarillos.

Se esfuerza por introducir aire en sus pulmones.

Mira hacia un lado y hacia arriba y ve a Patrick con el rostro arrugado y la mano temblándole mientras sostiene la pistola junto a su cabeza.

—No se acerquen —dice, y Logan ve que está llorando. Parece más joven de lo que es. No hay rastro de ningún hombre entre sus lágrimas.

—¡Baje la pistola ahora! —Es la voz de una mujer, fuerte y estridente.

—Baje la pistola. —Otra voz—. Al suelo.

—No lo entienden —dice Patrick mientras Logan cede a la necesidad de cerrar los ojos.

El sonido de un único disparo atraviesa el aire.

Logan siente su cuerpo flotar.

Espera que Debbie se sienta mejor.

Espera que el frescor prometido llegue.

Espera salir con vida.

46

GLADYS

Metió a los niños en su casa, los obligó a sentarse en el suelo delante de la televisión. Pero no fue capaz de quedarse con ellos. Tenía que ver qué estaba pasando.

—Vigílalos, Lou —le ordenó. Él asintió con la cara pálida por el impacto. El disparo resonó en el aire, aterrador y como una absoluta confirmación de que algo malo había estado pasando durante todo el día.

—Mi madre —gimió George—. Va a hacerle daño a mi madre.

Lou extendió la mano hacia el chico, que, sin embargo, abrazó a su hermana y la sujetó con fuerza.

—Quédate aquí, George. Voy yo. Voy yo a ver, tú quédate aquí. —Gladys salió corriendo de la habitación y de su casa con el corazón acelerado.

Ahora está mirando al fondo de la calle, esperando a la policía. Las puertas han empezado a abrirse y hay gente saliendo de sus casas con aire acondicionado a la calle, atraída por el ruido, arrastrada por la curiosidad desde la seguridad de sus propios muros.

«Apartaos», quiere gritarles Gladys a los que puede ver, pero ¿le harán caso? ¿La creerán?

La policía llega por fin, aparca despacio, sin importarles nada. Una agente se baja del coche con una sonrisa en la cara, lo que indigna a Gladys. Sale también un hombre con la gorra en las manos y en su cara aparece al instante un brillo de sudor. Ninguno de los dos parece muy preocupado. Gladys les ha explicado por teléfono lo que estaba pasando y había esperado, había deseado, ver luces, sirenas y urgencia por parte de la policía.

—¡Rápido, rápido! —grita Gladys metiéndoles prisa—. Tiene una pistola. He oído un disparo.

—¿Por qué no nos explica…? —empieza a preguntar la agente levantando las manos en el aire para apaciguar a una mujer histérica. A Gladys le dan ganas de agarrar a la mujer y sacudirla. «¿No lo entiende? ¿Por qué no lo entiende?».

—Gladys, Gladys —grita Lou con un pánico frenético en la voz—. El niño se ha escapado, se ha escapado.

Gladys se aleja corriendo de la policía en dirección a su casa para ver qué está haciendo Lou.

—¿Qué? —pregunta.

—Se ha escapado, el niño. Se ha ido. —Lou ha conseguido subirse a su silla de ruedas, ha ido hasta la puerta de su casa y está tratando de ponerse de pie.

—Pero se suponía que tenías que vigilarlos, Lou —exclama ella, consciente de que él ha hecho lo que ha podido.

Gladys vuelve a girarse, corre por su camino de entrada con los pulmones ardiéndole por tanta actividad desagradable. La policía sigue ahí, esperando.

—Hay un niño… un niño —balbucea, incapaz de pronunciar las palabras. No ha visto a George pasar por su lado, pero debe de

haber entrado de nuevo en la casa. Seguro que lo ha hecho.

—De acuerdo, un momento… —empieza a decir la agente.

Y, entonces, dos disparos más.

Dos disparos más.

Los dos agentes corren hacia la casa por el lateral y desaparecen de su vista. Saben qué han oído.

—Ay, no —gime Gladys mientras lo hacen y las piernas le tiemblan.

—¿Qué está pasando, Gladys? —oye decir, y mira hacia el otro lado de la calle y ve a Margo con Joseph en brazos. Está justo enfrente, con su puerta abierta, mirando directamente al jardín delantero de Katherine por encima de su baja valla blanca. El bebé mira con una amplia sonrisa.

—Ay, Margo —dice volviendo a erguirse y mirando al bebé, el precioso bebé en los brazos de Margo—. Vuelve dentro, métete. Tiene una pistola. Entra en casa.

—¿Qué? —Margo parece confundida, incrédula. Gladys intenta con desesperación hacer que lo entienda moviendo los brazos en el aire.

—Métete en casa, Margo —grita—. Es Katherine. Han sido… ¿No lo has oído? Han sido disparos… Por favor, entra, llévate al niño.

Mira por la calle a los demás residentes que van saliendo a la calle.

—Volved a vuestras casas —grita hasta hacerse daño en la garganta.

Margo abre la boca para añadir algo, pero, entonces, Joseph dice: «Aaah», y ella asiente y vuelve a meterse dentro de su casa, tras la seguridad de sus muros.

Gladys no puede creer lo que está pasando, lo que ha oído. ¿Cómo puede ocurrir algo tan terrible en esta calle tranquila, en una tarde de calor achicharrante en la que ni los perros pueden ladrar?

Tres disparos. Eso es lo que ha oído y sabe que es la verdad. Tenía razón desde el principio. Algo ha estado pasando en esa casa todo el día y, en vez de llamar antes a la policía, ha dejado que Lou y su propia necesidad de que no la vean como la vecina entrometida le hayan impedido hacerlo. Da las gracias por que la policía esté ya en la casa. Puede oírlos gritar. Se imagina a John con su amplia sonrisa y una carcajada sujetando la pistola, apuntando con ella a su mujer y sus hijos. Es una imagen espantosa. ¿Dónde está George? ¿Dónde está Sophie? Vuelve a entrar corriendo por su camino delantero y su respiración jadeante le quema los pulmones.

—¿Sophie? —le pregunta a Lou, que está todavía intentando levantarse de su silla.

—Ahí dentro. George le ha dicho que se quedara. Está viendo la televisión, pero no te preocupes, ya voy, Glad, ya voy.

—No, no —dice ella y vuelve a bajar por su camino de entrada. «¿Qué está pasando? ¿Qué ha hecho John?».

Siempre le ha caído bien, pero, al mismo tiempo, no. Era bastante agradable, pero también agradable de más. No, eso no es justo. Está tratando de fingir que tenía una corazonada con John aunque no es verdad. Para nada. Gladys niega con la cabeza. No deja de darle vueltas.

Sabe que, a veces, cuando descubres la verdad sobre una persona, eres capaz de señalar algo, un pequeño detalle sobre ella que siempre te ha hecho sospechar un poco. Pero no es el caso ahora. No es la verdad. John es un hombre encantador. El año

pasado, cuando la gran tormenta azotó el barrio, arrancando las tejas y dejando que la lluvia calara, ella llamó al Servicio Estatal de Emergencias, pero estaban muy ocupados y le dijeron que tardarían varias horas. Sacó la escalera del garaje y la apoyó contra la pared con un plástico protector en la mano. Su intención era poner el plástico en el tejado. Llevaba unos ladrillos en un cubo para sujetarlo.

Pero, antes siquiera de poner un pie en la escalera, apareció John.

—Gladys, ¿qué estás haciendo? Déjame a mí. ¿Por qué no me has llamado?

Subió con un cinturón de herramientas en la cadera y colocó una lona. Se empapó hasta los huesos pero, aun así, sonrió cuando ella le ofreció una taza de té.

Gladys casi se echó a llorar cuando él se fue. Era un buen hombre, un hombre agradable, y quería a sus hijos. Ha visto cómo los quería. Los llevaba a la playa y al parque y les construyó una casa sobre la higuera grande del patio de atrás. ¿Cómo es posible que desee hacerles daño ahora?

Quiere entrar corriendo detrás de George, pero la policía está ahí.

Oye un estrépito y sabe que Lou se ha caído. Se gira y sale corriendo hacia su casa, pero se detiene a mirar cuando oye un coche que frena con el crujir de los neumáticos sobre la grava. Es un coche azul que nunca ha visto en esta calle.

Sale John. Va vestido con un traje arrugado tras la calurosa jornada, y lleva la corbata torcida. Su pelo es rubio, pero con las mismas ondas y rizos que tiene George y sus ojos verdes brillan en su rostro bronceado.

—Oh —exclama Gladys sin palabras por el impacto. Se detiene.

—Gladys —contesta él—. ¿Qué pasa? ¿Por qué está aquí la policía? ¿Está bien Lou?

—No, se ha caído… Ay, Lou, ya voy… —grita y sale corriendo por el camino de entrada.

John la sigue, dejando en el suelo el maletín que lleva en la mano, y juntos vuelven a levantar a Lou sobre la silla.

—Llegas temprano y no estabas… no estabas en el trabajo —dice Gladys mientras ayuda a Lou a sentarse bien.

—Yo… Sí, estaba en una conferencia y, después, tenía que dejar el coche en el mecánico esta noche… ¿Cómo sabes que no estaba en el trabajo? ¿Qué ocurre, Gladys? —John se pone derecho, con la cara empapada por el esfuerzo de levantar a Lou.

Y suena otro disparo.

John mira hacia su casa, abre la boca y la cierra después mientras trata de asimilar lo que acaba de oír.

—Creía que tú estabas dentro —dice Gladys—. Creía que estabas en casa. —Con el calor, nota que su cara se sonroja por todas las suposiciones que había hecho. Todo lo que había entendido mal a lo largo del día. Abre la boca para tratar de explicarle, pero es demasiado lo que debe contarle y no tiene ni idea de por dónde empezar.

—Pero ¿qué? —pregunta John y, a continuación, cuando el aire se llena del sonido de las sirenas, sale corriendo hacia la casa—. Dios, Dios, Katherine, Katherine, Sophie, George… —grita mientras corre hacia la puerta de su casa.

—¡No, John! —chilla Gladys corriendo tras él, pero ya se ha ido y, cuando él llega a su casa, la puerta se abre y una agente de policía levanta las manos.

Él la empuja y pasa gritando.

—¡Katherine, George, Sophie!

Gladys cae de rodillas junto a su verja. Sophie está en su casa, pero George no. El niño ha ido corriendo con su madre. ¿Ha ido con su madre? ¿Dónde está George?

Siente que está a punto de desmayarse. Esto no puede estar pasando.

—Gladys, ancianita, ¿te encuentras bien? ¿Te encuentras bien, ancianita? —pregunta Lou con voz temblorosa por el miedo.

Gladys deja caer la cabeza sobre las manos.

—Ay, Lou —dice y, entonces, empieza a llorar.

47

El dolor físico es algo extraño. Se concentra en la mente. Agudiza los sentidos. Puedo oler la madreselva de fuera, marchitándose con el calor. Puedo sentir el aire caliente y pesado de la habitación. Oigo sirenas. Dejo caer la pistola porque mi mano no parece capaz de seguir sosteniéndola. Cae al suelo con un golpe seco. Y mi cuerpo se dobla despacio, hundiéndose sobre la alfombra.

Iba a pegarme un tiro en la cabeza, directamente sobre mi cerebro torturado. Podría haberlo hecho ella por mí. No sé por qué me ha apuntado al estómago en lugar de a la cabeza.

—Túmbese en el suelo —dice la agente. Ya estoy en el suelo. Su voz tiembla un poco y me pregunto si soy la primera persona a la que ha disparado en su vida.

He venido a castigarla y, después, iba a castigarlo a él. Es culpa de ella que Maddy no quisiera al hombre que era yo. Y es culpa de Logan que haya roto conmigo. Pero no sé si mi intención era… matar a alguien.

Giro la cabeza a un lado y veo camellos amarillos. ¿Por qué hay camellos amarillos? Había una alfombra en nuestra casa y, después, en el piso en el que vivimos mi madre y yo, que tenía camellos amarillos. Yo los contaba a veces, imaginándomelos a todos caminando en fila por el desierto con lentas sacudidas. Levanto los

ojos y parpadeo despacio mientras veo a una mosca pequeña caminando por el techo blanco. Giro la cabeza al otro lado y veo las piernas de mi madre extendidas sobre el sofá.

Ella me cantaba cuando me despertaba por las mañanas y la canción da vueltas ahora por mi cabeza… «Buenos días, buenos días, es la primera luz de la de la mañana, así que te quiero dar los buenos días». Me dejaba notas en la fiambrera cuando era pequeño. «Que tengas un buen día, te quiero», con una carita sonriente. Me preparaba macarrones con queso cuando se lo pedía, aunque tuviese que salir a comprar los ingredientes. Me leía cuentos de noche en la cama, libros sobre lugares que no existían donde los animales sabían hablar. Me abrazaba cuando me despertaba por una pesadilla y me decía que los monstruos no podrían con ella. Quería que me convirtiera en una buena persona, en un buen hombre, pero no pudo hacer nada contra todo lo que él me decía, todo lo que me contó. Ella me habría perdonado cualquier cosa. Mientras me esfuerzo por respirar, reconozco esa verdad. Me lo habría perdonado todo y me habría recibido de nuevo en su vida. Iba a entrar por la puerta de atrás pero, después, decidí llamar al timbre de la puerta principal, me quedé ahí y esperé. Vi algunos rasgos míos en la cara de su hijo pequeño, pero eso solo consiguió enfadarme más.

Su expresión al verme en la puerta apenas unas horas antes se me ha quedado grabada en la mente. Estaba encantada e incluso abrió los brazos, lista para darme un abrazo. Abrió los brazos y yo le enseñé la pistola. Podría haber tomado otra decisión. Podría haberme lanzado a sus brazos y cambiar mi vida.

Hay un olor a metal quemado en la habitación. Un aroma oscuro y espeso a sangre y a quemado. A sudor y madreselva. Los ojos me

pesan y casi no puedo aspirar suficiente aire. Intento tomar aire y oigo un gorgoteo en mi garganta y noto un sabor a algo caliente y salado. ¿Me estoy muriendo?

Creo que fue una buena madre. A lo mejor yo solo fui un mal hijo con un mal padre. No la odio. La quiero, y ya no está.

No sé por qué estaba tan enfadado.

No sé por qué he venido aquí.

No sé nada.

Epílogo

Tres semanas después

LOGAN

No tienes que volver al trabajo? —pregunta Logan.

—No. Maya me ha dicho que me tome un descanso más largo para comer. Ahora mismo no tenemos a ninguna parturienta ahí arriba. Sé que eso va a cambiar pronto, así que me quedaré aquí contigo, a menos que tengas que ir a algún sitio. —Da vueltas por la habitación con pasos rápidos y ligeros, alisándole la sábana, llenándole la jarra de agua y asegurándose de que las flores del jarrón que tiene junto a la cama estén bien colocadas, todo ello con un movimiento de torbellino. Tiene el pelo recogido en un moño prieto sujeto con horquillas para mantenerlo liso, pero se le han escapado algunos rizos. Él le ve las sombras azul grisáceas bajo los ojos que le gustaría borrarle, pero sabe que no debe mencionarlas —. No te vas, ¿verdad? —pregunta.

—Ja, ja, muy graciosa —responde Logan riéndose entre dientes y, a continuación, se lleva la mano hasta el pecho cuando el dolor se le extiende por el cuerpo—. No me hagas reír.

—Perdona, cariño. —Hace una mueca como si ella hubiese notado el dolor en su propio cuerpo.

—Deberías sentarte en lugar de hacer eso —dice él mientras Debbie no deja de moverse, bajando el estor para que el sol no le dé en la cara y le haga entrecerrar los ojos con la luz. Él está deseando que se siente y se quede quieta para poder tocarla. Le encanta verla con su uniforme, le encanta cuando se transforma de la Debbie de casa en la Debbie del trabajo, con el pelo recogido y convertida en otra persona completamente capaz y eficaz.

—Estoy embarazada, cariño, no enferma. —Se detiene delante de la ventana y una sonrisa cómplice aparece en su rostro.

Logan sonríe al oírla. Cuando se despertó de la operación, ella le dio la noticia antes siquiera de que él dijera nada, antes incluso de que recordara del todo lo que había pasado y se le ocurriera preguntar por Katherine y los niños. Había abierto los ojos, algo sorprendido al ver un techo blanco borroso sobre él. Parpadeó dos veces para aclarar la visión y, a continuación, la cara de Debbie apareció sobre él. Estaba pálida, con sus ojos avellana enrojecidos y una línea nueva justo por encima de su nariz al arrugar la frente. No había visto nada más hermoso en su vida.

«Asegúrate de recuperarte de esto, hombretón. No voy a criar a un hijo yo sola», susurró.

«¿Qué hijo?», consiguió preguntar con la garganta seca.

Ella movió un poco la cama para elevarlo. No sentía nada de dolor, lo que supuso que quería decir que estaba hasta arriba de calmantes.

Debbie cogió un vaso de la mesa de al lado de la cama y dejó que diera unos sorbos.

«No bebas mucho», le advirtió con su voz de enfermera más competente.

«¿Qué hijo?», volvió a preguntar mientras su cerebro se esforzaba por entender.

«Nuestro hijo. Resulta que, aparte de todo lo demás, la nariz me moquea cuando estoy embarazada».

«¿Estás embarazada?».

«Sí y… —Cogió entonces su mano y los ojos se le llenaron de lágrimas que se le derramaron por las mejillas—. Estaba muy asustada, Logan. Me llamaron para que viniera a urgencias y les expliqué que estaba enferma, pero luego me dijeron… que te encontrabas aquí y yo había estado esperando a que me llamaras…».

«Pero ¿estoy bien?».

«Estás bien. Las balas no te dieron en ninguna parte importante». Su tono ligero hacía que pareciese una broma, pese a que, por su expresión, él sabía lo preocupada que estaba.

«Un padre necesita sus partes importantes», murmuró él.

«Sí». Debbie se rio limpiándose las lágrimas.

Han pasado unas noches difíciles, noches en las que él se ha enfrentado a una intensa rabia contra Patrick por lo que le hizo a Maddy, y contra él mismo por permitir que ese hombre estuviese en la vida de su hermana, aunque sabe que no podría haberla detenido.

«No te habría hecho caso aunque me ordenaras que dejara de verlo —le dijo su hermana después—. Hiciste lo que pudiste… y yo soy una mujer adulta. Voy a cometer errores y no puedes salvarme de ellos».

«Maddy, crecer y cometer tus propios errores consiste normalmente en comprar una chatarra de coche, no en tener una relación con un psicópata».

«Sí, bueno. Con eso he aprendido una lección importante».

Maddy acaba de salir del hospital en Melbourne. Logan se sintió muy aliviado al saber que tiene un amigo con el que quedarse hasta que se recupere. Le contó que se habían conocido en la universidad.

«Está estudiando también para ser maestro de primaria y ha venido a verme todos los días. Dice que puedo quedarme en su casa cuando salga del hospital. Vive con su abuela, así que no estoy segura de cómo irá la cosa, pero dice que ella me está tejiendo una bufanda para el invierno, así que puede que nos llevemos bien».

Se llaman por FaceTime todos los días y Logan se ha acostumbrado al aspecto que tiene ahora la cara de ella; ha visto que los moratones perdían su color púrpura y se difuminaban hacia un amarillo enfermizo. Va a necesitar que le arreglen la dentadura y sigue con el brazo escayolado con clavos que la ayuden a cicatrizar. No sabe bien cómo ha sobrevivido.

«No dejaba de decir: "No voy a ser él; no vas a hacer que sea como él" —explicó Maddy—. Odiaba mucho a su madre, se ponía furioso cuando leía los correos electrónicos que le enviaba y empezaba a hacer preguntas. Tenía una versión de la realidad y no quería ver otra».

«No sería la primera persona que ve el mundo así».

«Sentía lástima por él», le dijo Maddy.

«Me preocupa que tu buen corazón haga que te abras a hombres como él, Mads. En serio».

«Vale, mañana seguimos con otro sermón. Dale un beso a Debbie y espero veros pronto».

«Te enviaré un billete».

«Cuento con ello. Seré la mejor tía que ese niño tenga jamás».

Logan se asustó la primera vez que recibió la visita de la policía, preocupado por que averiguaran de alguna forma lo de aquella noche desesperada, la de su último robo. No se llevó nada, eso es lo que no deja de recordarse. No se llevó nada. Probablemente, la cerradura la arreglaron sin problema al día siguiente. Hay secretos que conviene mantener ocultos.

Le contó a la policía todo lo que podía recordar del día que llamó a la puerta de Katherine West con el paquete.

«¿Qué le hizo sospechar?», preguntó el inspector de, al menos, diez formas distintas.

Logan le habló de la voz de Katherine, de lo raro de toda la situación.

«¿Sinceramente? El instinto —dijo al final—. He estado suficientes veces en el lado equivocado de una situación difícil como para saber cuándo algo no va bien».

El inspector asintió.

«Es usted un pequeño héroe, amigo. Seguro que ha visto la prensa. Disfrute de ello», fueron sus palabras al marcharse.

Logan no se siente como un héroe a pesar de lo que han estado diciendo en televisión. Había niños y una mujer a los que había que proteger, eso era todo. George solo tiene cinco años y su vida estuvo a punto de acabar ese día. Logan sabe que, si hubiese muerto salvando al niño, se habría sentido bien. Le parecía un intercambio

justo: su vida desbaratada por la de un niño que aún no ha empezado a cometer errores.

Siempre le maravillará el hecho de que el universo lo eligiera para presentarse en esa casa aquella mañana. Fácilmente podría haber sido otra persona la que tuviera que entregar ese paquete. Otra persona podría haberse encogido de hombros y haber seguido sin más con su vida. Alguien que no hubiese estado en la cárcel, que no hubiese aprendido a interpretar las caras, las voces y la atmósfera igual que él. Y, aun así, no sabe por qué se detuvo esa última vez, pero lo único que se le ocurre es que sintió una atracción hacia esa casa, algo quería que fuese allí.

A lo mejor fue el karma. A lo mejor ha saldado ya sus cuentas.

—¿En qué estás pensando, cariño? —pregunta Debbie ahora.

—Estoy pensando que espero que el niño se parezca a ti. Yo soy un pringado un poco feo.

—Sí, bueno —contesta ella dándole un suave beso en la frente—. Yo espero que él o ella tenga tu corazón. Es bastante espectacular.

Logan sonríe y cierra los ojos mientras ella lo besa, envolviéndole con su aroma a jabón y flores.

Se oye un suave toque en la puerta y Debbie va a abrir y sonríe al ver quién es.

—No interrumpo, ¿verdad? —pregunta Gladys. Se asoma a la habitación con el gran bolso de rayas que lleva siempre en la mano. Hoy va vestida con pantalones negros y una camiseta con una cacatúa de lentejuelas bordada por delante. Logan sonríe y se muerde el labio.

—De todos modos, tengo que volver al trabajo. Entreténgalo un poco.

—¿Cómo te encuentras, Debbie? —pregunta Gladys con tono de preocupación.

—Perfectamente. ¿Lou está bien?

—Bueno…, ya sabes. —Se encoge de hombros.

—Sí. Me pasaré otra vez este fin de semana. —Debbie no le pregunta si puede ir, pero es que nunca lo hace. Nunca les dice a los miembros de su familia «¿Puedo hacer algo?». Simplemente lo hace y sabe que sus visitas a Lou son bien recibidas, aunque solo sea por jugar una buena partida de ajedrez. «Algunos días está más débil y veo cómo lo mira Gladys, deseando hacer algo por él. Es descorazonador, pero se ve lo mucho que ella le quiere», le ha explicado Debbie a Logan.

—Eso sería estupendo —contesta Gladys sonriendo y le toca a Debbie el brazo con una rápida caricia.

Debbie se va y Gladys se sienta.

—He pensado que podríamos jugar a una partida de rummy —dice a la vez que saca las cartas del bolso. Logan asiente.

Gladys ya se ha apuntado para hacer de canguro. Le ha encargado al nuevo novio de su sobrina que busque una casa asequible aprovechando que trabaja en una inmobiliaria. Hace unos días, le enseñó a Debbie y a él una foto de una con fachada de tablillas y unos rosales delante. Está algo lejos de la ciudad, pero tiene un patio bastante grande para un perro y un niño. Y, si Logan trabaja todo el tiempo que le sea posible, es probable que se lo puedan permitir.

«Mi padre ha dicho que nos ayudará», comentó Debbie cuando Logan y él hablaron de la casa mientras veían en internet las fotos de las grandes habitaciones y la cocina marrón que Debbie llamó

«retro» en lugar de «fea». Lo que más le gusta a Logan de la casa es el balcón que rodea la casa con barandillas de forja; sigue teniendo dos mecedoras de madera de los anteriores ocupantes. Se imagina sentado allí con Debbie tras una jornada de trabajo, viendo el sol caer mientras un niño, o una niña, corre tras un labrador que se parece mucho a Betty.

Logan no está seguro sobre lo de pedir dinero prestado a Paul, pero sí sabe que tendrá que trabajar el resto de su vida para devolvérselo.

Lou tiene muchos antiguos contactos que son mecánicos por haber trabajado tanto tiempo en la venta de coches.

«Te buscaré un trabajo, no te preocupes —respondió cuando Logan lo llamó para hablar con él—. A lo mejor tienes que empezar con un sueldo pequeño pero créeme si te digo que te lo conseguiré».

«No tiene por qué hacerlo», contestó Logan.

«No tengo por qué hacer nada, pero quiero. De no ser por ti, mi ancianita podría haber entrado en esa casa y no habría sido rival para ese muchacho, para nada».

A Logan le cae bien Lou. Es una persona que debería haber tenido la oportunidad de ser padre y siente como si estuviese dedicándole a él esa atención paternal que no pudo ofrecer.

«Se lo agradezco, Lou, pero, si no encuentra a nadie dispuesto a darme una oportunidad, no se preocupe. Lo entiendo».

«Tú espera —dijo Lou—. No puedo ir en persona, pero sí puedo hacer una llamada, con la ayuda de Peter. Y he visto cómo muchos hombres empezaban de nuevo y se convertían en las personas que querían ser, créeme».

Logan ya tiene tres entrevistas concertadas para cuando esté preparado para trabajar de nuevo. «He estado en la cárcel», ha dicho cada vez que ha recibido una llamada de un taller. Ninguno de ellos parecía extrañado. «Supongo que todos tenemos un pasado —contestó un hombre—. Deberías buscar cursos de carreras técnicas para refrescar tus conocimientos. Aquí no somos precisamente una pandilla de contables, podemos encargarnos de un tipo que tenga un pasado». Logan le dio las gracias a ese hombre, que se llamaba Bill, mientras mantenía la voz firme para no mostrar la emoción que sentía.

Gladys está tejiendo y cosiendo. Es como si también le hubiese adoptado, y no le importa. Nunca ha contado con una familia de verdad aparte de Maddy. Su madre aún no ha ido a Melbourne a ver a Maddy ni tampoco a él, pero los ha llamado a los dos para hacerles saber que se acuerda de ellos. Supone que es lo mejor que van a recibir de ella.

Se siente menos preocupado ahora que tiene otras personas que aportar a la vida de un bebé, otras personas que son como una familia. Gladys y los West. Tiene algo más que ofrecer a un niño aparte de solamente él y un pasado turbio. Y, por supuesto, el niño contará con una muy atenta tía Maddy.

Odia los juegos de cartas, porque le recuerdan las largas horas en prisión cuando era lo único que podía hacer, pero se incorpora un poco y se dispone a jugar. Gladys habla sin parar, sobre Lou, sobre los West y sobre cómo lo lleva John. Apenas descansa para tomar aire y hay breves momentos en los que Logan desearía estar solo, pero nunca permite que ese pensamiento perdure demasiado rato. Antes estaba solo, completamente solo, salvo por la responsabilidad

de una hermana pequeña a la que pensaba que no podía ayudar lo suficiente… Así que sonríe, asiente y escucha, porque eso es lo que se hace con la familia.

GLADYS

Gladys recoge sus cosas y sale de puntillas de la habitación de Logan. Se ha quedado dormido en mitad de la partida. El pobre necesita descansar. Patrick le disparó dos veces, a Katherine solo una. La idea de que hayan disparado a alguien a quien conoce es tan impactante que a Gladys le cuesta creerlo. La idea de que Patrick fuera el hijo de Katherine es casi igual de impactante. Siente como si hubiese estado en medio de una serie policiaca de la televisión en lugar de en un drama de su barrio.

Es una historia larga, complicada y muy triste, pero Gladys espera que todos encuentren el modo de salir adelante. Ha estado cuidando mucho de los mellizos y ahora son las vacaciones y el pobre John necesita toda la ayuda que pueda recibir. A Gladys le encanta cada momento que pasa con los niños, aunque hay veces en los que los mira y le dan ganas de llorar. Lou está enseñando a George a jugar al ajedrez. Sophie es una auténtica parlanchina, pero Gladys ha notado que su hermano mellizo está más circunspecto, más callado después de lo que ha ocurrido. Su pequeña vida se puso del revés en un día. Nada volverá a ser lo mismo y puede ver que los dos niños llevan sobre sus espaldas una pesada tristeza. Las cosas podrían fácilmente haber terminado peor. George podría haber perdido la vida, y Sophie también.

No le gusta pensar en Patrick ni en que estuvo en su jardín el día antes de hacer lo que le hizo a Katherine y a sus hijos. Era imposible que ella supiera lo que sucedería, pero, a veces, se siente culpable por no haber intervenido.

«No habría cambiado nada —le repite John a todas horas—. Vino a la casa para hacer daño a Katherine y su intención era esa, pasara lo que pasara».

Patrick parece un joven muy herido. Ella entiende la razón, haber perdido a su padre de esa manera. Pero en algún momento las personas tienen que crecer, tomar la decisión de dejar atrás ciertos aspectos de su pasado. Logan ha hecho precisamente eso.

Él ha supuesto un verdadero desafío para algunas ideas que ella ha mantenido durante mucho tiempo. Todo el mundo merece una oportunidad. Gladys siente que también a ella le han dado una segunda oportunidad, un nuevo comienzo en su barrio, donde todos se conocen y donde su interés y preocupación son bien recibidos. La gente se para ahora a charlar en la calle más que nunca y los Patel le han pedido que cuide de Charlie mientras están fuera. Y, aunque siente cierto recelo de su enorme perro, es de lo más simpático una vez que se acostumbra a ti.

Margo también se acerca ahora mucho a su casa. Se siente un poco sola todo el día en casa con el bebé y le relaja sentarse en la cocina de Gladys para verla cocinar. O, al menos, eso es lo que dice. Gladys está encantada de tener que preocupase por el bebé y, por supuesto, también tendrá que prestarle atención al de Debbie y Logan cuando nazca. Ahora se siente como una abuela de verdad, aunque ninguno de esos niños tenga un vínculo familiar con ella.

Resulta extraño cómo una crisis puede unir a un vecindario. Últimamente, la vida parece muy plena en todos los aspectos.

Se dirige al aparcamiento del hospital. Logan volverá a casa la semana que viene y quiere prepararle a Debbie algunas comidas para que las meta en el congelador. Lou estará con Peter otro par de horas, así que puede ir a hacer la compra.

«Tú también fuiste una heroína», no deja de decirle Lou sujetándole la mano y acariciándole la piel suavemente. Ella siente su preocupación en el tacto y sabe que su miedo de perderla es tan grande como el que siente ella de perderlo a él. En sus momentos de reflexión, se siente agradecida por haber tenido la oportunidad de amar y ser amada de esta forma.

«Si no hubieses insistido en que viniera la policía, podrían haber muerto todos —ha dicho él más de una vez negando con la cabeza —. Si no hubieses tenido esa corazonada de que estaba pasando algo… En fin, quién sabe qué podría haber pasado».

«Lo único que hice es lo que hago normalmente», contesta ella cuando él le habla así.

«¿Y qué es, ancianita?».

«Ser una entrometida —contesta Gladys, orgullosa de su actual estatus de metomentodo—. Ser una entrometida».

KATHERINE

Mamá, mamá, mamá —grita Sophie abriendo de golpe la puerta del dormitorio—. Hemos cogido muchísimas flores en nuestro paseo. ¡He traído rojas, rosas y blancas, y George ha encontrado otras púrpuras!

—Sophie, espera —oye que John le advierte desde abajo—. Te he dicho que mamá puede estar durmiendo.

—No lo está —contesta la niña.

—Tienes razón, no lo estoy —confirma Katherine, aunque sí que lo estaba. Le cuesta un poco incorporarse en la cama.

—Espera —dice George entrando en la habitación—. Tienes que dejar que papá te levante.

—No pasa nada. Puedo hacerlo sola —responde mirándole con una sonrisa.

Él la contempla mordiéndose el labio mientras ella se acomoda. La observa con atención cada vez que se mueve. Si él está en el dormitorio y ella se levanta de la cama, insiste en agarrarle la mano y acompañarla al baño. Está esperando a que se recupere, a que vuelva a ser la madre que era hace tres semanas, convencido de que su recuperación física hará que sus vidas vuelvan a la rutina segura a la que estaba acostumbrado.

Tanto Sophie como él han tenido su primera cita con un psicólogo pediatra especializado en traumas. «Él está ejerciendo un gran rechazo hacia sus sentimientos —le explicó el psicólogo por teléfono —. Sigue tratando de ser valiente por usted y por Sophie, aunque el peligro ya no exista. Dedicaré un tiempo a intentar que se abra».

Katherine está más preocupada por él que por Sophie. Su hija tiene pesadillas por lo que pasó y se despierta dando gritos sobre una pistola y su mono de peluche, pero se muestra dispuesta a hablar con cualquiera que la escuche, describiendo a su hermano mayor como «malvado». No siente ninguna conexión con él y es capaz de despacharlo como un hombre malo, igual que haría con un personaje de la televisión, pero George le preguntó una vez, susurrándole al oído: «Si es mi hermano, ¿yo también voy a intentar hacer daño a la gente cuando sea grande?».

«Tú jamás harías eso, cariño mío», le respondió ella, aunque aquellas palabras le dolieron. Odia la idea de que su hijo mayor sea algo en lo que George teme convertirse.

—Vamos, niños, tenéis que llevar las flores a la cocina para que yo pueda meterlas en un jarrón para mamá —dice John, y ellos salen con él del dormitorio mientras Katherine se mueve para ponerse más cómoda.

Hoy es el último día de John en casa a jornada completa antes de regresar al trabajo. A partir de mañana por la mañana, Gladys tendrá a los niños durante un par de horas por la mañana y la nueva niñera, Abigail, los recogerá para pasar la tarde jugando y viviendo aventuras durante las vacaciones de verano. Katherine está deseando levantarse de la cama, pero tuvo que convencer a los médicos para que la enviaran a casa tan pronto.

«Mis hijos me necesitan en casa», no paraba de decir, consciente de que John lo estaba pasando mal con dos niños insomnes compartiendo su cama. Sophie se despertaba con sus pesadillas y George se quedaba sentado durante horas, escuchando los ruidos de la casa. Ahora comprueba todas las puertas antes de acostarse, insiste en asegurarse de que todo está bien cerrado, y John dice que se queda inmóvil cuando suena el timbre de la puerta, completamente quieto y esperando. A Katherine se le rompe el corazón al pensar en él. Su hijo está sufriendo demasiado ahora mismo y cada noche reza por que pueda encontrar el modo de seguir adelante y que, por fin, recupere la idea de que está seguro en su hogar.

Cuando Katherine regresó a casa, las cosas empezaron a volver poco a poco a una cierta normalidad. Gladys ha sido una bendición y toda la comunidad escolar ha estado apoyando a los niños. Las cosas no serán nunca igual y los mellizos jamás olvidarán ese día caluroso de verano, pero Katherine espera que algún día ese recuerdo sea llevadero. No puede permitir que sus dos hijos pequeños se obsesionen con su hijo mayor y con su fracaso de no haber sabido ver lo mal que estaba.

«Hiciste por él todo lo que pudiste», le dice siempre John, pero Katherine desearía haber hecho más. Podría haber insistido en que se fuera a vivir con ella tras la muerte de su padre, podría haberse esforzado más por asegurarse de que recibía una terapia adecuada. No debería haber limitado nunca su contacto como él le había pedido que hiciera y, por la noche, cuando se despierta de sueños con su hijo mayor siendo niño que se convierten en pesadillas en las que su cara pasa a ser la de su padre y tiene una pistola en la mano,

sabe que jamás debería haber accedido a que viviera con Anthony. La culpa por no haberlo salvado cuando era más joven la invade en momentos en los que no está concentrada y, entonces, solo ve al niño pequeño al que le gustaba que le cantara y que le contara historias de aventuras. Cuando piensa en él lo ve a los dos años, a los cinco y a los diez, con su rostro iluminado por la risa. Solía sentarse al lado de ella y acariciarle el cabello mientras le leía. La tristeza por la pérdida de su hijo es algo físico que la deja sin respiración y le duele en el alma.

A lo mejor si nunca hubiese vuelto a casarse ni hubiese tenido más hijos, habría sido más posible que Patrick regresara a su vida, pero no puede estar segura de ello. Anthony provocó un daño terrible. Convirtió a un adolescente arisco en un joven que era capaz de hacer daño a los demás, que quería hacer daño a los que pensaba que se lo habían hecho a él.

No ha hablado con Maddy, la hermana de Logan, pero está escribiendo y reescribiendo un correo electrónico para ella. Le cuesta encontrar las palabras adecuadas, tratar de hallar el modo de disculparse por el hombre en que se convirtió su hijito. Se lo enviará pronto, pero no deja de releerlo, preocupada por que las palabras no sean las adecuadas.

Katherine también habla con un terapeuta, pero es consciente de que, por mucho que él le diga, la verdad siempre será para ella que su hijo no está, y cree que, si se hubiese esforzado más, podría haberlo salvado.

En las noches terribles en que no puede cerrar los ojos para descansar, saca un cuaderno y escribe una lista de preguntas para su hijo.

¿De verdad querías hacerme daño? ¿De verdad habías dejado de quererme? ¿Qué podría haber hecho yo mejor? ¿Cómo podría haberte ayudado? ¿Qué necesitabas que no te di? ¿Fuiste feliz alguna vez? ¿Quién querías ser? ¿Qué querías hacer con tu vida?

Las páginas del cuaderno se están llenando, pero nunca podrá preguntarle a Patrick todo lo que le quiere preguntar.

Cuando llora por la pérdida de su hijo intenta hacerlo sin que los niños ni John la vean. Les cuesta entender el amor que ella sigue sintiendo por él después de todo lo que hizo.

Patrick no se pudo salvar. Ella estaba en la mesa de un quirófano cuando murió durante la operación. Ese pensamiento hace que se lleve la mano al corazón y tenga que taparse los ojos con las manos con la esperanza de que la imagen de él solo en la mesa de un quirófano desaparezca. Nunca pudo despedirse, decirle que le quería a pesar de todo y, si hubiese tenido oportunidad, habría pensado lo mismo que pensó con sus mellizos: «Mi vida por la de ellos. Mi vida por la de él».

John organizó todo el funeral, consciente de que nadie más lo haría. Fue un acto de bondad, de generosidad por su parte, y ha cambiado la forma en que ella ve a su marido. Lo que ha pasado, el terrible impacto de ver la facilidad con que Katherine y los niños podrían haber muerto, los ha ayudado a los dos a encontrar el camino de vuelta, paso a paso.

«Creía que estabas muerta —repite John—. Te vi en ese sofá y pensé que estabas muerta y supe que había permitido que muchas tonterías sin importancia me impidieran ser el marido y el padre que quería ser. Recé mientras te estaban operando, supliqué otra oportunidad».

«Pensé en ti antes de cerrar los ojos —le confesó ella—. Y creo que me sentí en paz porque supe que querrías a nuestros hijos tal y como necesitaban que los quisieran. Y supe que me querías. No importaba nada más».

Siente que a los dos les han concedido una segunda oportunidad y que eso no les pasa a todos.

—Vale, aquí tienes —dice John al volver al dormitorio seguido de los niños con un desordenado ramo con las flores que han recogido en su paseo; púrpuras y amarillas, rosas y naranjas.

—Qué bonito —responde ella.

—Es la hora de que nos leas —anuncia George.

Todas las tardes, ella les lee el tiempo que sus fuerzas se lo permiten. Están leyendo *Harry Potter* y los niños están fascinados. Espera que algún día recuerden estas tardes de consuelo en la cama grande mientras se recuperaba en lugar de lo que la había llevado hasta ella.

—He hablado con Logan. Está bien y pronto volverá a casa —dice John.

Katherine siente un pellizco cada vez que piensa en Logan. Le está inmensamente agradecida por su instinto y por ser el tipo de hombre que, pese a estar preocupado por su propia hermana, dedicó tiempo a preocuparse por una completa desconocida. George le escribe cartas, inundando las hojas de dibujos de superhéroes, sobre todo del Capitán América. George y John han ido a verle al hospital y John dice que su hijo ha decidido que el nuevo bebé de Logan va a ser su primo, aunque no sean familia. Katherine tiene la sensación de que Logan y Debbie se convertirán en parte de sus vidas y eso la hace feliz, pero, cuando mira a Logan, se pregunta

cómo es que él terminó siendo de otra forma. Han hablado por teléfono, sobre Patrick y sobre cómo se convirtió en la persona que fue, y Logan le ha contado anécdotas de su propia infancia. Quienquiera que fuera de joven, ya no es esa persona, y Katherine lamenta que Patrick nunca tuviera una oportunidad para cambiar, para convertirse en alguien como Logan. Un hombre con un pasado, pero capaz de dejarlo todo atrás.

Patrick será eternamente un hombre de veintitrés años enfadado. Las lágrimas de ella son por el niño que fue y el hombre que nunca será. No puede odiarle por lo que ocurrió. No es posible. Era su hijo y ahora no está y ella desearía, al menos, haber podido consolarle al final, abrazarlo como hacía cuando era un bebé, envolverlo con sus brazos y mantenerlo a salvo.

—Vamos, mamá —dice George—. Página treinta y dos.

Katherine se seca rápidamente los ojos y empieza.

Una carta de Nicole

Me gustaría darte las gracias por haber dedicado tu tiempo a leer *Los vecinos de enfrente*. Una de las razones por las que me hice escritora fue que siempre me fascinó lo que ocurría de verdad tras las puertas cerradas. Es propio de la naturaleza humana querer ocultar los aspectos de tu vida que consideras problemáticos. Las personas sí se muestran en internet, pero las publicaciones anónimas son más populares que aquellas en las que se puede identificar a la persona. A menudo, miro a mis vecinos y me pregunto si lo poco que veo y sé de ellos es un fiel reflejo de quiénes son. He conocido a personas cuyas vidas parecían perfectas y me he sorprendido cuando la verdad ha salido a la luz.

He conocido a algunas personas como Gladys, que anhelan los tiempos en los que los vecinos se relacionaban de verdad entre sí. Parece más difícil que eso ocurra en una época en la que internet gobierna nuestras vidas.

El personaje de Logan está inspirado en un pequeño vídeo que vi en Facebook sobre un fotógrafo que eliminaba con Photoshop los tatuajes de los rostros de antiguos miembros de bandas criminales para mostrar cuál sería su aspecto si no hubiesen cubierto sus caras de tinta. Me impactaron las palabras de un hombre que decía entre lágrimas que podría haber tenido una vida normal y me recordó que

juzgar a las personas por su apariencia siempre es un error. Me encantó conceder a Logan una segunda oportunidad, dar a todos los de esa tranquila calle una segunda oportunidad. Logan va a ser un padre maravilloso y Gladys es una magnífica abuela suplente.

Si has disfrutado de esta novela, sería estupendo que dedicaras un momento a dejar una reseña. Me encanta leerlas y me resulta inspirador que los lectores conecten con los personajes de los que escribo.

También me gustaría saber de ti. Puedes encontrarme en Facebook y X y siempre estoy dispuesta a conectar con los lectores.

Gracias de nuevo por leerme,

NICOLE

NicoleTrope
@nicoletrope

Agradecimientos

Gracias a Christina Demosthenous, que sigue siendo la editora más alentadora y animosa que he conocido nunca. Siempre espero ilusionada sus notas para cada novela y oigo su voz en mi cabeza con cada nuevo libro. Gracias a Victoria Blunden por las primeras modificaciones que llevaron a esta novela en la dirección correcta y a DeAndra Lupu por su revisión precisa.

También a Liz Hatherell por las correcciones, Lauren Finger por la gestión editorial y a Lisa Brewster por la cubierta perfecta.

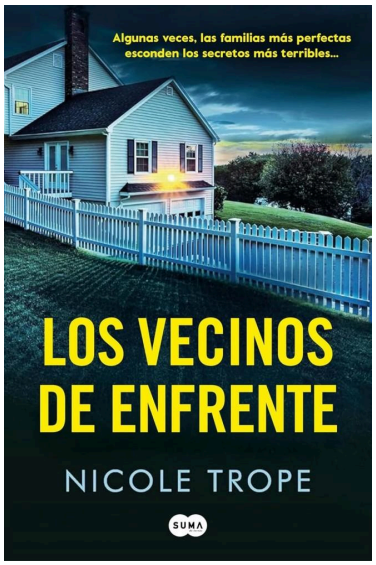
A Sarah Hardy por toda su labor de publicidad, y, al resto del equipo de Bookouture, gracias por ser unas personas tan encantadoras y accesibles. Nunca tengo que preocuparme de hacer preguntas o enviar un correo electrónico. Sabéis de verdad cómo hacer que una escritora se sienta apoyada.

Siempre tengo que dar las gracias a mi madre, Hilary, por ser mi primera y última lectora. Siempre confiaré en su opinión sobre si una historia funciona o no.

Tengo que mencionar a mi familia, que celebra cada novela nueva y entiende que la semana anterior a la publicación siempre es difícil. Siempre lo va a ser. Gracias por aceptarlo.

Y, una vez más, gracias a los que leéis y reseñáis mi obra y habláis de ella en vuestros blogs. Agradezco cada reseña.

Un domestic thriller adictivo que ha conquistado a los lectores de Freida McFadden y Shari Lapena, con más de 500.000 ejemplares vendidos.



Todo el mundo quiere vivir en la calle Hogarth, con sus árboles y sus casitas blancas, y los West han encajado a la perfección. Katherine y John parecen totalmente enamorados y sus mellizos de cinco años resultan adorables.

Pero pronto los vecinos empiezan a darse cuenta de algo... ¿Por qué los West nunca quieren acudir a las barbacoas? ¿Por qué rechazan todos los ofrecimientos para que alguien haga de canguro de los niños? ¿Por qué, cuando llamas a su puerta, te atienden fuera en lugar de invitarte a entrar?

Todas las familias tienen secretos y, en el día más caluroso del año, la verdad está a punto de estallar. Mientras tras las puertas cerradas se desarrolla la tragedia, una por una, las personas que pusieron tanto empeño en acoger a los West comienzan a comprender... La calle Hogarth nunca volverá a ser la misma.

Nicole Trope fue a la universidad para estudiar Derecho, pero se dio cuenta de su error cuando sacó mala nota en su primer trabajo de clase porque, como señaló su profesor: «No hacía falta contar una historia». En su lugar estudió para ser docente y aprovechó las vacaciones para escribir y completar un máster. A la vez que criaba a sus tres hijos y trabajaba con su marido reformando casas, ha publicado varios best sellers. Vive en Sídney, Australia.



Título original: *The Family Across The Street*

Primera edición: julio de 2026

© 2021, Nicole Trope
Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2021 por Storyfire Ltd, bajo el nombre de Bookouture.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Jesús de la Torre Olid, por la traducción

Diseño de portada: The Brewster Project.
Fotografía de portada: © Depositphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10257-80-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los vecinos de enfrente
Prólogo. 15 de diciembre, 14.30 horas
Capítulo 1. Siete horas antes. Logan
Capítulo 2. Gladys
Capítulo 3
Capítulo 4. Katherine
Capítulo 5. Seis horas antes
Capítulo 6. Gladys
Capítulo 7
Capítulo 8. Katherine
Capítulo 9. Cuatro horas antes. Logan
Capítulo 10. Gladys
Capítulo 11
Capítulo 12. Katherine
Capítulo 13. Dos horas antes. Logan
Capítulo 14. Gladys
Capítulo 15
Capítulo 16. Katherine
Capítulo 17. Una hora antes. Logan
Capítulo 18. Gladys
Capítulo 19
Capítulo 20. Katherine
Capítulo 21. Treinta minutos antes. Logan
Capítulo 22. Gladys
Capítulo 23
Capítulo 24. Katherine
Capítulo 25. Quince minutos antes. Logan
Capítulo 26. Gladys
Capítulo 27
Capítulo 28. Katherine

Capítulo 29. Ahora. Logan
Capítulo 30. Gladys
Capítulo 31
Capítulo 32. Katherine
Capítulo 33. Logan
Capítulo 34. Gladys
Capítulo 35
Capítulo 36. Katherine
Capítulo 37. Logan
Capítulo 38. Gladys
Capítulo 39
Capítulo 40. Katherine
Capítulo 41. Logan
Capítulo 42. Gladys
Capítulo 43
Capítulo 44. Katherine
Capítulo 45. Logan
Capítulo 46. Gladys
Capítulo 47
Epílogo. Tres semanas después. Logan
Gladys
Katherine
Una carta de Nicole
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Nicole Trope
Créditos